

HAL CLEMENT PERSECUCIÓN CÓSMICA



UN CAZADOR Y SU PRESA
LLEGAN A LA TIERRA DESDE EL
ESPACIO EXTERIOR PARA INVADIR
LOS CUERPOS DE LOS HOMBRES
Y DESTRUIRSE EL UNO AL OTRO



Lectulandia

Un detective alienígena sigue el rastro de un malvado asesino de su misma raza. Durante la persecución, ambas naves se estrellan junto a una isla solitaria del Pacífico. Estos seres necesitan de otra raza para ocupar sus cuerpos, ya que no poseen uno propio. Nuestro «héroe» consigue encontrar un anfitrión: el cuerpo de Bob, un joven que vive en la isla.

Para cumplir su misión, el Cazador debe ser fiel a su lema «No hagas nada que pueda dañar a tu compañero». Por lo tanto, deberá ganarse la confianza del joven Bob y explicarle las ventajas de permitirle habitar en su cuerpo: le librerá de cualquier enfermedad física que pudiera contraer, y reparará cualquier daño que sufra accidentalmente. A cambio, Bob deberá ayudarlo a encontrar a su presa.

De esta forma, entre Bob y el cazador alienígena se establece una relación de simbiosis supuestamente beneficiosa para ambos, pero Bob alberga sus dudas: ¿Es el Cazador quién realmente afirma o se trata del asesino?

Hal Clement, uno de los grandes de la Ciencia ficción *hard* se consagró como novelista con este libro de enorme originalidad.

Lectulandia

Hal Clement

Persecución cósmica

ePub r1.0
mnemosine 10.02.19

Título original: *Needle*
Hal Clement, 1950
Traducción: María Vivancos

Editor digital: mnemosine
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

NÁUFRAGO

Hasta en la misma Tierra puede hallarse refugio en lugares protegidos por densas sombras. Por supuesto, también resultarán visibles contra un fondo iluminado, pero si no llega demasiada luz desde los costados, una persona puede introducirse en un espacio de sombra y difícilmente será descubierta.

Más allá de la Tierra, donde no existe aire que disperse la luz, debería ser aún más fácil ocultarse. La propia sombra de la Tierra, por ejemplo, es un cono de un millón de kilómetros de longitud con su vértice situado del lado opuesto al Sol, invisible en medio de la oscuridad circundante y en donde reina una invisibilidad aún más perfecta, ya que solo penetra en él la luz de las estrellas y los débiles rayos desviados hacia su interior por la delgada capa de aire que envuelve la Tierra.

El Cazador sabía que se encontraba dentro de la sombra de un planeta, aunque no había oído hablar nunca de la Tierra; lo supo desde el mismo momento en que vio, después de haber disminuido su velocidad por debajo de la velocidad de la luz, el disco negro rodeado de una franja escarlata, situado con exactitud a su frente; entonces advirtió que la nave fugitiva solo podría ser detectada por medio de instrumentos. Pero de pronto descubrió que el otro vehículo era visible a simple vista, y el débil temor que había rozado su espíritu momentos antes irrumpió a un primer plano.

No había podido comprender por qué causa el fugitivo disminuyó su velocidad por debajo de la velocidad de la luz; quizá lo hiciera en la vaga esperanza de que su perseguidor lo sobrepasara y poder quedar así fuera del alcance de los detectores; al fracasar esta tentativa, el Cazador esperaba que el otro acelerara nuevamente su marcha. En cambio, la velocidad seguía disminuyendo. El vehículo volador se encontraba entre el suyo y ese mundo que se destacaba enfrente, haciendo peligroso el intento de alcanzarlo con demasiada rapidez; y el Cazador comenzó a pensar que solo era posible un retroceso en la misma dirección por la que habían venido. En ese momento, un destello de luz roja, visible a simple vista, indicaba que el otro había penetrado ya dentro de una atmósfera. El planeta era más pequeño y se encontraba más cerca de lo que el Cazador había calculado.

Percibir ese destello fue suficiente para el perseguidor. Imprimió el máximo de energía a sus generadores para lanzarse en dirección contraria, esparciendo al mismo tiempo el resto de su cuerpo dentro de la cámara de control, para proteger así, como con un colchón de gelatina, al *perit* que resultaría afectado por la brutal disminución de velocidad; aunque comprobó al instante que esta medida resultaría insuficiente.

Apenas tuvo tiempo de preguntarse si la criatura que le llevaba la delantera estaría dispuesta a arriesgar el vehículo y su ocupante en algo que terminaría seguramente en un espantoso estallido, cuando advirtió que las capas exteriores de la atmósfera terrestre, al añadir su resistencia, hicieron resplandecer las láminas metálicas del casco de la nave, tiñéndolas de anaranjado por la elevada temperatura.

Como los vehículos se habían introducido en un cono de sombras, chocarían con la parte del planeta en que era de noche; una vez que los cascos se enfriaran, el fugitivo se volvería invisible nuevamente.

Haciendo un esfuerzo, el Cazador permaneció con los ojos adheridos a los instrumentos que le indicarían la posición del perseguido mientras se mantuviera a su alcance; fue una buena idea, pues el cilindro resplandeciente desapareció bruscamente de su vista, dentro de una gran nube de vapor de agua que velaba la oscura superficie del planeta. Un milésimo de segundo después, el vehículo del Cazador se sumergió en la misma masa, y en el mismo instante se sintió un brusco zarandeo y lo que era una disminución regular de la velocidad se convirtió en un enloquecedor movimiento giratorio. El piloto notó que se había desprendido una de las placas de la dirección, destruida probablemente por la distribución irregular de la temperatura, pero no era posible remediarlo. Notó asimismo que la otra nave se había detenido como si hubiera chocado contra una pared de ladrillos; luego continuó moviéndose, pero mucho más lentamente, y reparó en que él mismo podía hallarse a poquísimos segundos del mismo obstáculo, suponiendo que este fuera horizontal.

Lo era. El vehículo del Cazador, girando aún frenéticamente a pesar de haber cerrado a último momento las restantes placas de la dirección, chocó casi de plano contra el agua y, debido al impacto, se rajó de punta a punta, en los dos costados, como si hubiera sido una cáscara de huevo pisada por un gigante. Casi toda su energía cinética fue absorbida por el golpe, pero no se detuvo completamente. Continuó andando, con movimiento más suave, comparado con el anterior; se movía del mismo modo que un peñasco al despeñarse, y el Cazador sintió que el casco destrozado de la nave se detenía, pocos segundos después, sobre algo que le pareció debía ser el fondo de un lago o de un mar.

Por lo menos —pensó, a medida que recuperaba sus sentidos— su presa se hallaría en las mismas dificultades. La brusca detención y el subsiguiente lento descenso de la otra máquina estaban ahora explicados; aunque hubiera chocado de punta en vez de hacerlo horizontalmente, no habría diferencias en los efectos de una colisión contra una superficie de agua, a semejante velocidad. Seguramente estaría inutilizado, aunque quizá no tan estropeado como el vehículo del Cazador.

Esta idea trajo nuevamente el hilo de sus pensamientos hacia su propia situación. Indagó con precaución a su alrededor y descubrió que su cuerpo rebalsaba ahora la pieza de control; en efecto, ya no cabía dentro de la misma. Lo que había sido una cámara cilíndrica de unos cincuenta centímetros de diámetro y medio metro de longitud, era, ahora, simplemente, el espacio comprendido entre dos hojas dentadas

de metal de dos centímetros de espesor que momentos antes, formaban el casco de la nave. Las juntas habían cedido a ambos lados o, mejor dicho, se formaron primero unas ranuras y luego se separaron por la presión, ya que el casco era, originariamente, una sola pieza de metal a la que se había dado forma tubular. La mitad de arriba y la de abajo, fraccionadas de este modo, se habían achatado, quedando separadas solo por un espacio de cuatro o cinco centímetros. Las mamparas que se hallaban en cada extremo de la cabina se habían arrugado y agrietado; hasta esa dura aleación tenía sus limitaciones. El *perit* estaba completamente muerto. No solo había sido aplastado por la pared al desplomarse; el cuerpo semilíquido del Cazador había transmitido la conmoción del impacto a sus células individuales del mismo modo que se transmiten a los costados de un balde de hojalata lleno de agua los efectos del impacto producido por una bala de rifle. La mayor parte de sus órganos internos estaban destrozados. A medida que el Cazador, lentamente, se daba cuenta de ello, iba desprendiéndose de la pequeña criatura. No intentó arrojar los magullados despojos fuera del vehículo; los necesitaría más adelante para alimentarse, aunque esta idea le desagradara. La actitud del Cazador hacia el animal era semejante a la que un hombre asume con su perro favorito, a pesar de que el *perit*, con sus delicadas manos que aprendiera a usar bajo su dirección, del mismo modo que un elefante usa su trompa a una orden de su cuidador, era mucho más útil que cualquier perro.

Continuó explorando los alrededores; extendió un delgado pseudópodo de estructura gelatinosa a través de una de las grietas del casco. Ya sabía que los restos del aparato se hallaban sumergidos en agua salada, pero no tenía ninguna noción de la profundidad a que se encontraba, salvo el hecho de que no podía ser excesiva. En su mundo hubiera podido apreciarla con bastante exactitud, partiendo del valor de la presión; pero la presión depende tanto del peso de una cantidad dada de agua como de la profundidad y no tenía datos acerca de la fuerza gravitatoria de este planeta, antes del choque.

Afuera estaba oscuro. Moldeó un ojo con sus propios tejidos —los del *perit* habían reventado—, pero no pudo ver nada. De pronto, sin embargo, advirtió que la presión no era constante a su alrededor; aumentaba y disminuía en forma evidente y con cierto ritmo; y el agua transmitía a su carne sensible las ondas de presión de alta frecuencia, que él interpretó como sonidos. Escuchando atentamente, llegó a la conclusión de que debía hallarse bastante cerca de la superficie de una masa de agua suficientemente grande como para formar olas de varios metros de altura y que, además, se aproximaba una tormenta de violencia considerable. Durante su catastrófico descenso no había advertido ninguna perturbación en el aire, pero esto nada significaba, ya que había atravesado la atmósfera con tanta rapidez que resultaba imposible registrar el movimiento de los vientos.

Al introducir otros pseudópodos en el barro que rodeaba los restos del aparato, descubrió, aliviado, que había vida en el planeta; en realidad, estaba casi seguro de ello. Había bastante oxígeno en el agua como para poder subsistir, siempre que no se

hicieran esfuerzos demasiado grandes, y debía haber, por consiguiente, oxígeno libre en la atmósfera. Había además motivos para pensar que la existencia de seres vivos era un hecho y no una mera probabilidad; y le satisfizo localizar en el barro una cantidad de pequeños moluscos bivalvos, que, después de probarlos, le parecieron comestibles.

Como en esa parte del planeta era de noche, decidió continuar la investigación cuando hubiera más luz y dedicar su atención por el momento a examinar los restos de la nave. No esperaba que los resultados de este análisis fueran alentadores, pero experimentó un tétrico sentimiento al comprobar que la destrucción había sido total. Las partes metálicas de la sala de máquinas se habían deformado por efecto de las tensiones soportadas. La cabina de cambios del comando principal, menos sólida, estaba aplastada y retorcida.

Por ningún lado se veían los rastros de unos tubos de gas recubiertos con cuarzo; evidentemente habían sido pulverizados por la colisión y barridos por el agua. Ningún ser vivo de forma definida y constituido por materia sólida hubiera podido salir ileso de semejante choque, por más protegido que se encontrara. Ese pensamiento lo confortó en cierto modo; aunque había hecho todo lo que estaba a su alcance para salvar al *perit*, no resultó suficiente.

Después de haber comprobado que no quedaba nada útil dentro del aparato, el Cazador decidió que no podía actuar por el momento. Para realizar un trabajo más activo debía conseguir una mejor fuente de oxígeno; eso sería posible cuando se hallara en contacto con el aire. La falta de luz también constituía un serio inconveniente. Se extendió al dudoso abrigo del casco en ruinas a esperar que terminara la tormenta y llegara el día. Pensó que con la luz y las aguas tranquilas podría arreglarse solo para llegar hasta la costa; el ruido que producían las olas le dio la pauta de que no lejos de allí había rompeolas y, por consiguiente, una playa.

Estuvo varias horas acostado. En cierto momento se le ocurrió que debía hallarse en un planeta que mantenía siempre el mismo hemisferio frente al sol, pero enseguida advirtió que, en tal caso, la mitad en sombras debería soportar una temperatura demasiado fría que impediría que el agua se mantuviera en estado líquido. Entonces le pareció más probable que algunas nubes de tormenta ocultaran en ese instante la luz solar.

Desde el momento en que el aparato se insertó en el barro, permaneció inmóvil. Las perturbaciones que se producían arriba se reflejaban en el fondo en forma de corrientes y oleajes que el Cazador percibía, pero resultaban insuficientes para mover la masa metálica semienterrada. Como se hallaba completamente seguro de que el casco estaba sólidamente emplazado en ese lugar, el naufrago se sobresaltó cuando, de pronto, su refugio comenzó a moverse como por efecto de un fuerte golpe y cambió levemente de posición.

De inmediato extendió un tentáculo para explorar el exterior del aparato. En el extremo del mismo modeló un ojo pero, al comprobar que la oscuridad seguía siendo intensa, volvió a limitarse estrictamente a la exploración táctil. Percibió unas sugestivas vibraciones que parecían producidas por una piel muy gruesa que rozara el metal del casco. Bruscamente, sintió el contacto de un ser vivo. Si duda este poseía un sistema sensorial, ya que rápidamente atrapó el apéndice que le ocupaba, con una boca que parecía sorprendentemente bien provista de dientes aserrados.

El Cazador reaccionó como de costumbre, es decir, provocó el relajamiento de la porción de su cuerpo que se hallaba en contacto con esos de agradables bordes, la que adquirió una consistencia semilíquida, y al mismo tiempo desplazó cierta cantidad de materia corporal a través del miembro que se hallaba en poder de la extraña criatura. Se caracterizaba por tener decisiones muy rápidas, y ante el tamaño del intruso se vio obligado a realizar un acto temerario. Abandonó el espacio que ocupaba entre los restos de la nave y dirigió sus dos kilogramos de masa gelatinosa contra lo que suponía iba a constituir un ambiente más adecuado para él.

El tiburón —un pez martillo de casi tres metros de longitud— debió haberse sorprendido y seguramente se encontraba irritado pero, como todos sus compañeros de especie, carecía de inteligencia como para asustarse. Sus horribles mandíbulas mordisqueaban hambrientas lo que al principio le pareció una apetitosa carne sólida y que pronto sintió escurrírsele como si fuera agua. El Cazador no intentó evitar las dentelladas, pues los daños de esta naturaleza no le preocupaban; sin embargo, resistió con denuedo los esfuerzos del pez para tragar la porción de su cuerpo que ya se encontraba en su boca, pues no quería exponerse a la acción de los jugos gástricos, ya que no poseía piel para soportar, aunque fuera momentáneamente, sus efectos.

Como los movimientos del tiburón se volvían cada vez más abiertamente peligrosos, envió pseudópodos para explorar aquella horrible forma cubierta por una áspera piel y enseguida descubrió las cinco aberturas de las branquias colocadas a cada lado de su cuello. Era suficiente. No siguió investigando; se movió con pericia y precisión, frutos de una larga experiencia.

El Cazador era un metazoario —un ser multicelular, como un pájaro o un hombre— a pesar de su aparente falta de estructura. Las células individuales de su cuerpo, sin embargo, eran mucho más pequeñas que en la mayoría de los seres terrestres, si se compara su tamaño con las grandes moléculas de proteína. Era capaz de construir con sus propios tejidos un miembro completo, con músculos y nervios sensoriales, de estructura tan fina que pudiera introducirse a través de los capilares de otro ser, sin interferir seriamente su sistema circulatorio. En consecuencia, le resultaba sencillo infiltrarse dentro del cuerpo relativamente grande del tiburón.

Evitando, por el momento, los nervios y los canales sanguíneos, se introdujo entre las vísceras y los intersticios musculares que pudo localizar. El tiburón se tranquilizó

inmediatamente cuando esa cosa que se hallaba en su boca y en su cuerpo dejó de enviar mensajes sensoriales a su diminuto cerebro; su memoria, para el caso, era nula. Una feliz penetración en el cuerpo elegido significaba, para el Cazador, solo el comienzo de un período de complicada actividad.

Lo primero y más importante era el oxígeno. Había, en las células superficiales de su cuerpo, una cantidad suficiente del precioso elemento que le alcanzaría al menos para unos minutos de vida, pero siempre podría obtenerlo del cuerpo de otro ser que también consumiera oxígeno; y el Cazador envió rápidamente unos apéndices ultramicroscópicos que, al ubicarse entre las células constituyentes de las paredes de los vasos sanguíneos, comenzaron a despojar a las arterias de su preciosa carga. Necesitaba muy poco. En su planeta de origen había vivido de esta manera durante años, dentro del cuerpo de un inteligente consumidor de oxígeno con el conocimiento y aprobación de este. Fue más que generoso a cambio de la manutención que recibía.

En segundo lugar, necesitaba ver. Era muy probable que su anfitrión poseyera ojos; con su provisión de oxígeno asegurada, el Cazador comenzó buscarlos. Hubiera podido enviar una cantidad suficiente de su cuerpo a través de la piel del tiburón para construir un órgano de visión, pero no hubiera podido evitar la reacción del pez ante un acto semejante y, además, unos lentes ópticos ya contruidos serían posiblemente mejores que los que él mismo podía fabricar.

Tuvo que interrumpir la búsqueda poco después. Según sus deducciones, el choque había ocurrido en una zona bastante cercana al continente; el encuentro con el tiburón se produjo en aguas poco profundas. Los tiburones no son particularmente afectos a los movimientos; resultaba difícil comprender por qué este se hallaba tan próximo a la rompiente. Durante la lucha, el Cazador y el monstruo se habían ido acercando a la costa; cuando el tiburón dejó de sentirse molestado por el intruso, trató de regresar a la parte honda. La frenética y constante actividad desarrollada por el pez después que se hubo establecido el sistema-hurto de oxígeno, desencadenó una serie de hechos que ocuparon su atención.

El aparato respiratorio de un pez funciona en condiciones precarias. El oxígeno disuelto en el agua es poco concentrado y un ser acuático, por poderoso y activo que sea, nunca consigue acumular una gran reserva del gas. El Cazador no necesitaba extraer mucha cantidad para permanecer con vida pero trataba, en cambio, de formar una reserva propia. El tiburón trabajaba aprovechando al máximo su energía; en resumen, el consumo de oxígeno superaba la absorción del mismo. Este hecho originó dos efectos: la fuerza física del monstruo comenzó a declinar y el contenido de oxígeno de su sangre a decrecer. Como consecuencia de lo último, el Cazador comenzó, casi inconscientemente, a aumentar el drenaje, con lo cual se inició un círculo vicioso que solo podía tener un punto final.

El Cazador se dio cuenta de lo que sucedía mucho antes que el tiburón muriera, pero no hizo nada para impedirlo, a pesar de que pudo haber reducido su consumo de oxígeno sin poner en peligro su propia vida. También hubiera podido abandonar al

tiburón, pero no le agradaba la perspectiva de flotar, comparativamente indefenso, en alta mar y a merced del primer animal que fuera suficientemente grande y rápido como para tragárselo de una sola vez. Por eso siguió absorbiendo el gas vital, ya que advirtió que el esfuerzo que desplegaba el pez tenía una sola explicación: estaba nadando en contra del oleaje y se esforzaba por alejarse de la costa, que él tanto deseaba alcanzar. Mientras tanto ya había ubicado al tiburón en la escala de evolución zoológica y no se hallaba más compungido por causarle la muerte de lo que podría estarlo un ser humano.

El monstruo tardó largo rato en morir a pesar de que se debilitó muy pronto. Una vez terminada la lucha, el Cazador continuó buscando los ojos de su víctima y, finalmente, los encontró. Depositó una película elaborada con su propia materia entre las células de la retina y las recubrió anticipándose al momento en que habría suficiente luz para ver. Cuando el inmóvil tiburón manifestó una peligrosa tendencia a sumergirse, el alienígena comenzó a extender otros apéndices para atrapar todas las burbujas de aire que pudieran ser traídas por la tormenta. Estas burbujas, junto con el anhídrido carbónico producido por él mismo, las fue acumulando en la cavidad abdominal del pez para que flotara. Necesitaba poca cantidad de gas para ello, pero le tomó largo tiempo reunirlos, ya que era demasiado pequeño para producir grandes volúmenes de anhídrido carbónico rápidamente.

El oleaje se oía con más fuerza cuando podía relajar su atención de lo que le preocupaba; advirtió que su suposición —el rompeolas— era justificada. Las olas imprimían un enloquecedor balanceo de arriba abajo a su insólita balsa; esto no lo fastidiaba pero tampoco le causaba placer. Lo que necesitaba en realidad era un movimiento horizontal; comparándolo con el anterior, este movimiento fue mucho más lento, al menos hasta que disminuyó la profundidad del agua.

Esperó largo rato, después que su conductor cesó de moverse, temiendo a cada momento verse arrastrado a la zona profunda, pero nada de esto ocurrió y, gradualmente, el ruido de las olas comenzó a disminuir, al tiempo que disminuía también el agua que caía sobre él. El Cazador imaginó que la tormenta estaba amainando. En realidad, se produjo un viraje de la corriente, pero eso no cambiaba su situación.

Cuando, por el efecto combinado del alba, que se aproximaba, y de las nubes de tormenta, menos cargadas ahora, hubo luz suficiente para ver a su alrededor, su difunto anfitrión se hallaba fuera del alcance de las olas más grandes. El foco de los ojos del tiburón, al encontrarse fuera del agua, se había desplazado de su propia retina, pero el Cazador descubrió que la nueva superficie focal se encontraba dentro del globo del ojo y construyó con sus tejidos una retina que colocó en el lugar apropiado. Los lentes perdieron algo de su perfección, pero, al modificar su curvatura

con su materia corporal, pudo observar los alrededores sin exponerse a miradas extrañas.

A través de las grietas que se habían producido en las nubes podían verse unas pocas estrellas, de las más brillantes, que aún eran visibles contra el fondo gris del amanecer que se acercaba. Lentamente, estas aberturas se fueron agrandando y, cuando el sol apareció en el cielo, había aclarado, aunque el viento soplaba aún con fuerza.

Su ubicación no era ideal, pero podía observar una buena parte de los alrededores. En una dirección, la playa se extendía un corto trecho hasta una hilera de altos y delgados árboles coronados por plumosos penachos de hojas. No alcanzaba a ver lo que había más allá de estos, no porque fueran tan espesos como para obstruir la visión, sino debido al bajo nivel a que se encontraba. En dirección opuesta se distinguían los restos de una playa abandonada y se percibía el rugido del fuerte oleaje. El Cazador no podía ver el océano pero lo ubicaba perfectamente. Hacia la derecha había una masa de agua que, supuso, sería una pequeña laguna formada por la tormenta y que ahora se volcaba en el mar a través de una abertura demasiado estrecha o demasiado empinada como para que la alcanzara el oleaje. Esta fue probablemente la causa de la presencia del tiburón en ese paraje; había quedado encerrado en la laguna cuando bajó la marea, sin poder salir.

En varias ocasiones escuchó unos chillidos roncós; vio que había pájaros arriba. Esto le agradó sobremanera; sin duda existían formas de vida superior a la de los peces en este planeta y había esperanzas de conseguir un anfitrión más adecuado. Lo mejor sería encontrar un ser inteligente ya que, por lo general, una criatura de este tipo es más capaz de protegerse a sí misma. Además, habría seguramente más probabilidades de viajar, lo cual le facilitaría la búsqueda del piloto del otro aparato, que había desaparecido. Era muy posible, sin embargo —y el Cazador tenía plena conciencia de ello—, que tropezaría con serias dificultades para introducirse en el cuerpo de un ser inteligente que no estuviera acostumbrado a la simbiosis.

De todos modos, tendría que esperar la ocasión indicada. Suponiendo que hubiera seres inteligentes en este planeta, podría suceder que nunca llegaran hasta ese lugar en particular; y aunque vinieran quizá no los reconocería a tiempo para sacar provecho de la situación.

Sería mejor esperar, varios días si fuera necesario y observar qué clase de seres frecuentaba la localidad; después, podría hacer planes para invadir aquel que respondiera mejor a sus exigencias. El tiempo no era un factor vital; existía la misma imposibilidad de abandonar el planeta tanto para el Cazador como para su presa y la búsqueda prometía ser pesada y aburrida. Era evidente que el tiempo que empleara para una cuidadosa preparación daría buenos frutos. Siguió esperando. El sol ya estaba alto y el viento fue transformándose lentamente hasta convertirse en una suave brisa. Hacía bastante calor. Sabía que muy pronto se producirían reacciones químicas en la carne del tiburón. Había ya indicios de ello, y si el sentido del olfato fuera

común a muchos seres de este planeta, era seguro que llegarían visitas en un corto plazo. El Cazador hubiera podido impedir el proceso de descomposición consumiendo las bacterias que lo producen, pero no se hallaba especialmente hambriento y, por cierto, no le molestaban las visitas. ¡Al contrario!

REFUGIO

Los primeros visitantes que llegaron fueron las gaviotas. Bajaron una a una, atraídas por el olor que despedía el pez en descomposición, y comenzaron a despedazarlo. El Cazador se replegó hacia las partes interiores del tiburón y no intentó siquiera arrojar de allí a las aves, aun cuando lo privaron del contacto visual con el mundo exterior al abalanzarse sobre los ojos del enorme pez. De todos modos, le sería igualmente posible advertir la llegada de otros visitantes; si no venían, le convenía que estuvieran las gaviotas allí.

Los voraces pájaros continuaron su tarea hasta la mitad de la tarde sin realizar progresos notables, ya que la áspera piel resistía a los picotazos. Sin embargo no cejaron en su empeño y, de pronto, cuando se fueron volando en un solo grupo, el Cazador pensó que debía haber algo más interesante en la vecindad. Rápidamente, rompió un fragmento del tejido de las branquias para fabricarse un ojo y miró con precaución a través de él.

Entonces comprendió por qué se habían ido las gaviotas. Una cantidad de seres de tamaño considerablemente mayor llegaban desde la zona arbolada. Eran bípedos. El Cazador calculó, con su facilidad habitual, que el mayor de ellos debía pesar unos sesenta kilos, y esto significaba que si agregaba su propia masa a la de aquel, la diferencia de peso sería casi inestimable. Un cuadrúpedo más pequeño se adelantaba y corría en dirección al tiburón muerto emitiendo largos y agudos gritos. El Cazador le adjudicó alrededor de veinte kilos, y clasificó mentalmente esta información para emplearla ulteriormente.

Los cuatro bípedos también corrían, pero no tan rápidamente como el animalito que los precedía. Cuando se aproximaron, el observador oculto los examinó cuidadosamente; a medida que los veía mejor se sentía más contento. Eran capaces de desplazarse a una velocidad regular; el tamaño de sus cráneos prometía una inteligencia considerable si estaba ubicado allí el cerebro en esa raza; carecían, aparentemente, de toda protección para su piel, lo cual dejaba entrever que el acceso a través de los poros sería muy sencillo. Cuando se detuvieron junto al cuerpo del pez martillo, dieron otra manifestación de inteligencia al intercambiar sonidos articulados que, sin duda, constituían su lenguaje. El Cazador estaba encantado. Nunca hubiera sospechado que semejante anfitrión —verdaderamente ideal— aparecería tan pronto.

Por cierto que aún le quedaban problemas por resolver. Era casi imposible que estas criaturas estuviesen acostumbradas a la simbiosis, al menos a la forma de simbiosis practicada por los congéneres del Cazador. El alienígena estaba seguro de que nunca había visto anteriormente otros seres de esta raza y estaba seguro de conocer todas aquellas criaturas con las cuales sus compañeros se asociaban

normalmente. En consecuencia, si los recién llegados lo veían aproximarse, se alejarían bastante para así evitar el contacto. Tampoco trataría de penetrar en ellos por la fuerza porque evidenciaría de este modo una actitud indeseable que estropearía toda futura cooperación. Parecía, por lo tanto, que debería proceder con cierta sutileza.

Los cuatro bípedos miraban al tiburón mientras cambiaban impresiones. Pocos minutos después se alejaron un corto trecho caminando por la playa. El Cazador dedujo de sus actitudes que el asunto les desagradaba. El cuadrúpedo demoró un poco más para irse, pues seguía examinando detenidamente el esqueleto del pez; pero no pareció notar el ojo que, desde tan curiosa ubicación, seguía todos sus movimientos. Por fin, una llamada de los otros seres atrajo su atención y se alejó saltando en la misma dirección que aquellos habían tomado, mientras el Cazador lo acompañaba con su mirada. Luego vio, con sorpresa, que entraban en el agua y nadaban con gran facilidad. Anotó este hecho como otra circunstancia favorable; durante el cuidadoso análisis de sus cuerpos que hiciera un momento antes, no había observado ni siquiera vestigios de branquias. Podía deducir, es, que estos seres presentaban un margen considerable entre su habilidad para absorber oxígeno y la cantidad del mismo que necesitaban para vivir; por eso les era posible permanecer tanto tiempo debajo del agua, como vio que uno de ellos hacía. Al mismo tiempo, advirtió una nueva ventaja: sería mucho más fácil aproximarse a ellos mientras estuvieran en el agua.

Su comportamiento al nadar hacía pensar que no podían ver —o veían muy poco— debajo del agua, pues invariablemente sacaban la cabeza sobre la superficie para orientarse y lo hacían con considerable frecuencia. Al cuadrúpedo le sería aún más difícil verlo, cuando se aproximara, ya que nadaba manteniendo todo el tiempo la cabeza sobre el agua.

Este pensamiento lo impulsó a actuar inmediatamente. Un seudópodo delgado como un hilo, comenzó a deslizarse rápidamente en dirección a la laguna, debajo de la arena, a tres o cuatro centímetros de la superficie. El ojo siguió funcionando, hasta que la mayor parte de ese cuerpo gelatinoso cruzó ese espacio de unos cuatro metros: luego formó un nuevo ojo, a ras del agua, y el Cazador reunió su cuerpo en una masa compacta, debajo del mismo. Esta operación duró algunos minutos puesto que el viaje a través de los granos de arena había resultado terriblemente tortuoso.

El agua estaba bastante clara y no era necesario que el ojo estuviera encima de la superficie para dirigir la acción. La masa de gelatina se moldeó rápidamente adquiriendo una forma alargada, semejante a la de un pez, con un ojo en la parte anterior. El Cazador nadó hacia los muchachos. Era muy sencillo para él ver debajo del agua. Podía usar una lente cóncava de aire recubierta por una película de sus propios tejidos; esta circunstancia lo volvía mucho más transparente que si estuviera compuesto solamente de aire.

Se proponía nadar en línea recta en dirección uno de los jóvenes, esperando pasar inadvertido. También contaba con que sus esfuerzos para atravesar la piel del elegido

no fueran notados en medio del agua que se arremolinaba y de los juegos de los muchachos, que se entregaban con placer a realizar movimientos de considerable violencia mientras nadaban y se sumergían. No tardó en advertir que la suerte dependía de la posibilidad de un contacto con una de aquellas criaturas, pues nadaban mucho más rápidamente que él. Entonces le pareció haber descubierto un medio excelente para aproximarse. Vio que estaba a su lado una gran medusa, que se movía sin rumbo determinado, como lo hacen los seres su especie. Al desviar un momento su atención, reparó en que había alguna más en las inmediaciones de ese lugar. Los bípedos debían considerarlas inofensivas puesto que de otro modo no estarían nadando allí.

El Cazador modificó su forma y su movimiento para adaptarlos a los de la medusa; así pudo acercarse, lentamente, a la zona en donde jugaban los muchachos. Su color apenas difería del de los aguamares; pensó que sería mucho más importante cuidar la forma que el matiz. Sin duda pasaba inadvertido, pues se acercó bastante a uno de los bípedos sin causarle, aparentemente, ningún temor. Albergaba enormes esperanzas de establecer contacto de inmediato; extendió con gran precaución, un tentáculo y descubrió que el tegumento multicolor que recubría una parte de sus cuerpos era un producto artificial. Antes de que pudiera actuar, el objeto que analizaba se desplazó hacia un costado, alejándose varios centímetros. No obstante, no demostraba estar alarmado. El Cazador intentó acercarse una vez más, pero obtuvo igual resultado. Luego ensayó, por turno, con cada uno de los otros muchachos, experimentando la misma sensación de un cercano éxito, tan desagradable, por otra parte. Entonces, confundido por un fenómeno que parecía exceder los generosos límites de la fortuna, se alejó unos metros para observar y tratar de comprender la causa de lo que ocurría. En el término de cinco minutos llegó a la conclusión de que, si bien estas criaturas parecían no experimentar ningún temor a las medusas, evitaban su contacto. Por lo visto, había elegido un infortunado camuflaje.

Robert Kinnaird evitaba las medusas casi inconscientemente. Había aprendido a nadar a los cinco años; desde entonces, y en los nueve años siguientes, había acumulado suficiente experiencia respecto a esos molestos tentáculos y evitaba su proximidad. Se hallaba muy ocupado, tratando de hundir a uno de sus compañeros, cuando el Cazador lo rozó por primera vez y, aunque enseguida se movió al sentir en el agua, junto a él, aquella presencia gelatinosa, no le prestó mayor atención al hecho. Olvidó muy pronto el incidente, pero su atención se había dispersado a consecuencia del mismo y no se preocupó en evitar que esa cosa volviera a arrimársele.

Precisamente en el momento en que el Cazador se daba cuenta de su fracaso, los muchachos, cansados de nadar, salieron del agua. Los miró alejarse con creciente cólera y siguió observándolos mientras corrían hacia atrás y hacia adelante, jugando a

un extraño juego sobre la arena. ¿Acaso nunca se quedaban quietas estas locas criaturas? ¿Cómo podría ponerse en contacto con semejantes seres activos e infernales? Solo podría observar y hacer planes. Cuando la sal se secó sobre sus bronceadas pieles, los muchachos comenzaron a tranquilizarse y a dirigir ansiosas miradas hacia el bosquecillo de palmeras que se extendía entre ellos y el centro de la isla. Uno de ellos se sentó frente al océano y, de pronto, dijo:

—Bob, ¿cuándo llegará tu familia con la comida?

Robert Kinnaird se extendió al sol, boca abajo, y contestó:

—Mamá dijo que vendrían alrededor de las cuatro o cuatro y media. ¿Solo piensas siempre en comer?

Su pelirrojo interlocutor masculló una desarticulada respuesta y se recostó de espaldas, mirando de tanto en tanto el cielo azul y despejado. Otro de lo muchachos siguió la conversación:

—Es una pena que debas regresar mañana —dijo—. A mí me gustaría ir contigo. Desde que mi familia se instaló aquí no he vuelto a los Estado Unidos. Entonces apenas era un niño —agregó con serenidad.

—No estaría mal —replicó Bob lentamente—. Hay una cantidad de buenos muchachos en la escuela; en el invierno patinamos y practicamos aquí... De todos modos, volveré el próximo verano.

La charla se apagó lentamente y los jóvenes se estiraron al sol, a esperar la llegada de la señora Kinnaird con la comida para el pícnic de despedida. Bob era el que estaba más cerca del agua, completamente expuesto a los rayos solares; los otros buscaron la precaria sombra de las palmeras. Ya estaba bien tostado pero quería sacar todo el provecho posible de ese sol tropical que le faltaría en los diez meses venideros. Hacía calor, acababa de pasar una media hora muy activa y no había nada que pudiera mantenerlo despierto...

El Cazador seguía observando, ahora ansiosamente. ¿Acaso habían decidido descansar por fin esos peripatéticos seres? Por lo menos, eso parecía. Los cuatro bípedos se habían acomodado sobre la arena en distintas posiciones que debían resultarles muy confortables; el otro animal se acostó junto a uno de ellos, dejando descansar su cabeza sobre sus patas delanteras. La conversación que hasta ese momento había sido incesante se interrumpió, y el amorfo observador decidió actuar. Se desplazó rápidamente hasta el borde de la laguna.

El más próximo de los muchachos estaba a unos diez metros de la orilla. No era posible seguir vigilando y al mismo tiempo deslizarse entre la arena hasta hallarse debajo del inmóvil cuerpo de su supuesto anfitrión. Debía, sin embargo, observar a los otros. Nuevamente, la mejor solución parecía ser el camuflaje y, una vez más, la omnipresente medusa resultaba adecuada. Había varias sobre la arena, y quizá si se

moviera lentamente, imitando su forma, el Cazador podría aproximarse bastante como para iniciar un ataque subterráneo.

Debía ser extremadamente cauteloso. Ninguno de los jóvenes miraba en esa dirección; estaban casi dormidos. Pero nunca la precaución resulta excesiva: el Cazador no lamentó demorar cerca de veinte minutos en recorrer el espacio que había entre la orilla y un punto situado a unos tres metros del lugar donde se encontraba Robert Kinnaird. Por cierto, la travesía resultaba desagradable, ya que su cuerpo, desprovisto de epidermis, presentaba menor protección contra el sol que el de la medusa que procuraba imitar; no se rindió, sin embargo, y así pudo alcanzar un punto que, de acuerdo con su reciente experiencia, juzgó suficientemente cercano al objetivo.

Si alguien hubiera estado mirando la gran medusa que yacía, aparentemente inofensiva, a pocos pasos del muchacho en ese momento, hubiera advertido una peculiar disminución en su tamaño. La contracción no significaba nada anormal, ya que ese es el inevitable destino de una medusa sobre una playa caliente; los miembros más ortodoxos de la tribu suelen adelgazarse hasta quedar convertidos en un ligero esqueleto de consistencia parecida a la de una tela de araña. El caso es que nuestro espécimen comenzó a achicarse en todos sentidos hasta que no quedó absolutamente ningún rastro. Durante este proceso, hubiera podido observarse un extraño bultito en el centro que conservaba su forma y tamaño mientras el cuerpo desaparecía a su alrededor: pero también este se desvaneció y solo quedó una leve depresión en la arena. Un observador atento hubiera advertido que esa depresión se extendía hasta el borde del agua.

El Cazador siguió usando el ojo durante la mayor parte de su viaje subterráneo. Su apéndice explorador encontró finalmente una masa de arena más compacta; continuó avanzando con gran sigilo y llegó por fin a tener contacto con algo que solo podía ser carne viva. Como Robert estaba acostado boca abajo, tenía los dedos de los pies enterrados en la arena; el Cazador se regocijó al comprobar que podría operar sin salir siquiera a la superficie. Una vez seguro de ello, disolvió el ojo y hundió la pequeña porción de su masa que aún estaba sobre la superficie. Experimentó un alivio extraordinario al salir de la influencia de los rayos solares.

No se animó a penetrar hasta que todo su cuerpo estuvo concentrado bajo la arena, alrededor del pie semienterrado. Rodeó el miembro con extremo cuidado, estableciendo contacto con la piel sobre una superficie de varios centímetros cuadrados. Solo entonces comenzó a introducirse, deslizando las células ultramicroscópicas de su carne a través de los poros, entre las células epidérmicas, bajo las uñas, en el millar de aberturas sin resguardo que encontró en ese tosco organismo.

El muchacho seguía dormido; sin embargo, el Cazador trabajaba a gran velocidad, ya que hubiera sido terrible para él que Robert moviera el pie antes de que hubiera penetrado completamente. Con toda la rapidez que le permitía su extremada

cautela, el organismo intruso se deslizó suavemente a lo largo de los huesos y tendones del pie y del tobillo; luego ascendió entre los músculos de la pantorrilla y el muslo; remontando la pared exterior de la arteria femoral y atravesando los canales internos del hueso del muslo; rodeando las articulaciones y deslizándose por los vasos sanguíneos. Se filtró en el peritoneo sin causar ningún daño ni molestias a su víctima; finalmente, concentró sus dos kilos de vida ultraterrenal en la cavidad abdominal sin perturbar siquiera el sueño del joven. Allí permaneció un rato, para descansar.

Esta vez poseía una mayor reserva de oxígeno, por haber estado en contacto con el aire durante algunos minutos. Todavía no necesitaba extraerlo de su anfitrión. De ser posible, hubiera querido quedarse en donde estaba durante un día entero; así podría memorizar el ciclo de procesos fisiológicos que se cumplían en el cuerpo de Bob, procesos enteramente nuevos para el Cazador. Por el momento, estaba durmiendo pero seguramente su sueño no duraría mucho. Estos seres parecían desarrollar gran actividad.

Bob se despertó, igual que sus compañeros, al oír la voz de su madre. Esta había llegado silenciosamente. Extendió un mantel a la sombra y dispuso la comida sobre el mismo antes de hablar; sus primeras palabras fueron: «A la mesa».

No pensaba quedarse a comer. Los muchachos insistieron para que lo hiciera, pero prefirió regresar a su casa por el camino de palmeras.

—Trata de volver temprano —le gritó a Bob por encima del hombro al llegar a la arboleda—. Todavía tienes que preparar el equipaje y mañana debes levantarte temprano.

Bob asintió, con la boca llena, y se arrimó al grupo que estaba alrededor del mantel.

Después de comer, los jóvenes conversaron un rato y luego se echaron a dormir; una hora después volvieron al agua, donde continuaron sus juegos violentos, finalmente, al advertir la proximidad de la abrupta noche tropical, levantaron sus cosas y emprendieron el regreso a sus respectivos hogares. Las despedidas fueron breves y se oyeron abundantes promesas de «escribir cuanto antes».

Bob continuó su camino solo hasta su casa. Sentía esa mezcla de pena y de placer anticipado que es común en ocasiones semejantes. Cuando llegó la casa, el último sentimiento había vencido y esperaba ansioso el momento de volver a encontrar a sus amigos de la escuela, a quienes dejara de ver durante aquellos dos meses. Cuando atravesó la puerta silbaba alegremente.

Con la oportuna ayuda de su madre empacó rápidamente sus cosas y a las nueve de la noche ya estaba en la cama, durmiendo. En realidad, pensaba que era demasiado temprano para acostarse, pero ya conocía el valor de la obediencia.

Tal como había planeado, el Cazador permaneció inactivo durante algunas horas, hasta que Bob se durmió. Pero le era imposible continuar de ese modo un día entero; aunque no se moviera, por el solo hecho de vivir, gastaba cierta cantidad de energía y, por ende, de oxígeno. Al advertir que su provisión decrecía cada vez más, pensó que sería necesario reforzarla antes de que la situación se volviera desesperante.

A pesar de que su anfitrión se hallaba dormido no fue menos prudente. Por el momento se encontraba debajo del diafragma y no deseaba, de ningún modo, perturbar el corazón que sentía latir más arriba; pudo localizar sin esfuerzo una gran arteria en el abdomen que ofrecía mucha menos resistencia a la penetración que otras zonas cercanas de organismo. Descubrió, con gran regocijo, que podía extraer suficiente oxígeno de los glóbulos rojos (no los reconocía por su color ya que ni siquiera lo había visto) para saciar sus necesidades, sin disminuir seriamente la cantidad de ese gas que atravesaba este el conducto. Comprobó cuidadosamente este hecho. Su comportamiento era muy distinto al había observado con el tiburón, ya que comenzaba considerar a Robert como su compañero permanente durante su estada en la Tierra, y sus acciones actuales estaban regidas por una ley tan antigua y rígida de su especie que asumía casi las proporciones de un instinto: «¡No hagas nada que pueda dañar a tu compañero!».

FUERA DE JUEGO

«¡No hagas nada que pueda dañar a tu compañero!»

Para la mayoría de los seres de la especie del Cazador ni siquiera existía el deseo de violar esta ley, ya que acostumbraban a vivir en términos de estrecha camaradería con los seres cuyos cuerpos compartían. Los pocos individuos que constituían una excepción eran mirados con el mayor horror por sus congéneres. Era precisamente a uno de estos a quien perseguía el Cazador en el momento de chocar contra la Tierra; y ese individuo que él conocía tan bien, debía ser localizado y apresado aunque solo fuera para proteger a su raza de los ataques de esa criatura irresponsable.

«¡No hagas nada que pueda dañar a tu compañero!»

Desde la llegada del Cazador, aparecieron enjambres de glóbulos blancos en la saludable sangre del muchacho. Hasta el momento los había evitado permaneciendo alejado del centro de las arterias, pero ahora varios de ellos se movían libremente en el tejido linfático y constituían un serio inconveniente para el Cazador. Sus células no eran inmunes al poder de absorción de los glóbulos blancos y debía esquivarlos constantemente para evitar una lesión en su cuerpo. Sabía que esto no podía seguir así indefinidamente, ya que si continuaba evadiéndose o comenzaba a luchar contra los leucocitos se produciría invariablemente un acrecentamiento de los mismos y, tal vez, acarrearía así un estado patológico a su anfitrión. Su raza había tenido que luchar para solucionar problemas de este tipo y, en consecuencia, existía cierta técnica ya elaborada, pero en cada caso individual debía procederse con cuidado. Después de realizar algunos ensayos, el Cazador determinó la naturaleza de las reacciones químicas que se producían en el cuerpo humano para contrarrestar la acción de los leucocitos; seguidamente, expuso cada una de sus células al influjo de los compuestos químicos adecuados que se hallaban en la sangre del joven.

Enseguida experimentó un gran alivio. Los leucocitos dejaron de molestarlo y desde ese momento pudo transitar a salvo a través de los vasos sanguíneos de mayor tamaño; eran verdaderas avenidas por las cuales sus infatigables pseudópodos se deslizaban, explorándolo todo.

«¡No hagas nada que pueda dañar a tu compañero!»

Tenía tanta necesidad de ingerir alimento como de oxígeno. Con gusto hubiera saboreado cualquiera de los distintos tejidos que lo rodeaban, pero la ley de su especie lo detuvo: era necesario seleccionar.

En el cuerpo del muchacho existían algunos organismos extraños; estos debían constituir la principal fuente de alimentación para el Cazador, ya que al ingerirlos eliminaría una amenaza latente para la salud de su anfitrión y le pagaría, en cierto modo, su manutención. Era fácil identificarlos; cualquier cosa que un leucocito

atacara podría ser presa legítima para el Cazador. Probablemente, los microbios locales alcanzarían para alimentarlo durante un tiempo muy corto —no obstante sus reducidas necesidades— y más adelante tendría, quizá, que taladrar el tubo digestivo. Pero eso no causaría ningún daño a Robert; a lo sumo, sentiría un ligero aumento de apetito.

Esta labor de exploración y reconocimiento del terreno duró varias horas. El Cazador advirtió que el joven se había despertado y reanudaba su actividad, pero no hizo ningún esfuerzo por mirar al exterior. Tenía un problema que debía ser resuelto con cuidado y precisión, aunque pudiera parecer lo contrario si se considera la lucha que debió desplegar para zafarse de millares de leucocitos al mismo tiempo, su poder de atención era muy limitado. Aquella fue simplemente una acción automática comparable a la de un hombre que puede sostener una conversación mientras sube unas escaleras.

Gradualmente, los filamentos de los tejidos del Cazador, más finos que las neuronas humanas, formaron una red que se extendía por todo el cuerpo de Bob, desde la cabeza hasta los pies; a través de esos delgados hilos, el Cazador fue compenetrándose del funcionamiento ordinario de cada músculo, glándula y órgano de ese cuerpo. Durante este período, la mayor parte de su masa permaneció en la cavidad abdominal y solo después de más de setenta y dos horas de convivencia con el cuerpo del joven pudo sentirse seguro como para prestar atención a los asuntos exteriores.

Como hiciera con el tiburón, comenzó por llenar los espacios intercelulares de la retina del joven con su propia sustancia. De este modo pudo servirse de los ojos de Bob mejor aún que su mismo dueño, ya que los ojos humanos solo pueden ver con el máximo detalle aquellos objetos cuyas imágenes caen dentro de una superficie retinal de menos de un milímetro de diámetro. El Cazador, en cambio, podía usar toda el área focal de sus lentes, que era decididamente mayor. En consecuencia, podía examinar, con los ojos de Bob, objetos que el joven no alcanzaba a mirar directamente. Esto resultaba ventajoso, ya que la mayor parte de las cosas que interesaban al observador oculto eran demasiado simples como para atraer especialmente la mirada de un ser humano.

El Cazador percibía confusamente los sonidos desde el interior del cuerpo de Robert; por ello, consideró que sería útil establecer un contacto físico directo con los huesos del oído medio. Siendo capaz de oír y de ver tan bien como su anfitrión, se sintió excelentemente equipado para iniciar la búsqueda de su presa. No existían, pues, otras razones para demorar esa búsqueda y destruir cuanto antes al criminal de su propia raza que hasta ahora se hallaba en libertad. Comenzó a mirar y a escuchar con atención.

Hasta el momento había considerado que la búsqueda sería un mero trabajo de rutina. Ya había tenido problemas similares en otras ocasiones. Se proponía observar el exterior desde el cuerpo de Bob hasta encontrar lo que buscaba: entonces, saldría y

eliminaría al opositor por los medios acostumbrados, a pesar de que todo su equipo se encontraba en el fondo del mar. En resumen, su punto de vista era el de un navegante interplanetario y no el de un detective: se imaginaba que un planeta era un objeto pequeño y que ya no tendría mayores problemas para ubicar al fugitivo desde el momento en que se encontraba en un mundo limitado.

Experimentó, pues, una gran conmoción cuando miró por primera vez el ambiente que lo rodeaba. Lo que vio le recordó vagamente la forma cilíndrica de su nave interplanetaria. Ese objeto alargado estaba lleno de asientos colocados en varias filas y ocupados por seres humanos. Junto al observador había una ventana por la cual Bob miraba en ese momento: la sospecha que se acababa de despertar en el Cazador fue confirmada por el paisaje que se distinguía a través de la ventana. Se hallaban a bordo de un aeroplano y viajaban a gran altura; el alienígena no podía determinar la dirección que llevaban ni la velocidad, por el momento. ¿Cómo buscar a su presa? ¡En primer lugar, debería ubicar el continente en que podría hallarse!

El vuelo continuaba desde hacía varias horas.

El Cazador renunció a su intento de memorizar los paisajes que atravesaban. Uno o dos de ellos impresionaron fuertemente su retina y podrían constituir más tarde una clave para orientarse si le fuera posible identificarlos; pero apenas confiaba en esa posibilidad. Sería más conveniente verificar la distancia que la posición, ya que más adelante, cuando se familiarizara con la vida de los hombres, podría averiguar con más facilidad dónde estuvo su huésped en la época en que ingresara a su organismo.

El paisaje resultaba interesante aun cuando parecía menos variado. Era un planeta hermoso. Podían verse innumerables montañas y llanuras, ríos y lagos, bosques y praderas, a través de una atmósfera de varios kilómetros de extensión. De tanto en tanto aparecían espumosas nubes de vapor de agua que interrumpían parcialmente la visión. La máquina que los conducía constituía también un objeto digno de atención; a pesar de lo poco que podía apreciar desde la ventana de Robert, le bastó para tener una idea bastante clara del vehículo.

Podía ver un fragmento de un ala metálica que en cierto punto se encontraba unida a un motor; adelante, giraba a gran velocidad una hélice también metálica. La nave parecía ser simétrica: el Cazador supuso que, por lo menos, debía haber cuatro motores como este. No hubiera podido calcular con precisión cuánta energía gastaban esos motores en forma de sonido y de calor, sospechaba que la cabina en que viajaban debía estar muy bien aislada. La máquina, como un conjunto, le hizo pensar que esta raza había alcanzado evidentemente un grado considerable de progreso mecánico. Por eso lo fustigó una duda: debería, acaso, comunicarse con el ser que hacía las veces de anfitrión y asegurarse su cooperación activa en la búsqueda. Era un punto digno de ser considerado.

Tuvo mucho tiempo para pensar antes de que el avión comenzara a descender gradualmente. El Cazador no podía ver hacia adelante. Además, entraron en una capa de nubes que le impidió formarse una idea del lugar antes de aterrizar. Anotó una

nueva característica de esta raza: o bien poseían sentidos que a él le faltaban, o eran sumamente hábiles e ingeniosos para construir instrumentos que permitieran ese suave descenso entre las nubes.

Poco después, la máquina volvió a encontrarse en el aire cristalino. Mientras el avión describía un amplio giro, distinguió una gran ciudad construida alrededor de un populoso puerto. Luego, el ronco zumbido de los motores subió de intensidad y aparecieron dos grandes ruedas en la parte inferior del aparato; la máquina se deslizó blandamente hasta apoyarse sobre una pista de superficie muy dura. En ese momento los pasajeros sintieron solo una leve trepidación del aparato. El aeródromo se hallaba ubicado cerca del puerto, alejado de los edificios de mayor altura.

Cuando Robert desembarcó, se dio la vuelta para mirar una vez más al aeroplano, y entonces pudo el Cazador formarse una idea más exacta de su tamaño y de los detalles de su construcción. Como le resultaba imposible apreciar la potencia de los cuatro voluminosos motores, no pudo estimar la velocidad, pero la fluctuación de las capas de aire que se hallaba en contacto con las enormes máquinas le hizo pensar que estas debían haber desarrollado una considerable temperatura; por lo menos, estaba seguro de que no eran como los transformadores de plasma usados por los seres de su raza y sus aliados. De cualquier modo, era evidente que la máquina podía recorrer una fracción respetable de la circunferencia del planeta sin tener que descender para proveerse de combustible.

Después de bajar del avión el joven tuvo que realizar los trámites para obtener su equipaje; luego tomó un autobús que lo condujo a la ciudad.

Allí caminó un poco y entró en un cine. Todo resultaba divertido para el Cazador. Aún no había oscurecido cuando salieron para regresar a la estación de autobuses. Después de recoger las valijas que había depositado allí, tomaron otro autobús.

Esto resultaba una verdadera expedición; el vehículo salió de la ciudad y recorrió varios pueblecitos. El sol se había ocultado, casi, cuando se apearon.

Un camino lateral más pequeño, bordeado de amplios y cuidados jardines, conducía hacia una suave ladera; en la cima de la misma se apreciaba un gran edificio, o un grupo de edificios... El Cazador no podía precisarlo. Robert tomó sus valijas y se dirigió hacia allí. El alienígena comenzó a pensar que el viaje había terminado. Ya se hallaba a gran distancia de su presa.

Para el joven, el regreso al colegio, la instalación en una nueva habitación, el encuentro con sus viejos conocidos, eran acontecimientos naturales; para el Cazador, cada actividad, cada cosa que veía y oía, constituía una novedad interesante.

No tenía intenciones, todavía, de realizar un estudio detallado de la raza humana, pero empezaba a oír una voz interior que le anunciaba que su trabajo no sería tan rutinario como se había imaginado y que debería echar mano a todos los conocimientos que pudiera obtener sobre la Tierra. Aún no lo sabía, pero acababa de llegar al lugar más indicado para la absorción de conocimientos.

Miraba y escuchaba febrilmente mientras Bob vaciaba las valijas en su habitación, y luego, cuando recorría el edificio en busca de sus antiguos compañeros. Varias veces trató de conectar las palabras que oía con su posible significado; pero le resultaba muy difícil, ya que casi todas las conversaciones versaban sobre las vacaciones pasadas y los objetos a que se referían se hallaban distantes. Sin embargo se enteró de los nombres de alguno, entre otros, el de su anfitrión.

Después de una hora o dos, decidió que lo mejor sería dedicar toda su atención al problema del lenguaje. Por el momento, nada podía hacer en lo concerniente a su misión; en cambio, si pudiera entender lo que hablaban le sería posible enterarse cuándo volvería Robert al lugar donde lo encontró por primera vez. Antes de que ello sucediera, el Cazador se hallaría fuera de juego; no podría hacer absolutamente nada para ubicar y eliminar a su presa.

Una vez que se convenció de esto, dedicó las horas en que Robert dormía a organizar las pocas palabras que había aprendido, deducir algunas reglas gramaticales y proyectar una campaña definida para aprender mucho más en el menor tiempo posible. Puede parecer extraño que un ser incapaz de controlar sus propios desplazamientos pudiera soñar en planes... pero no olvidemos la extraordinaria amplitud de su visión lateral.

Todo hubiera resultado incomparablemente más simple si solo fuera capaz de fiscalizar los movimientos de su anfitrión, o interpretar e influir en las múltiples reacciones que se cumplían en su sistema nervioso. Por supuesto, controlaba al *perit*, pero no de una manera directa: la pequeña criatura había sido entrenada para responder a estímulos mecánicos aplicados directamente sobre sus músculos así como se enseña a un caballo a responder a una presión de las riendas. Los congéneres del Cazador usaban *perits* para ejecutar actividades delicadas o inadecuadas para sus propios cuerpos semilíquidos. Algunas veces, los anfitriones inteligentes, que casi siempre se unían a seres como el Cazador, no podían penetrar en vehículos tan diminutos como el que llevó a este a la Tierra; entonces debían recurrir también a los *perits*.

Desgraciadamente, Robert Kinnaird no era un *perit* y no podía ser tratado como tal. Por el momento, no había esperanzas de poder influir en sus acciones y, en el futuro, habría que apelar a la razón del muchacho y no usar la fuerza. Por tanto, el Cazador se encontraba en la misma situación de un espectador de cine que quiere cambiar el argumento de la película que está viendo.

Las clases comenzaron al día siguiente. El sentido de las mismas era accesible al alumno aunque los temas, en particular, resultaran generalmente oscuros. Robert tomaba cursos de Inglés. Física, Latín y Francés, entre otros. De estas cuatro materias, la Física resultó la más útil en el aprendizaje del idioma inglés para el Cazador. Es fácil comprenderlo.

Aunque el Cazador no era un científico tenía algunas nociones sobre ciencias — sería imposible manejar una nave interplanetaria sin saber en absoluto cómo funciona

—. Los principios elementales de la Física son los mismos en todas partes y, aun aquellos conceptos aceptados por los autores de los textos de estudio de Bob que diferían de los del Cazador podían hacerse comprensibles a través de los gráficos. Esos diagramas iban casi siempre acompañados por explicaciones escritas, que constituían verdaderas claves para la comprensión de una gran cantidad de palabras.

Un día, durante la clase de Física, el profesor mostró un dibujo salpicado de gruesas letras para explicar un problema de mecánica. El observador oculto comprendió súbitamente la conexión entre letras y sonido y, pocos días después, era capaz de visualizar la escritura de cualquier palabra nueva que oía.

El aprendizaje fue cada vez más veloz. A medida que aumentaba la cantidad de palabras conocidas, comprendía mejor las explicaciones. A principios de Noviembre, dos meses después del comienzo de las clases, el vocabulario del Cazador era semejante en cantidad al de un niño de diez años, aunque su contenido no fuera el mismo. Poseía una reserva, quizás excesiva, de términos científicos y, en cambio, grandes lagunas en terrenos menos especializados. Además, varios términos solo tenían para él una acepción: la científica. Así, por ejemplo la palabra «trabajo» significaba: «fuerza por distancia», etcétera.

Cada vez eran más frecuentes las oportunidades que tenía de descubrir el significado de los textos explicativos: lo hacía con gran habilidad y de este modo podía enterarse más a fondo de las costumbres humanas que ignoraba.

A comienzos de diciembre, cuando la extraña criatura había olvidado todos sus planes debido al interés que despertaba en él el aprendizaje su educación se interrumpió. Esto sucedió —el Cazador lo sabía— por propia negligencia; fue una buena oportunidad para volver a la senda del deber. Robert Kinnaird había integrado el equipo de fútbol de su escuela durante el otoño. El Cazador, que siempre se preocupaba intensamente por la salud de su anfitrión, desaprobaba en cierto modo esta actividad. El partido final de la temporada escolar se jugó el día de Acción de Gracias: cuando el Cazador estuvo seguro de que realmente era el último, nadie estuvo más contento que él. Sin embargo, se regocijó demasiado pronto.

Un día, mientras Bob reconstruía uno de los momentos más apasionantes del juego para demostrar su razón con un argumento, resbaló y se torció seriamente un tobillo, por lo cual debió guardar cama varios días. El Cazador se sentía un poco culpable ya que, al advertir con dos o tres segundos de anticipación el peligro, hubiera podido «afianzar» la red de su tejido que rodeaba las articulaciones y tendones del joven. Por cierto que, dada su reducida fuerza, la ayuda podría no haber resultado suficiente, pero valía la pena haberlo intentado. Ahora que el daño ya estaba hecho, debía permanecer inactivo. Por otra parte, no existía un peligro inminente de infección puesto que no había heridas.

Este incidente le hizo reflexionar no solo acerca de los deberes que tenía para con su anfitrión, sino también lo que debía realizar como agente de policía; una vez más comenzó a pensar en los distintos conocimientos que había adquirido en ese lapso de

tiempo y que podrían ayudarle en su investigación. Con sorpresa quizá y a su pesar descubrió que era muy poco lo que sabía, pues ni siquiera conocía el lugar en que se encontraba el joven cuando él se introdujo en su cuerpo.

Mientras conversaba Bob con un amigo, supo que aquel era una isla. Si su presa había aterrizado en la misma zona debía hallarse aún allí o, por lo menos habría dejado algún rastro. El Cazador recordó su experiencia con el tiburón y pensó que el otro no podría escapar con la ayuda de un pez, ya que hasta el momento no estaba enterado de que existiera en el agua un animal de sangre caliente que respiraba oxígeno del aire. En las conversaciones y lecturas de Bob no había oído mencionar focas y las ballenas, o, en caso contrario, no había comprendido lo que decían.

Si el otro se encontraba dentro de un ser humano, esa persona solo podría alejarse de la isla por medio una embarcación, lo cual significaba que sería posible seguir su pista. Este pensamiento lo reconfortó.

Era, pues, necesario ubicar la isla como medida preliminar para poder volver a ella. Bob recibía a menudo cartas de sus padres, pero el Cazador no advirtió, al comienzo, que estas podrían ser una clave para su problema; le daba bastante trabajo leer la escritura a mano e ignoraba el parentesco que existía entre el muchacho y los remitentes de la carta. No tenía especiales escrúpulos en leer la correspondencia del joven; simplemente le resultaba difícil. También Robert escribía a sus padres con intervalos algo irregulares, Pero ellos no eran los únicos destinatarios de sus cartas. Hacia fines del mes de enero el Cazador descubrió que la mayor parte de la correspondencia de Bob provenía de la misma dirección.

Se convenció de ello cuando su amigo recibió una máquina de escribir como regalo de Navidad. Quizá hubiera en ese regalo una leve alusión a la pereza epistolar del joven pero, desde entonces, al Cazador le resultó mucho más fácil leer las cartas que este último escribía. Pronto supo que casi todas las misivas estaban dirigidas al señor y a la señora Kinnaird. Ya sabía que existía la costumbre de que el apellido del padre pasara a los hijos. Este detalle y los saludos con que comenzaban y terminaban las cartas borraron toda duda acerca de su identidad. Era presumible que el muchacho pasaría con sus padres las vacaciones de verano. Si sus conjeturas eran verdaderas, el nombre de la isla era el mismo que figuraba en los sobres.

Aún no sabía dónde quedaba aquella o cómo llegar hasta allí; solo podía estar seguro, a juzgar por la duración del viaje en avión, que se hallaba a una distancia considerable de su actual ubicación. Bob volvería posiblemente durante las próximas vacaciones, pero el fugitivo tendría, en tal caso, cinco meses más para esconderse... como si los cinco que ya habían pasado no fueran suficientes.

En la biblioteca del colegio había un gran globo terráqueo y una infinidad de mapas en las paredes. Robert solo les daba un rápido vistazo de vez en cuando; entonces el Cazador creía enloquecer. A medida que pasaba el tiempo, tomaba más fuerza en la tentación de controlar los pequeños músculos que determinaban el movimiento de los ojos de su anfitrión. Era una idea mala y peligrosa.

Seguía conteniéndose, pero... parcialmente. Al principio se dominaba, pero cuando sintió que le flaqueaba la paciencia comenzó a considerar como posible lo que antes le parecía una idea alocada... de ponerse en comunicación con su anfitrión y solicitar su ayuda. Después de todo, se decía a sí mismo, podría pasar largos años —todo el tiempo que durara la vida del muchacho, que prometía ser muy larga, pues adentro de su cuerpo se encontraba él para luchar contra los microbios— mirando el mundo través de los ojos de su compañero, sin que le fue posible ubicar a su presa o, en caso de encontrarla, sin poder hacer nada para apoderarse de ella. Tal como estaban las cosas hasta ese momento, el otro podría presentarse en público y hacerle muecas de burla sin que el Cazador pudiera tomar medida alguna. ¿Qué solución debía intentar?

Con los seres que la especie del Cazador adoptaba generalmente como anfitriones, la comunicación solía alcanzar un alto grado de rapidez y comprensión. La unión se realizaba con el completo conocimiento y consentimiento del anfitrión: estaba sobreentendido que el ser de mayor tamaño se ocuparía de conseguir el alimento y además tendría a su cargo la movilidad y la utilización de su fuerza muscular cuando fuera necesario, en tanto que el otro lo protegería contra las enfermedades y accidentes mientras le fuera posible. Ambos ponían sus desarrolladas inteligencias al servicio de su compañero y, en la mayor parte de los casos, la relación se caracterizaba por una notable amistad y camaradería. El simbiota se entendía con su compañero por medio de determinados movimientos por los cuales entraba en contacto con los órganos sensoriales del mismo: por lo general, después de varios años de convivencia, una multitud de señales que pasarían inadvertidas para cualquier otro ser, servían a los dos compañeros para desarrollar una velocidad extraordinaria en sus conversaciones, solo comparable con las comunicaciones telepáticas. Estas señales eran variadísimas; podía el simbiota provocar una contracción en alguno o en todos los músculos de su anfitrión, o ensombrecer las imágenes formadas en su retina, o hacer caer un poco del pelo con que la otra raza estaba espesamente cubierta...

Tratándose de Bob, las cosas eran un poco distintas, pero, no obstante, existía la posibilidad de apelar a sus sentidos. El Cazador percibió difusamente que en el primer momento, el muchacho experimentaría algunas perturbaciones de tipo emocional. Pero estaba seguro de que conseguiría reducir al mínimo dicha perturbación. Su raza había practicado la simbiosis durante tanto tiempo que no existía para ellos el problema de establecer contacto con un ser que no estuviera acostumbrado a eso.

Había tejido una malla «protectora» entre los músculos del muchacho, que podía contraerse del mismo modo que los músculos, aunque con mucha menos fuerza, Además... contaba con la máquina de escribir. Si Bob se hallaba frente a la máquina en un momento determinado, sin saber qué escribir, el Cazador podría mover algunas teclas a su favor. El éxito del experimento dependería casi exclusivamente de la

reacción del muchacho cuando comprobara que sus dedos se movían sin intervención de su voluntad. El Cazador hacía todo lo posible para sentirse optimista.

EL MENSAJE

Dos días después que el Cazador se hubo decidido a entrar en acción, se le presentó la primera oportunidad. Era un sábado por la noche. Esa tarde, el cuadro del colegio había salido ganador en un partido de hockey. Bob resultó ileso, con gran sorpresa del Cazador, quien se sentía bastante aliviado por esta causa y se atribuía parte de la gloria. El triunfo de su colegio y el suyo propio fue estímulo suficiente para que el muchacho resolviera escribir una carta a sus padres. Después de cenar fue a su habitación, su compañero de pieza había salido, y escribió una larga carta con todo lujo de detalles acerca de los acontecimientos de ese día. Lo hizo rápidamente y con gran seguridad. En ningún momento se detuvo para releer lo escrito, lo que puso impaciente al Cazador; cuando terminó la carta y la colocó dentro de sobre, recordó que tenía que escribir una composición de inglés para entregar el próximo lunes. Como los demás estudiantes, nunca acostumbraba a preparar sus deberes con tanta anticipación pero como estaba instalado frente a la máquina y el partido de hockey le proporcionaba un tema interesante para la composición, colocó un papel en blanco en la máquina y escribió el título su nombre y, la fecha.

Luego se detuvo para pensar.

El Cazador no perdió más tiempo. Con varios días de anticipación había decidido cuál sería su primer mensaje. La primera letra se encontraba precisamente bajo el dedo mayor de la mano izquierda del muchacho. La malla de tejido «protector» que movía el músculo correspondiente se contrajo con tanta fuerza que el movimiento parecía originado por el tendón que controlaba dicho dedo. El dedo empujó la tecla que bajó hasta mitad de su profundidad.

La contracción no había sido suficiente como para levantar el tipo y modificar su posición de reposo.

El Cazador sabía que, en comparación con el de un músculo humano, su esfuerzo resultaba muy débil, pero no pensó que lo fuera a tal extremo; cuando Bob movía las teclas parecía realizar la operación sin ningún esfuerzo. Desplazó una mayor cantidad de su masa hacia el lugar donde, con la malla «protectora», trataba de imitar el funcionamiento de un pequeño músculo. Lo intentó innumerables veces, obteniendo siempre el mismo resultado: la tecla solo llegaba a moverse imperceptiblemente.

Lo que estaba sucediendo atrajo la atención de Bob. Otras veces había experimentado cierto temblor muscular como consecuencia de haber realizado un esfuerzo considerable, pero en este caso era distinto. Retiró la mano izquierda del teclado, pero el Cazador desplazó rápidamente su atención hacia la otra mano. Su control, que al comienzo era muy rudimentario, fue ganando pericia y rapidez. Los

dedos de la mano derecha de Robert se retorcieron nerviosamente. El joven los miraba aterrorizado.

Estaba más o menos acostumbrado a la idea de que en cualquier momento podría sufrir un accidente, como cualquier jugador de hockey; pero esto, que parecía un desorden de tipo nervioso, quebrantaba su moral.

Apretó ambos puños con fuerza. El temblor cesó y el muchacho experimentó un gran alivio. El Cazador sabía que nunca podría enfrentar con éxito a un adversario que le opusiera sus propios músculos.

Sin embargo, cuando los puños se aflojaron prudentemente un rato después, el detective hizo otro intento. Esta vez fue en los músculos del brazo y del pecho: pensó que de ese modo conseguiría que las manos del joven volvieran a posarse sobre el teclado. Bob, semidesmayado de susto, se levantó bruscamente, empujando la silla contra la cama de su compañero de pieza. El Cazador podía depositar mayor cantidad de su sustancia corporal alrededor de los músculos de mayor tamaño. La contracción involuntaria que acababa de efectuar había sido perceptible para el muchacho. Bob se hallaba muy afligido. Permanecía inmóvil, tratando de tomar una decisión.

Era obligatorio informar acerca de todos los accidentes y enfermedades a la enfermería del colegio. Si Robert se hubiera lastimado no hubiera vacilado en cumplir la orden, pero le parecía vergonzoso presentarse allí diciendo que tenía desórdenes nerviosos; la idea de ir a la enfermería y explicar lo que le sucedía le repugnaba. Finalmente, decidió no pensar más en ello con la esperanza de que las cosas anduvieran mejor a la mañana siguiente. Apartó la máquina de escribir, tomó un libro y se sentó, decidido a leer. Al principio se sentía bastante incómodo pero, a medida que pasaban los minutos y no volvía a experimentar ninguna irregularidad, se calmó. Pudo entonces concentrarse en la lectura. Su creciente paz mental no fue, sin embargo, compartida por su insospechado acompañante.

El Cazador se disgustó muchísimo cuando Bob apartó la máquina de escribir. Pero no tenía intenciones de renunciar a su intento. Por lo menos ahora estaba seguro de que podía llamar la atención del muchacho sin causarle un daño físico; aunque con el método empleado había logrado producir una perturbación tan manifiesta, que el alienígena consideró más conveniente cambiar de táctica. Tal vez de ese modo podría igualmente comunicarse sin causar tanto desconcierto a su anfitrión. Si bien el Cazador poseía algunos conocimientos rudimentarios acerca de la psicología peculiar de las razas que estaba habituado a frecuentar, estaba seguro de que no podría encontrar las razones de la perturbación que acababa de sufrir su nuevo anfitrión.

Su raza había convivido con otras durante centenares de generaciones y los problemas que se originaban al comienzo de estas relaciones habían sido olvidados, del mismo modo que el hombre ha olvidado los detalles que determinaron su descubrimiento del fuego. Actualmente, los seres de esas otras razas crecían con la esperanza de poder encontrar un compañero de la raza del Cazador antes de pasar la

adolescencia. Por todas estas razones, el Cazador no podía darse cuenta de cómo reaccionaría una persona que no se hubiera desarrollado en tal ambiente.

Atribuyó, pues, la reacción de Bob al método que había empleado, en vez de pensar en la interferencia provocada por su presencia. Hizo entonces lo peor que podía hacer: esperó a que su anfitrión se repusiera del *shock* producido por el primer ensayo y luego, sin perder un instante, volvió a intentarlo.

Esta vez dirigió su acción hacia las cuerdas vocales de Bob. Estas poseían una estructura similar a las que ya conocía y el Cazador podía alterar mecánicamente su tensión, de la misma forma que había procedido con los músculos. No esperaba, por cierto hacerle articular palabras, eso hubiera requerido un control del diafragma, lengua, mandíbula y labios, además de las cuerdas vocales, y el simbiota comprendía perfectamente este hecho; pero si podía tirar de la cuerda vocal en el momento en que el muchacho exhalaba el aire de los pulmones, conseguiría, al menos, producir algún sonido. Como solo le resultaba posible realizar esta operación intermitentemente, no podría enviar un mensaje articulado. Pero se le acababa de ocurrir algo para demostrarle al joven que las perturbaciones eran producidas en forma deliberada.

Por medio de sonidos podría representar números y transmitir series: uno al cuadrado dos al cuadrado, etcétera. A nadie, con toda seguridad, al escuchar sonidos distribuidos de tal manera se le ocurriría pensar que se originaban naturalmente. El muchacho volvió a tranquilizarse; estaba completamente absorbido en lo que leía y respiraba lenta y profundamente.

El Cazador fue mucho más lejos de lo que cualquier ser humano, al tanto de los hechos, hubiera podido imaginar. Estaba Bob terminando de bostezar cuando comenzó la interrupción que le impidió seguir controlando su propia respiración. El Cazador se encontraba muy atareado, tratando de producir una serie de cuatro graznidos, después de haber conseguido que el muchacho lanzara ya dos sonidos extraños. Robert contenía la respiración. Una expresión de terror oscurecía su rostro. Hacía todo lo posible para respirar con cuidado y muy lentamente, pero el Cazador, completamente absorbido en su trabajo, continuaba su serena operación. Tardó varios segundos en advertir que su huésped volvía a sufrir intensamente una perturbación emocional.

Su propio sistema emocional se distendió al comprobar este hecho. Al reparar en que su anfitrión se sentía traspasado de pánico, comenzó a pensar en una nueva forma de «comunicación». Así, ideó un método que consistía en suprimir parcialmente la luz de las retinas del muchacho, de modo que aparecieran dibujadas ante sus ojos las letras del alfabeto inglés. En esos momentos, Robert Kinnaird corría desesperado por el pasillo, después de dejar su habitación, en dirección a la enfermería. Bob se abalanzó hacia la escalera que estaba casi a oscuras.

Los resultados de la interferencia visual no llegaron a la mente del Cazador sino en el preciso instante en que Bob perdió pie, rodando escaleras abajo a pesar de sus esfuerzos para agarrarse a la barandilla.

El simbiota recobró rápidamente su sentido del deber. Antes de que el cuerpo del joven chocara con un obstáculo, ya había afianzado con todas sus fuerzas todas las articulaciones y tendones, para evitar una fractura o torcedura de serias consecuencias.

Cuando un travesaño metálico de la escalera que estaba levantado le desgarró el brazo, desde la muñeca hasta el codo, el Cazador trabajó con tanta eficiencia, que casi no perdió ni una gota de sangre.

Bob sintió el dolor y miró la herida que se mantenía cerrada gracias a una película invisible de tejido no humano y pensó que no era más que un rasguño.

Cuando llegó al pie de la escalera, se levantó, dirigiéndose al dispensario. Al llegar se sintió mejor y más tranquilo, ya que el Cazador había decidido al fin interrumpir sus esfuerzos para que el muchacho advirtiera su presencia.

En el colegio no había un médico permanente, pero en cambio podía hallarse a todas horas una enfermera atendiendo el dispensario. Esta poco pudo comprender de la descripción que le hiciera Robert de sus síntomas nerviosos y le recomendó volver al día siguiente, a la hora de consulta de uno de los doctores que visitaban normalmente el colegio. No obstante, examinó la herida del brazo.

—Ya se ha coagulado la sangre —le dijo al muchacho—. Debería haber venido mucho antes, aunque, de todos modos, no creo que hubiera podido hacer gran cosa en este caso.

—Me lastimé hace cinco minutos —fue la respuesta—. Me caí en la escalera mientras corría hacia aquí para consultar acerca de los otros síntomas. Hubiera sido imposible llegar antes. Pero si ya se ha cerrado la herida, no me preocupa entonces.

La señorita Rand levantó levemente las cejas. Había trabajado como enfermera en distintos colegios durante quince años y estaba segura de haber oído ya todos los cuentos posibles en cuestión de falsas enfermedades. Lo que más le preocupaba ahora era que el muchacho parecía no tener razón alguna para mentir; entonces llegó a la conclusión, en contra de su experiencia profesional, de que Robert estaba, probablemente, diciendo la verdad.

Sabía que, en algunas personas, la sangre se coagula con relativa rapidez. Miró más detenidamente herida del brazo. Sí, parecía reciente. Estaba cubierta por una capa oscura y brillante de sangre endurecida. Raspó suavemente con el dedo y se sorprendió al sentir, no la superficie seca y lisa que esperaba, sino el desagradable contacto con una materia viscosa.

El Cazador no era ducho aún en leer en la mente de los demás y no podía prever un movimiento semejante. Aunque lo hubiera previsto, no le habría sido posible retirar su carne de la herida de Robert, abandonándola en esas condiciones. Tardarían varias horas, quizá uno o dos días, en cerrarse los bordes de la herida. Solo entonces estaría Robert preparado para defenderse sin su ayuda. Debía, pues, seguir firme en su puesto aunque de ese modo se traicionara.

A través de los ojos de su anfitrión observó con cierta intranquilidad a la señorita Rand en el momento en que retiraba bruscamente la mano y se acercaba para mirar con mayor detenimiento el brazo lastimado. Esta vez, pudo ver la película transparente, casi invisible, que cubría la herida. Entonces llegó a una conclusión completamente natural pero errónea. Decidió que la herida no era reciente, como afirmaba Robert; que este se la había curado con la primera sustancia que encontrara a mano —quizá goma para aeromodelismo— y no quería que el hecho se descubriera, pues contravenía las leyes del colegio.

Estaba cometiendo una seria injusticia con el muchacho, ya que no tenía medios de comprobar su hipótesis. Tuvo sin embargo el tino suficiente como para no acusarlo directamente, y sin decir una palabra tomó una botellita de alcohol, empapó una gasa en él y comenzó a eliminar la sustancia extraña.

Solo porque carecía de cuerdas vocales pudo permanecer silencioso el Cazador. Si las hubiera tendido habría emitido agudos gemidos de angustia. No poseía una epidermis verdadera y las células de su cuerpo que rodeaban la herida de su compañero, estaban indefensas contra la acción deshidratante del alcohol. Bastante daño le había causado recibir la acción directa del sol; el alcohol le producía un efecto semejante al que el ácido sulfúrico produce a los seres humanos. Las células exteriores murieron instantáneamente; al resecarse, tomaron el aspecto de un polvo de color pardo que hubiera podido recogerse para ser sometido a un análisis, que sin duda habría interesado enormemente a la enfermera.

No había tiempo para ello. El intenso dolor había a hecho que el Cazador suspendiera su control «muscular» sobre la herida de Robert. La enfermera vio de pronto un largo tajo de más de veinte centímetros de largo y dos centímetros de profundidad en la parte central, que comenzó a sangrar copiosamente. Ella estaba casi tan sorprendida como Robert. Inmediatamente aplicó compresas y vendas sobre la herida. Cuando logró detener la hemorragia fue hasta el teléfono.

Robert Kinnaird se acostó muy tarde esa noche.

RESPUESTAS

A pesar del cansancio, a Bob le costaba conciliar el sueño. El efecto del anestésico local que el doctor le aplicó para coserle la herida comenzaba a desaparecer y, a medida que transcurría la noche, el dolor se hacía más intenso. Casi había olvidado el motivo que originó su visita al dispensario. Ahora estaba en condiciones de pensar con mayor claridad. No se había vuelto a repetir la molestia. Quizá sería mejor no volver a preocuparse por eso. Además, si no experimentaba nuevamente aquellos síntomas, ¿qué le diría al doctor?

También el Cazador tuvo tiempo suficiente para cambiar de opinión. Cuando el doctor aplicó la anestesia sobre el brazo de Bob, tuvo que retirarse de allí y dedicarse a considerar sus propios problemas. Se convenció, finalmente de que cualquier perturbación de un órgano sensorial o de alguna otra función de su anfitrión, originaría en él mismo serias complicaciones emocionales. Entonces comenzó a sospechar que no convendría que Bob se enterara de su presencia, ya que el conocerla, aunque no experimentara por esa causa ninguna anomalía, le traería grandes preocupaciones. Además, ahora le parecía imposible que el muchacho lograra interpretar sus intentos de comunicación por medio de mensajes a través de su cuerpo. La simbiosis entre dos seres inteligentes era extraña a su raza y el Cazador empezaba a darse cuenta de lo que esto significaba en términos de actitudes mentales. Se reprochaba a sí mismo no haber comprendido la situación mucho antes.

Había permanecido ciego para todo lo que no fuera establecer una comunicación entre ambos y solo había considerado dos factores: el instinto de conservación y su deseo de permanecer dentro del cuerpo del joven. Trató de elaborar un plan que no implicara su retiro del cuerpo de Robert. Se imaginaba verse desterrado del hogar donde ya se sentía tan cómodo, arrastrándose como un simple montón de gelatina en un mundo extraño y adverso, buscando afanosamente un anfitrión que lo condujera otra vez a la isla donde había aterrizado, tratando de descubrir sin ayuda de nadie los rastros de un fugitivo que probablemente debía hallarse tan oculto como él mismo... Apartó con decisión este cuadro de su mente.

Sin embargo, era necesario que se comunicara con el muchacho. Había ya comprobado que desde adentro le sería imposible realizar esta empresa. ¿Cómo procedería, entonces? ¿Cómo podría entablar una conversación inteligente con Robert Kinnaird, o con cualquier otro ser humano, desde afuera? No podía hablar, carecía de aparato vocal; a pesar del extraordinario control que poseía sobre su forma corporal, no conseguiría realizar una réplica del aparato humano de la fonación, desde los pulmones hasta los labios. Podría escribir, si el lápiz no fuera demasiado pesado; pero ¿acaso tendría alguna vez oportunidad para hacerlo? ¿Algún ser

humano, al ver cuatro libras de sustancia gelatinosa empuñada en manejar un lápiz y papel, esperaría un resultado legible...? Quizá, aunque lograra leer algo, no lo creería.

Y, sin embargo, debía haber alguna forma. Todos los peligros que había contemplado y que estaba dispuesto a afrontar estaban condicionados por algo: no podría volver al cuerpo del joven, si él lo veía acercarse; ningún ser humano creería en sus sentidos si viera escribir al Cazador; ningún hombre creería en un mensaje escrito por el Cazador si no lo escribiera en su presencia... si el Cazador no proporcionara la evidencia sustancial de su naturaleza y existencia. A pesar de que las dos últimas dificultades parecían poseer soluciones que se excluían entre sí, al atareado detective se le ocurrió de pronto una idea afortunada.

Podría salir del cuerpo de Bob mientras este durmiera; escribiría un mensaje y volvería a entrar a su refugio antes de que el joven se despertara. Ahora todo le parecía demasiado sencillo. Nadie lo vería en la oscuridad; en cuanto a la autenticidad de la nota, Robert Kinnaird, entre todos los hombres del planeta, sería el único que podría encarar con seriedad un mensaje semejante. Solo a él, tal como las cosas se desarrollaban hasta el momento, podía probar el Cazador su existencia y, si fuera necesario, revelar su escondite. Si se decidiera a decirle dónde se encontraba, sería deseable, al menos, que el joven no lo viera para que tal conocimiento no le causara un impacto emocional.

La idea le pareció excelente, aun admitiendo que tenía algunos riesgos. Un buen agente de policía es, a menudo, refractario a todo lo que le signifique exponer gratuitamente su vida. No obstante, el Cazador no vaciló en adoptar el plan. Con un plan de acción firmemente impreso en su mente, comenzó una vez más a observar lo que le rodeaba.

Aún podía ver. El joven tenía los ojos abiertos; todavía estaba despierto. Esto significaba una demora y un esfuerzo mayor para la paciencia del Cazador. Era absurdo que especialmente esa noche Bob tardara tanto en dormirse. En realidad, como el simbiota conocía la causa, se sentía un poco culpable. Era cerca de medianoche. El Cazador moderaba penosamente los impulsos que le exigían actuar. Cuando la respiración y los latidos del corazón de Bob se regularizaron, el Cazador comprendió que su anfitrión se había dormido. Entonces se atrevió a iniciar sus planes. Abandonó el cuerpo de Bob en la misma forma en que había entrado, a través de los poros de la epidermis de los pies. Estaba bastante familiarizado con los hábitos del muchacho durante el sueño, y sabía que era muy poco probable que moviera los pies. La maniobra dio resultado. Sin perder tiempo, el detective se deslizó hacia abajo, atravesando las sábanas y el colchón hasta llegar al suelo, debajo de la cama.

Aunque la ventana estaba abierta y las persianas se hallaban levantadas, estaba demasiado oscuro para ver con claridad, era una noche sin luna y además, no se distinguía ninguna luz próxima al edificio de los dormitorios. Sin embargo, pudo ubicar el escritorio de trabajo de Bob. Allí estaba seguro de que encontraría todo lo

necesario para escribir. Se encaminó hacia el mueble adoptando la forma de una ameba. Pocos minutos después se hallaba entre los papeles y libros que cubrían prácticamente el escritor.

Le resultó fácil encontrar papel limpio; al borde de la mesa, frente a una silla, se encontraba un block de papel borrador. También había lápices y bolígrafos; pero, después de experimentar un rato con los mismos, el Cazador decidió que eran imposibles de manejar a causa de su longitud y de su peso. No obstante, encontró una solución. Había, entre el montón, un lápiz mecánico barato; varias veces vio a Bob mientras lo cargaba de minas y le pareció que podría arreglárselas para sacar una mina de su interior. Después de examinarlo algunos minutos consiguió extraer un trozo de grafito, fácilmente manejable, que le permitiría trazar una marca visible sobre el papel aun con la débil presión que el Cazador podía ejercer.

Comenzó a trabajar sobre el block de papel. Dibujaba las letras con gran lentitud pero claramente. No importaba que él apenas pudiera ver lo que estaba escribiendo ya que había extendido su cuerpo sobre toda la hoja de papel y sentía perfectamente la posición de la punta del lápiz y la grieta que este iba abriendo. Demoró largo rato en decidir lo que diría la nota.

«Bob» comenzó (el Cazador aún no sabía que en ciertas ocasiones suele emplearse un encabezamiento más formal): «estas palabras son para pedirte disculpas por las molestias que te causé anoche. Tenía necesidad de hablarte; intenté hacerlo por medio de aquellos tirones que sentiste en los músculos y también trabando tu voz. No tengo espacio aquí para decirte quién soy y dónde me encuentro; solo puedo asegurarte que estoy en condiciones de oírte hablar en todo momento. Si deseas que yo vuelva a comunicarme contigo no tendrás más que decírmelo y sugerir el método que prefieras; podría hacerte señales contrayendo tus músculos, siempre que estos se hallen completamente relajados o dibujar signos y letras en tu retina cuando fijes la vista en un objeto iluminado en forma pareja. Haré todo lo que esté en mi poder para probarte la veracidad de mis palabras, mas espero que tú mismo me indiques algunas sugerencias acerca de la realización de dichas pruebas. Es sumamente importante para los dos. Por favor, déjame que vuelva a establecer la comunicación».

El Cazador quería firmar la nota, pero no se le ocurría la forma de hacerlo, ya que no poseía un nombre personal. «Cazador» era solamente un apelativo originado en su profesión. Para los amigos de su primer anfitrión él era simplemente el compañero de Jenver, el subjefe de Policía; y le parecía que no convenía usar un título semejante en las circunstancias actuales. Por lo tanto, prefirió no firmar el mensaje. El problema siguiente era elegir el lugar donde dejarlo. No quería que el compañero de habitación de Bob lo viera, al menos antes que este. Pensó que lo mejor sería llevar el papel a la cama y colocarlo encima o debajo de las sábanas.

Primero se dedicó a la tarea de arrancar la hoja del block de papel. Luego decidió que dejaría el mensaje dentro de uno de los zapatos del muchacho. Después de haberlo hecho, volvió a introducirse en el cuerpo de Bob. Solo entonces pudo

descansar. Era necesario esperar hasta la mañana siguiente. Pero no podía dormir en un ambiente semejante. El sistema circulatorio de Robert podría incorporar ampliamente los desechos del metabolismo del visitante en el momento mismo de su formación. Por primer vez, el Cazador lamentó este hecho; hubiera sido maravilloso poder dormir hasta el momento en que Bob leyera la nota. A él solo le era posible esperar.

Cuando el timbre del colegio sonó en el corredor para despertar a los muchachos —el día domingo no justificaba la permanencia en la cama— Bob abrió lentamente los ojos y se incorporó. Sus movimientos fueron lentos al comienzo; luego, al recordar que tenía algunas obligaciones, saltó de la cama descalzo, bajó la ventana, volviendo luego a la cama donde pausadamente, comenzó a vestirse. Su compañero de pieza, que gozaba del privilegio de quedarse unos minutos más en la cama, salió de entre las sábanas después que Robert hubo cerrado la ventana y comenzó a buscar sus prendas para vestirse. No miraba a Robert en el momento en que este se demudó de sorpresa al encontrar la hoja de papel dentro de uno de sus zapatos.

Extrajo la nota, le dio un rápido vistazo y se la colocó en el bolsillo. Lo primero que pensó fue que alguien —probablemente su compañero— le quería hacer una jugarreta y, en ese caso, no le obsequiaría al autor del chiste con la satisfacción de ver la reacción esperada. Alrededor de las diez de la mañana, el Cazador creía que se volvía loco ante la indiferencia del muchacho. Pero este no había olvidado la nota.

Simplemente, esperaba el momento de encontrarse completamente solo. Cuando su compañero salió de la pieza, sacó el mensaje y volvió a leerlo cuidadosamente. Al principio, siguió pensando como antes, pero luego se le planteó una duda. ¿Quién podría estar enterado de lo que le había sucedido la noche anterior?

Es verdad que le había contado todo a la enfermera; pero ni ella ni el doctor le hubieran gastado una broma semejante... y tampoco podían haber relatado sus dolencias a otra persona capaz de hacer un chiste de esa clase. Debía haber otras explicaciones. Pero, para comenzar, se limitaría a interpretar el contenido textual de la nota. Miró afuera de la habitación, buscó por todos lados, en el ropero, debajo de la cama; luego se sentó en la cama y, mirando la pared opuesta a la ventana, dijo en voz alta:

—Muy bien. Veamos tus dibujos de sombras en los ojos.

El Cazador lo complació.

Produce un placer especial obtener resultados descomunales con un pequeño esfuerzo. Así lo sentía ahora el Cazador. Todo su trabajo consistía en aumentar la densidad de algunos materiales semitransparentes que constituían el globo ocular de su anfitrión, de manera de cubrir las terminaciones de los nervios sensitivos

correspondientes, interrumpiendo la entrada de luz según un molde preestablecido. Ya estaba acostumbrado a esa maniobra y podía realizarla sin ningún esfuerzo. En cambio, los resultados que produjo fueron de una magnitud sumamente satisfactoria. Bob se levantó, sin dejar de mirar a la pared; parpadeó varias veces y se frotó los ojos pero, al quedarse tranquilo unos instantes, percibió difusamente la palabra —«gracias»— que parecía proyectarse contra el muro. La palabra parecía «deslizarse» un poco mientras la miraba. No todas las letras quedaban sobre la fóvea —el pequeñísimo espacio de visión más clara de la retina humana— y cuando movió los ojos para verla mejor ya había desaparecido. Le hacía recordar las manchas de colores que se perciben a veces en la oscuridad.

—¿Quién... es usted? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo...? —dijo con voz insegura a medida que las preguntas se agolpaban en su mente, antes de que pudiera articularlas.

En su campo visual aparecieron las siguientes palabras:

—Siéntate tranquilo y observa. Trataré de explicártelo.

El Cazador ya había usado este método en otras oportunidades para hacerse entender por medio de otros idiomas escritos; en pocos minutos pudo acomodarse a la velocidad de lectura normal de Bob.

Una vez que hubo ajustado la velocidad, trataba a toda costa de mantenerla ya que apenas aceleraba o retardaba el ritmo, los ojos del muchacho se desconcentraban.

—Tal como te decía en mi nota, es muy difícil explicar quién soy. Mi trabajo se parece al de sus agentes de policía. No tengo un nombre, tal como ustedes acostumbran, pero puedes llamarme el Detective o el Cazador. No soy originario de este planeta. Llegué aquí persiguiendo a un criminal de mi propia raza. Aún sigo buscándolo. Tanto la nave de él como la mía se destruyeron al aterrizar en la Tierra. Las circunstancias me obligaron a alejarme del lugar de desembarco antes de que pudiera comenzar una búsqueda sistemática. Ese fugitivo representa una amenaza para mi pueblo y también para el tuyo. Es por eso que he solicitado tu ayuda.

—Pero ¿de dónde vienes? ¿Qué clase de persona eres? ¿Cómo puedes formar estas letras frente a mis ojos?

—No te apresures. Venimos de un planeta que gira alrededor de una estrella que podría señalarte en el cielo, pero cuyo nombre ignoro en tu idioma. Soy una persona muy distinta a ti. Quizá no sepas suficiente biología como para entender una explicación completa, pero tal vez conozcas las diferencias que existen entre un protozooario y un virus. Del mismo modo que evolucionaron los seres del tipo de los protozoarios hasta dar origen a las células de mayor tamaño, provistas de un núcleo, características de los organismos de tu especie, mi raza evolucionó a partir de formas de vida aún más pequeñas denominadas virus. Posiblemente hayas leído algo acerca de estas cosas; si no fuera así, yo no conocería las palabras que se usan para denominarlas. Pero tú seguramente ya no recuerdas aquella lección.

—Me parece recordar —replicó Bob en alta voz—. Sin embargo, yo creía que los virus eran prácticamente líquidos.

—Con un tamaño semejante, la distinción casi no existe. En realidad, mi cuerpo no posee una forma definida. Si quieres imaginarte cómo soy, podrías pensar en una de las amebas de ustedes. En comparación con ustedes, yo resulto muy pequeño, a pesar de que mi cuerpo contiene millares de veces más células que el de tu raza.

—¿Por qué no me permites que te vea? ¿Dónde te encuentras?

El Cazador esquivó la pregunta.

—Debido a nuestro diminuto tamaño y endeblez, a menudo nos parece terriblemente peligroso trasladarnos y trabajar por nuestra cuenta. Es por eso que hemos desarrollado el hábito de ir en compañía de otros seres... viviendo en el interior de sus organismos. Podemos hacerlo sin ocasionarles ningún daño, ya que ajustamos nuestra forma al espacio disponible y solemos prestar valiosa ayuda en la lucha contra las enfermedades infecciosas, al destruir gérmenes y otros cuerpos indeseables. De este modo, ese ser goza de mejor salud que ningún otro.

—Parece sumamente interesante. ¿Crees que es posible hacer lo mismo con algún animal de este planeta? Supongo que también para ti resultará muy distinto a lo que estás acostumbrado. ¿Dentro de qué especie te encuentras?

El Cazador trató de postergar el terrible momento, contestando primero a las primeras preguntas.

—El organismo se parecía a...

Ya no prosiguió; la memoria de Bob había comenzado a funcionar.

—¡Espera! ¡Espera un momento! —dijo el joven, parándose nuevamente—. Ya veo adónde quieres llegar... Tú vives en el interior de otros animales. El malestar de anoche... ¡Así que por eso estaba la herida cerrada! ¿Por qué te retiraste luego?

El Cazador se lo contó, inundado de alivio. El joven había comprendido la verdad antes de lo que él esperaba. Y parecía reaccionar favorablemente... Estaba más interesado que afligido. A pedido de Robert, el simbiota repitió las contracciones musculares que le causaran tanta preocupación la noche anterior, pero seguía rehusando mostrarse. Se encontraba tan bien con el actual estado de cosas que no quería seguir experimentando con los sentimientos de Bob.

En realidad, había tenido una suerte increíble en la elección de su compañero. Una persona más joven o de menor educación no habría sido capaz de comprender la situación y se hubiera aterrorizado; un adulto hubiera corrido, quizá, a consultar a un psiquiatra. Bob era suficientemente crecido para comprender algo, al menos, de lo que el Cazador le había dicho y suficientemente joven como para no atribuir todo lo que le estaba sucediendo a un fenómeno de tipo subjetivo.

Bob escuchaba —mejor dicho, observaba— todo lo que el Cazador le contaba acerca de los sucesos que lo trajeron a la Tierra y que culminaron con su encierro en un colegio interno de Massachusetts. El Cazador le explicó la causa de su problema y las razones por las cuales podría interesarle a Bob ayudarlo a solucionarlo. El joven lo comprendió perfectamente; le resultaba fácil percibir el daño que podría ocasionar el simbiota, dentro de su organismo, si no tenía un sentido moral muy aguzado, y la idea

de un ser similar que no estuviera inhibido por una restricción semejante lo hizo estremecer.

EL PROBLEMA NUMERO UNO

Bob comenzó a considerar los aspectos prácticos del asunto aun antes de que el Cazador se refiriera a los mismos.

—Supongo —dijo, pensativo— que tú deseas volver al lugar donde me encontraste para comenzar la búsqueda del prófugo en las islas. ¿Estás seguro de que él también desembarcó allí?

—No podré estarlo hasta encontrar sus rastros —fue la respuesta—. ¿Dijiste islas...? Yo me imaginaba que habría una sola isla y a una distancia considerable. ¿Cuántas hay en esa región?

—No sé; es un archipiélago bastante grande. La que queda más cerca de nuestra casa está a unos cincuenta kilómetros hacia el noreste. Es muy pequeña, pero posee hasta una central eléctrica.

El Cazador reflexionaba. Había volado exactamente en la misma dirección del otro aparato hasta el momento en que aquel desapareció de su área de control. Recordaba que ambos vehículos se habían precipitado hacia «abajo» en línea recta, de modo que, aunque su nave hubiera girado sobre sí misma al caer, no podía haberse alejado de esa línea. Por medio de su pantalla para cortas distancias, había visto cuando el otro se hundió, después de chocar con el agua; sus puntos de aterrizaje no podrían, pues, hallarse a una distancia mayor de cuatro o cinco kilómetros. Explicó todo esto a Bob.

—Entonces —dijo el muchacho—, si logró llegar hasta la costa debe encontrarse en nuestra isla. Eso significa que tendremos que investigar a unas ciento sesenta personas. ¿Estás seguro de que usaría un cuerpo humano para vivir o tendremos que buscarlo dentro de todos los seres vivos que existen en la isla?

—Cualquier criatura capaz de proporcionarnos el alimento y el oxígeno que necesitamos nos puede servir. Pienso que el animal que estaba con ustedes aquel día debe ser uno de los más pequeños que existen con sangre caliente, como los hombres. Sin embargo, estoy seguro de que él se encuentra en el interior de un ser humano, aunque no se haya establecido allí desde el primer momento. De acuerdo con lo que sé hasta ahora, tú representas la única raza inteligente de este planeta; los míos siempre han considerado que los seres inteligentes constituyen la compañía más recomendable. Aunque el fugitivo no busque un verdadero compañero, debe haberse instalado en un organismo humano por considerarlo el anfitrión más seguro. No me cabe duda.

—... Siempre en caso de que haya llegado hasta la costa. Muy bien; nos ocuparemos, entonces, preferentemente de las personas. Será lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

El Cazador ya estaba familiarizado con las expresiones que empleaba Bob, a causa de sus abundantes lecturas.

—La comparación es buena... pero habría que hacer la salvedad de que la aguja lleva un camuflaje de paja —comentó el Cazador.

En ese momento fueron interrumpidos por el compañero de Bob que volvía para prepararse para comer. Aquel día no pudieron seguir conversando. Bob volvió a ver al doctor por la tarde para que le revisara el brazo. Como el Cazador carecía de poderes milagrosos y cicatrizantes, el doctor consideró que la herida se curaba normalmente. No había signos de infección «a pesar», destacó el doctor, «de la tontería que hizo».

—¿Con qué se quiso cerrar la herida?

—Yo no hice absolutamente nada —replicó el muchacho—. Me lastimé cuando venía en dirección a la enfermería. Estaba convencido de que era un simple rasguño hasta el momento en que la enfermera comenzó a limpiar la herida y salió la sangre a borbotones.

Veía claramente que el doctor no creía en sus palabras y pensó que no valía la pena seguir usando ese argumento. El Cazador no le había pedido especialmente que guardara secreto sobre su existencia, pero a Robert se le ocurrió que si se difundía la noticia —siempre en caso de que se aceptara la historia como verídica— podría obstaculizar seriamente las posibilidades de éxito en la búsqueda del prófugo. Por eso prefirió dejar que el doctor continuara con su discurso sobre primeros auxilios. Luego se fue del consultorio.

Poco después de la cena encontró una oportunidad para quedarse a solas. Entonces le preguntó al Cazador:

—¿Qué planes tienes para volver a la isla? Normalmente, yo debería ir allá dentro de seis meses, a mediados de junio. En ese tiempo tu enemigo tiene posibilidades de llegar a esconderse muy bien. ¿Piensas esperar mientras él se oculta más y más o has considerado ya otra forma de poder ir antes?

El Cazador esperaba esa pregunta y tenía lista la respuesta... la respuesta que le permitiría conocer mejor la personalidad del joven.

—Mi movimiento, de ahora en adelante, depende exclusivamente de ti. Si ahora te abandonara, perdería gran parte del trabajo que he realizado durante los últimos cinco meses. Es verdad que he aprendido el idioma de ustedes, lo cual podría ayudarme en otras partes, pero sospecho que me resultaría muy difícil conseguir la cooperación de otra persona. Tú eres el único ser humano de quien estoy seguro de obtener ayuda y comprensión. Al mismo tiempo, es verdad que cuanto antes vuelva a la isla será mejor; así que convendría que tú también fueras. No ignoro que no eres completamente libre para controlar tus propias acciones, pero si se te ocurre la forma de volver pronto allí, sería maravilloso. Yo puedo ayudarte muy poco para resolver este asunto; tú te has criado en este ambiente y puedes juzgar mejor las posibilidades de éxito de un plan determinado. Todo lo que puedo hacer es aconsejarte acerca de

las acciones y de la naturaleza de nuestra presa y de lo que conviene hacer cuando nos lancemos en su búsqueda. ¿Qué razón válida podrías argumentar ante tus padres para regresar inmediatamente a la isla?

Bob no contestó enseguida. Antes no había pensado en tomar el asunto en sus propias manos; pero, a medida que reflexionaba, le parecía más atractivo. Indudablemente, perdería gran parte de sus estudios en el colegio, pero luego podría recuperarlos. Si el Cazador estaba diciendo la verdad, esta cuestión era realmente importante; y Robert no veía por qué su nuevo amigo querría engañarlo. El simbiota tenía razón: era necesario encontrar la forma de volver inmediatamente al hogar.

No podía pensar en desaparecer del colegio. Además de las dificultades que tendría para cruzar todo el continente y una buena parte del océano Pacífico sin ayuda, no deseaba causar a sus padres preocupaciones innecesarias. Eso significaba que debía encontrar una buena excusa para viajar con aprobación oficial.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que el único pretexto aceptable sería una enfermedad o un accidente. En uno o dos casos que él conocía, el pretexto fue la nostalgia del hogar, pero Robert recordaba la mala impresión que le causaron esos individuos y decidió que evitaría adquirir semejante reputación. Lo mejor sería sufrir un accidente tratando de salvar a alguien o algo parecido, pero tenía juicio suficiente como para darse cuenta de que serían escasas esas oportunidades y que la idea, en realidad, carecía de valor práctico. La temporada de hockey no había finalizado aún; podría exponerse voluntariamente a un accidente en el juego.

En cuanto a una enfermedad, no era tan fácil adquirirla a voluntad. Quizá lograría engañar a sus amigos y profesores, pero no a un médico. Había que descartar también esto. Tuvo mil ideas: telegramas falsos que reclamaban su presencia en el hogar, o anunciando malas noticias; pero nada le satisfacía. Después de pensar un largo rato, le dijo al Cazador que se encontraba en un dilema.

—Por primera vez, lamento haber elegido un compañero tan joven como tú —le contestó el simbiota—. Careces de la libertad de movimiento que tiene un adulto. Sin embargo, estoy seguro de que no has agotado tu reserva de ideas. Continúa pensando y avísame en caso de que consideres que puedo prestarte alguna ayuda en tus planes.

Así terminó la conversación. Bob abandonó entristecido la habitación.

Sin embargo, enseguida se animó; olvidó momentáneamente sus preocupaciones al entablar un partido de ping-pong con uno de sus compañeros de clase en la sala de juegos que quedaba junto al gimnasio. Este relajamiento favoreció su análisis subconsciente del problema. Cuando iba por la mitad del primer partido tuvo una idea. Como en ese momento no podía comunicarse con el Cazador ni siquiera reflexionar pausadamente sobre lo que se le acababa de ocurrir, se puso tan preocupado que perdió todo control sobre el juego que hasta entonces se desarrollaba con ventajas para él. Tuvo una rotunda derrota. Trató de dominarse mejor al comenzar el segundo partido; sabía que le sería imposible comunicarse inmediatamente con el Cazador, aunque abandonara el juego. Además, había

comenzado ya a disimular todo lo que pudiera parecer anormal en su comportamiento; y no le parecía nada normal haberse dejado vencer de esa manera.

Pasó bastante tiempo antes de que consiguiera hablar nuevamente con el Cazador. Cuando volvió a la habitación, su compañero ya se encontraba allí, lo cual le impedía conversar no solo mientras estuvieran las luces prendidas sino durante toda la noche. Bob no podía darse cuenta si su voz perturbaba a su compañero. Además, no le sería posible leer las respuestas del Cazador en la oscuridad. Al día siguiente, lunes, debía asistir a clase y no tendría un momento de soledad hasta después de la cena. Desesperado por estos movimientos, tomó unos libros y salió en busca de un aula desocupada. En voz baja, para no llamar la atención de los que pasaran por allí, dio salida, finalmente, a las preguntas tanto tiempo reprimidas.

—Tenemos que arreglar esto —dijo—. Tú puedes hablarme en cualquier momento en que me encuentre desocupado, yo, en cambio debo esperar a hallarme solo para hablar contigo; creerían que estoy loco. Anoche se me ocurrió una idea y estuve todo el tiempo pensando cómo hacer para comunicártela.

—El problema de la conversación no debería ser un inconveniente —contestó el Cazador—. Si te limitas a emitir un susurro inaudible para los demás, hasta podrías mantener los labios cerrados, si quisieras, yo podría aprender fácilmente a interpretar los movimientos de tus cuerdas vocales y de tu lengua. Ya lo había pensado hace algún tiempo, pero entonces no le di mayor importancia a ese problema. Comenzaré ahora mismo. No me costará demasiado; tengo entendido que muchos hombres pueden adquirir gran rapidez y habilidad para «leer» los movimientos de labios. ¿Por qué estabas tan preocupado?

—No veía la forma de salir de aquí para volver a la isla, salvo fingiendo una enfermedad. No podría, seguramente, simular tan bien una enfermedad como para engañar a un médico... pero tú podrías crear en mí toda clase de síntomas... los suficientes como para enloquecerlos. ¿Qué te parece mi idea?

El Cazador vacilaba.

—Sin duda, se podría hacer..., pero hay algunas objeciones. Tú comprendes, por supuesto, cuánto nos repugna realizar algo que pueda dañar a nuestro compañero. En un caso de emergencia, tratándose sobre todo de un ser cuya estructura física conozco a fondo, cumpliría tu plan en última instancia; en tu caso, no puedo estar seguro de no causarte un daño permanente. ¿Comprendes?

—Has vivido dentro de mi cuerpo durante más de cinco meses. Yo hubiera pensado que me conoces tanto o más que yo mismo —objetó Bob.

—Es verdad que conozco tu organismo, pero aún no sé cuánto puede tolerar. Tú representas una especie completamente nueva para mí; los datos que poseo hasta ahora provienen de un solo individuo y no es suficiente. Ignoro hasta qué punto podrían resistir las células vivientes la falta de alimento o de oxígeno; cuál es la concentración máxima de ácidos provocada por la fatiga en la sangre; que tipo de perturbación son capaces de soportar tus sistemas nervioso y circulatorio. Como es

lógico, para comprobar todos esos datos tendría que experimentar contigo... y hasta podría causar tu muerte. Además, ¿cómo estás tan seguro de que te mandarían a tu casa en caso de enfermedad? Quizá preferirían hospitalizarte aquí mismo, en el colegio.

La pregunta enmudeció a Bob durante varios segundos; verdaderamente, no se le había ocurrido esa posibilidad.

—No puedo estar seguro, es verdad —dijo finalmente—. Tendremos que encontrar algo que necesite una cura de reposo —agregó, contrayendo el rostro en señal de repugnancia ante esa idea—. Sin embargo, sigo pensando que tú podrías hacer algo en ese sentido, sin llegar a producir en mí un agotamiento nervioso total.

El Cazador estaba a punto de ceder, pero se sentía aún poco decidido a interferir en los procesos vitales de su compañero. Dijo que lo «pensaría» y aconsejó al muchacho que hiciera lo mismo... y que, si fuera posible, buscara otra solución.

Robert asintió, a pesar de que estaba seguro de tener muy pocas posibilidades de éxito. Tampoco el Cazador se sentía optimista. Aunque conocía rudimentariamente la psicología humana, no le cabía la menor duda de que Bob no podría dedicarse a buscar otras soluciones si no comprobaba la imposibilidad de poner en práctica la primera. El joven seguía pensando en que si el Cazador se lo proponía iba a poder ayudarlo en ese sentido.

El único progreso real registrado en los días subsiguientes consistió en una mejor comunicación. Tal como el detective esperaba, muy pronto fue capaz de interpretar los movimientos de las cuerdas vocales y de la lengua del muchacho, aunque este tuviera casi cerrados los labios y hablara con un volumen inaudible para las personas que se hallaran próximas a él. El Cazador no tenía dificultades para hacerle llegar la respuesta, ya que bastaba que él dejara un momento lo que estaba haciendo y fijara sus ojos sobre una superficie lisa. Además, comenzaron a entenderse por medio de algunas abreviaturas que aligeraban notablemente el intercambio de ideas. No obstante, ninguno de los dos volvió a concebir un plan para abandonar el colegio.

Un observador que hubiera estado al tanto de lo que ocurría, no solo entre Bob y su compañero, sino en las distintas oficinas del colegio, se hubiera divertido durante esos días. Por un lado, el Cazador y su nuevo amigo estaban enteramente concentrados buscando la excusa que le permitiera a Bob volver a su casa; por el otro, el director y los profesores se preguntaban cuál sería la causa del cambio producido en el muchacho; su atención había decaído y parecía completamente abstraído; todas sus calificaciones bajaban de un día a otro. Muchos de ellos pensaban que lo mejor sería mandar al joven a casa de sus padres, hasta que se repusiera. La mera presencia del Cazador —o, mejor dicho, el conocimiento que tenía Bob de esa presencia— iba produciendo las condiciones que desembocarían naturalmente en la situación que ambos deseaban. Si bien el simbiota no producía al

joven un daño físico, la preocupación que lo embargaba y el número siempre creciente de conversaciones «públicas» con el Cazador llamaron la atención de aquellas personas que eran responsables del bienestar de Bob.

El doctor fue consultado sobre este asunto. El facultativo entregó la ficha médica del joven, según la cual se hallaba en perfectas condiciones físicas; durante la primera mitad del año escolar solo había sufrido dos accidentes sin importancia. Volvió a examinar el brazo que aún no estaba completamente cicatrizado, sospechando que, quizá, las anomalías actuales tenían origen en alguna infección; pero, como era de esperar, no encontró ninguna anomalía. Su informe asombró a los profesores.

Bob había cambiado bruscamente convirtiéndose en un individuo solitario, hosco. A petición del cuerpo directivo, el doctor tuvo una entrevista privada con Robert.

No averiguó nada en concreto, pero se convenció de que Bob estaba preocupado con un problema que no quería compartir con nadie. El doctor se formó una teoría perfectamente justificada, pero errónea, por cierto, sobre la naturaleza del problema y recomendó a los profesores que enviaran al muchacho a casa de sus padres durante algunos meses. ¡Quién iba a suponer que todo sería tan sencillo!

El director del colegio escribió una carta al señor Kinnaird, explicándole la situación, tal como la expusiera el doctor, agregando que, si no se oponían, Robert sería enviado de regreso al hogar, donde permanecería hasta el siguiente período escolar que comenzaba en el otoño.

El padre de Bob dudó, más bien, de las teorías del doctor. Conocía muy bien a su hijo, a pesar de lo poco que lo veía durante los últimos años; no obstante, estuvo de acuerdo con la sugestión del señor Raylance. Después de todo, si el chico no trabajaba bien en el colegio, nada ganaría permaneciendo allí, cualquiera fuera la razón de sus problemas. En la isla tenían un médico excelente y una escuela bastante buena. Podría llenar allí el hueco de su educación, mientras realizaba un estudio más cuidadoso de la situación. Además, aparte de todas esas razones, el señor Kinnaird gozaba por anticipado con la perspectiva de ver a su hijo. Telegrafió al colegio autorizando el regreso de Bob y comenzó a prepararse para su llegada.

Se sobreentiende que Robert y Cazador se sorprendieron al recibir estas noticias. El muchacho miraba fijamente, sin articular palabra, al señor Raylance; este lo había llamado a su escritorio para anunciarle su próximo viaje. El Cazador se desesperaba, infructuosamente, por leer los papeles que se encontraban sobre el escritorio del director.

Pocos instantes después, Bob recobró el habla.

—¿Cuál es la razón de mi partida, señor? ¿Ha sucedido algo en mi casa?

—No. Todos están perfectamente. Nosotros pensamos que te haría bien irte de aquí algunos meses: eso es todo. Últimamente no te portaste tan bien en los estudios... ¿verdad?

Estas palabras aclararon todo para el Cazador y, metafóricamente, se pateó a sí mismo por no haberlo previsto; Bob, por supuesto, lo comprendió algo más tarde.

—¿Quiere decir... que me echan de la escuela? Nunca supuse que estaba tan mal en los estudios... Además, hace tan pocos días de esto...

—No. Nada semejante. Hemos observado que te encuentras muy preocupado por algo y el doctor pensó que te hacía falta un poco de descanso. Nos alegrará mucho tenerte de nuevo con nosotros el próximo otoño. Si te parece bien, podríamos entregarte un programa de estudios; de ese modo, el profesor de la isla te ayudará a mantenerte al día. Si trabajas durante el verano, probablemente podrás reintegrarte a tu mismo curso cuando vuelvas. ¿Está bien? ¿O... —dijo sonriendo— es que no quieres ir a tu casa?

Bob se esforzó por devolverle la sonrisa.

—No..., me gustará ver a mis padres. Es decir...

Se detuvo, algo confundido, pensando en la mejor manera de expresar sus pensamientos.

El señor Raylance largó una carcajada.

—Está bien, Bob. No te preocupes... ya sé lo que quieres decir. Ahora es mejor que prepares las valijas y te despidas de tus amigos; trataré de conseguir que te reserven pasaje para el avión de mañana. Lamento que te vayas; sin duda, se notará tu ausencia en el equipo de hockey. Pero la temporada está a punto de terminar y volverás a tiempo para incorporarte al cuadro de fútbol. Buena suerte.

Se estrecharon las manos. Bob se dirigió, aún confundido a su habitación y comenzó a preparar su valija. No dijo nada al Cazador; no era necesario. Hacía tiempo que había dejado de considerar justas las imposiciones de sus mayores por el solo hecho de provenir de gente de más edad; pero esta vez se esforzaba por desentrañar algún significado oculto en las palabras del director y no encontraba nada sospechoso. Decidió, pues, aceptar su buena suerte sin más conjeturas y dejar que el Cazador se ocupara de lo demás.

El Cazador se sintió mucho más tranquilo después de comprender la importancia de las palabra del director. Al desaparecer una fuente de ansiedad constante en él, se sentía como si sus preocupaciones pertenecieran ya al pasado. Las cosas había salido tal como deseaba que sucedieran. Se acababa de portar como un excelente detective. Por cierto había tenido algunos fracasos muy pequeños en el camino pero, ahora que tenía la ventaja de poseer un anfitrión inteligente y dispuesto a cooperar, sabía que podría equilibrar definitivamente los poderes físicos que no poseía. Bob no era como Jenver es verdad, pero se sentía estrechamente vinculado al joven.

El Cazador siguió felicitándose a sí mismo durante todo el tiempo que Bob dedicó a preparar su equipaje y también durante gran parte del viaje. El señor Raylance consiguió que le reservaran un pasaje y, al día siguiente, Robert tomó el autobús para Boston, de donde siguió su viaje, en avión, hasta Seattle. Allí tuvo que trasbordar a un aparato más grande. Durante el viaje, el joven conversó con el simbiota tanto

como le fue posible, pero la conversación se relacionaba exclusivamente con acontecimientos y escenas del viaje. Solo volvieron a ocuparse de sus proyectos cuando se hallaban volando sobre el Pacífico, ya que Bob aceptaba sin reticencias la habilidad que tenía el Cazador para ocuparse de las cosas en el instante en que era posible actuar.

—Cazador, ¿cómo piensas encontrar a tu enemigo? ¿Qué le harás cuando lo encuentres? ¿Hay alguna forma de apresarlos sin perjudicar a su anfitrión?

Por primera vez, el cazador se alegró de que su método para comunicarse tuviera dificultades. De lo contrario, seguramente hubiera empezado a hablar sin darse cuenta de que no tenía nada que decir. En los cinco minutos siguientes, se preguntó si acaso no se habría dejado en alguna parte el trozo de tejido que le servía moralmente como cerebro.

Lo más probable era que su presa se encontrara establecida dentro de otro organismo, tal como el Cazador lo estaba actualmente. No era nada extraordinario. Normalmente, sin embargo, un ser semejante —imposible de detectar por medio de la vista, del oído, del olfato o el tacto— era detectado por medio de experimentos químicos, físicos y biológicos, con o sin la cooperación del ser que hacía las veces de anfitrión. Él conocía ese tipo de experimentos; en algunos casos, era capaz de aplicar la droga necesaria con tal rapidez que, en pocos segundos podía averiguar la presencia de uno de sus congéneres dentro de un organismo sospechoso y también adelantar ciertos datos acerca de su identidad. Bob había dicho que vivían unas ciento setenta personas en la isla. Hubiera sido posible realizar una investigación en pocos días... ¡pero, desgraciadamente, no estaba en condiciones de llevar a cabo las pruebas!

Todo su equipo, junto con las provisiones, había desaparecido en el choque de su aparato interplanetario con la Tierra. Y aun en el caso inverosímil de volver a encontrar el casco de la nave, era absurdo suponer que los instrumentos pudieran hallarse en buen estado y que los reactivos químicos no se hubieran volcado o alterado con el choque y los seis meses de permanencia en el agua salada.

Nunca un policía se encontró tan librado a sus propios recursos como él; hallábase absolutamente aislado de los laboratorios de su planeta y sin posibilidades de recibir ayuda de su propia gente. Ni siquiera sabían dónde estaba: con los millones de soles que existen en la Vía Láctea...

Recordó, tristemente, que Bob le había formulado la misma pregunta algunos días antes; entonces pudo eludir cortésmente la respuesta, pero ahora comprobaba que lo que en aquel momento Bob había dicho acerca de la situación era completamente exacto: buscaban una aguja en un pajar... un inmenso pajar de seres vivientes; y esa aguja envenenada, mortal, se había introducido en uno de ellos.

Bob no tuvo ninguna respuesta a su pregunta.

EN CAMINO

El gran aeroplano los condujo desde Seattle hasta Honolulu, y de allí a Apia, donde trasbordaron a un avión más pequeño que los llevó a Tahití. Cuando llegaron a Papeete, veinticinco horas después de haber salido de Boston, Bob le mostró al Cazador el buque-tanque que hacía el recorrido entre las islas; en él deberían realizar la última etapa de su viaje. Era un vapor común de ese tipo y no parecía nuevo, según el Cazador pudo apreciar cuando volaron por encima del mismo. Dos horas después, Bob descendía del avión y, con su equipaje, se trasladó al puerto.

Una vez que se halló en el barco, el Cazador pudo observar algunos detalles del mismo. Era bastante ancho y toda la sección central estaba ocupada por tanques cuyo nivel apenas sobrepasaba la superficie del agua. La proa y la popa se encontraban a mayor altura y estaban conectadas por medio de unos puentecillos metálicos que cruzaban por encima de los tanques. Era evidente que la nave había sido diseñada para cumplir la función de un buque de carga, y que debía desarrollar una velocidad más bien escasa. Bob subía y bajaba las escaleras que conducían a la sala de máquinas. El Cazador sabía, por experiencia, que sería difícil impedir que el muchacho se apartara de las resbaladizas barandillas recubiertas de una capa de aceite y pensaba que algún día tendría que mandar una colección de huesos rotos al señor Kinnaird, padre.

—¡Hola, señor Teroa! —gritó Bob al subir al puente—. ¿Cree que podrá aguantarme un día entero?

El marinero sonrió.

—Supongo que sí. Hay gente más molesta que tú, después de todo.

Bob abrió muy grandes los ojos, lleno de sorpresa. Luego prosiguió hablando en esa mezcla de francés y de dialectos polinesios que usan los isleños.

—¿Acaso ha llegado alguien que causa dificultades...? Usted debe presentarme a ese genio.

—Ya lo conoces... o, mejor dicho, los conoces. Charlie y Hay lograron meterse en el buque hace dos meses y se las arreglaron para no ser descubiertos hasta el momento en que no fuera posible ya deshacerse de ellos.

—¿Y por qué lo hicieron...? ¿Solo por viajar? Cuando viajaron con usted, hace tiempo, conocieron todo lo que se podía conocer.

—Era más que eso. Charlie quería probar que podía ser útil y que era capaz de desempeñarse en un trabajo estable. Hay dijo que deseaba visitar el museo marino de Papeete sin que un montón de personas mayores le estuviera indicando qué es lo que debía mirar.

—No sabía que a Norman le interesaba la historia natural. Debe ser una afición muy reciente. Estuve cinco meses ausente... puede ser que durante este tiempo él haya comenzado a ocuparse de algo nuevo.

—Exactamente... Y cambiando de tema, no esperaba verte tan pronto de vuelta. ¿Qué pasó? ¿Te echaron de la escuela?

La pregunta, hecha con una mueca de desconfianza, ofendió al muchacho.

Bob gesticuló. No se había preocupado hasta el momento de inventar una historia que explicara su retiro del colegio, pero pensó acertadamente que si él mismo no había podido comprender los motivos del médico, no tenía nada de raro que no pudiera explicárselos a otras personas.

—El doctor del colegio dijo que me convenía volver a casa por un tiempo —replicó—. No me dio razones. A mí me parece que estoy bien... ¿Consiguió Charlie el trabajo que estaba buscando? —preguntó Bob. A pesar de que sabía la respuesta, tenía interés en cambiar el tema.

—Aunque parezca extraño, se desempeñaba bastante bien... pero no le digas esto todavía —contestó el marinero—. Se ha convertido en un buen navegante, pero me parece que debo vigilarlo bastante; le gusta hacer piruetas peligrosas. Ya le llamé la atención al respecto y ahora se porta mejor. ¡Espero que, a pesar de lo que estoy contando, no se te ocurra meterte de polizón en un barco! —dijo Teroa, empujando amistosamente al joven en dirección a la popa donde se encontraban las pocas cabinas de pasajeros que había en el barco.

Bob había olvidado momentáneamente su problema principal. Se hallaba absorbido por el recuerdo de sus amigos y hacía conjeturas acerca de lo que habrían hecho durante su ausencia, ya que generalmente se escribían muy poco durante la época de clases. Aunque pasaba poco tiempo en la isla, Bob la consideraba su «hogar». Por el momento, sus pensamientos eran los de un muchacho de quince años, moderadamente nostálgico.

La pregunta del Cazador, proyectada contra el azul del puerto, mientras Bob se hallaba apoyado contra la barandilla de popa, no hubiera podido coincidir mejor con el estado de ánimo del muchacho. El simbiota había pensado afanosamente y llegó a una conclusión sobre su propia inteligencia; pero esta no era realmente constructiva. Comprendió que no podría encontrar la pista de su enemigo antes de conseguir una buena cantidad de datos que le faltaban. Bob, seguramente, podría proporcionarle algunas informaciones.

—Bob, cuéntame más cosas acerca de la isla. Necesito conocer su tamaño, forma, el lugar donde habitan sus pobladores. Se me ocurre que nuestra tarea principal consistirá en reconstruir las acciones nuestro enemigo, en vez de tratar de localizarlo directamente. Cuando conozca más detalles, podremos decidir en qué lugares sería posible encontrar rastros.

—Por supuesto, Cazador. —Bob se hallaba muy bien predispuesto. Y prosiguió —: Dibujaré un mapa; eso te aclarará más que las palabras. Creo que he traído algunos papeles entre mis cosas.

Se retiró de la barandilla, dirigiéndose hacia su cabina. Esta era una habitación pequeña en el castillo de popa. Allí había una litera y todo el equipaje de Bob estaba apilado en un rincón. Evidentemente, el barco no había sido concebido para pasajeros. Bob encontró un pedazo de papel bastante grande que podría servirle para sus propósitos y lo extendió sobre una valija. Comenzó a dibujar, mientras explicaba los detalles al Cazador.

La isla tenía forma de L mayúscula. El puerto se encontraba sobre el ángulo interior, de frente al norte. Los arrecifes que lo rodeaban tenían forma circular, de modo que la laguna que estos determinaban era muy ancha en la orilla que daba al norte.

Había dos aberturas principales en el arrecife; Bob dijo que la más occidental era la entrada que usaban generalmente los barcos, ya que había sido profundizada por extracción de los bancos de corales.

—Pero, de vez en cuando, tenemos que quitar algún banco coralífero del canal. También se podría pasar en barcos más pequeños, aunque nunca es posible descuidarse. La laguna es poco profunda; apenas tiene unos cuatro metros en la parte más honda. El agua siempre se mantiene caliente. Es por eso que los tanques se construyeron allí.

Robert señaló algunos cuadraditos que había dibujado dentro de la laguna. El Cazador hubiera querido preguntarle para qué estaban allí esos tanques, pero decidió esperar a que Bob terminara de hablar.

—Aquí —dijo el muchacho señalando el recodo de la L— vive casi toda la gente de la isla. Es la parte más baja; el único lugar desde donde se puede ver de orilla a orilla. Allí hay unas treinta casas muy dispersas, con grandes jardines alrededor, de modo que están bastante alejadas unas de otras... Es algo muy distinto a las ciudades que has conocido.

—¿Allí viven ustedes?

—No —contestó Bob, dibujando con el lápiz una doble línea junto a la mayor parte del perímetro de la isla, cerca del borde de la laguna—. Este es el camino que va desde la casa de Norman Hay, próxima al límite noroeste, hasta los galpones de depósito que quedan hacia la mitad de la otra rama de la L. Ambas ramas poseen una cadena de montañas. La zona baja que te he señalado es una especie de valle. Varias familias viven también sobre las laderas septentrionales. La casa de Hay es la última, como te dije; bajando por el camino se pasa por la casa de Hugh Colby, por la de *Shorty* Malmstrom, la de Ken Rice y, por último, la mía. En realidad, esa parte de la isla está casi abandonada. Hay arbustos por todas partes, salvo alrededor de las casas, y es muy difícil limpiar esa zona. Por eso han empleado el otro extremo para los cultivos destinados a alimentar los tanques. Prácticamente vivimos en la selva. Casi

es imposible ver el camino desde mi casa. Si tu amigo decidió probar suerte, escondiéndose allí, no creo que haya podido encontrar nunca un ser humano.

—¿Qué extensión tiene la isla? Tu mapa no tiene escala.

—La rama noroeste mide unos cinco kilómetros y medio de longitud. La otra, alrededor de tres. Ese camino elevado que sale del puerto mide cuatrocientos metros o algo más... quizá medio kilómetro. De allí sale otro camino pavimentado que lo conecta con la ruta principal, la cual llega casi hasta el centro del pueblo. Desde el empalme hasta mi casa hay dos kilómetros y medio y, aproximadamente, la misma distancia al otro borde, donde vive Norman.

El lápiz se deslizaba desordenadamente sobre el papel mientras Robert hablaba. Su entusiasmo crecía cada vez más.

El Cazador seguía las explicaciones con gran interés y pensó que había llegado el momento oportuno para preguntarle a Bob acerca de los tanques que mencionara tantas veces. El joven le contestó con detalles:

—Se llaman tanques de cultivos. Dentro de ellos hay pequeños organismos, gérmenes, que se alimentan prácticamente de cualquier cosa y producen aceite como desecho. Esa es la explicación de todo el negocio. Los desechos van directamente a los tanques y el aceite sube hacia la parte superior; de tanto, en tanto tienen que limpiar los residuos que quedan en el fondo. Es un trabajo asqueroso, verdaderamente. La gente se ha cansado ya de protestar durante largos años por el peligro que significan los vertidos de ese aceite cuando sale al exterior. Cualquier enciclopedia dice que las luces que se ven irradiar de los pantanos son producidas por la descomposición de la materia orgánica contenida en los mismos. Alguien tuvo una idea genial quizá, al conectar entre sí algunos hechos. Los biólogos se dedicaron, entonces, a criar gérmenes especiales, capaces de producir aceites pesados, en vez de gases de pantano. Los desperdicios de toda la isla no alcanzan para alimentar los cinco grandes tanques, es por eso que necesitan recurrir a la vegetación del extremo noreste de la isla para alimentarlos. Los residuos industriales vuelven a la tierra y sirven como fertilizantes. Hay otra razón, aparte de la regularidad del suelo, por la cual se emplea solamente esa zona: es su lejanía de las viviendas. Cuando el residuo está fresco despide muy mal olor. Los tanques grandes están conectados al embarcadero por medio de cañerías especiales; de ese modo, no es necesario transportar el aceite a través de la isla; también hay lanchones de carga para transportar el fertilizante.

—¿No vive gente en la ladera sur de las montañas?

—No. Del lado donde vivimos nosotros soplan vientos muy fuertes y, periódicamente, eso ocasiona graves inconvenientes. Quizá te toque ver un huracán mientras estés aquí. Por otra parte, en la zona industrial es imposible vivir.

El Cazador no hizo comentarios al respecto. Pero le quedó una magnífica impresión —gracias a su mayor conocimiento de la biología— acerca de la principal industria de la isla, aunque no estaba todavía muy seguro de la utilidad de estos conocimientos. Por las apasionadas descripciones que había hecho Bob de las correrías de otrora, conocía a fondo las escolleras exteriores y todos sus intrincados rincones y se sentía capaz de orientarse solo por allí.

Cuando volvieron a subir a cubierta, se distinguía a sus espaldas el pico más elevado de Tahití. Bob apenas se detuvo para contemplarlo; se introdujo en la primera escotilla que encontró y descendió a la sala de máquinas. Había un solo hombre de guardia; al ver al muchacho se acercó al teléfono, como si fuera a solicitar ayuda; luego desistió, sonriendo.

—¿Otra vez por aquí? Anda con cuidado... si no tendré que librarte de algún enredo en las máquinas. ¿Acaso no has visto ya todo lo que hay por aquí?

—No. Nunca se termina de mirar.

Bob obedeció sin embargo al marinero y se limitó a devorar con la vista los aparatos, desde lejos. Él podía comprender el mecanismo de algunos; el encargado de máquinas le explicó el funcionamiento de otros. Al desvanecerse el misterio que los envolvía al principio, también disminuyó el interés del joven, quien comenzó nuevamente a rondar de un lado a otro. En ese momento llegó otro hombre de la tripulación para inspeccionar, como de costumbre, y revisar las juntas y las pérdidas de combustible. Bob seguía observándolo todo con atención. Sabía lo suficiente como para prestar alguna ayuda y varias veces tuvo que hacer mandados durante el viaje. Ahora, mientras el tripulante trabajaba en los ejes, él se encontró sin vigilancia en las inmediaciones de la cámara de bombas.

El Cazador —cosa extraña— no advirtió plenamente el peligro de la situación. Él estaba acostumbrado a ver máquinas menos voluminosas, cuyas partes en movimiento —si las tenían— se hallaban perfectamente protegidas. Vio el tiro de la chimenea, casi sin protección, y los engranajes, pero no pensó que podían resultar peligrosos hasta que oyó unos agudos gritos. En el mismo instante, Bob retiró bruscamente su mano y el Cazador, con la misma intensidad que su anfitrión, sintió un dolor intensísimo cuando el aceite caliente rozó la piel del muchacho. En la semioscuridad, había avanzado un poco más de lo necesario, llegando a rozar con la aceitera una de las máquinas. El violento tirón le hizo apretar la válvula de la aceitera, con lo cual dejó caer una cantidad excesiva de lubricante en la junta que estaba revisando. El aceite caliente se extendió sobre su piel, con los dolorosos resultados consiguientes.

El marinero abandonó la posición en que se encontraba, dando salida a sus sensaciones dolorosas. El aceite lo había quemado en varios lugares. Cuando vio a Bob, pensó enseguida en el muchacho.

—¿Te lastimaste, criatura? —preguntó ansiosamente.

Suponía lo que sucedería si Bob se hubiera accidentado mientras estaba en su compañía. Le habían dado órdenes estrictas sobre lo que el muchacho podía o no hacer.

Bob también tenía buenas razones para no desear sufrir inconvenientes en el lugar en que se hallaba. Sostuvo la mano quemada con la mayor naturalidad posible y replicó:

—No, estoy bien. ¿Qué le sucedió a usted? ¿Puedo ayudarlo?

—En el botiquín hay una pomada para las quemaduras. Me duele bastante, aunque no creo que me haya quemado seriamente. No vale la pena molestar a nadie.

Bob sonrió comprensivamente y fue a buscar el unguento. Mientras lo traía, antes de dárselo al marinero, se colocó un poco del medicamento sobre sus propias quemaduras; pero, de pronto, tuvo un pensamiento que lo frenó en su decisión.

Siguió muy preocupado mientras ayudaba al marinero a curar sus heridas; tan pronto como pudo, salió de la sala de máquinas en dirección a su camarote. Tenía algo que preguntar y, a medida que el dolor se hacía más intenso, su urgencia aumentaba.

—¡Cazador! —exclamó, cuando se convenció de que no había nadie cerca—. Pensé que tú eras capaz de protegerme contra un accidente de este tipo. La cicatriz del brazo ya está casi cerrada...

—Todo lo que hice en aquel caso fue evitar la hemorragia y destruir las bacterias infecciosas —replicó el Cazador—. Para interrumpir el dolor hubiera tenido que cortar los nervios... Las quemaduras no son como las heridas comunes.

—Entonces, ¿por qué no los cortas? ¡Esto me duele demasiado!

—Ya te he dicho que no haré voluntariamente nada que pueda dañarte. Las células nerviosas se regeneran muy lentamente y, algunas veces, se pierden. Tú necesitas poseer una sensibilidad. El dolor es un aviso natural.

—¿Para qué preciso sentir dolor si tú puedes curar las heridas comunes?

—Tú debes evitar esas heridas. Yo no las curo... simplemente, detengo la infección y la pérdida de sangre, como te dije. No tengo poderes mágicos, aunque a ti te parezca lo contrario. Puedo impedir la formación de ampollas sobre la quemadura, bloqueando la salida del plasma; de ese modo, el dolor disminuye notablemente. No puedo hacer nada más. Haré todo lo posible para que sientas el dolor; necesitas algo que te haga ser más cuidadoso. Creía que no se presentaría nunca la oportunidad de decirte estas cosas, pero es preciso que insista en que tú debes tener en tus actividades cotidianas el mismo cuidado que tendrías si yo no estuviera aquí; quieres comportarte como una persona que ignora todas las reglamentaciones del tránsito porque alguien le ha garantizado un servicio gratis. ¡Yo no puedo ofrecerte tanto!

Había algo que el Cazador hizo pero que no quería mencionar. La quemadura es la herida que, con más facilidad puede ocasionar un *shock*. En tal caso, las grandes arterias abdominales se distienden, haciendo descender la presión sanguínea. La persona palidece, pierde temperatura y, a menudo, la conciencia. El Cazador sintió

que estos fenómenos empezaban inmediatamente después del accidente; entonces, contrajo las arterias, del mismo modo que lo había hecho antes con los músculos de Bob. Esta vez, administró la presión con intermitencias, sincronizando las contracciones con el latido del corazón de Bob, de ese modo, su joven amigo ni siquiera llegó a sentir la náusea, que es uno de los primeros síntomas del *shock*. Hizo esto, al mismo tiempo que soldó con su propia sustancia el tejido quemado, a fin de evitar la pérdida de plasma. Tampoco mencionó este detalle al muchacho.

Era la primera vez que se producía una discusión entre el simbiota y su anfitrión. Afortunadamente, Bob tenía suficiente sentido común como para comprender las razones que sustentaban los juicios del Cazador, y bastante autocontrol como para ocultar el leve fastidio que le produjo la negativa del Cazador. Por lo menos, se dijo a sí mismo, nada grave le ocurriría.

Pero esto le hizo revisar su decisión de compartir su vida con el Cazador. Se había imaginado que todo el tiempo que durara la búsqueda sería tan hermoso como estar en el Paraíso. Si bien ya conocía lo que eran las pequeñas heridas y accidentes, resfriados y otras molestias semejantes, hubiera preferido que nada de esto perturbara su felicidad. Varias veces pensó en preguntar al Cazador qué podía hacerse con plagas tales como los mosquitos y las moscas de la arena, pero ahora prefería callar. Era necesario esperar y ver qué sucedía.

La noche fue muy tranquila. Bob aprovechaba bien su libertad. Permaneció hasta muy tarde en el puente, por momentos observaba silenciosamente el mar; de tanto en tanto conversaba con el hombre que manejaba el timón. Alrededor de la medianoche se fue hacia la popa. Allí se quedó unos instantes, apoyado contra la barandilla, mirando la luminosa estela que dejaba el barco sobre el agua y pensando en el parecido que podría existir entre el ritmo inviolado del océano y el planeta en el cual debía realizar su persecución el Cazador. Finalmente, se fue a dormir.

Durante la noche el viento sopló con fuerza y, cuando Bob se despertó a la mañana siguiente, el mar estaba bastante encrespado. El Cazador tuvo oportunidad de investigar las causas y la naturaleza de los mareos producidos por el movimiento de las olas, pero llegó a la conclusión de que le sería imposible hacer nada en ese sentido sin alterar el equilibrio de su anfitrión. Felizmente para Bob, el viento disminuyó pocas horas después y el oleaje se calmó; el barco solo había llegado a rozar el límite de la zona tormentosa.

Pronto olvidó Robert su malestar, pues volvió a mezclarse con los hombres de la tripulación en animada charla. Sabía que su isla sería visible poco después del mediodía. La segunda mitad de la mañana la pasó, prácticamente, trasladándose desde el puente a la proa, fijando su mirada hacia adelante, por encima de las elevadas olas, tratando de ver cuanto antes a su familia, amigos y... de percibir el peligro, a pesar de que no valoró exactamente esto último.

ESCENARIO

Aunque la isla era considerada «elevada», según la terminología local —es decir, que las montañas submarinas formadoras de su base se proyectaban por encima de la superficie del mar en lugar de acercarse meramente a ella para servir de soporte a una superestructura coralina—, su punto más alto se encontraba solo a unos treinta metros por encima del nivel del mar. El buque se hallaba ya muy próximo a la isla y, sin embargo, Bob todavía no podía señalar nada a su huésped invisible. El Cazador, reconociendo finalmente el escenario en que se iba a desarrollar su cacería, consideró necesario llamar la atención del muchacho.

—Bob —le dijo—, comprendo que te guste mirar todo esto, pero hasta el momento no podemos ver nada interesante. Desembarcaremos dentro de dos horas. Si no te opones, me gustaría examinar nuevamente tu mapa.

A pesar de que el simbiota no poseía medios especiales para expresar sus sentimientos por medio de la escritura, Bob captó la seriedad de sus palabras.

—Muy bien, Cazador —contestó, dirigiéndose hacia la cabina en donde había dejado el mapa.

Cuando la gran hoja de papel estuvo extendida frente a ellos, el detective planteó de lleno la cuestión.

—Bob, ¿ya has pensado en qué forma capturaremos a nuestro enemigo? Hasta ahora no he contestado nunca tu pregunta.

—Me parecía muy raro que no me contestaras. Ustedes son tan extraños para mí..., pensé que podrías localizarlo por el olfato, o algo semejante. Por supuesto, te resultará imposible verlo... si es igual que tú. ¿No posees algún aparato para localizarlo?

—¡Qué cosas se te ocurren! No tengo ningún aparato. Estamos en tu planeta. ¿Qué harías tú?

Bob reflexionó unos instantes.

—Si tú te introduces dentro de un cuerpo, supongo que estás en condiciones de descubrir otro ser de tu especie que se halle dentro del mismo cuerpo.

Más que una afirmación, esa frase era una pregunta. El Cazador respondió con el breve signo que Bob había aprendido a interpretar como respuesta afirmativa.

—¿Cuánto tiempo requiere una búsqueda semejante? ¿Puedes introducirte dentro del cuerpo de una persona mientras yo le estoy dando la mano? Contéstame.

—No. Necesito algunos minutos para penetrar en cuerpos como los de ustedes sin que adviertan mi presencia. Los poros de la piel humana son grandes, pero mi cuerpo es mayor aún. Si retirases la mano en el momento en que me encontrara parcialmente en ambos cuerpos, se produciría una situación muy difícil. Podría retirarme

completamente de tu cuerpo; en ese caso, si trabajara durante la noche, cuando la gente duerme, creo que podría investigar toda la isla en cierto tiempo. No es un método muy veloz, por supuesto. Tiene además el inconveniente de que, en el momento de encontrar a mi congénere, me encontraría en circunstancias sumamente embarazosas. Es verdad que, de todos modos, la comprobación final tiene que ser frente a frente, pero quisiera saber qué clase de terreno estoy pisando antes de comenzar la investigación. Es por eso que necesito conocer tus ideas al respecto.

—Yo no conozco ninguno de los métodos que ustedes emplean generalmente —dijo Bob con lentitud—. Y en este momento no puedo imaginar ninguna forma de identificar las personas que tu enemigo habría elegido como anfitriones; pero podemos, en cambio, seguir su pista desde el momento del desembarco y hacer conjeturas acerca de los individuos que él puede haber encontrado en ese momento. ¿Eso es posible?

—Con una salvedad, sí. Nosotros podemos reconstruir su movimiento posible. Lo más probable es que actualmente no encontremos ningún rastro real, pero podría yo decirte, con bastante exactitud, lo que él haría en una situación determinada. Por supuesto, necesito conocer una infinidad de datos acerca de dicha situación: todo lo que tú puedas decirme, y todo lo que yo mismo pueda ver.

—Ya comprendo —contestó Bob—. Muy bien; tendremos que comenzar desde el momento en que él llegó a la isla... si es que llegó alguna vez. ¿Te parece?

—Será preciso comenzar desde más atrás. Antes de tener una hipótesis sobre el lugar de desembarco, debemos tratar de ubicar el lugar donde se produjo el choque. ¿Podrías señalarme en el mapa el lugar exacto donde yo te encontré a ti?

Bob asintió. Señaló con su dedo un punto en el papel. En el extremo noroeste de la isla —la rama más larga de la L— el terreno se estrechaba hasta terminar en punta; desde allí se extendía el arrecife, primero hacia el norte y luego doblaba hacia el este, descendiendo por fin al sur. Así quedaba formada la laguna. Bob señalaba el borde occidental de este punto.

—Esta —dijo— es la única playa verdadera que hay en toda la isla. Allí la costa no está protegida por el arrecife. Como podrás ver, a pocos cientos de metros al sur comienza nuevamente el arrecife. Ese es el lugar que mis amigos y yo preferimos. Allí nos bañábamos aquel día que tú llegaste. Me acuerdo muy bien del tiburón.

—Muy bien —dijo el Cazador—. Hasta poco tiempo antes de penetrar en la atmósfera terrestre, yo lo perseguía por medio de un control automático, hallándome a pocos kilómetros de su línea de vuelo. Cuando advertí la cercanía del planeta, traté de retroceder, pero ya no fue posible. Aun teniendo en cuenta la perturbación que la atmósfera pudiera haber causado en la dirección de los aparatos, no creo que hayamos aterrizado a una distancia mayor de dos o tres kilómetros. Podría comprobarlo; yo lo observaba por medio del visor de proa que solo tiene un campo visual de diez grados. Además, yo debo haber aterrizado a corta distancia de la costa.

¿Sabes cuánto aumenta la profundidad de las aguas a medida que uno se aleja de la isla?

—No conozco el dato exactamente, pero sé que la profundidad es considerable. Los barcos grandes pueden llegar muy cerca del acantilado.

—Eso es lo que me imaginaba; yo aterricé en aguas poco profundas. Él se estrelló dentro de un radio de tres kilómetros, más o menos, a partir de ese punto. Y, prosiguiendo con este razonamiento, pueden eliminarse ya algunas posibilidades. Estoy seguro de que no aterrizó directamente sobre la tierra; por medio de mis instrumentos, pude ver cuando se hundía después de la colisión inicial. Estoy igualmente seguro de que no cayó en la laguna, ya que, según lo que tú dices, es muy poco profunda, y en ese caso tendría que haber alcanzado instantáneamente el fondo. Me arriesgo a suponer que, por lo menos, cayó en un lugar en que el agua mide unos quince metros de profundidad. Podríamos actuar, pues, partiendo de la hipótesis de que él aterrizó dentro de un semicírculo de tres kilómetros de diámetro al oeste de la isla, con el centro a pocos metros de la costa. Admito que no puedo tener una certeza absoluta y que todo esto es muy difícil de probar, pero siempre puede servir como punto de partida. ¿Se te ocurren otras ideas?

—Preguntas, solamente. ¿Cuánto tiempo puede haber demorado para llegar hasta la costa?

—Si tuvo tanta suerte como yo, le bastaron pocas horas. Si el lugar era muy profundo, con menos oxígeno que el que yo disponía y procedió con mayor cautela que yo, puede haber pasado días, semanas quizá errando por el fondo hasta llegar a la costa. Yo mismo no hubiera nunca atacado al tiburón ni tampoco me hubiera aventurado a nadar sin estar completamente seguro de que me hallaba próximo a la costa.

—¿Cómo puedes suponer que tomó la dirección exacta? Quizá todavía está arrastrándose por ahí.

—Quizá... Sin embargo, la tormenta de aquella noche debe haberle ayudado a determinar la dirección del oleaje, tal como hice yo; además, si el declive del fondo es tan brusco como tú afirmas, podría haberle dado otra clave para su problema. En realidad, yo no creo que eso haya constituido un problema para él. Pero, como sabemos que es un cobarde, también se puede suponer que ha permanecido bastante tiempo entre los restos de su nave antes de atreverse a salir de allí.

—Quieres decir que, antes que nada, tendremos que explorar el arrecife, aproximadamente un kilómetro a cada lado de la costa para buscar sus rastros. ¿Es así? Y si encontráramos sus huellas... ¿qué crees que hizo después de tocar tierra? ¿Lo mismo que tú?

—Lo que dijiste primero es exacto. En cuanto a tu pregunta, depende... Sin duda, debe haber sentido deseos de encontrar un anfitrión lo más rápidamente posible; pero es muy difícil decir si se limitó a esperar su llegada en el mismo lugar, o si se lanzó a buscarlo él mismo. Si descubrió allí algunas estructuras artificiales, lo más probable

es que se haya dirigido hacia ellas, esperando que los seres inteligentes que las construyeron llegasen de un momento a otro. Es algo que puede predecirse exactamente. Por eso te dije que si conociera todas las circunstancias que lo rodearon, podría predecir sus acciones.

Bob movió lentamente la cabeza, tratando de comprender lo que le decía el Cazador. Finalmente preguntó:

—¿Qué clase de rastros esperas encontrar en la playa? ¿Qué haríamos en el caso de que no encontráramos sus huellas?

—No lo sé.

Los métodos no le parecían a Bob muy prometedores. Él esperaba que su huésped aportaría alguna técnica suplementaria de su propia ciencia. De pronto, tuvo una idea.

—¡Cazador! ¡Acaba de ocurrírseme algo! ¿Recuerdas que aquel día que te introdujiste en mi cuerpo yo estaba dormido?

El simbiota expresó asentimiento.

—Entonces, ¿el otro individuo no puede haber hecho lo mismo? No podría introducirse de otra manera dentro de una persona, sin ser visto. Me dijiste que tardaste varios minutos para penetrar a través de mi piel. Aunque tu congénere no haya tenido en cuenta los sentimientos o la salud de su anfitrión seguramente ha deseado pasar igualmente inadvertido. Entonces nuestra investigación se reduciría aún más si averiguara qué personas han dormido cerca del agua en los últimos meses. No hay casas junto al mar. La de Norm Hay es la más próxima y no creo que haya mucha gente que vaya a hacer pícnicos como el que nosotros hicimos aquel día. ¿Qué me dices de esto?

—Lo que tú opinas es razonable. Vale la pena ensayarlo, pero... recuerda que no existe un solo lugar de la isla donde el simbiota no haya podido llegar, disponiendo de suficiente tiempo. Todas las personas duermen: unas en un momento, otras en otro... No hay duda de que los que han estado durmiendo alguna vez cerca de la playa deben ser considerados, como tú dices, sospechosos.

Una variación en el ritmo de los motores del barco interrumpió el silencio que siguió a esta observación. Bob fue a cubierta y reparó en que el buque había disminuido de velocidad y estaba virando para poder entrar en el canal oeste. Luego se dirigió de prisa a la proa. Desde allí se percibía una vista muy clara del arrecife septentrional y de la laguna.

Al Cazador le pareció que el arrecife sería un pésimo lugar para investigar. Ningún ser humano podría haberse ocultado allí durante largo tiempo; y, en cuanto a lo concerniente a su presa, tampoco la vida le habría resultado grata en un paraje semejante. Por encima del agua se distinguían largas secciones de los arrecifes, cuya posición era indicada sobre todo por las olas. Algunas partes estaban más levantadas y sobre las mismas se había acumulado una capa de tierra que permitía crecer a una

vegetación precaria; en uno o dos lugares se veían hasta palmeras de cocos. Mientras el barco se introducía por el estrecho canal, advirtió que, a pesar de la reducida extensión de la zona, resultaría muy engorroso encontrar algún rastro en los arrecifes; era imposible que una persona caminara por allí más que unas pocas decenas de metros. Además, debía ser extremadamente peligroso aventurarse en bote por las aguas exteriores, pues las olas, al romper contra el escarpado borde coralino, producían intensas e insospechadas corrientes y remolinos que podrían destrozar cualquier embarcación pequeña al arrojarla contra la rocosa aspereza del acantilado. El mismo buque que los conducía trataba de mantenerse exactamente en el centro del canal, mientras Bob y el Cazador observaban la pared de coral que lo flanqueaba a cada lado.

Cuando entraron en la laguna, permanecieron cautelosamente en el área limitada por las boyas. El Cazador recordó lo que Bob había dicho acerca de la escasa profundidad del agua en esa zona. A ambos lados, distribuidos en varios kilómetros cuadrados que se extendían entre el acantilado y la isla propiamente dicha, se distinguían enormes bloques de cemento. El Cazador supuso que serían los tanques de cultivos. Medían unos sesenta u ochenta metros de lado, pero sus paredes no emergían más de dos metros por encima del agua. Por el momento se hallaban lejos y no se podían apreciar los pequeños detalles. Sin embargo, el Cazador estaba casi seguro de que se hallaban cubiertos por un techo formado casi exclusivamente de paneles de vidrio. En varios puntos cercanos se veían superestructuras menores de forma cuadrada que se hallaban conectadas entre sí por medio de puentecillos y también a una plataforma diminuta, al costado del canal.

Al frente, había una construcción de mayor volumen, con algunos detalles diferentes. Cuando se acercaron, el Cazador comprendió para qué servía. Igual que los tanques, tenía forma rectangular, pero emergía a mayor altura sobre el nivel del agua. En la parte central, alcanzaba casi la altura del puente del buque. En la periferia era mucho más baja, pero aun así su elevación sobrepasaba a la de los tanques de cultivos. Su superficie estaba cubierta con varias construcciones; algunas eran tanques de almacenaje y bombas; otras resultaban de naturaleza menos evidente. Junto al costado que se hallaba frente al barco que se aproximaba, había grandes cables para amarrar embarcaciones y mangueras aún más voluminosas. Veinte o treinta hombres trabajaban afanosamente alrededor de los mismos. Sin duda, toda esa construcción era el desembarcadero al que Bob se había referido: se empleaba para almacenar y trasbordar el combustible, que era el producto principal de la isla.

Ambos observadores miraban a través de los ojos de Bob con extraordinario interés, mientras el vapor entraba en el puerto y empujaba contra las batayolas. Aparecieron muchos más cables y algunos de ellos fueron subidos a bordo. El ensordecedor sonido de las bombas anunciaba que la producción de los últimos ocho días era volcada, en ese momento, en el buque-tanque. Un grito, proveniente del puente, los distrajo.

—¡Bob! ¿Te parece que necesitarás ayuda para bajar tus cosas?

Era Teroa quien hablaba al joven.

—Sí, gracias —contestó Bob—. Iré enseguida.

Volvió a echar un rápido vistazo a su alrededor y vio algo que lo hizo sonreír; luego, corrió por los puentecillos en dirección a la popa. Parcialmente visible, detrás del muelle se hallaba el largo camino que conectaba la construcción con la playa; por allí se veía venir un *jeep* a toda velocidad. Bob sabía ya quién era el conductor de ese vehículo.

El equipaje fue bajado rápidamente del barco. Pero el *jeep* dio vuelta y se detuvo junto a las mangueras algunos minutos antes de que Bob y el marinero bajaran por la planchada arrastrando la última valija que quedaba en el barco. Bob corrió al encuentro del hombre que estaba parado junto al automóvil. El Cazador lo observó con interés y cierta simpatía.

El simbiota se había familiarizado ampliamente con los rostros humanos y era capaz de reconocer el parecido que existía entre el padre y el hijo. Bob era algunos centímetros más bajo que su progenitor, pero ambos tenían los mismos cabellos negros y ojos azules, la misma nariz recta y ancha, la boca dispuesta a sonreír, el mismo mentón.

Los saludos de Bob evidenciaban la exuberancia natural de su edad; su padre, que no se hallaba menos encantado por el encuentro, mantenía, sin embargo, cierta gravedad en el rostro que pasó inadvertida al muchacho, aunque no al Cazador. Este advirtió el olvido de ambos de la necesidad de convencer al señor Kinnaird de que a su hijo no le pasaba nada serio, a fin de poder gozar de la libertad de acción necesaria para su investigación. Dejó de lado ese pensamiento por el momento y escuchó con gran interés la conversación. Bob acosó a su padre con un mar de preguntas que incluían los hechos y la vida de casi toda la población de la isla. Al principio, el Cazador criticó interiormente al joven por haber comenzado tan temprano con la investigación, pero enseguida se dio cuenta de que Bob ni siquiera pensaba en ello. Simplemente, estaba tratando de llenar el vacío producido por cinco meses de ausencia. El detective no se preocupó más y escuchó atentamente las respuestas del señor Kinnaird, con la esperanza de encontrar alguna información útil. Por eso, se decepcionó como un ser humano cuando el hombre interrumpió las preguntas con una carcajada.

—¡Pero, muchacho! ¿Cómo puedo saber lo que cada persona de la isla hizo mientras estabas ausente? Tendrás que preguntarles personalmente. Deberé quedarme aquí hasta que terminen de descargar; es mejor que tú vayas en el *jeep* a casa llevando el equipaje, pues tu madre está impaciente por verte. En cuanto a tus amigos, no han salido todavía del colegio.

—¡Oh, es verdad! Tendré que ocuparme del colegio. Estaba olvidando que esta vez no vine a casa para pasar las vacaciones.

Por un momento se puso tan serio que su padre volvió a reírse con ganas, sin advertir la causa de la repentina preocupación de su hijo. Bob se recobró rápidamente, sin embargo, y, levantando la vista, dijo:

—Está bien, papá. Llevaré mis cosas a casa. ¿Te veré durante el almuerzo?

—Sí, siempre que traigas el *jeep* de vuelta apenas termines tú. ¡Y no me digas que me conviene hacer ejercicio!

Bob sonrió; había recuperado su buen humor.

—Volveré apenas esté listo para ir a nadar un rato —replicó.

Bob cargó las valijas en el automóvil y luego se sentó frente al volante. Se dirigió a toda velocidad en dirección a la playa. Allí, tal como le había dicho al Cazador, había un camino pavimentado que se introducía en la isla aproximadamente cuatrocientos metros; luego se unía con el camino principal en ángulo recto. A lo largo de la ruta lateral había cobertizos contruidos con chapas de hierro acanaladas. Cuando llegaron a la curva, el Cazador observó que esos depósitos se extendían hacia la izquierda, a lo largo del brazo más pequeño de la isla. También pudo ver el cemento blanco de otro tanque de cultivos asomando por el costado de la montaña que se hallaba en esa dirección y resolvió preguntar a Bob en la primera oportunidad por qué ese tanque no estaba construido en el agua, como los otros.

En el lugar en que se unían los dos caminos, comenzaron a aparecer viviendas, en vez de cobertizos de almacenaje. La mayor parte de las casas se encontraban frente al lado del camino que daba a la costa, pero una de ellas, rodeada por un amplio jardín, estaba hacia la derecha, pocos metros antes de la curva. Un muchacho alto, de piel trigueña, trabajaba en el jardín. Cuando Bob lo vio, frenó el *jeep* y emitió un silbido ensordecedor. El jardinero levantó la vista, se enderezó, corriendo enseguida en dirección al camino.

—¡Bob! No sabía que pensaras venir tan pronto. ¿Qué estuviste haciendo por allá, criatura?

Charles Teroa tenía solo tres años más que Bob, pero, como ya había terminado sus estudios secundarios, usaba un tonillo condescendiente con ese amigo menor que aún asistía al colegio. Bob ya no se sentía agraviado por ello, como anteriormente.

—No hice tantas cosas como tú —contestó— según lo que dice tu padre...

Teroa hizo un gesto.

—¿Papá te lo contó? ¡Ah!, fue muy divertido, a pesar de que tu amigo se echó atrás a último momento.

—¿Crees, en serio, que le darán trabajo a una persona que pasa la mitad de sus días durmiendo? —dijo Bob sarcásticamente, recordando que había prometido al señor Teroa mantener el asunto en secreto por el momento.

Charlie estaba indignado.

—¿Qué quieres decir? Nunca duermo cuando hay algo que hacer —y mirando el pasto que crecía a la sombra de un árbol muy grande que estaba al lado de la casa, prosiguió—: Mira; ¿te parece que podría haber un lugar mejor que ese para echarse una siestecita? Y, sin embargo, estoy trabajando... Hasta he vuelto a ir al colegio.

—¿Qué dices?

—Estoy estudiando navegación con el señor Dennis. Espero que lo que me enseña me sirva muy pronto.

Bob levantó las cejas.

—¿Muy pronto? ¡Qué aplicado eres! ¿Cuándo será eso?

—Todavía no lo sé. Te avisaré cuando crea que estoy listo. ¿Quieres venir?

—No sé... En realidad, no quiero trabajar en un barco. Veremos qué pienso cuando tú estés próximo a partir. Ahora debo llevar estas cosas a casa, traer de vuelta el *jeep* para papá e ir al colegio antes de que salgan los muchachos; será mejor que me vaya.

Teroa hizo un gesto afirmativo y se apartó del *jeep*.

—Es una lástima que tú no seas como esas cosas que a menudo se dividen en dos partes, tal como nos enseñan en el colegio. Si yo hubiera podido dividirme hace algún tiempo, ya una parte mía no estaría aquí.

Bob, en ciertas ocasiones, pensaba con gran rapidez. En esta oportunidad apenas pudo disimular la sacudida que le produjeron las palabras de Charlie. Se despidió, puso el vehículo en marcha, dio vuelta a la esquina hacia la derecha y apretó el acelerador. El camino estaba bordeado por casas y jardines. Después de recorrer una medio kilómetro, Bob habló por primera vez, al señalar un edificio largo y bajo que se extendía hacia la izquierda. Era la escuela. Un poco más adelante, colocó el automóvil al costado del camino y se paró. No se distinguía desde allí la otra sección de la isla. Habían llegado con extraordinaria rapidez a la zona más densamente poblada que Bob mencionara antes.

—Cazador —dijo el joven nerviosamente apenas detuvo el vehículo—. Nunca lo había pensado hasta ahora, pero Charlie me hizo recordarlo. Si tus congéneres se parecen a las amebas, tal como dijiste, quizá tengamos que apresar a más de un simbiota...

El Cazador no comprendió la vacilación del muchacho y tampoco comprendió el sentido de su pregunta. Después de un momento, cuando la hubo digerido, dijo a Bob:

—¿Lo que quieres saber es si nuestro amigo puede haberse dividido en dos partes, igual que las amebas?... Nosotros somos seres mucho más complicados. El simbiota podría formar un nuevo individuo con una parte de su propio cuerpo; pero el nuevo ser requiere un tiempo aproximado de un año para alcanzar la edad adulta. Por supuesto, el simbiota podría crearlo en cualquier momento, pero no creo que lo haga; tengo buenas razones para pensar así. Si se desdoblara en el interior de un ser humano, el nuevo simbiota se movería en ese ambiente con la inexperiencia y la

torpeza de un niño recién nacido de tu propia raza; al moverse, a ciegas, en busca de alimento, podría llegar a matar a su anfitrión. Es verdad que nosotros conocemos más biología que ustedes, pero no nacemos con el saber ya organizado; aprender a vivir con un anfitrión lleva mucho tiempo y constituye una de las fases más importantes de nuestra educación. Por otra parte, si nuestra presa llegara a reproducirse, lo haría por motivos exclusivamente egoístas. No se me había ocurrido esto antes... Si creara un nuevo ser, este sería capturado y destruido inmediatamente, de modo que los perseguidores creerían que le han dado muerte a él mismo. Estoy seguro de que si nuestro enemigo llegara a pensar así, no tendría la menor vacilación en llevar a cabo su cometido. Pero más bien me siento inclinado a creer que lo primero que hizo fue elegir un buen anfitrión; si este le resultó suficientemente adecuado, es difícil que se haya decidido a abandonarlo con el propósito que tú sugieres.

—¡Qué alivio! —suspiró Bob—. ¡Ya me parecía que tendríamos que cazar a toda una tribu!

Volvió a poner en marcha el *jeep* y anduvo sin detenerse el corto trecho que le faltaba para llegar a su casa. Esta se hallaba sobre la ladera, a cierta distancia del camino y al final de un sendero completamente techado por los árboles. Era una casa grande, de dos pisos, ubicada en medio de la selva; los matorrales más espesos llegaban a pocos metros de distancia, de modo que las ventanas de la planta baja estaban casi todo el tiempo en sombras. En el frente, se había limpiado un pedazo más extenso de terreno para construir un porche soleado. Pero la señora Kinnaird prefirió plantar enredaderas que dieran un poco de sombra. Si bien la temperatura de la isla no era excesivamente alta a causa del agua que la rodeaba, el sol era muy intenso y cualquier lugar sombreado se convertía en algo deseable.

La madre lo esperaba en el porche. Había oído la sirena del barco al entrar en el desembarcadero y, además, escuchó el motor del *jeep* que se aproximaba por el camino. Bob la saludó con afecto, aunque con menos efusión que la demostrada a su padre en el muelle. La señora Kinnaird no percibió nada raro en el aspecto ni en el comportamiento de su hijo. Bob estuvo apenas un momento en la casa, pero ella no esperaba que se quedara más tiempo. Robert hablaba sin parar mientras descargaba el *jeep* y transportaba el equipaje a su pieza; luego se cambió de ropa, tomó su bicicleta y la subió al *jeep*. Enseguida partió. Ella estaba orgullosa de su hijo y hubiera deseado retenerlo un momento más, pero ya sabía que a él no le gustaba sentarse a charlar durante un largo rato. Sin embargo, no lamentaba que su hijo fuera así; hubiera lamentado, de veras, que su carácter fuera tan débil como para comportarse de una manera semejante. El peso que le produjera la comunicación del colegio se aligeró después de verlo y de oírlo. Cuando volvió a sus quehaceres domésticos se sentía más tranquila, mientras oía alejarse al *jeep* por el camino, en dirección al muelle.

Esta vez, Bob no encontró a nadie en el camino y no se detuvo. Dejó el vehículo en el lugar acostumbrado, junto a uno de los tanques; bajó la bicicleta y tuvo con ella

una pequeña demora, pues había olvidado revisar si las ruedas estaban bien infladas al salir de su casa. Luego se dedicó a pedalear de vuelta por el camino. Su rostro expresaba impaciencia y nerviosismo, no solo porque iba al encuentro de sus amigos después de una larga ausencia, sino porque un juego muy excitante —desde su punto de vista— iba a comenzar. Estaba preparado. Conocía bien el escenario, la isla donde había nacido; estaba seguro de conocer palmo a palmo cada metro cuadrado de terreno. El Cazador estaba al tanto de los diversos aspectos que podía adquirir su adversario y de sus recursos: solo faltaban los personajes. Una sombra de pesimismo cubrió la alegría del rostro de Bob al pensar en ello. No era nada tonto y sabía que, entre todos los habitantes de la isla, los que pasaban más tiempo cerca de la playa y junto al mar y que, por ende, podrían haber servido de refugio al enemigo, eran sus mejores camaradas.

LOS ACTORES

Bob calculó bien la hora de llegada; las clases terminaron solo uno o dos minutos después e inmediatamente se vio rodeado por una multitud de conocidos. En la isla había una proporción considerable de niños y jóvenes en edad escolar. Hubo apretones de manos, bullicio, preguntas mutuas. Finalmente, el grupo se disolvió y Bob quedó rodeado por algunos amigos más íntimos.

El Cazador solo reconoció a uno de ellos; pertenecía al grupo que estaba nadando aquel día que él encontró a Bob. En esa época, el simbiota carecía de la necesaria experiencia para distinguir rasgos humanos, pero era muy difícil olvidar la desgreñada cabellera rojiza de Kenny Rice. Por la conversación, el Cazador se enteró enseguida de que los otros también habían estado aquel día en el pícnic: Norman Hay y Hugh Colby eran sin duda los que Bob había mencionado mientras describía la situación de la isla. El único a quien hasta ahora el Cazador no había visto nunca era Kenneth Malmstrom; este era un muchacho rubio de unos quince años que medía más de un metro ochenta de altura; todos lo llamaban por su sobrenombre: *Shorty*. Los cinco amigos eran viejos compañeros de andanzas por la isla. Había sido una verdadera coincidencia que el simbiota los encontrara nadando cerca del lugar de su naufragio. Cualquiera isleño, enterado del punto en que el Cazador fue a parar, habría apostado que uno de estos muchachos sería su primer anfitrión. A ninguno de ellos le pareció extraño que Bob comenzara a pedirles noticias:

—¿Estuvieron cerca del arrecife, últimamente?

—No —replicó Rice—. Hugh rompió el piso del bote hace unas seis semanas y, desde entonces no hemos podido encontrar una tabla que le ande bien.

—¡Ese piso estaba flojo desde hacía mucho tiempo! —arguyó en su defensa Colby, el más joven de los cinco, que se caracterizaba por su temperamento pacífico y su timidez.

Nadie discutió su afirmación.

—De todos modos... ahora tendríamos que recorrer la costa sur para poder salir en bote —agregó Rice—. En diciembre hubo una tormenta muy fuerte que empujó un banco de coral contra la salida. Papá nos prometió dinamitarlo, pero hasta el momento no ha ido por allí.

—¿No podrías persuadirlo de que nos dejara hacerlo a nosotros? —preguntó Bob—. Una carga bastaría y, además, todos sabemos manejarla.

—Trata tú de convencerlo... Su única respuesta fue: «Cuando seas mayor».

—Vamos a la playa entonces —dijo Bob.

Había varias playas en la isla, pero esa palabra tenía un solo significado para el grupo.

—Podríamos caminar por la playa en dirección al sur y darnos un baño por allí — prosiguió Bob—. Desde que me fui de aquí no he estado en agua salada.

Los otros aceptaron la propuesta. Enseguida se dispersaron para recoger sus bicicletas que habían quedado apoyadas contra la pared exterior de la escuela.

El Cazador aprovechó en buena forma los oídos y los ojos de Bob durante el trayecto. Se enteró de pocas cosas pero, en cambio, la imagen visual que tenía de la isla se aclaró bastante. Bob no le había mencionado el riachuelo que desembocaba en la laguna a unos doscientos metros de distancia de la escuela. Tampoco lo había visto el Cazador cuando fueron hasta la casa del muchacho; pero ahora, el puente de madera que estaban atravesando atrajo su atención. Enseguida pasaron por el lugar donde Bob había parado el *jeep*. Luego, a un kilómetro de la escuela, los otros muchachos se detuvieron y esperaron mientras Bob iba a buscar su traje de baño. Trescientos metros más adelante, Rice hizo lo mismo. Luego pasaron por encima de otro arroyuelo que corría por un desagadero de cemento. El Cazador dedujo, a partir de varias frases que había escuchado, que el bote al cual Rice se refiriera anteriormente se hallaba en la boca de esa corriente de agua.

Malmstrom y Colby, por turno, dejaron sus libros y recogieron su ropa de baño en sus casas; finalmente, el grupo llegó a la residencia de Hay, al final del camino pavimentado y a unos tres kilómetros de distancia de la escuela. Allí dejaron las bicicletas.

Luego se dirigieron a pie hacia el oeste, dando la vuelta a la colina que constituía la espina dorsal de la isla y donde se hallaban todas las casas.

Llegaron a la playa, después de caminar alrededor de medio kilómetro, en parte a través de la espesa vegetación de la colina y, por momentos, atravesando unos bosquecillos bastante ralos de palmeras, al fin encontraba el Cazador un lugar conocido. La laguna donde encallara el tiburón había desaparecido —las tormentas y las mareas no dejaban nunca de modificar los bancos de arena—, pero el bosquecillo de palmeras y la playa eran las mismas. Había llegado por fin al lugar donde encontrara a Bob; el lugar donde debió haber comenzado su búsqueda a no ser por su increíble mala suerte; el lugar donde debería comenzar inexorablemente su búsqueda.

Sin embargo, ninguno de esos muchachos pensaba en detectives y en crímenes por el momento.

En un minuto estuvieron listos para ir al agua.

Bob se adelantó en dirección a la orilla. Su piel blanca contrastaba con el tinte bronceado de sus jóvenes amigos.

La playa, que era de arena muy fina, contenía no obstante, filosos fragmentos de coral. Con el apuro, el muchacho pisó sin cuidado encima de estos.

El Cazador cumplía con su deber en esos momentos de modo que Bob no encontró señales de las heridas al examinarse la planta de los pies; pensó que su

sensibilidad se le había agudizado después de tantos meses de usar zapatos. Siguió, pues, corriendo en dirección al agua. Naturalmente, no quería que sus amigos lo consideraran un flojo. El Cazador, en cambio, estaba bastante fastidiado. ¿No era suficiente un sermón, acaso? Aplicó entonces las contracciones musculares que su primer anfitrión acostumbraba a interpretar como la señal de que se estaba propasando; pero Bob se hallaba tan tenso que ni siquiera sintió el aviso; aunque hubiera sentido el tirón, difícilmente habría entendido su significado. Se metió en el agua hasta que esta le llegó a la altura de la cadera y se lanzó de cabeza contra una ola que se aproximaba. Los otros jóvenes lo seguían. El Cazador renunció a sus intentos de llamar la atención del muchacho, limitándose a mantener cerradas las heridas y a contener su enojo. Aunque su anfitrión era aún muy joven, debería tener mayor control sobre sus actos y no descargar el peso de la conservación de su salud enteramente sobre el Cazador. Era necesario tomar alguna medida.

Nadaron muy poco; tal como Bob dijera, esta era la única parte de la isla que no se hallaba protegida por los arrecifes y, como consecuencia, el oleaje era muy intenso. Los jóvenes salieron del agua pocos minutos después, envolvieron sus ropas en sus respectivas camisas y empezaron a caminar por la playa en dirección al sur. Antes de que se alejaran demasiado, el Cazador aprovechó el momento en que Bob miró hacia el mar para aconsejarle, con términos muy severos, que se calzara los zapatos. El sentido común del muchacho tuvo más peso que su vanidad y obedeció al Cazador.

Después de caminar unos pocos cientos de metros, los arrecifes comenzaban nuevamente y la playa se alejaba cada vez más, con la consiguiente disminución de la resaca; a pesar de esto, tuvieron una suerte excepcional, pues encontraron una tabla de más de tres metros de largo y cuarenta centímetros de ancho que se hallaba sobre la arena. Los muchachos se abstuvieron de pensar que podría haber sido arrancada por la corriente de la construcción que se estaba levantando en el otro extremo de la isla. La imagen del bote que era necesario reparar no se separaba de sus mentes. Arrastraron la tabla lejos del agua y Malmstrom escribió su nombre sobre la arena, al lado de la misma. La dejaron en ese lugar para recogerla cuando pasaran de regreso.

La «costa sur» no les proporcionó mayores novedades a los jóvenes exploradores. Cerca del fin de su recorrido, encontraron una raya enterrada, en la arena. Bob examinó cuidadosamente el pez pues recordó la forma en que el Cazador llegó hasta la costa. Evidentemente, esos restos se hallaban allí desde hacía algún tiempo y el examen de los mismos resultaba bastante desagradable.

—Linda forma de perder el tiempo —observo el Cazador mientras Bob se incorporaba, y Bob se tuvo a punto de contestarle afirmativamente y en voz alta, sin darse cuenta de que no estaba solo.

Robert volvió muy tarde a su casa para cenar. Entre todos habían llevado la tabla hasta la desembocadura del arroyo, donde se hallaba el bote. El único recuerdo concreto que conservaba de las actividades de esa tarde era el ardor de una intensa quemadura solar. Ni el mismo Cazador pudo apreciar o detectar los síntomas antes de que el daño estuviera consumado.

Pero el simbiota, a diferencia de Bob, veía algo positivo en el incidente. La quemadura tendría mucho más efecto que los sermones para conseguir que el muchacho no descargara completamente el cuidado de su salud sobre el Cazador. Por eso esta vez no dijo nada y se limitó a esperar que las propias cavilaciones del joven actuaran saludablemente sobre su conducta. Bob estaba muy fastidiado consigo mismo. Nunca, en muchos años, se había descuidado tanto como aquella tarde y la única excusa que encontraba era su llegada al hogar en una época tan rara. Pero como sabía que esta no era una verdadera excusa, su desazón aumentaba.

Cuando bajó a tomar el desayuno a la mañana siguiente se sentía de mal humor. Estaba disgustado consigo mismo, también un poco con el Cazador y no demasiado conforme con el resto del mundo. Al mirarlo, su padre comprendió que no convenía sonreír. No obstante, se dirigió a él con evidente cordialidad.

—Bob, pensaba sugerirte que fueras hoy al colegio, pero quizá tú prefieras esperar un poco. No habrá gran diferencia si lo dejas para el lunes.

Bob asintió, aunque esto no le causara, en realidad, ningún alivio, ya que había olvidado completamente la escuela.

—Creo que tienes razón —contestó—. No aprovecharía gran cosa esta semana. Ya estamos a jueves. En cambio, quisiera salir a caminar un poco.

El padre le miró de soslayo.

—Si yo estuviera como tú, con la piel tan quemada, lo pensaría dos veces antes de salir —observó el señor Kinnaird.

—¡Pero no va a quedarse en casa! —interrumpió la señora Kinnaird.

El padre no se opuso a que saliera y volviéndose hacia Bob le dijo:

—Trata de andar bien cubierto y si quieres explorar los alrededores, ve hacia los bosques. Por lo menos allí hay bastante sombra.

—Es cuestión de elegir entre dos cosas: o se quema la piel, o se lastima —dijo la señora Kinnaird. Cuando se quema, al menos la ropa queda sana; en cambio, si va al bosque las espinas le desgarrarán la piel y la ropa.

Ella sonrió. Era fácil descubrir que con ese pretexto trataba de ayudar a su hijo. Bob le agradeció con un gesto cariñoso.

—Muy bien, mama. Haré todo lo posible por mantenerme en un término medio.

Cuando terminó su desayuno, subió a su cuarto y se cambió la camisa que llevaba por una color caqui, de mangas largas, de su padre. Después volvió a bajar y ayudó a su madre a levantar los platos de la mesa, pues el señor Kinnaird ya había salido. Luego cortó algunas ramas que amenazaban con invadir la casa y, finalmente, desapareció entre los arbustos.

Se alejaba gradualmente del camino y comenzaba a subir una cuesta. Caminaba con decisión, como si estuviera impulsado por un propósito definido. El Cazador evitaba interrogarlo, ya que el fondo ofrecido por la selva no se prestaba para su método de comunicación. Poco después de abandonar la casa, cruzaron un arroyo. El simbiota juzgó con razón que debía ser el mismo que un poco más lejos pasaba por debajo del camino. Un tronco de árbol servía para pasar de un lado a otro.

La señora Kinnaird no exageraba cuando se refirió a la naturaleza del bosque. Había pocos árboles realmente altos, pero el suelo estaba literalmente cubierto por arbustos achaparrados, muchos de ellos con agudas espinas. Bob se deslizó entre los arbustos con una rapidez y seguridad que denotaban larga experiencia. Un botánico se hubiera quedado fascinado por la variedad de plantas; en la isla había un laboratorio de bacteriología y otro de botánica, donde se realizaban trabajos relacionados con el mejoramiento de las bacterias productoras de aceite y el crecimiento de las plantas destinadas a alimentar los tanques.

Bob se dirigía hacia un lugar que quedaba a unos ochocientos metros de la casa, pero tardó más de media hora para llegar hasta allí. Cuando estuvo en la cima de la montaña, la vegetación se volvió mucho más escasa. Desde allí se podía ver toda la zona poblada de la isla. En un lugar donde la selva había sido raleada para dar paso a los jardines, se hallaba un árbol mucho más alto que los que había en la selva misma, aunque no llegaba a tener la altura de las palmeras que crecían cerca de la playa. Las ramas más bajas habían desaparecido y en su lugar densas enredaderas se enroscaban en el tronco. Era muy fácil trepar por allí. Bob lo hizo sin dificultad.

En las ramas superiores había una tosca plataforma. El Cazador dedujo que los muchachos estaban acostumbrados a ir a ese lugar. Desde allí, por encima del nivel de la selva, toda la isla era prácticamente visible. Bob dirigió lentamente su mirada en círculo para permitir al Cazador que apreciara los detalles que faltaban en el mapa.

Tal como el Cazador observara el día anterior, después de dar un rápido vistazo por el camino, había también algunos tanques sobre la playa, en el extremo noreste de la isla. Cuando Bob fue interrogado, contestó que esas bacterias trabajaban mejor a elevadas temperaturas. Por eso estaban colocadas a pleno sol; su actividad se detenía durante la noche.

—Parece que hay algunos más —agregó—. Pero siempre realizan el mismo tipo de trabajo. Es arriesgado asegurarlo, pero la mayor parte de los tanques se encuentran sobre la ladera más alejada de la montaña queda al noroeste. Esa es la única parte de la isla que no podemos ver desde aquí.

—Y también los objetos que se encuentran dentro y cerca del borde de la selva —observó el Cazador.

—Por supuesto. Bueno... no esperarás que encontremos a nuestro enemigo si lo buscamos desde una gran distancia. Vine aquí para que tuvieras una idea más exacta de la isla. Tendremos que intensificar la búsqueda en los tres días próximos. No puedo postergar más allá del lunes la ida a la escuela —dijo señalando el largo

edificio que se extendía al pie de la montaña—. Si el bote estuviera en condiciones podríamos revisar ahora los arrecifes.

—¿No hay otros botes en la isla?

—Por supuesto. Podría pedir uno prestado, aunque no conviene andar por allí sin compañía. Si llegara a sucederle algo al bote nos veríamos en apuros. Generalmente andamos en botes pesados.

—Al menos, podríamos mirar un poco en las zonas menos peligrosas. También podrías ir caminando hasta el arrecife que queda junto a la playa.

—No, es imposible. Hay que nadar bastante para llegar a la parte más cercana. Hoy no puedo nadar... a menos que tú fueras capaz de hacer algo por la quemadura de sol; ayer no me ayudaste absolutamente nada. —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Y los otros muchachos? ¿No encontraste en ellos nada especial, ayer? Quizá convendría investigar primero por ese lado...

—No, no vi nada. ¿A qué te refieres?

Bob no le contestó. Después de pensar un momento, comenzó a descender lentamente por el tronco del árbol. Cuando estuvo al pie del mismo, vaciló un instante más, como si estuviera indeciso. Luego echó a andar cuesta abajo, abriéndose paso entre las plantas y acercándose gradualmente al camino. Explicó su vacilación con las siguientes palabras:

—Creo que no vale la pena buscar la bicicleta.

Salieron al camino a unos doscientos metros de la escuela hacia el este. Luego siguieron en esa dirección. Bob miraba las casas que iban encontrando y hacía un esfuerzo por estimar las posibilidades que existían de conseguir un bote prestado. Así llegó al camino que conducía al muelle. La casa de Teroa quedaba en la intersección. Bob apuró el paso.

Dio vuelta a la casa, esperando encontrar a Charlie trabajando en el jardín, pero allí solo estaban las dos hermanas del muchacho, quienes le avisaron que él estaba adentro. En el momento en que Bob se encaminaba hacia la entrada, la puerta se abrió de golpe y apareció Charlie.

—¡Bob! ¡Tendrás que creerme! ¡Ya lo tengo!

Bob parecía algo confundido y miraba a las chicas que reían abiertamente.

—¿Qué es lo que tienes?

—¡El trabajo, cabeza dura! ¿De qué hablábamos ayer, entonces? Esta mañana llegó un radiograma. Yo ni sospechaba que el asunto marchaba... Creía que no conseguiría nada.

—Yo ya lo sabía —dijo Bob sonriendo—. Tu padre me lo contó.

—¿Y no me lo dijiste? —le reprochó Teroa acercándose.

Bob retrocedió rápidamente.

—Él me pidió que no te lo dijera... no tenías que enterarte. ¿No es mejor así?

Teroa se tranquilizó y continuó con gran contento:

—Sí, creo que tienes razón. Tu amigo, el pelirrojo, lo lamentará... ¡eso le pasa por echarse atrás!

—¿El pelirrojo? ¿Ken? ¿Qué tiene que ver con esto? Yo creía que iba Norman contigo.

—Así era, pero como la idea provenía de Rice, estaba sobreentendido que él también vendría. Luego se pescó un catarro, o qué se yo, y no volvió a aparecer. ¡Cómo me reiré ahora! —Y, poniéndose repentinamente serio, continuó—: No le digas nada de este trabajo. ¡Quiero contárselo yo mismo! —Comenzó a caminar en dirección al muelle y luego se dio la vuelta para decir—: Voy hasta el Cuatro a recoger algo que le presté a Hay hace mucho tiempo. ¿Quieres venir?

Bob miró el cielo, pero el Cazador no dio su opinión. Tuvo que decidirse solo.

—No puedo —dijo—. Además, me parece que la lancha no está en condiciones.

Siguió con la mirada al bronceado muchacho de dieciocho años mientras desaparecía entre los galpones del depósito. Luego volvió lentamente por el camino.

—Esta era la única oportunidad real que teníamos de conseguir un bote —le dijo al Cazador—. Ahora tendremos que esperar hasta que los muchachos salgan de la escuela. Yendo en grupo es más fácil que nos presten uno o que podamos arreglar el nuestro. No tuve tiempo de examinarlo detenidamente ayer cuando llevamos la tabla.

—¿Este muchacho iba a usar su propio bote?

—Sí. ¿Oíste cuando dijo que iba al Cuatro para traer algo? Quería decir: al Tanque Cuatro. La persona que mencionó trabaja con la lancha que usan para transportar los desechos de los tanques. Charlie quiere pedirle lo que le prestó, antes de que se vaya de la isla.

El Cazador se puso alerta:

—¿Deja la isla? ¿Te refieres al barquero?

—No, a Charlie. ¿No oíste, acaso, lo que decía?

—Escuché algo acerca de un trabajo, nada más. ¿Por eso se va?

—¡Por supuesto! Charlie es el hijo del contramaestre de ese navío: el muchacho que se embarcó como polizón con la esperanza de obtener más adelante algún trabajo como tripulante. ¿No recuerdas? Su padre nos contó la historia, a bordo.

—Recuerdo que conversaste con un oficial la primera noche que pasamos en el barco —replicó el Cazador— pero no sabía ni sé de qué se trataba. No hablaban en inglés.

Bob se quedó cortado y trató de recordar:

—Ya lo había olvidado —dijo. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y relató la historia en la forma más breve y más clara que pudo. Cuando terminó de hablar, el Cazador permaneció un momento pensativo:

—Entonces —comentó— Charles Teroa se fue de la isla una vez antes de mi llegada, y se apronta a partir nuevamente. Tu amigo Norman Hay partió también. ¡En el nombre de Dios, si sabes de otros que lo han hecho, tienes que decírmelo!

—No hay otros, con excepción, claro está, del padre de Charlie que no creo que haya atracado aquí a menudo. ¿Por qué te preocupas por aquel primer viaje? No desembarcaron nunca, y tampoco anclaron en ningún puerto. Por lo tanto, si nuestro enemigo estaba con ellos solo pudo haberlos abandonado en el mar.

—Puede ser que tengas razón, pero debemos saber la verdad acerca del individuo que acabamos de ver. Tenemos que sondearlo antes de que se vaya. Aguza el ingenio, te lo ruego.

Por primera vez en el día, mientras regresaba escalando la cuesta del camino, Bob olvidó completamente su quemadura de sol.

EL INFORME DEL MÉDICO

A mediodía Bob procuró disimular su preocupación. Durante la mañana, su madre había imaginado algo para distraerlo del nuevo problema que lo obsesionaba. Buscando la manera de persuadirlo para que fuera a ver al médico de la isla y obtuviera de él un permiso de licencia, había comprendido, de pronto, que la quemadura de sol sería una excusa estupenda. Como Bob llegó temprano a almorzar, no tuvo oportunidad de consultar la idea previamente con su marido, pero estaba segura de su aquiescencia. En cuanto terminó la comida planteó la cuestión.

Grande fue su sorpresa al ver que Bob accedía sin mayor oposición; no ignoraba que estaba avergonzado de su quemadura y deseoso de que solo se enterasen de ella las personas estrictamente inevitables; se asombró, sin embargo, de que aceptara sin objeciones el consejo de consultar al doctor esa misma tarde, aunque mantuvo la presencia de ánimo y el control suficientes para no demostrar su extrañeza.

Bob había meditado mucho sobre la negligencia del Cazador, que parecía totalmente incapaz de contestar algunas de sus preguntas, y, en particular, aquellas relacionadas con la manera de llegar a reconocer su presa y, menos todavía, con lo que habría que hacer una vez que se la encontrara. Si el Cazador supiera la solución, todo hubiera sido cuestión de paciencia; pero la sospecha de que su huésped invisible no sabía algunas cosas iba en aumento. Bob dedujo que tenía que buscar una solución por su cuenta; y para ello era indispensable aprender todo lo posible sobre la especie a que pertenecía el Cazador. El simbiota había dicho que su naturaleza era semejante a la de los virus. Como primer paso, entonces, Bob haría averiguaciones sobre los virus, y el lugar más lógico para estas indagaciones era, indudablemente, el consultorio de un médico. De acuerdo con su temperamento, habría tardado en decidirse, pero aceptó con naturalidad que su madre lo decidiese por él: acató la proposición como un buen signo del destino.

El doctor Seever conocía muy bien a Bob, así como a todos los que habían nacido en la isla. Había leído el informe del médico de la escuela y estaba de acuerdo con la opinión del señor Kinnaird; pero se alegró de ver personalmente al muchacho. Tuvo un sobresalto, no obstante, al ver el color de su piel.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Esto se llama festejar el regreso!

—No me hable de ello, doctor. Demasiado lo sé...

—Así lo creo... Bueno... trataremos de curtirte el pellejo; no es esta la mejor manera de tratarlo, pero te sentirás más cómodo. —El doctor se puso diestramente a la obra, hablando mientras tanto con la mayor seriedad—. No eres el mismo de antes. Me parece verte cuando eras una de las personas más atentas y prudentes de la zona. ¿Has estado enfermo últimamente, mientras estabas en la escuela?

Bob no esperaba que le hiciesen tan pronto esa pregunta ni que se la formularan justamente en esa forma, pero se había preparado para contestarla de la manera más provechosa para él.

—No, no he estado enfermo. Aunque me examinase durante todo un día no encontraría gérmenes en actividad.

El doctor Seever miró al joven por encima de sus anteojos:

—Eso es muy posible, en efecto, pero no es una garantía de que todo anda bien. No son gérmenes los que causan semejantes quemaduras de sol.

—Me disloqué un tobillo y me hice uno o dos tajos sin importancia. Pero usted hablaba de enfermedad... Esto se descubre con el microscopio, ¿verdad?

El doctor sonrió, imaginando adonde se dirigían las deducciones del muchacho.

—Es hermoso y emocionante encontrar tanta fe en la ciencia médica —dijo— pero temo defraudarte en este caso. Espera un minuto y te demostraré por que.

Terminó de aplicar el ungüento para las quemaduras, guardó el frasco y fue en busca de un excelente microscopio que sacó de un estuche. Después de revolver un poco en su archivo un tanto polvoriento encontró lo que deseaba y comenzó a deslizar los pequeños rectángulos de vidrio por el dispositivo correspondiente, a medida que le explicaba:

—Este se ve y se reconoce fácilmente. Es un protozoo —una ameba del tipo de las que producen una enfermedad llamada disentería—. Es de gran tamaño, siempre dentro de la escala de los organismos causantes de las enfermedades que conocemos.

—Los hemos visto en la clase de biología —comentó Bob—, pero no sabía que producían enfermedades.

—La mayoría de ellos son inocuos. Ahora bien, este otro —dijo el doctor deslizando otro vidrio bajo el objetivo— es de un tamaño mucho menor. En realidad, el otro no era precisamente un germen. Este, si consigue una oportunidad, ocasiona el tifus: por suerte no hemos tenido aquí ni un solo caso desde hace mucho tiempo. El siguiente es más pequeño, todavía, y produce el cólera.

—Parece una salchicha con el piolín colgando en un extremo —comentó Bob, levantando la cabeza, que había mantenido inclinada sobre el microscopio.

—Ahora lo verás mejor —insistió el doctor, haciendo girar una pieza en la parte inferior del aparato y volviendo a su asiento mientras Bob miraba nuevamente por el objetivo amplificado—. Hasta aquí, más o menos, es el máximo a que podemos llegar. Hay muchas bacterias de menor tamaño aún, algunas inofensivas y otras no. Existen las llamadas *Rickettsia*, más chicas aún; se discute si son o no bacterias; y por último tenemos los virus.

Bob se apartó del microscopio y se propuso la difícil empresa de manifestar interés sin descubrir que la conversación había llegado por fin al tema de sus desvelos.

—¿Entonces no pueden aún observarse los virus? —preguntó aunque conocía de antemano la respuesta.

—Iba a referirme a esto, precisamente. Han podido fotografiarse algunos virus con ayuda del microscopio electrónico; parecería que son unos organismos parecidos al microbio del cólera que te mostré. No sabemos mucho más. A decir verdad, la palabra «virus» fue, durante mucho tiempo, la confesión de nuestra ignorancia. Los médicos hablaban de «virus filtrables» en cuanto no aparecía en determinado, enfermos ninguno de los microorganismos del tipo que acabamos de ver en el microscopio, por más fino que fuese el filtro usado en el intento de captarlo. Se llegó a dividir químicamente los componentes de virus y también a cristalizarlos, comprobándose que los cristales disueltos en agua tenían también el poder de causar enfermedades. Mucho antes de llegar a verlos se habían realizado infinidad de experimentos para obtener, siquiera, una idea de su aspecto y de sus dimensiones. Algunos científicos pensaban, y sostienen todavía, que se trata de simples moléculas, de las grandes, por supuesto, de mayor tamaño aún que las albúminas o sea la clara del huevo, como tú sabes. He leído algunos textos sobre el asunto; quizás te animes a estudiar alguno.

—Me agradecería —dijo Bob tratando de no demostrar su gran interés—. ¿Tiene alguno por aquí?

El doctor se levantó y buscó un momento en otra estantería, regresando con un grueso volumen que hojeó rápidamente.

—Aquí hay abundante material, pero temo que resulte demasiado técnico para ti. Puedes llevarlo, si te animas. Tenía algo más apropiado, en todo sentido, desde un punto de vista más elemental, pero lo he prestado.

—¿Quién lo tiene?

—Uno de tus amigos, según creo: Norman Hay se había apasionado por la biología, últimamente. Quizás conoces su proyecto de ingresar en el museo de Tahití. No sé si aspira al puesto mío o al de Rance en el laboratorio. Hace mucho que tiene el libro en su poder, varios meses, me parece; procura que te lo entregue.

—Lo intentaré.

Bob quiso sacar rápidamente partido de la situación:

—¿No quiere anticiparme algunas nociones relacionadas con esa división por procedimientos químicos que usted mencionó? ¡Qué extraño parece identificar una criatura viviente por medio de la química!

—Como te dije, dudamos todavía en considerar a los virus como criaturas vivientes. Sea como fuere, estos experimentos no tienen nada de extraño. ¿Has oído hablar de los sueros?

—Hasta ahora creía que eran el material que ustedes utilizaban para inmunizar a las personas contra ciertas enfermedades.

—Con frecuencia es así, en efecto. Pero, además, resultan de la mayor importancia si se los emplea para conseguir unas especies de impresiones digitales químicas. Los tejidos de una criatura perteneciente a un tipo determinado rechazan los sueros obtenidos de los tejidos de otro tipo. Si por ejemplo tomamos un animal

acostumbrado al suero humano y lo ponemos en contacto con alguna sustancia desconocida podremos decir, de acuerdo con sus reacciones, si dicha sustancia contenía elementos humanos o no. Los detalles varían, por supuesto, pero esta es una manera de saber si una mancha de sangre u otra huella orgánica proviene de un hombre o de algún animal.

—Ya veo, ya entiendo... —los ojos de Bob se entrecerraban, pensativos—. ¿Encontraré en este libro algo sobre esto? —preguntó.

—No. Puedo facilitarte algo sobre el tema, pero te advierto que los conocimientos que trata van un poco más allá de los que se adquieren en un curso de química de enseñanza secundaria. Y tú, ¿detrás de qué andas?

—¿De qué? ¡Oh! No detrás de su puesto, doctor, desde luego. Se me ha cruzado un problema por delante y me agradaría resolverlo solo, si pudiera. Si no lo consigo, espero poder volver a pedirle ayuda. Muchas gracias, doctor.

Seever saludó con una inclinación de cabeza y en cuanto Bob se retiró volvió a su escritorio y permaneció unos minutos meditando.

El muchacho, indudablemente, se había vuelto más serio que antes. Hubiera sido interesante conocer su problema. El cambio de personalidad que había alarmado a las autoridades del colegio se relacionaba con esta transformación, seguramente. Este informe tranquilizaría de inmediato al padre del muchacho; y se apresuró a comunicárselo, esa misma tarde:

—Yo, en su lugar, Art, no me preocuparía. El chico parece deslumbrado por algo que suena a descubrimiento científico, lo mismo que le ocurrió al muchacho Hay hace unos meses, y está completamente absorbido por ello. Usted habrá actuado en forma semejante, con seguridad, la última vez que aprendió algo insospechado. En este momento se dispone a cambiar la faz del mundo, no lo dude, y ya oírás usted hablar de él a su debido tiempo.

Bob no intentaba cambiar la faz del mundo, ni siquiera la faz relativa a la humanidad. Sin embargo, algunos problemas que habían surgido en el curso de la conversación con el doctor podían ocasionar cambios individuales y se los explicó al Cazador sin demora.

—¿Hacemos el experimento del suero?

—No es tan fácil. Estoy familiarizado con esa técnica y sé que, habiendo permanecido juntos tanto tiempo, tu propio suero sanguíneo serviría por lo menos para un aspecto de la investigación; pero todavía queda por resolver dónde podríamos hacer el ensayo. Una vez solucionado ese punto, puedo hacer yo mismo la exploración, mucho más rápido, por contacto personal.

—Posiblemente tienes razón. No obstante, no deberías abandonarme. Yo tendría que ser capaz de someterme a la prueba.

—Quieres jugar tu parte. Bien, estudiaremos la posibilidad de que intervengas. ¿Has pensado cómo podríamos hacer para reunirnos con el joven Teroa? ¿Cuándo queda libre?

—El buque-tanque viene cada ocho días; falta una semana, a partir de hoy. Supongo que Teroa se irá entonces; no creo que parta antes. Al *Rayo de Luz* no se lo ve desde hace tiempo.

—¿El *Rayo de Luz*?

—Es el yate de uno de los jefes de la compañía que aparece de vez en cuando para echar un vistazo. Yo viajé en este barco el otoño pasado; por eso estábamos tan lejos de la isla cuando miraste por primera vez a tu alrededor. Ahora que recuerdo, no está cerca de este lugar: atracó en los astilleros de Seattle adonde le están colocando una especie de draga en su parte posterior. Supongo que me preguntarás quién pudo haber estado en el barco después de nosotros.

—¡Por supuesto! Gracias por haber planteado la cuestión sin rodeos —dijo el Cazador, y hubiese sonreído de haberle sido posible.

Bob no tenía reloj pero presintió que se acercaba la hora de salida de la escuela; por lo tanto, se encaminó en esa dirección. Era temprano todavía y tuvo que esperar un rato, hasta que sus amigos se precipitaron en tropel a la calle con abundantes expresiones de envidia al verlo afuera.

—¡Qué importa la suerte que tengo por haber faltado a clase! —dijo Bob—. Vamos a trabajar en el bote. Tengo que volver al colegio el próximo lunes y quiero divertirme un poco, mientras tanto.

—Sea como sea, nos has traído suerte —dijo Hay—. Hemos buscado un tablón durante semanas y semanas y no lo encontramos hasta que viniste. ¿Qué dicen, muchachos? ¿Qué les parece si nos dirigimos al bote mientras la suerte nos ayuda?

Asintieron en coro y todos fueron en busca de sus bicicletas. Bob, que había ido a pie hasta el consultorio del médico, viajó sobre el manubrio de Malmstrom hasta su propia casa; allí trepó sobre su máquina provisto de unas cuantas herramientas. Esperaron en la alcantarilla hasta que Malmstrom y Colby regresaron de sus respectivos domicilios con diversos útiles de trabajo; entonces escondieron las bicicletas, se arremangaron los pantalones y se descalzaron. Un sendero conducía hasta el lugar en que se ocultaba la embarcación, pero había que atravesar pozos semiocultos por las malezas de la orilla y los muchachos no se habían preocupado en colocar puentes de ninguna clase.

Chapoteando y resbalando entre el agua y la vegetación descargaron por fin su colección de herramientas en el lugar donde el angosto curso de agua desembocaba en una laguna. Allí estaba el bote, encallado en la arena, con el tablón adentro. Los muchachos se alegraron ante la vista de este último; no había ningún peligro de que el bote fuese robado, aunque se hallase en mejores condiciones que en ese momento;

pero la madera era un asunto más serio. Evidentemente, era cierto que Colby había pasado por el agujero del fondo del bote: el hueco debía medir unos veinte centímetros de ancho y más de cincuenta de largo.

Los muchachos no eran carpinteros profesionales pero dieron vuelta al bote y sacaron los restos de la plancha deteriorada a gran velocidad. En cambio reponer la plancha de madera recortándola del enorme tablón que habían encontrado no resultó tarea fácil. El primer madero les resultó demasiado estrecho en algunos tramos, a causa de su falta de práctica para serruchar. El segundo demasiado ancho, y solo después de ser limado y cepillado enérgicamente pudo ser utilizado. Habían guardado uno por uno los tornillos de la pieza anterior y lograron ajustar el remiendo en forma satisfactoria.

Luego empujaron la embarcación al agua, trajeron los remos que habían escondido entre las plantas y todo el grupo se amontonó dentro de ella. Sabían que hubiera sido mejor dejar la nueva tabla en remojo para que se hinchara y poner así a prueba la resistencia de las juntas a los embates de las olas; pero todos eran excelentes nadadores y su impaciencia no daba cabida a tales consideraciones. Un mínimo de agua se filtraba a través de las uniones pero era simplemente cuestión de extraer el líquido. Los menores de la tripulación se encargarían de esto con sendas cáscaras de cocos; Bob y Shorty remarían, mientras Rice se encargaba del timón.

De pronto, Bob notó que no iba con ellos el perro, que acostumbraba ubicarse en el banquillo de proa. Pensando retrospectivamente observó que no lo había visto desde su regreso.

—¿Qué ha sido de *Tip*? No lo he visto todavía dijo a Rice, que remaba frente a él.

El rostro del pelirrojo se ensombreció:

—Nadie sabe nada. Ha desaparecido desde hace bastante tiempo, desde mucho antes de la Navidad. Hemos recorrido toda la isla preguntando por él. Temo que haya intentado llegar a nado hasta el islote en que se encuentra el tanque de Norm (alguna vez lo hemos hecho nosotros sin él), y que haya sido atrapado por un tiburón, pero sería bastante raro. No es mucha la distancia y jamás he visto un tiburón tan cerca de la costa. *Tip*, verdaderamente, se ha esfumado.

—Es extraño. ¿Lo han buscado en los bosques?

—En algunos sitios. No siempre es posible buscar bien en el bosque. Y si hubiese estado vivo, habría oído nuestros gritos; no creo que en el bosque haya podido herirse de gravedad.

Bob sacudió la cabeza y dijo más bien para sí mismo:

—Pensándolo bien, es así; ni siquiera se ven culebras por acá. ¿Cuál es el tanque de Norm? —preguntó un poco más alto—. ¿Se ha propuesto competir acaso con las instalaciones del Pacífico?

—No, de ninguna manera —contestó Hay interrumpiendo un instante su tarea de desagotar el bote—. Yo limpié uno de los pozos del banco de arena, a pocos metros de la playa, lo cerqué y efectué todo lo necesario para convertirlo en un acuario. Al

principio lo hacía para divertirme, pero al enterarme de que unas revistas piden fotografías de la vida submarina he mandado a buscar película en colores. El inconveniente es que nada vive mucho tiempo en mi pozo: hasta el coral se muere.

—Se me ocurre que no lo habrás ido a ver desde que andamos con el asunto del bote. ¿Vamos ahora y echamos un vistazo?

—No creas; hemos ido nadando Hugh, Shorty y yo cada dos o tres días. Se mantiene más o menos. ¿Crees que tendríamos tiempo de ir y venir antes de comer? Hemos trabajado mucho tiempo con el bote y el sol está empezando a bajar.

Los muchachos alzaron la cabeza notando entonces que se aproximaba el crepúsculo. Hacía tiempo que sus padres se habían resignado a sus exploraciones por toda la isla y el arrecife, pero exigían puntualidad en las comidas. Sin otro comentario, Rice puso la proa en dirección a la ensenada y los remeros se acercaron a la costa remando lenta y pausadamente. Robert remaba sin reflexionar demasiado. En cada lugar encontraba algo que le llamaba la atención, pero no sabía hasta qué punto los datos que recogía estaban relacionados con su problema. El Cazador parecía intuir que Teroa suministraría pruebas, pero no estaba completamente seguro, y, además, el muchacho se pondría muy pronto fuera de su alcance. Él recordaba constantemente la conversación que había tenido con Charlie esa mañana. ¿Se habrían encontrado Rice y este a la hora de almorzar?

—¿Nadie estuvo hoy con Charles Teroa? —preguntó.

—No —respondió Malmstrom—. Él viene a navegar un par de días por semana, pero hoy no le corresponde. ¿Ustedes creen que le interesará esto?

—Nadie que lo conozca puede pensarlo —dijo Rice despectivamente—. Preferiría contratar un jornalero que fuese capaz de no dormirse cuando asume una responsabilidad.

Robert disimuló una sonrisa:

—Parece que ha logrado algunos resultados positivos en su jardín —comentó.

—Y... seguramente; con ayuda de las hermanitas y bajo la tutela materna. La vez pasada, cuando estaban despejando el canal Este, se quedó dormido en un bote cargado de dinamita.

—¡Estás loco!

—Como te parezca. Lo enviaron a buscar un cajón encargándole el máximo de precauciones y veinte minutos después mi padre encuentra el bote amarrado a un arbusto, y a él profundamente dormido y con los pies apoyados tranquilamente en el cajón. Por suerte no había tablones pesados a bordo y en ese lugar no corría el peligro de que una ola lo estrellara contra el arrecife.

—Quizá no fuese cuestión de suerte —destacó Robert—. Él sabía que no había tablones y pensó, quizás, que se hallaba en un lugar suficientemente seguro.

—Quizá —dijo Rice con una sonrisa burlona pero todavía no le he dado la oportunidad de rehabilitarse.

Robert miró al pelirrojo, que era bastante bajo para su edad.

—Un día te va a tirar por la borda si no dejas de molestarlo. Además, esa ocurrencia de embarcarse como polizón ¿no surgió de ti?

Rice podía contestar, con cierto derecho, que eso nada tenía que ver con el asunto; pero se rio entre dientes, simplemente, y no dijo una palabra más.

Un momento después el fondo aplanado del bote rasó las arenas de la playa.

UN INCIDENTE

Una vez en su casa, Robert recordó que no le había hablado a Hay del libro del doctor; pero pensó que ya tendría tiempo de sobra, al día siguiente, para pedírselo. No creía, por otra parte, que en la actualidad lo sacase de apuros. Pasó toda la tarde en su casa, para variar un poco, y se entretuvo leyendo y conversando con sus padres. El Cazador, forzosamente, no hizo otra cosa que escuchar y reflexionar.

A la mañana siguiente, la situación mejoró un poco, desde el punto de vista del detective. Robert trabajó hasta mediodía en los alrededores de la casa mientras sus amigos se hallaban en el colegio, y a ninguno de los dos se le ocurrió la manera de acercarse a Teroa y estar con él el tiempo necesario para averiguar lo que necesitaban saber. Robert sugirió, solamente, que podría depositar al Cazador esa tarde en la vecindad del otro muchacho y volver en su busca al día siguiente, pero el simbiota se negó. No quería bajo ningún pretexto colocarse en un trance que permitiera a Robert verlo entrar o salir. No dudaba acerca del efecto emocional que esto causaría en su portador. Robert descartó este proyecto cuando el Cazador le hizo notar que él carecía de medios para asegurarse de que la linfa gelatinosa que retornara a él, después del experimento, fuese realmente el detective. No deseaba, por cierto, el muchacho, que el simbiota enemigo entrara en su propio cuerpo.

La tarde comenzó favorablemente. Robert se unió a sus camaradas como de costumbre y se encaminaron enseguida en dirección al bote. Esta vez disponían de mucho tiempo y zarparon hacia el noroeste, manteniéndose a pocos metros de la costa. Hay y Colby empuñaban los remos, el nuevo tablón se había hinchado y el bote casi no hacía agua.

Debían recorrer cerca de un kilómetro de distancia y ya habían dejado atrás la mayor parte del trayecto antes que el Cazador llegara a darse cuenta de la situación geográfica. Poco a poco consiguió reconstruirla de acuerdo con algunos fragmentos de la conversación general. Según interpretaba, la isla donde Hay había construido su acuario se encontraba próxima a la playa; era la primera sección del arrecife que se curvaba hacia el norte y hacia el este, desde el extremo de la franja de arena donde los muchachos solían encontrarse para nadar. Estaba separada de la costa propiamente dicha por una franja de agua de no más de veinte metros de ancho, un estrecho canal que se hallaba protegido del oleaje por otros cordones coralíferos que emergían apenas sobre el agua a cierta distancia de allí. El cazador pensó que ese canal debía ser el mismo en que el perro fuera atacado por un tiburón según la suposición de los muchachos; pero al recordar el monstruo que lo había transportado hasta la playa y al ver el borboteo de la corriente sobre las partes más salientes del arrecife, compartió las dudas de Rice acerca de esa teoría.

El islote era de coral, aunque había acumulado tierra suficiente como para albergar algunos matorrales. No tenía más que unos treinta o cuarenta metros de longitud y diez de ancho. El acuario, era casi circular, de unos seis metros de diámetro. Parecía no tener ninguna conexión con el mar que se extendía a pocos metros de distancia; Norman dijo que había bloqueado dos o tres pasajes submarinos con cemento, de modo que las olas rompieran a una altura suficiente para mantenerlo lleno. También dijo que parecía que algo andaba mal allí pues había encontrado cerca de una de las orillas un pez mariposa muerto, que flotaba sobre el agua; además, el coral que constituía las paredes del acuario no acusaba rastros de pólipos vivos.

—Estoy convencido de que esto se debe a algún tipo de enfermedad —dijo—, pero nunca oí hablar de una enfermedad que ataque a estos organismos. ¿Y tú?

Bob movió la cabeza:

—No. ¿Es por eso que le pediste prestado el libro al doctor?

Norman lo miró fijamente.

—Así es. ¿Quién te lo dijo?

—El mismo doctor. Yo quería averiguar algunas cosas acerca de los virus y él me dijo que te había prestado a ti el mejor de los libros que poseía sobre ese tema. ¿Lo necesitas aún?

—Creo que no. ¿Por qué estás interesado en los virus? Yo leí todo lo que dice al respecto y no entendí mucho.

—Oh, no podría explicártelo exactamente. Oí decir que, hasta el momento, los científicos no había podido averiguar si son realmente seres vivos. Me pareció muy raro. Si comen y crecen, deben estar vivos.

—Recuerdo algo acerca de eso...

En ese punto, la conversación se interrumpió; Bob no tuvo que seguir inventando otros pretextos.

—Por el amor de Dios, Norm, dale el libro cuando vuelvas a tu casa, pero no hablen de cosas tan elevadas. Ejercita tu cerebro en la piscina, si quieres que recorramos el arrecife para ver qué podemos encontrar.

Era Malmstrom quien los interrumpía. Rice lo apoyó. En cambio, Colby permaneció como de costumbre silencioso.

—Creo que tienes razón —dijo Hay, dándose la vuelta—. Sin embargo, no comprendo por qué se me ocurrió hablar ahora de estas cosas. Tenía la esperanza de que Bob me diera alguna idea.

—Conozco muy poco de biología... nada más que lo que estudiamos en el colegio —replicó Robert—. ¿Has bajado al fondo para ver si encuentras algo interesante? ¿No pensaste que convendría recoger un pedazo de coral para averiguar lo que sucedió con los pólipos?

—No. Nunca he nadado allí. Al principio, no quería hacerlo para no perturbar a los peces, pero luego pensé que una enfermedad capaz de afectar tantas cosas y tan diferentes, podría alcanzarme a mí también.

—¡Qué ocurrencia tienes! Antes de que las cosas anduvieran realmente mal, debes haber tocado el agua un millón de veces y no te sucedió nada. Si quieres, puedo bajar yo.

El Cazador estaba a punto de perder su control.

—¿Qué quieres que tome de allí? —prosiguió Bob.

Norman lo miró fijamente.

—¿Crees que no hay ningún peligro? Muy bien, iré yo, si lo prefieres.

Bob experimentó una sacudida; él se sabía protegido de todos los gérmenes, pero Hay no tenía un simbiota en su interior que lo preservara igualmente.

Esto originó otra duda... ¿Acaso su coraje estaba originado por...? Más bien parecía que no, ya que el anfitrión de su presa no estaría enterado, posiblemente, de la presencia del simbiota enemigo dentro de su cuerpo; pero, no obstante, valía la pena pensar un poco en estos datos cuando tuviera más tiempo. Por el momento, tenía que decidir si le permitía a Hay seguirlo cuando entrara en el agua.

Como el argumento que había usado para demostrar que era improbable la presencia de un germen infeccioso no le parecía convincente, Bob aceptó el ofrecimiento de su amigo. Además, había un doctor en la isla.

—Muy bien —dijo comenzando a desvestirse.

—¡Esperen un momento! ¿Están locos? —gritaron Malmstrom y Rice casi al mismo tiempo—. Si el agua ocasiona la muerte de los peces, es una locura meterse allí.

—No hay peligro —contestó Bob—. No somos peces.

Tenía conciencia de la vulnerabilidad de su argumento pero no se le ocurrió ninguno mejor en ese momento. Los dos Kenneths seguían exhortándolos a que desistieran cuando Bob introdujo los pies en la piscina. Norman lo siguió. Ambos sabían moverse dentro de una laguna de coral. Colby, que permaneciera al margen de la discusión, se paró en el bote, tomó un remo, volvió a su lugar en la popa y se puso a observar atentamente.

Bob nadó hasta el medio de la laguna y se zambulló. En condiciones ordinarias, una maniobra semejante le hubiera permitido descender sin ningún esfuerzo hasta el fondo, a unos tres metros y medio de profundidad, pero en este caso no sucedió nada semejante. Su impulso apenas le alcanzó para sumergir sus pies en el agua. Luego, con un par de brazadas llegó al fondo, desprendió una gorgonia y luego subió rápidamente a la superficie. Como de costumbre no le bastó el aire y, a último momento, tragó un poco de agua. Eso fue suficiente.

—¡Norm! ¡Prueba esta agua! —gritó—. Ahora comprendo por qué murió el pez.

Hay obedeció, algo vacilante y, haciendo una mueca, preguntó:

—¿De dónde salió tanta sal?

Bob nadó hasta el borde de la laguna, trepó la pared de la misma para salir y comenzó a vestirse. Solo entonces le contestó:

—Debíamos haberlo imaginado —dijo—. El agua del mar penetra aquí cuando las olas son demasiado altas y solo desaparece por evaporación; pero la sal queda. No tendrías que haber bloqueado todos los pasajes que comunican con el mar. Ahora será necesario encontrar un pedazo de alambre tejido... si sigues pensando aún en tomar esas fotografías.

—¡Dios santo! —exclamó Hay—. Y eso que el año pasado tuve que escribir una monografía en el colegio sobre el Gran Lago Salado.

Empezó a vestirse sin fijarse que aún tenía la piel mojada, tal como hiciera Bob un instante antes.

—¿Qué haremos ahora? ¿Volver a buscar una barra de hierro o algo parecido, o quedarnos a explorar el arrecife, ya que estamos aquí?

Después de una breve discusión, se decidieron por lo segundo. El grupo volvió al bote. En el camino, Norman se detuvo para sacar un gran balde escondido entre los arbustos; estaba bastante desvencijado. Sonriendo, dijo:

—Con esto llenaba la laguna a veces... cuando me parecía que el nivel del agua estaba bajando. Creo que encontraremos otra ocupación ahora para el señor Balde.

Lo arrojó a la proa del bote después que los otros subieron. La pequeña embarcación partió.

Durante una hora, aproximadamente, estuvieron navegando en el interior de los arrecifes; ocasionalmente, desembarcaban en alguna isleta de los alrededores. Pero casi todo el tiempo remaron a lo largo de la orilla de los bancos de coral, ayudándose con una pértiga para transitar por los lugares más peligrosos. Se alejaron a cierta distancia de la isla propiamente dicha y llegaron a un islote relativamente grande — allí habían crecido seis palmeras—, donde desembarcaron. Arrastraron el bote sobre la orilla arenosa. El botín que habían reunido hasta ese momento no era muy importante y consistía principalmente en unas pocas conchillas y fragmentos de coral de extraño colorido que Malmstrom había extraído del agua, a unos cuatro metros de profundidad. Tampoco el Cazador había sacado gran provecho de la expedición; esto le disgustaba notablemente, ya que esperaba que la exploración del banco de coral le proporcionaría algunas claves para su problema.

No obstante, aprovechó al máximo los ojos de Bob. Estaban aproximándose al límite arbitrario de un kilómetro al norte de la costa, lo cual significaba que ya habían recorrido cerca de la mitad de la región en la que esperaban encontrar rastros de la presa. Ya no quedaba mucho para ver. En una de las orillas del islote se oía el ruido de las olas; sobre la otra orilla daba el agua relativamente calma de la laguna; a pocos centenares de metros de distancia se distinguía uno de los grandes tanques de cultivo. La barca del basurero se encontraba junto al tanque en ese momento y las pequeñas figuras de su tripulación se distinguían mientras cruzaban por los puentecillos; más allá, diminutas, a causa de la distancia de cinco kilómetros a que se encontraban, se distinguían apenas las casas de los pobladores de la isla.

Al cazador le pareció que no valía la pena distraer la atención en ellas y que más convenía fijarse en los alrededores. El terreno en que se encontraban era muy semejante a aquel en el que Hay había construido su laguna. También tenía bordes irregulares y grietas tapizadas de corales vivos en las cuales el agua borboteaba en el fondo, más allá de donde alcanzaba la vista y saltaba hacia arriba, a la cara de los observadores cuando una ola golpeaba fuertemente contra la muralla. Algunas grietas eran muy estrechas en la parte exterior y se agrandaban al aumentar la profundidad. El agua en su interior estaba más tranquila, a pesar del sube y baja incansable de las olas.

Era en esas aberturas mayores donde los muchachos realizaban la mayor parte de sus exploraciones, ya que hubiera sido imposible extraer algo de las otras grietas.

Rice, el primero en salir del bote, se encaminó hacia una de las mayores mientras los otros se ocupaban en arrastrar la embarcación a la orilla y colocarla con la quilla hacia arriba. Miró con atención el agua y, cuando sus compañeros se acercaron ya estaba quitándose la camisa para introducirse allí.

—Yo primero —dijo rápidamente, mientras otros se agachaban para ver lo que había conseguido interesarle tanto.

Antes de que ninguno lograra ver claramente en el interior de la grieta, Rice se deslizó por la misma, alterando la tranquilidad del agua de tal modo que ya nada era visible en su superficie. Permaneció abajo durante algunos momentos y, por fin, reapareció para pedir a sus amigos una de las pértigas que llevaban en el bote.

—No puedo desprenderlo —dijo—. Parece que estuviera soldado al fondo.

—¿Qué es? —preguntaron varios al mismo tiempo, algo confusos.

—No estoy seguro. Nunca vi nada semejante. Por eso quiero sacarlo de allí.

Tomó la pértiga que Colby le extendía y volvió a sumergirse en el agua. El objeto que trataba de desprender se hallaba a metro y medio de profundidad.

Kenneth subió varias veces a la superficie para tomar aire, sin haber podido arrancar el misterioso objeto. Finalmente, Bob bajó para ayudarlo. Tenía una ventaja sobre el otro muchacho: gracias a la presencia del Cazador, la curvatura del cristalino de sus ojos se modificó rápidamente —por medio de la materia corporal del simbiota— permitiéndole ver debajo del agua con mucha mayor claridad. Con gran facilidad, pudo establecer la forma del objeto que Kenneth trataba de mover, aunque sin reconocerlo. Era un hemisferio hueco de metal opaco; medía unos veinte o veinticinco centímetros de diámetro y uno de espesor; la cara chata se hallaba protegida en la mitad de su superficie aproximadamente por una chapa de un material semejante. Pendía de una rama no puntiaguda de coral y se hallaba a pocos centímetros del fondo y parecía un sombrero colgado de una estaca de madera; otro pedazo del objeto, había caído o crecido más abajo, de tal modo que hacía las veces de cuña sobre el primero. Rice tironeaba del fragmento superior ayudándose con la pértiga que funcionaba como palanca.

Después de algunos minutos de esfuerzo inútil abandonaron la tarea para tomar aliento y planear un método de trabajo basado en la cooperación. Se decidió que Bob descendería hasta el fondo para colocar la pértiga detrás del objeto; Kenneth, después de recibir su señal, tendría que hacer fuerza con el pie contra el borde más alto de la laguna —ambos llevaban los zapatos puestos, como haría cualquier persona en su sano juicio dentro de una laguna de constitución semejante— y empujaría hacia afuera para desprender el objeto. La primera vez el intento falló; Bob no había colocado bien la pértiga y se salió de su lugar. La segunda vez, sin embargo, salió demasiado bien. El pedazo de metal se desprendió, hundiéndose hasta el fondo; Bob, que tenía necesidad de respirar, emergió a la superficie. Después de llenar de aire sus pulmones comenzó a hablar a Rice; entonces advirtió que el pelirrojo no estaba en el mismo lugar. Por un instante, supuso que el muchacho había subido rápidamente a tomar aliento y descendido luego a rescatar su trofeo. Pero, en un momento en que el nivel del agua bajó bruscamente, pudo ver la cabeza del pelirrojo.

—¡Ayúdenme! ¡Mi pie...!

Sus palabras se interrumpieron cuando el agua subió nuevamente, pero la situación se había aclarado. Bob se sumergió inmediatamente; apoyó un pie en el fondo e hizo fuerza tratando de levantar el fragmento de coral que, después de haber sido liberado por la extracción de la placa metálica, fue a parar encima del pie de Kenneth. Pero no consiguió zafarlo. Cuando el agua volvió a descender, Kenneth trató de decir algo.

—¡No hables! ¡Toma aire! —gritó Malmstrom.

Mientras tanto, Bob buscaba la pértiga que había desaparecido. Vio que flotaba a pocos metros de distancia y allí se dirigió a rescatarla, Colby desapareció en dirección al bote sin decir una palabra; cuando Bob volvió con la pértiga y se preparaba para sumergirse nuevamente, volvió Colby trayendo el balde que Hay recogiera de la laguna.

Todo había sucedido con tanta rapidez, que Malmstrom y Hay apenas lograban comprender lo que estaba sucediendo. Miraron llenos de sorpresa a Hugh Colby cuando apareció con su balde. Este no perdió tiempo en dar explicaciones. Se tiró de cabeza al agua y llegó hasta donde estaba atrapado Rice. En el momento en que el agua bajó de nivel colocó el balde invertido encima de la cabeza del joven y le dijo:

—¡Sujétalo así!

Fueron sus únicas palabras durante todo el incidente. Rice entendió y obedeció la orden; cuando el agua volvió a subir por encima de su cabeza, se encontró con el rostro metido dentro de un balde lleno de aire. Bob no había visto la maniobra ya que se hallaba bajo el agua tratando de desprender el fragmento de coral pero, cuando subió a la superficie un rato después, se quedó muy sorprendido; luego comprendió el objeto de la operación.

—¿Entramos? —preguntó Hay, ansiosamente.

—Creo que ahora lo sacaré —replicó Bob—. Al principio me preocupaba que no le alcanzara la respiración, pero ahora estará todo bien. Espera un momento, pues yo también necesito tomar aire.

Descansó unos instantes, mientras Hay gritaba para darle valor a su compañero, en los intervalos en que la cabeza estaba sobre el nivel del agua. Robert encontró la oportunidad de murmurar al Cazador:

—Es por esto que no quería venir solo aquí.

Luego tomó la pértiga y volvió a sumergirse.

Esta vez pudo encontrar un punto de apoyo mejor y utilizó todas sus fuerzas. La rama de coral comenzó a moverse; cuando ya parecía que el trabajo estaba a punto de terminar, la pértiga se rompió y el extremo astillado golpeó sobre el pecho de Bob. Esta vez, el Cazador no protestó; la herida se había producido «en cumplimiento del deber». Cerró los rasguños sin resentimiento. Bob subió a la superficie.

—Creo que será mejor que ustedes sigan con esto. Comencé a mover el coral pero la pértiga se rompió. Traigan las otras pértigas. También podrían buscar un remo... o los dos. Y luego, a sumergirse.

—Quizá convendría que trajéramos una barra de hierro —sugirió Malmstrom.

—Será mejor que nos ocupemos solo nosotros de este asunto —replicó Bob—. La marea está subiendo y el balde servirá apenas durante los pocos segundos que el agua baje periódicamente. Vamos.

Poco rato después, los cuatro muchachos, empuñando pértigas y remos, estuvieron en el agua junto a su camarada: Bob, en el fondo, buscaba los mejores puntos de apoyo para aplicar los palos, y los otros, que los sostenían, esperaban una orden suya para levantarlos con fuerza. Ellos no estaban enterados de la capacidad de Bob para ver debajo del agua, y si aceptaron ser dirigidos por este fue simplemente porque Bob se adelantó a decirles lo que había que hacer y a nadie se le hubiera ocurrido discutir en momentos semejantes.

A pesar del tamaño y del peso del bloque coralífero, este cedió a sus esfuerzos concentrados, aunque la operación casi les costó un remo. Cuando el fragmento de coral se levantó, solo un instante, Kenneth pudo sacar su pie entumecido. Con la ayuda de sus amigos, salió del agua y quedó tendido sobre la orilla, restregándose el pie mientras los otros se reunían a su alrededor.

Rice estaba muy pálido y pasó un buen rato antes que su respiración y el ritmo de sus latidos se normalizaran, permitiéndole incorporarse. Los otros muchachos estaban casi tan asustados como él y, por el momento, a ninguno se le ocurrió volver al agua a rescatar la placa de metal que originara tantos inconvenientes. Después de unos diez minutos, Rice sugirió que sería una pena desperdiciar todo ese trabajo: Bob no esperó que se lo dijeran dos veces y se metió de nuevo al agua. Pero el objeto se había perdido de vista entre las gorgonias y las ramas de coral que cubrían el fondo de la laguna. Solo dejó de buscar a tientas debajo de todas las cosas que veía después de encontrar un erizo de mar que, seguramente, era partidario de la resistencia pasiva.

De toda la aventura que habían corrido esa tarde, a Rice solo le quedaba como saldo un temor indescriptible... y no era ese, precisamente, el sentimiento que le hubiera gustado exhibir ante sus padres.

Apenas eran las cuatro y media de la tarde, o sea que disponían aún de mucho tiempo hasta la hora de la cena, pero ninguno se sentía con ganas de continuar la exploración del arrecife. Nadie se opuso cuando uno de ellos, sugirió remar los cinco o seis kilómetros que los separaban del muelle principal.

—Eso debe estar muy tranquilo; el barco no llegara hasta dentro de una semana —recalcó inocentemente Hay.

Ninguno contestó aunque todos, probablemente, habían pensado lo mismo.

El Cazador tampoco prestó mayor atención a estas palabras; durante el último cuarto de hora, su mente había estado muy, preocupada en la caja de un generador que acababa de ver y palpar y que no provenía de los restos de su propia nave.

LA CAÍDA

Al principio, mientras remaban, conversaron poco, ya que habían quedado muy impresionados por el incidente; pero cuando Norman Hay hizo una observación acerca de su acuario, la conversación estalló con gran entusiasmo.

—Quizá podríamos encontrar por aquí algo para sacar los tapones de cemento de la laguna —fueron sus palabras.

—Necesitarás algo muy fuerte —observó Shorty—. El cemento submarino que tú empleaste es un material muy resistente... Lo usan en el muelle y no hay ninguna marca en el lugar en que el buque-tanque lo roza.

—El buque no toca al muelle, a menos que haya algún descuido —indicó Rice desde la proa—. No obstante, Norm tiene razón al decir que necesitaras herramientas buenas. Me parece que en casa no tenemos nada que pueda servir para eso.

—¿Qué usamos, entonces? ¿...martillo o formón?

—No se puede trabajar con el martillo debajo del agua. Precisamos una barra de hierro larga y pesada, con una buena punta. ¿Quién sabe dónde podemos conseguirla?

Ninguno contestó. Después de un rato, Hay prosiguió:

—Entonces les preguntaremos a los muchachos del muelle y si ellos no saben tendremos que ir buscar entre las herramientas de la construcción que están realizando en la montaña.

—Trabajaríamos mucho más rápido si tuviéramos una escafandra —opinó Rice.

—Las únicas escafandras que hay en la isla forman parte del equipo de salvamento y están en el muelle y en los tanques; y no nos las prestarían —dijo Bob—. Además, tampoco conseguiríamos el traje correspondiente... y, por otra parte, el único nosotros que podría ponérselo es Shorty.

—¿Y qué tiene eso de malo? —inquirió Malmstrom.

—Tú andarías protestando porque casi todo el trabajo recaería sobre ti. Y, ¿para qué seguir hablando de ello, si sabemos que no nos prestarían lo que necesitamos?

—¿Por qué no fabricamos nosotros mismos el equipo? No es tan difícil.

—Quizá tengas razón, pero hace cuatro o cinco años que venimos hablando de esto y siempre terminamos conteniendo la respiración para trabajar bajo el agua —dijo Colby.

Como en las poquísimas oportunidades anteriores en que este intervino en la conversación, nadie tuvo una respuesta adecuada.

Rice rompió el breve silencio que se produjo con otra pregunta.

—¿Y qué piensan usar para mantener los peces encerrados? Bob dijo algo acerca de usar alambre tejido... pero ¿de dónde piensan sacarlo?

—Tampoco lo sé. En el caso de que hubiera alambre tejido en la isla, tendría que hallarse en los depósitos del muelle. Si lo encontrara allí, sacaría un pedazo; en caso contrario, trataré de fabricar alambre tejido con algún alambre bastante grueso. La abertura no será muy grande.

Atracaron al pie de una escalera que estaba al costado de la estructura, casi debajo del camino que comunicaba con la playa; Rice y Bob ajustaron las amarras de la proa y de la popa, mientras los otros subían a la plataforma principal, sin esperar. A Ken le costó un poco subir por la escalera a causa de su pie, pero lo disimulaba bastante bien. Cuando estuvieron sobre el muelle, se dedicaron a planear la acción inmediata.

El muelle era una estructura de gran tamaño. La producción semanal de aceite era considerable y seguía aumentando. Cuatro tanques cilíndricos enormes se destacaban en el conjunto; en comparación, sus bombas auxiliares y los mecanismos de control parecían muy pequeños. No había paredes contra incendios; la estructura estaba construida con acero y cemento y poseía numerosos desagües de gran tamaño que desembocaban en el agua. Más abajo, los aparatos para combatir los incendios consistían principalmente en mangueras de alta presión con las que se empujaba el aceite ardiente hacia la laguna.

Alrededor y entre los tanques se veían algunos cobertizos construidos con chapas de hierro acanaladas, similares a los edificios que servían para depósito, que se encontraban en la playa y que cumplían la misma función; en el extremo opuesto del camino había un complicado aparato que se usaba para destilar gasolina y para el calentamiento o lubricación de los aceites obtenidos a partir de los productos crudos de los tanques de cultivo: resultaba más barato industrializar las pequeñas cantidades del producto que se consumían en la isla en vez de embarcar el aceite crudo a Tahití para su refinamiento.

En ese momento, los jóvenes estaban interesados principalmente en los galpones de depósito. A ninguno de ellos se le ocurría de antemano en qué podría utilizarse el alambre tejido en los trabajos realizados en la isla pero, para estar bien seguros, era necesario remover hasta la última piedra en su búsqueda. Se introdujeron, en fila, por el reducido espacio que quedaba entre los tanques.

Se detuvieron un instante antes de llegar al depósito; cuando pasaron junto a la esquina de uno de los cobertizos más pequeños, salió de pronto un brazo que se aferró al cuello de Rice, atrayéndolo hacia adentro. Los muchachos quedaron atónitos durante algunos segundos; luego intercambiaron sonrisas de comprensión al oír la voz de Charles Teroa. Decía algo acerca de «polizones» y de «trabajos», y parecía hablar con mucho énfasis; por primera vez, se oyó una conversación de varios minutos de duración, en la que no interviniera Rice. Bob no sabía si convenía prevenir al muchacho acerca de las intenciones de Teroa, pero estaba seguro de que nadie se perjudicaría... y el de mayor edad parecía muy satisfecho de sí mismo. Sin embargo, el pelirrojo, muy avergonzado, se acercó al grupo. Teroa estaba detrás de él

y en su rostro se dibujaba una tenue sonrisa. En un momento en que su mirada se cruzó con la de Bob, le guiñó el ojo.

—¿Qué hacen ustedes por aquí? —preguntó.

—¿Y qué haces tú? —replicó Hay, que no tenía intenciones de irse sin conseguir lo que buscaba—. Tú tampoco trabajas aquí.

—¿Por qué no lo averiguas? —contestó Teroa con serenidad—. Al menos, estoy ayudando. Supongo que ustedes andan detrás de algo.

Esta última frase era una afirmación, aunque al final de la misma pudo percibirse un tono de pregunta.

—Nada que pertenezca a otra persona —replicó Hay, defendiéndose de antemano.

Iba a explayarse sobre ese tema cuando se oyó la voz de otra persona.

—¿Cómo podemos estar seguros de lo que dices? —Todos se dieron vuelta y vieron parado al padre de Bob detrás de ellos—. No tenemos ningún inconveniente en prestar cosas —prosiguió— siempre que sepamos qué piensan hacer con ellas. ¿Para qué vinieron?

Hay se lo explicó con toda amabilidad. Tenía la conciencia tranquila, ya que pensaba pedir el alambre que necesitaba, aunque hubiera deseado primeramente elegir a quién se lo pediría.

El señor Kinnaird movió la cabeza comprensivamente.

—Me parece que tendrán que subir al tanque nuevo para conseguir una barra de hierro o algo semejante —dijo—. Aunque... quizá pueda ayudarles a encontrar el enrejado que buscan.

Todos, incluso Teroa, lo siguieron por la resbaladiza superficie que ofrecían las chapas de acero. Mientras caminaban, Hay explicaba lo que había sucedido en su laguna, y la forma en que descubrieron la causa de las anomalías. El señor Kinnaird solía ser un buen oyente, pero en el momento en que escuchó algo acerca de la posibilidad de introducirse en el agua infectada dirigió una mirada penetrante a su hijo que, afortunadamente, este no percibió. La conversación hizo recordar a Bob que tenía que pedir el libro a Hay. Lo hizo apenas se produjo el primer silencio. El señor Kinnaird no pudo contener un comentario.

—¿Acaso piensas convertirte en médico? ¡No has estado portándote últimamente como tal!

—No, no es eso... solo quería averiguar algo —dijo Bob, disculpándose.

Mientras tanto, el Cazador veía que los acontecimientos se presentaban antes de lo previsto y se desarrollaban a toda velocidad: hubiera querido comunicarse con su anfitrión pero las circunstancias no resultaban propicias.

El señor Kinnaird sonrió y volviéndose hacia la puerta de uno de los galpones, dijo:

—Puede ser que haya algo aquí, Norman.

Abrió la puerta. Adentro reinaba una oscuridad casi absoluta, pero el padre de Bob encendió inmediatamente una lamparilla que colgaba en el centro del cielo raso. Todos los ojos se fijaron en lo mismo: un gran rollo de alambre galvanizado tejido de un cuarto de centímetro, que parecía hecho a propósito para satisfacer las necesidades de Norman. Hay se precipitó sobre él mientras el padre de Bob contemplaba la escena como si hubiera sido el inventor del alambre tejido.

—¿Cuánto necesitas?

—Un pedazo de cincuenta centímetros cuadrados será suficiente —fue la respuesta.

El señor Kinnaird tomó una pinza que se hallaba a un costado del galpón, sobre un banco, y comenzó a cortar el alambre. Era muy difícil cortarlo, ya que los extremos agudos del mismo obstaculizaban el manejo de la pinza. No obstante después de pocos minutos de trabajo, le extendió a Norman el fragmento deseado. Salieron todos del galpón.

—No sabía que usaban este material en la isla —dijo Bob a su padre, mientras cerraba la puerta detrás de él.

—¿Verdad? —preguntó el señor Kinnaird—. Tú has andado por la isla lo suficiente como para reconstruirla centímetro a centímetro si fuera necesario.

Y dirigiéndose hacia el tanque de depósito más próximo, les mostró uno de los desagües de emergencia.

—Allí se emplea el alambre tejido —dijo, señalando la abertura que tendría alrededor de un metro cuadrado de superficie.

Los muchachos se aproximaron. A unos setenta centímetros de la abertura, entre ellos y el agua que se hallaba a unos cuatro metros más abajo, se veía una rejilla protectora de alambre tejido igual al que Norman tenía entre sus manos.

—No creo que pueda soportar a una persona que llegara a caerse allí —observó Bob.

—Una persona no tiene por qué caerse allí —replicó su padre—. Y, en tal caso, sería deseable que supiera nadar. No se permite transitar cerca de estos lugares.

Se alejó de la boca de desagüe y los muchachos lo siguieron, enfrascados en sus pensamientos. Muy pronto apreciaron la exactitud de sus palabras.

Se resbaló; al menos, Malmstrom insistía en que fue el señor Kinnaird quien resbaló primero, pero ninguno podía tener seguridad absoluta al respecto. El grupo se vino al suelo, del mismo modo que cuando se acierta el blanco en una cancha de bolos. El único que quedó en pie fue Teroa y lo consiguió gracias a su rapidez de movimientos. Malmstrom se estrelló contra Hay; este, al caer, golpeó con sus pies los tobillos de Bob y Colby, quienes a su vez no pudieron mantenerse en equilibrio encima de esa superficie metálica y aceitosa. Bob exhaló un grito cuando reparó que se hallaba en un tris de probar prácticamente la resistencia de la rejilla de alambre.

En el colegio, su velocidad de reacción le había permitido ocupar un importante puesto en el equipo de hockey; esto fue lo que lo salvó. Cayó de pie y, cuando los

dedos de sus pies se hubieron afirmado sobre la rejilla, extendió los brazos todo lo que pudo, tratando de alcanzar la parte sólida del muelle. El borde de la plataforma le produjo un fuerte dolor en la caja torácica, pero como una buena parte de su peso se descargó sobre sus brazos, la rejilla no cedió.

Su padre, apoyado sobre las rodillas y las mano trató de ayudarlo a subir, pero resbaló nuevamente y tuvo que renunciar a su intento. Malmstrom y Colby, que habían caído muy cerca de allí, tomaron a Bob por las muñecas sin intentar siquiera modificar la posición, boca abajo, en que se encontraba. De este modo, el joven tuvo suficiente apoyo y pudo incorporarse.

Bob tenía la frente perlada de sudor y su padre se restregaba los ojos. Se miraban en silencio. Luego, el padre sonrió con embarazo y dijo:

—Era esto lo que temía. —Y enseguida, recobrándose un poco, continuó—: —Supongo que ese bote que está atado allí es de ustedes. Hay que llevarlo de vuelta hasta el arroyo. Yo llegaré a casa, para cenar, con algún retraso.

Todos estuvieron de acuerdo. El señor Kinnaird dijo, dirigiéndose a Bob:

—Es mejor que ahora se vayan enseguida, ante de que suceda otro percance. ¿Se lo contamos a tú madre? Será mejor que no...

No hubo ninguna pausa entre la pregunta y la respuesta. Todos se alejaron, casi sonriendo.

El Cazador no sonreía, sin embargo, y tenía buenas razones para no sentirse tranquilo. Era necesario que hablara con Bob, pero tenía tantas cosa que decirle que ni siquiera podía decidir por dónde comenzar. Se sintió intensamente aliviado cuando su joven anfitrión se instaló en la proa del bote, en vez de tomar los remos; en ese instante Bob no miraba a sus amigos. El Cazador atrajo su atención.

—¡Bob!

Las letras proyectadas eran gruesas, inclinadas y además, subrayadas. También habrían estado coloreadas si el Cazador hubiera tenido medios para hacerlo; de ese modo, el joven comprendió la urgencia del simbiota y fijó inmediatamente la vista en el horizonte.

—Dejaremos de lado —comenzó el Cazador— a menos por el momento, tu tendencia a exponerte a heridas menores porque confías en mi protección. Si bien esa tendencia, en sí misma, es ya bastante pernicioso, lo más grave es que pareces complacerte en difundir a todos los vientos tu confianza en tu propia inmunidad. Te ofreciste públicamente a entrar en el agua, esta mañana, sin la menor vacilación; anunciaste a todos tu reciente interés por la biología, en general, y por los virus en particular. En varias oportunidades he estado a punto de olvidar mis atenciones para contigo y paralizarte la lengua. Al principio, creía que lo único que podía pasar era que atemorizaras a nuestra presa y la indujeras a buscar un escondite mejor; pero

ahora no estoy muy seguro de que todo este asunto no nos traerá complicaciones más serias.

—Pero ¿qué podría suceder? —murmuró Bob, en voz muy baja para que sus compañeros no lo oyeran.

—Por supuesto, todo lo que yo digo puede estar equivocado, pero ¿no es curioso que después de estar a punto de sufrir un accidente insistas en hablar de esas cosas... especialmente, hallándote al lado de una de las personas más sospechosas para nosotros?

Bob meditó en silencio uno o dos minutos. No había considerado previamente la posibilidad de exponerse a un peligro físico. Antes de que pudiera pensar algo para responder al Cazador, este continuó:

—Un examen tan minucioso como el que tú hiciste del pez muerto puede fácilmente haber atraído la atención de cualquiera, especialmente de alguien tan sospechoso como lo es tu amigo para nosotros.

—Pero Norm lo observaba con el mismo interés que yo —opinó Bob.

—Ya me di cuenta.

El Cazador no se explayó sobre esta cuestión, dejando que su joven anfitrión extrajera libremente todas las conclusiones que quisiera.

—Pero ¿qué hubiera podido hacer él? ¿Es posible que haya sido el causante de esa caída?... Tú me dijiste que no puedes causarme daño. ¿Acaso él es diferente a ti?

—No. Es verdad que él no hubiera podido forzar a ninguna de esas personas a que te empujaran, o algo semejante. Sin embargo, podría haberla persuadido; recuerda cuánto hiciste tú por mí.

—Pero tú me dijiste que él no se daría a conocer.

—Eso es lo más probable, ya que en caso contrario correría un gran riesgo. No obstante, podría haber intentado buscar colaboración... Quizá engañando a su anfitrión... No es tan difícil. ¿Cómo podría probar su anfitrión que él está mintiendo?

—No puedo contemplar esa situación *a priori* pero ¿en qué se habría beneficiado tu enemigo si yo me caía allí adentro? Sé nadar y, además, todos saben. Y en caso que no supiera y me ahogara... eso tampoco impediría que tú siguieras viviendo tu vida.

—Así es; pero quizá él haya pensado que, en caso de que tú te lastimaras levemente, yo me traicionaría por mis actividades cicatrizantes. Después de todo, no importa lo que le haya dicho a su anfitrión, ya que no creo que trate de persuadir a uno de tus amigos para que te cause un daño serio o permanente.

—Entonces, ¿piensas que Charles Teroa está tratando de conseguir ese trabajo fuera de la isla para servir a nuestro enemigo? Yo creía que Charlie quería desvirtuar todas esas historias acerca de su manía de dormir mientras trabaja porque realmente deseaba enmendarse.

—Esa posibilidad existe, indudablemente. Pero nosotros debemos encontrar la forma de examinarlo antes de que se vaya... o evitar su traslado de la isla.

Bob no prestó mayor atención a esto último, pues en ese momento estaba muy preocupado con otro pensamiento que irrumpió en su mente... algo que cambió su expresión a tal punto que no hubiera pasado inadvertida para sus amigos en caso de que se hallaran mirándolo en ese instante.

Algo que dijera el Cazador unos minutos antes había originado un pensamiento semejante: tardó un momento en definirse, pero ahora aparecía ante su mente con destellante claridad. El Cazador dijo que su presa era capaz de engañar a su anfitrión sin que hubiera forma alguna de evitarlo. Bob advirtió de pronto que tampoco él tenía medios para comprobar la veracidad de las palabras del Cazador, Y el ser que se hallaba dentro de su propio cuerpo podría ser también un criminal fugitivo, intentando escapar de una legítima persecución.

Iba a decir algo, pero su natural sentido común lo salvó a último momento. Esto tendría que comprobarlo por sí mismo; mientras tanto, debía aparentar la misma confianza y espíritu de cooperación que caracterizaban su trato con el Cazador hasta el momento.

En realidad, no desconfiaba seriamente del Cazador. A pesar de las limitaciones que existían en la comunicación, la actitud y el comportamiento del simbiota habían hecho que el joven se formara una idea excelente acerca de su personalidad. No obstante, la duda subsistía y era necesario resolver la situación en alguna forma.

Estaba muy preocupado cuando llegaron al arroyuelo y apenas habló, mientras entre todos arrastraron el bote sobre la orilla y guardaron los remos. Pero ninguno lo advirtió, pues los muchachos habían quedado muy cansados y algo sacudidos por los dos accidentes de esa tarde. Subieron hasta la alcantarilla y recogieron sus bicicletas, que habían quedado ocultas entre los matorrales. Luego se despidieron, separándose en varias direcciones, después de fijar el mismo lugar para reunirse en la mañana siguiente.

Al fin Bob pudo hablar libremente con el diminuto detective.

—Cazador —le dijo—, si crees que mis conversaciones y la investigación que estoy realizando entre mis amigos pueden volverme sospechoso para tu enemigo, ¿hay acaso motivo para preocuparse? Cualquier cosa que intente él hacer, nos servirá para localizarlo inmediatamente. Esa sería, quizá, la mejor manera de apresarlo. Úsame como cebo. Después de todo, la única forma inteligente de encontrar una aguja en un pajar es usar un imán. ¿Qué te parece?

—Ya lo había pensado. Es demasiado peligroso.

—¿Podría causarte algún daño?

—No espero que lo haga. Lo único que me preocupa es tu seguridad. Ignoro si tu actitud se debe a la valentía de la madurez o a la temeridad de la juventud, pero no te expondré a ningún peligro mientras tenga la posibilidad de escoger otra salida más adecuada.

Bob no contestó, pero el Cazador quizá pudo descubrir, por la contracción de los músculos faciales del muchacho, el esfuerzo de este por reprimir una sonrisa de satisfacción. Había, además, otra cuestión que Bob quería aclarar. Cuando iba en dirección a su casa le preguntó:

—¿Bromeabas cuando dijiste que podías paralizar mi lengua?

—De ninguna manera. Puedo paralizar cualquier músculo de tu cuerpo oprimiendo el nervio correspondiente. Ignoro cuánto tiempo dura el efecto después de dejar nuevamente en libertad el nervio, ya que nunca he ensayado este experimento con gente de tu raza.

—A ver, muéstrame...

Bob se detuvo en el camino, con gran expectativa.

—¡A la casa a comer! ¡Y basta de hacer propuestas tontas!

Bob continuó su camino sonriendo ahora abiertamente.

UNA SESIÓN DE INGENIERÍA

El sábado no fue un día provechoso para el Cazador y menos aún para Norman Hay. Los muchachos se encontraron en la alcantarilla como habían planeado. Norman llevó el pedazo de tela metálica, pero ningún otro había llevado nada que pudiera servir para extraer los bloques de cemento que Hay colocara en su piscina.

Decidieron, pues ir hasta el otro extremo de la isla donde estaban construyendo un nuevo tanque de cultivo para ver si encontraban algo adecuado por allí. Fueron en bicicleta, atravesaron el arroyo y pasaron junto a la escuela en dirección a la casa de Teroa. Allí en lugar de girar, continuaron recto hasta el final del camino pavimentado, pasando junto a varios galpones de depósito. Un poco más abajo había un grupo de tres pequeños tanques que estaban allí desde hacía algunos años; mucho más adelante se hallaba una nueva estructura algo más elevada, casi tan grande como los tanques que se encontraban en el lago. Esta última construcción había sido terminada uno o dos meses antes; otra, que los muchachos conocían, se hallaba en construcción precisamente detrás de esta. Allí se dirigieron.

Al final de los galpones terminaba el camino; de allí en adelante había que seguir por una vereda improvisada. Los muchachos advirtieron que sería mejor seguir a pie. Dejaron a un costado del camino las bicicletas y comenzaron a caminar. No tenían que ir muy lejos: apenas los separaban unos trescientos metros del tanque más grande, setenta metros más a lo largo de su pared inferior y otro tanto hasta el lugar donde estaba concentrada toda la actividad.

Igual que su vecino, el nuevo tanque estaba colocado sobre la ladera de la montaña, enterrado en parte, como los demás. Las secciones de pared que descansaban sobre la ladera ocupaban en ese momento la atención de los operarios. Los muchachos repararon con alivio en que las excavaciones parecían haber terminado; sería entonces, posible conseguir que les prestaran las herramientas que ellos necesitaban. No les costó ningún trabajo conseguir lo que querían. Enseguida encontraron al padre de Rice, quien inmediatamente localizó un par de barras de hierro y les dio permiso para llevárselas.

Los jóvenes tomaron las barras y volvieron por donde habían llegado.

Era un buen comienzo. Pero el resto de la mañana no fue tan fructífero. Llegaron sin demora a la laguna y comenzaron a trabajar sumergiéndose por turno para golpear con las barras de hierro la superficie de cemento. No podían hacer fuerza contra el borde que daba al mar, ya que hubieran sido arrojados por la primera ola que rompiera allí contra los puntiagudos bordes del coral. Descansaron un poco a la hora del almuerzo, pero aún faltaba mucho que hacer.

Después de comer se encontraron en el lugar acostumbrado. Allí vieron un *jeep* estacionado al lado de la alcantarilla. Junto al mismo estaban parados Rice y su padre y en el asiento de atrás podía verse un equipo que los muchachos reconocieron al instante.

—¡Papá hará volar la entrada! —gritó Rice mientras los otros se aproximaban—. Pidió permiso para salir del tanque por un par de horas.

—Haría cualquier cosa con tal que dejaran de fastidiarme un buen rato —observó su padre.

—Será mejor que suban a sus bicicletas... tú también, ven. Yo llevaré las barras de dinamita en el coche.

—¡Pero si no hay ningún peligro! —se quejó Bob, que quería examinar más de cerca el émbolo del detonador.

El hombre lo miró.

—Nada de peros —dijo—. Tu padre sería el primero en no permitir a ninguno de ustedes que fueran con él. Y así debe ser.

Tomó el volante, sin mayores explicaciones, y Bob, que sabía que el señor Rice decía la verdad, montó en su bicicleta dirigiéndose hacia el noroeste. Todos lo siguieron.

En la casa de Hay dejaron estacionado el *jeep* después de descargarlo. El señor Rice insistía en llevar él mismo la dinamita y los cartuchos aunque a Bob le parecía que no convenía llevarlos juntos. Bob y Malmstrom se hicieron cargo del detonador y los alambres. El grupo se dirigió a pie hacia la playa. Se desviaron un poco del camino que los muchachos habían seguido el miércoles y salieron al extremo meridional de la franja de arena.

Allí, igual que en la laguna, los arrecifes reaparecían, curvándose hacia el sur y al este, bordeando casi completamente la isla. La laguna se estrechaba en la parte sur; el arrecife nunca se extendía a más de unos quinientos metros de la costa y, hasta el momento, no se había intentado realizar construcciones en esa zona. En el lugar en que comenzaba el banco de corales, en el extremo sur de la pequeña playa, se encontraba un pasaje que comunicaba el mar con la laguna, similar al que separaba a esta última de la isla; pero este era mucho más estrecho y, en su base, solo permitía el paso de un bote de remos.

Esta era la «entrada» a la que Rice se había referido. Desde cierta distancia, se la veía claramente; pero examinándola desde más cerca podía verse la obstrucción aludida por Rice. El extremo del pasaje que comunicaba con la playa recibía el oleaje del mar y había sido bloqueado prácticamente por un banco de coral de unos seis metros de diámetro; lo más probable era que proviniera de un punto más lejano del arrecife y que por la acción de sucesivos temporales hubiera ido a parar allí, donde las olas no podían ya moverlo. Desde el primer momento los muchachos comprendieron que no podrían desplazar esa masa enorme sin dinamitarla; sin

embargo, intentaron durante un instante abrir un boquete con los medios rudimentarios con que contaban.

Por supuesto, era posible llegar a la laguna meridional dando vuelta, en bote, por el otro costado de la isla, pero decidieron que lo mejor sería desembarazar la entrada de ese obstáculo.

El señor Rice pidió a Colby que colocara la carga siguiendo sus indicaciones, ya que él no quería entrar en el agua. Luego los invitó a resguardarse entre las palmeras para protegerse de la explosión.

Los resultados fueron muy satisfactorios: una columna de diminutos fragmentos de coral se desparramó por el aire, acompañada por un ruido bastante moderado, ya que el estruendo de la dinamita no suele ser muy intenso. Cuando la lluvia de fragmentos pareció haber terminado, los muchachos se acercaron corriendo hasta la entrada y comprobaron que no era necesaria una segunda explosión. Solo había quedado una cuarta parte de la masa originaria, que se hallaba a cierta distancia del lugar. El resto había desaparecido completamente. Había ahora espacio suficiente para que el bote pudiera pasar.

Los muchachos dominaron su entusiasmo mientras ayudaban al señor Rice a llevar al *jeep* el equipo utilizado, pero luego sus opiniones se dividieron: Hay y Malmstrom querían volver a trabajar en la laguna; Bob y Rice preferían aprovechar la entrada que acababa de abrirse para explorar la parte sur de los arrecifes; Colby, como de costumbre, no opinó. Pero ninguno de ellos pensó en la posibilidad de proceder por su cuenta. Prevaleció la propuesta de Hay, quien les hizo ver que no valía la pena comenzar a trabajar a esa hora de la tarde y que sería preferible comenzar a la mañana siguiente para poder pasar todo el día en los arrecifes.

Bob hubiera insistido más para permitirle al Cazador examinar la parte que aún faltaba de su posible área de aterrizaje, pero la noche anterior el Cazador le había asegurado que ese fragmento de metal, que indirectamente había causado el accidente de Rice, era la caja de un generador de una nave similar a la suya.

—Esos restos no pertenecen a mi nave. Estoy seguro de ello. Si me hubiera limitado a mirarlos hubiera existido alguna posibilidad de error —le había dicho—, ya que supongo que la gente de tu raza podría haber fabricado un aparato parecido. Pero he sentido su contacto cuando tirabas de ese fragmento metálico con tus manos. Tiene unas marcas grabadas; son letras de nuestro alfabeto.

—¿Cómo se explica que esté allí y que el resto de la nave no se encuentre en los alrededores?

—Ya te dije que el fugitivo era un cobarde. Debe haber sacado la caja de la nave llevándola consigo para protegerse, a pesar de la demora que una carga semejante puede ocasionar. Sin duda, es una buena coraza; no creo que ningún ser viviente pudiera quebrar o perforar ese material. Además, yendo muy cerca del fondo del mar, se hallaría a salvo de verse engullido por algún animal. No fue mala su idea; solo que ahora nos permite saber con certeza que descendió en la isla.

—¿Qué crees que hizo luego?

—Exactamente lo que ya te he dicho: escoger lo antes posible un anfitrión. Tus amigos siguen hasta el momento siendo sospechosos, incluso el joven que durmió cerca del arrecife con un bote cargado de explosivos.

Como consecuencia de esta conversación, Bob prefería postergar la investigación en el arrecife meridional. Necesitaba cierto tiempo para pensar y no le convenía estar toda la tarde ocupado. Se le había ocurrido una buena idea, pero no podía comunicársela claramente al Cazador, ya que estaba rodeado por sus amigos. Estaba por ello muy nervioso, hasta que renunció finalmente a comunicarse con el simbiota verbalmente y se concentró por el momento a la tarea de romper el cemento.

A la hora en que debían regresar a sus casas para cenar, ya habían horadado aquella masa. Al menos cavaron un orificio lo suficientemente ancho como para dejar pasar una de las barras de hierro. Durante el viaje de regreso discutieron si el boquete sería bastante amplio. Cuando se separaron aún no se habían puesto de acuerdo.

Una vez que Bob se quedó solo, presentó su proyecto al Cazador.

—Me has dicho muchas veces que nunca abandonarías mi cuerpo ni entrarías dentro de él mientras estoy despierto. No quieres que te vea. Yo no creo que eso pudiera molestarme, pero prefiero no seguir discutiéndolo. Suponte que yo colocara un recipiente, una lata, una caja o cualquier cosa suficientemente grande en mi habitación, por la noche. Mientras yo durmiera, tú podrías salir y entrar en él. Te darías cuenta si estoy verdaderamente dormido, pero si prefieres, podría prometerte que no miraría en su interior. Luego iría dejándola cerca de la casa de cada uno de mis amigos para que aprovecharas las horas de la noche para realizar tus investigaciones. A la mañana siguiente volverías a tu refugio. También convendría que yo colocara algún indicador sobre la caja para saber si deseas volver a estar dentro de mi cuerpo o seguir inspeccionando otros lugares.

El Cazador se mantuvo pensativo durante algunos minutos.

—La idea es buena, muy buena —contestó finalmente—. Los mayores inconvenientes que puedo hallarle, al menos en este momento, son dos: solo podría examinar una casa por noche y durante el día me hallaría más impotente que de costumbre. Y en segundo lugar, mientras me encuentre realizando esas investigaciones, tú quedarías sin protección alguna. En situaciones normales eso no revestiría mayor gravedad; pero debes recordar que tenemos sospechar que nuestra presa te ha identificado como mi anfitrión y si llegara a tenderte una celada durante mi ausencia sería muy peligroso para ti.

—En ese caso se convencería de que no soy tu anfitrión —observó Bob.

—Lo cual, joven amigo, no nos reportaría ni el mínimo beneficio.

Como de costumbre, las palabras del Cazador dejaban entrever un oculto significado.

Cuando regresó a su casa, Bob encontró a su padre sentado a la mesa. Algo sorprendido le preguntó:

—¿Me he atrasado?

—No. Volví antes a comer algo, pues tengo que regresar a trabajar en el tanque. Queremos dejar listo el último molde para la pared posterior para poder volcar esta noche el cemento; así fragua hasta el domingo.

—¿Puedo ir contigo?

—No creo que podamos terminar antes de medianoche. No hay peligro ninguno y si le pides permiso a tu madre seguramente te lo concederá y preparará una ración doble de sándwiches.

Bob corrió en dirección a la cocina pero, a mitad de camino, oyó la voz de su madre.

—Está bien por esta vez. Pero cuando vuelvas al colegio se acabarán estas cosas. ¿De acuerdo?

—Conforme.

Bob se sentó frente a su padre y comenzó a preguntarle más detalles. El señor Kinnaird fue contestando sus preguntas entre bocado y bocado. A Bob no se le ocurrió preguntar dónde estaba el *jeep*, pero minutos después oyó sonar la bocina afuera. Salieron juntos. Solo quedaba lugar para una persona más en el vehículo, en el que estaban ya instalados los padres de Hay, Colby, Rice y Malmstrom. El señor Kinnaird se dio vuelta y le dijo a Bob:

—Me olvidé de advertirte... Tendrás que ir en tu bicicleta. Además, al regresar, tendrás que traerla caminando si aún no has arreglado su farol. ¿Quieres venir, de todos modos?

—Seguro.

Bob fue a buscar su bicicleta. Los demás ocupantes del vehículo miraron a Kinnaird algo sorprendidos.

—¿Estará con nosotros mientras volcamos el cemento, Art? —preguntó Malmstrom, el mayor de ellos—. Tendrás que sacarlo con un anzuelo si llega a caerse.

—Ya es hora de que sepamos, tanto él como yo, si es capaz de cuidarse a sí mismo —replicó el padre de Bob mirando en la dirección por donde había desaparecido su hijo.

—Si en realidad existe la herencia, puedes estar seguro de que no lo verás en situaciones difíciles —observó el corpulento Colby, mientras cambiaba de lugar para dejarle asiento en el *jeep*.

Sonreía, tratando así de disminuir el significado mordaz de sus palabras. El señor Kinnaird no se dio por aludido.

El pelirrojo conductor hizo girar el *jeep* y reinició la marcha. Bob pedaleaba furiosamente detrás de ellos. Cuando llegaron al camino principal, el automóvil le sacó rápidamente ventaja, pero a Bob eso no le importó mayormente. Atravesó el pueblo, hasta llegar al extremo del camino; estacionó su bicicleta y prosiguió el viaje a pie por el mismo sendero que sus amigos habían tomado por la mañana. El sol se ocultaba y la oscuridad iba envolviendo rápidamente el paisaje.

Sin embargo, no faltaba luz en el lugar de la construcción. Lámparas fluorescentes portátiles resplandecían por todas partes. Estaban alimentadas por un generador montado sobre una carretilla que se hallaba a un costado del piso ya pulido de la obra. Durante un buen rato, Bob trató de averiguar todo lo que pudo acerca de esa instalación. Luego se dirigió hacia la pared posterior, donde los obreros se hallaban levantando el molde y, de acuerdo con el principio que todos ellos habían adoptado desde hacía mucho tiempo, comenzó a ayudar acarreado los pilotes que se usaban para colocar en su lugar las grandes y chatas secciones prefabricadas. Varias veces se cruzó con su padre, pero no hubo ningún cambio de palabras ni signos de aprobación o de censura.

Como el resto del personal, el señor Kinnaird estaba demasiado ocupado como para hablar. Era ingeniero civil, pero lo mismo que los demás técnicos de la isla, debía colaborar cada vez que se realizaba algún trabajo importante. Por primera vez la labor que desarrollaba estaba vinculada con su especialidad y por lo tanto, se exigía el máximo rendimiento. El Cazador podía verlo ocasionalmente cuando Bob miraba en la dirección en que su padre se encontraba; siempre estaba ocupado. Algunas veces el simbiota lo veía malamente afirmado sobre el extremo de una escalera, revisando la separación de los moldes. Otras, cruzando encima de ese hueco de más de nueve metros de profundidad que iba a ser rellenado con cemento, para pasar al otro lado y observar la eficiencia de los hombres que estaban a cargo de las máquinas mezcladoras; tomando ángulos con el teodolito, revisando el tanque de combustible del generador... trabajos todos que hubieran debido realizar diferentes personas y que atemorizaban al Cazador por el riesgo que significaban.

El simbiota comprendió que había sido demasiado apresurado al condenar a ese hombre por haber permitido a su hijo tomar parte en una actividad tan peligrosa. El señor Kinnaird no había pensado en ese aspecto del asunto y eso aumentaba la responsabilidad del Cazador. Quizás algún día podría educar al muchacho para que se cuidara; pero si ya había pasado quince años de su vida con ese ejemplo delante, no debían esperarse muchos cambios.

Sin embargo, el hombre no ignoraba por completo a su hijo. Bob logró ocultar un primer bostezo a todos los que lo rodeaban, salvo al Cazador, pero su padre sorprendió el segundo y le ordenó que dejara el trabajo. Conocía el efecto que puede tener el sueño sobre la capacidad de coordinación de una persona y no tenía ningún deseo de que se cumpliera la predicción del señor Malmstrom.

—¿Tengo que volver a casa? —preguntó Bob—. Yo quería ver volcar el cemento.

—No podrás ver nada si no duermes antes. No necesitas volver a nuestra casa para ello. Deja un momento de trabajar y échate un sueñecito. Hay un buen lugar en la cima de la colina: allí podrás descansar tranquilamente y al mismo tiempo ver lo que estamos haciendo. Ya que insistes te despertaré antes de que vuelquen el cemento.

Bob no hizo ninguna objeción. No eran aún la diez de la noche y nunca se le hubiera ocurrido irse a dormir tan temprano, pero durante los últimos días se había producido un gran cambio en su actividad, después de haber abandonado la rutina del colegio, y ya comenzaba a sentir los resultados.

Trepó por la ladera y en la cima encontró un lugar que respondía a la descripción de su padre. Se recostó sobre el suave césped, y apoyó la cabeza entre las manos para mirar la brillante escena que aparecía abajo, ante su vista.

Desde allí podía ver simultáneamente todo lo que estaba sucediendo. Era como si se hallara en un palco, frente a un escenario iluminado. Solo una reducida extensión quedaba oculta a su mirada. Además, podía contemplar el débil resplandor del agua de la laguna, sobre cuya superficie se proyectaba la silueta de los tanques más cercanos, y una franja más luminosa que contorneaba el arrecife exterior. Si Bob hubiera prestado atención en ese momento hubiera percibido el ruido del oleaje pero, como todos los habitantes de la isla, estaba acostumbrado ese sonido constante, y raramente reparaba en él.

A su izquierda se distinguían unas pocas luces: algunas en el muelle y otras provenientes de la media docena de casas que no quedaban ocultas a su mirada. En dirección contraria, hacia el este, reinaba una oscuridad absoluta.

Las máquinas que se usaban para cortar la vegetación destinada a alimentar los tanques de cultivo no funcionaban durante la noche y solo se oía el susurro de los insectos y de la brisa al pasar entre el ramaje. Había también unos pocos mosquitos y moscas de la arena, pero el Cazador pensaba que su anfitrión necesitaba dormir y espantaba a los insectos que se posaban sobre la piel del muchacho con sus diminutos pseudópodos. A pesar de la firme determinación de Bob de tomarse un breve descanso, cuando llegó su padre a buscarlo estaba profundamente dormido.

El señor Kinnaird se aproximó silenciosamente y miró al muchacho durante algunos minutos con una expresión indefinible. Finalmente, cuando comenzó a oírse el fuerte ruido de las máquinas mezcladoras, lo empujó levemente con el pie, pero como eso no diera resultado, se agachó y lo sacudió suavemente; Bob emitió un sonoro bostezo y abrió los ojos. Tardó un par de segundos en despertarse completamente y enseguida se incorporó.

—Gracias, papá. No pensé que fuera a quedarme dormido. ¿Es tarde? ¿Ya están volcando el cemento?

—Acaban de comenzar.

El señor Kinnaird no hizo ningún comentario acerca del hecho de que Bob hubiera sido vencido por el sueño; aunque tenía un solo hijo, conocía bastante la

psicología de los jóvenes de su edad.

—Tengo que volver; creo que preferirás mirar desde arriba. Asegúrate de que haya alguien cerca por si llegaras a caerte —prosiguió el padre.

Bajaron juntos por la ladera, en silencio. Cuando llegaron, el señor Kinnaird descendió hasta el lugar de su trabajo, mientras Bob permanecía junto a las máquinas. Ya estaban funcionando y todas las operaciones eran claramente visibles, pues habían traído varias lámparas de refuerzo. Las máquinas recibían, por su parte superior, enormes cantidades de arena y cemento y también de agua que era traída desde una bomba montada al lado de la laguna. Un río compacto de hormigón, de color gris blancuzco, se volcaba en chorros dentro de los encofrados, mientras el espectáculo era oscurecido gradualmente por una bruma polvorienta. Los hombres llevaban gafas protectoras, pero Bob, que no las tenía, comenzó a sentir molestias en los ojos. El Cazador se desvivía tratando de ayudarlo, pero su acción se hubiera limitado a formar una película protectora sobre la parte exterior del globo ocular lo cual podía obstaculizar la visión de ambos, y por eso prefirió que las glándulas lacrimales resolviera ese inconveniente.

Le agradó que su anfitrión se desplazara algunos metros, hacia la parte superior de la ladera, para escapar de esa nube de polvo. Generalmente Bob no se preocupaba mayormente por su seguridad y era necesario que los demás le ordenaran varias veces que se retirara de los lugares peligrosos.

Poco antes de la medianoche, cuando el trabajo estuvo casi terminado, el señor Kinnaird volvió a buscar a Bob, quien se había quedado nuevamente dormido. Afortunadamente, Bob no tuvo necesidad de regresar en bicicleta a su casa.

ACCIDENTES

El domingo por la mañana los jóvenes se reunieron tal como lo habían planeado. Llevaban comida para pasar el día fuera de sus casas. Ocultaron la bicicletas, como de costumbre, y el grupo se dirigió a pie hasta el arroyo para buscar el bote; todos, con excepción de Bob, se pusieron sus trajes de baño.

A Bob no le convenía aún exponerse a los rayos del sol. Bob y Malmstrom empuñaron los remos y fueron bordeando la costa, en dirección al noroeste. Se detuvieron un instante junto al tanque de Hay, y probaron el agua que ahora no tenía diferencia con el agua de mar. Luego enfilaron la pequeña embarcación por el espacio que quedaba entre el islote y el extremo norte de la playa. Se vieron obligados a descender al final del pasaje, ya que el oleaje era demasiado intenso como para permitirles remar; bajaron al agua, que en ese momento les llegaba a las rodillas, y remolcaron el bote durante los ochocientos metros que les faltaba para llegar a la entrada. Allí volvieron a embarcarse y comenzaron la exploración del arrecife.

En ese lugar, el banco estaba mucho más cerca de la isla que en la sección norte y la laguna que formaba no llegaba a tener más que unos pocos centenares de metros de ancho y unos quinientos de largo. Había pocos islotes y el arrecife estaba constituido, en su mayor parte, por un conglomerado de ramas coralíferas, que emergían sobre el agua solo durante la marea baja, pero que bastaban para contener hasta los más fuertes oleajes.

En ese lugar era muy difícil conseguir un botín que pudiera interesar a los muchachos ya que todo lo que flotaba sobre el agua iba a parar dentro de un laberinto lleno de aristas y duro como el mármol.

Era imposible conducir el bote por allí y era necesario que alguno se bajara para remolcarlo calzando zapatos muy gruesos.

Bob, por supuesto, ya no seguía buscando indicios, pero Hay tenía una caja con algas y unos cuantos recipientes que esperaba llenar con especímenes destinados a su laguna. Los otros también tenían sus planes.

Ese paraje no estaba completamente inexplorado.

Otros jóvenes de la isla, que también tenían botes y no eran perezosos, solían llegar hasta allí por el camino más largo, pero seguramente concentraban su búsqueda en la parte este del arrecife. La jornada prometía ser muy provechosa y todos tenían un gran optimismo.

Se abrieron paso durante un kilómetro a lo largo del arrecife. Hay tuvo una suerte singular. Sus tarros estaban llenos de agua de mar y de ejemplares variados y anunció a sus compañeros que se retiraría más temprano, para llevarlos a la laguna y poder colocar la tela metálica en su lugar. Los otros, naturalmente, querían continuar con el

programa primitivo. Examinaron el problema mientras comían sobre uno de los poquísimos islotes que estaban cubiertos de arena y el resultado fue un empate. No continuaron la exploración y tampoco llevaron los ejemplares a la laguna.

La solución la dio involuntariamente Rice, quien se había subido sobre la proa del bote con el objeto de empujarlo y poder sacarlo del borde del banco de coral en que había quedado atascado. A ninguno se le ocurrió que era peligroso situarse en el mismo lugar en que la madera carcomida no había podido soportar el peso de un muchacho de catorce años.

Recordaron ese hecho cuando el pie izquierdo de Rice, luego de haberse oído un fuerte crujido, atravesó el tablón adyacente al nuevo; Rice se salvó de caer al agua aferrándose rápidamente a la borda, pero de nada le valió, pues en pocos segundos el bote se llenó de agua y todos fueron arrojados a la laguna. El agua les llegaba hasta la cintura.

En el primer momento se hallaban demasiado sorprendidos como para reaccionar. Luego Colby comenzó a reírse. Los demás, salvo Rice, se unieron a las carcajadas.

—Espero que esta sea la última vez que alguien rompe el fondo del bote con su pie —dijo finalmente Hugh—. Menos mal que esto nos sucedió a poca distancia de la costa. No será difícil trasladarlo hasta allí.

Remolcaron el bote a uno o dos metros de la costa.

No había nada que discutir. Todos sabían nadar y todos tenían, además, experiencia con botes inundados y estaban seguros de que, aunque estuviera repleta de agua, la embarcación podía soportar perfectamente sus pesos si mantenían sus cuerpos debajo del agua. Comprobaron que la mayor parte de su botín estaba a salvo —solo Hay había perdido casi todos sus ejemplares— y volvieron a entrar al agua, atravesando la estrecha laguna en dirección a la isla principal. Cuando estuvieron lejos del arrecife y en aguas suficientemente profundas para nadar, se quitaron los zapatos y los colocaron en el bote. Cada uno de ellos se agarró de la borda con una mano y comenzaron a bracear con el otro brazo. No tuvieron ninguna dificultad a pesar de que alguno recordó, cuando se hallaban a la mitad de camino, que acababan de comer.

Cuando llegaron a la orilla se produjo una nueva discusión. Esta vez tenían que decidir si dejaban en ese lugar el bote y luego volvían con la madera y las herramientas necesarias para arreglarlo o seguían remolcándolo hasta el arroyo. Cruzando el cerro, la distancia hasta las casas no era considerable, pero tenía el inconveniente de ser, en su mayor parte, un camino difícil de transitar a causa de la espesa vegetación; no era sencillo hacerlo llevando consigo un peso considerable. También podían traer las herramientas por la playa, pero ello implicaba tener que recorrer varios kilómetros de más. Como el día siguiente era lunes y tendrían que volver al colegio, decidieron finalmente llevar el bote hasta el arroyo ya que, de la otra manera, no bastaría un solo viaje.

Todavía les quedaba bastante tiempo. Antes de iniciar el regreso, arrastraron la embarcación hasta la orilla para examinar con mayores detalles el carácter de la avería. Era evidente que tendrían que reponer el tablón completo. La madera se había podrido alrededor de los tornillos que mantenían unido el piso a la sección lateral del bote próxima a la proa. Al rajarse entre ese punto y la primera barra transversal del piso, cedió al peso del joven, actuando como si fuera una trampa. Si Rice hubiera retirado su pie sin ningún cuidado, las dos maderas le hubieran desgarrado la pierna. Los muchachos opinaron que era una suerte que la embarcación fuera bastante pequeña y no llevara lastre.

Finalmente, decidieron examinar el bote y llegaron a la conclusión de que para dejarlo en perfectas condiciones casi sería necesario construirlo de nuevo. Además, antes de que pudiera hacerse a la mar era imprescindible realizar una compostura completa.

Bob sugirió:

—¿Por qué no lo dejamos aquí por ahora y vamos hasta el tanque nuevo? Allí hay una gran cantidad de restos de madera. Podríamos tomar lo que necesitamos y llevarlo al arroyo. En cuanto al bote, podemos trasladarlo hasta allí esta noche o mañana.

—Eso implicaría un viaje adicional, ya que tendríamos que volver aquí —observó Malmstrom—. ¿Por qué no hacemos lo que hemos planeado y luego vamos al tanque?

—Además... no encontraremos a nadie en ese lugar —agregó Colby—. No solo necesitamos restos de madera... y para tomar los trozos más grandes tendríamos que tener permiso.

Bob reconoció que su amigo tenía razón. Ya iba a dejar de lado su idea cuando Rice dijo:

—Lo que deberíamos hacer —dijo— es lo siguiente: la búsqueda de la madera adecuada nos llevará cierto tiempo. ¿Por qué no nos dividimos el trabajo? Uno o dos de nosotros podríamos ir al tanque, tal como dijo Bob; escoger el material necesario y apartarlo. Mientras tanto, los otros se ocuparán del bote. No será difícil de transportar. Mañana, después del colegio, vamos a pedir la madera que separamos y comenzaremos a trabajar sin pérdida de tiempo.

—Todo lo que dices está muy bien, pero ¿supones que será fácil que nos den toda la madera que necesitamos al mismo tiempo? A veces resulta más conveniente pedir las cosas una a una —observó Hay.

—Podríamos hacer varias pilas de madera y pedírselas a distintas personas. ¿Quiénes irán al tanque y quiénes empujarán el bote?

Se decidió que Bob, y Norman se dirigirían de inmediato al lugar de la construcción, mientras los otros llevaban el bote hasta el arroyo. Ninguno tenía prisa en comenzar, pero después de un rato se pusieron a la tarea. Arrastraron el bote

nuevamente hasta el agua para que flotara y los dos emisarios se encaminaron hacia el tanque. Rice iba adelante entonando el canto de *Los remeros del Volga*.

—Voy primero a casa a buscar mi bicicleta —dijo Norman—. Resultará más descansado de esa manera y, además, ahorraremos tiempo.

—Me parece muy bien —opinó Bob—. Perderemos un poco de tiempo al cruzar entre las malezas, pero luego lo recuperaremos con las bicicletas. Te esperaré junto al camino. ¿De acuerdo?

—Está bien... si es que llegas tú primero. Tu casa queda más cerca pero yo tengo un camino fácil. Iré por la playa y luego, cuando esté frente a mi casa, cortaré por adentro.

—Perfectamente.

Norman caminaba rápidamente por la playa en la misma dirección que habían tomado sus compañeros, a quienes alcanzó y dejó atrás en pocos minutos. Bob, en cambio, comenzó a escalar la ladera introduciéndose en la abigarrada masa de vegetación que días antes, le mostraba al Cazador. Robert conocía la isla tan bien como cualquiera de los muchachos que vivían allí todo el año, pero ninguno podía afirmar que conocía ese matorral. La mayor parte de las plantas crecían con extraordinaria rapidez y, para que un sendero permaneciera visible, era necesario usarlo constantemente. Los árboles grandes podrían haber constituido buenos puntos de referencia, pero las espinosas malezas impedían acercarse a ellos con facilidad. La única guía precisa era la inclinación del terreno; de ese modo, una persona podía seguir una línea de ascenso con la seguridad de que saldría de la selva en cualquier parte de la misma. Como Bob conocía la posición del lugar en que se encontraba en relación con su casa, estaba seguro de salir al camino a pocos metros de su hogar, o aun exactamente, si tenía suerte encontrar el sendero que estuvo usando los días anteriores. Se internó entre los matorrales sin vacilar.

Al llegar a la cima se detuvo un momento, no porque sintiera necesidad de orientarse sino para recuperar el aliento. Más allá, abajo de la ladera, en el lugar donde debían encontrarse las casas, se divisaba una franja de tupida vegetación. Bob se sorprendió y miró a ambos lados: el Cazador también se sobresaltó y se preparó para actuar. Por primera vez, durante su trayecto, Bob tuvo que arrodillarse y andar a gatas para abrirse paso. Resultaba más fácil desplazarse de esa manera, ya que los arbustos se volvían más espinosos a cierta altura del suelo. No obstante, la marcha distaba mucho de ser sencilla y muy pronto comenzó Bob a sentir el dolor de los rasguños. Iba el Cazador a reprocharle su obstinación en tomar el camino más difícil, cuando su atención fue atraída por algo que vio de soslayo, a través de los ojos de Bob.

Hacia su derecha se extendía una superficie que, si no fuera por las espinas, hubiera parecido una plantación de bambúes. Las plantas crecían muy erguidas y separadas entre sí. Como todos los ejemplares producidos durante los dos años de ensayos experimentales en la isla, estas plantas tenían espinas duras como el hierro y

puntiagudas como agujas, que medían alrededor de cinco centímetros de longitud en las ramas principales y un poco menos en las ramas laterales, las cuales nacían a unos treinta centímetros del suelo. El objeto que atrajera la atención del Cazador se encontraba en el borde de ese macizo de vegetación. No podía saber exactamente de qué se trataba, ya que la imagen se formaba le fuera del campo visual de Bob; pero vio lo suficiente como para despertar su curiosidad.

—¡Bob! ¿Qué es eso?

El muchacho miró en esa dirección y ambos reconocieron inmediatamente la naturaleza de esa pila de objetos blancos. No era la primera vez que Bob veía algo semejante y el Cazador poseía abundantes conocimientos de biología como para saber lo que era. Bob se acercó rápidamente para contemplar el esqueleto que emergía, en parte, de la espesura.

—Esto es todo lo que queda de *Tip* —dijo lentamente el muchacho—. Dime, Cazador, ¿cuál crees que ha sido la causa de su muerte?

El Cazador no contestó inmediatamente, tan absorto estaba en el examen de los restos. La estructura ósea conservaba su posición originaria... hasta las uñas y el pequeño hueso que parecía corresponder al hioides de la lengua de su anfitrión. Aparentemente, el animal había muerto sin violencia, sin ser movido posteriormente.

—No parece haber sido devorado por un animal grande; ni siquiera de talla mediana —observó cuidadosamente el Cazador.

—Es probable. Las hormigas u otros insectos podrían haber limpiado los huesos después de su muerte, pero no existen en esta isla animales capaces de causarle la muerte. ¿Sabes lo que estoy pensando?

—No puedo leer en tu mente, a pesar de haber llegado a conocerte tanto como para predecir, en algunas ocasiones, tus actos. Sin embargo creo interpretar tu pensamiento. Admito que es perfectamente posible que el perro haya sido muerto y devorado por nuestro enemigo después de haber sido trasladado hasta aquí desde algún lugar de la playa. Pero te advierto que no logro descubrir por qué eligió este lugar para matarlo, supongo que debe haber pocos lugares peores que este, en la isla, para conseguir un nuevo anfitrión. Además, el perro era alimento suficiente como para resistir varias semanas. ¿Por qué motivo se quedó aquí hasta consumirlo totalmente?

—Debido al pánico. Quizá se enteró de que ya estabas sobre su pista y quiso ocultarse en este lugar.

El Cazador no esperaba una respuesta tan rápida y tan aguda. Tenía que admitir que la sugestión de Bob era bastante aceptable. Antes de que el simbiota pudiera opinar. Bob tuvo otra idea.

—Examinando estos huesos ¿podrías saber si el animal fue consumido por un ser de tu raza? Puedo tomar uno con la mano y sostenerlo todo el tiempo que haga falta, si necesitas introducirte en él. Hazlo, por favor. Es necesario verificarlo.

Bob levantó un fémur. Los huesos cercanos estaban apenas ligados a este; podían verse en las articulaciones algunos restos de cartílagos. El joven lo apretó con fuerza para que el Cazador pudiera hacer el examen. Era la primera vez que se le presentaba la oportunidad de ver una parte del cuerpo del simbiota, pero resistió la tentación de abrir la mano. Por otra parte nada le hubiera servido, ya que el Cazador usaba filamentos muy finos para que pudieran pasar a través de los poros de la piel de Bob, y resultaban invisibles. La exploración duró varios minutos.

—Ya está. Puedes soltar el hueso.

—¿Descubriste algo?

—Muy poco. Pareciera que nuestro enemigo no fuera responsable. La médula de los huesos se ha descompuesto normalmente, lo mismo que la sangre y la materia orgánica restante. Sería difícil explicar por qué ha permanecido el tiempo suficiente como para consumir la mayor parte de la carne y ha dejado, en cambio, lo que he podido encontrar. Es probable que hayan intervenido las hormigas, como tú supusiste.

—¿Pero no hay seguridad?

—No. Sería una coincidencia extraordinaria, pero si prefieres creer que nuestra llegada hizo huir al fugitivo antes de terminar su comida, no tengo razones para negar esa posibilidad.

—¿A dónde podría haber ido?

—Ya que insistes, te diré que su meta inmediata tendría que ser tu cuerpo; pero te garantizo que hasta el momento no ha intentado aproximarse.

—Quizás porque ha pensado que tú estabas ocupándolo.

—Puede ser que en este momento esté desplazándose a gran velocidad a través de esta selva para escapar.

De se audible la voz del Cazador se hubiera percibido cierto cansancio en sus palabras. Bob sonrió y comenzó a descender por la ladera. Pero el detective observó que se mantenía cerca del borde del macizo de plantas que había llamado su atención.

Por más improbable que pudiera parecer una idea, Bob no iba a dejar de verificarla si le resultaba posible.

—Tu amigo debe estar esperándote.

—Ya lo sé. No demoraré mucho tiempo.

—Yo creía que pensabas dar una vuelta completa alrededor del matorral. Iba a advertirte que, si nuestras hipótesis son verdaderas, tú estás procurando caer en una trampa. No te pido que sea lógico pero al menos, deberías actuar consecuentemente.

—¿Dónde he leído esas palabras? —comentó Bob—. Solo faltaría que comenzaras a darme clases de inglés. Si has escuchado mi conversación con Rice, debes darte cuenta de que vamos en dirección al arroyo y de allí al sendero que nos conducirá a mi casa. Ya sé que no es un camino directo, pero es seguro.

Bob dejó de hablar y se introdujo entre las plantas.

—Si hubiera un millón de seres como tú en esta isla, Cazador, nos veríamos sumamente beneficiados. Ustedes son tan inteligentes que ningún animal puede

causarles daño.

—En lugares como este, querrás decir —contestó el simbiota—. También tenemos pestes en nuestro planeta. Nos ocupamos de ellas cuando nos molestan demasiado o cuando tenemos otras cosas que hacer. Pero problema que nos ocupa ahora es más serio. Creo que tendremos que utilizar tu idea para examinar, por lo menos, al joven Teroa, durante las próximas noches.

Bob asintió pensativamente. Mientras avanzaban, iba pensando en los detalles de ese plan. Hacia la izquierda los matorrales ralearon y Bob pudo caminar nuevamente erguido en dirección al arroyo. A esa altura, el cauce tenía de medio metro de ancho; nacía en una vertiente que goteaba, muy cerca de la cima de la montaña y que se secaba ocasionalmente, cuando escaseaban las lluvias. Sin embargo las sequías eran muy raras y el arroyo había logrado cavar un lecho bastante profundo, sin extenderse demasiado; las raíces de la espesa vegetación evitaban el desmoronamiento de sus orillas; en varios lugares, arbustos caídos formaban puentes de lado a lado, y las orillas cubiertas de musgo descendían en pendiente hasta el borde del agua. Ocasionalmente árboles de mayor tamaño habían formado al caer saltos de agua. Pocos metros más arriba del lugar en que Bob y el Cazador se acercaron al arroyo había una de estas lagunas. El árbol que la originó había caído algunos años antes y la mayor parte de sus ramas había desaparecido en ese suelo blando; las lluvias, los insectos y las lombrices contribuyeron en su medida en este proceso. El agua escapaba de la laguna por el costado por donde habían llegado Bob y el Cazador y había cavado profundamente la orilla en ese lugar; las ramas enterradas contribuían a agravar esta situación. Bob comenzó a seguir el curso del arroyo, a una prudente distancia de la orilla y, al apoyar el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha el terreno cedió bruscamente. Bob cayó al suelo y sintió un fuerte golpe en el tobillo. Reaccionó suficientemente rápido como para sostenerse con sus manos y con la otra pierna, mientras la rodilla derecha se hundía en la tierra blanda.

Experimentó un terrible dolor en la pierna; al querer incorporarse lo interrumpió una apremiante observación del Cazador.

—Espera, Bob. ¡No muevas la pierna derecha!

—¿Qué pasó? Me duele mucho.

—Ya lo sé. Te pido, por favor, que me dejes actuar para ayudarte. Te has herido malamente con una rama y si te mueves el daño será mayor.

El cazador tenía razón. Un delgado trozo de madera, enterrado casi verticalmente en el terreno, se había astillado en sentido transversal bajo el peso del cuerpo de Bob y el extremo roto se había introducido en su pantorrilla diez centímetros encima del tobillo, llegando hasta cerca de la rodilla. El tajo fue tan profundo que llegó hasta el hueso, seccionando una de las arterias principales. Si no hubiera recibido la ayuda del Cazador se habría desangrado antes de que alguna persona pudiera haberle prestado auxilio.

Pero Bob solo perdió la sangre que quedó adherida al palo, ya que el Cazador intervino inmediatamente.

Tuvo que trabajar intensamente: obstruir las roturas del sistema circulatorio, destruir microorganismos que se habían introducido en la carne de su anfitrión y evitar que se produjera un *shock*. La tarea prometía ser muy difícil y el simbiota envió entonces tentáculos para explorar el terreno y verificar a qué profundidad estaba enterrado el palo en el suelo. Los resultados no fueron alentadores. Primero encontró agua; la rama se hundía, unos diez centímetros más abajo, en la tierra dura. A ese nivel estaba resquebrajada y presentaba agudos bordes.

Parecía que la rama hubiera estado profundamente afirmada y se hubiera quebrado con la presión, moviéndose ligeramente de lugar. De todos modos, no existía la posibilidad de arrancarla entera; al Cazador le faltaban fuerzas y Bob se encontraba inmovilizado, en una posición muy incómoda.

El simbiota quería ahorrarle a su anfitrión sufrimientos inútiles. Y como creía en el poder de la ignorancia, comenzó a explicarle la situación:

—Es la primera vez que me siento verdaderamente apenado por no poder suprimir tu dolor sin dañar tu sistema nervioso o, mejor dicho, sin arriesgarme a dañarlo. Tendrás que aguantar el sufrimiento. Ahora voy a separar el tejido muscular que ha quedado adherido al tronco para que puedas sacar tú pierna de ahí. Yo te iré diciendo cuándo y con qué intensidad debes tirar.

Bob estaba pálido, a pesar de que el Cazador trataba de mantener su presión sanguínea a un nivel normal.

—Estoy dispuesto a afrontar el riesgo, si es necesario —dijo el joven.

—Solo lo haré como último recurso —contestó el Cazador—. No tienes que afligirte; si bien mi acción no producirá una alteración permanente en tu sistema nervioso, podría causar una inmovilidad momentánea de la pierna. Y yo no estoy capacitado para sacar tu pierna de este pozo sin tu ayuda.

—Muy bien. Procede entonces.

El Cazador comenzó a trabajar colocando la mayor parte de su masa corporal alrededor del palo astillado, para evitar ulteriores desgarramientos de la carne de su anfitrión. Centímetro a centímetro, con los labios apretados por el dolor, Bob retiró su pierna. Cuando el Cazador le avisaba, hacía el mayor esfuerzo y descansaba luego, hasta que recibía un nuevo aviso. Demoró varios minutos, pero finalmente lograron lo que se proponían.

Hasta el mismo Bob se sintió sorprendido al ver que la pierna de su pantalón solo tenía manchas de barro. Iba a enrollársela para ver la herida, pero el Cazador lo detuvo.

—Más tarde. Ahora debes recostarte y descansar algunos minutos. Ya sé que no sientes esa necesidad, pero sería conveniente que lo hicieras.

Bob comprendió que el simbiota sabía lo que decía y le hizo caso. En una situación semejante, un desmayo hubiera sido inevitable, pues ante una herida de esa

magnitud la fuerza de voluntad no cuenta.

Gracias al simbiota, Bob no sufrió desvanecimiento alguno. Después de recostarse obedientemente, Bob dejó correr sus pensamientos.

Los acontecimientos se habían sucedido con demasiada rapidez. Pero cada vez le resultaba más claro que los sucesos ocurridos durante la última media hora coincidían con fidelidad extraordinaria con las hipótesis que él y el Cazador habían estado discutiendo, casi en broma, pocos momentos antes.

UN ALIADO

El Cazador, que había examinado cuidadosamente los huesos del infortunado *Tip* y la rama que produjera el accidente de Bob, consideraba que todos esos hechos eran meras coincidencias. Estaba tan seguro de que su presa no tenía nada que ver en ese asunto, que nunca se le hubiera ocurrido hacer referencia a ello. El pensamiento del joven, en cambio, comenzó a divergir con el del detective... lo cual resultó, más adelante, una verdadera suerte.

Un rato después de haberse recostado a descansar, Bob oyó que lo llamaban por su nombre. El joven quiso incorporarse pero estuvo a punto de desfallecer de dolor.

—¡Me olvidé que tenía que encontrarme con Norman! —exclamó—. Debe haberse cansado de esperar y ahora viene a nuestro encuentro.

Se puso de pie. Ningún médico le hubiera recomendado una actitud semejante y hasta el mismo Cazador formuló sus objeciones.

—No puedo evitarlo —dijo Bob—. Si descubren que renqueo me obligarán a quedarme en cama y entonces no podremos hacer nada. Trataré de disimular todo lo posible. Mientras tú estés conmigo no hay peligro de infección ¿verdad?

—¿No crees que te estás excediendo? Admito que es posible evitar un daño irreparable, pero...

—Nada de peros. Si alguien llega a enterarse, me mandarán a ver al doctor; y no habrá manera de convencerlo de que pude llegar a mi casa sin desangrarme. Tú has intervenido en tal medida que ya no podrás permanecer ignorado en caso de que me hicieran una revisión.

Bob comenzó a descender, renqueando, por la ladera. El Cazador lamentaba carecer de mayor ascendiente sobre su anfitrión.

Después pensó que no sería tan grave como se imaginaba al principio el hecho de que el doctor se enterara de su presencia; por el contrario, podría ser una ayuda muy valiosa. Existían evidencias suficientes en ese momento como para probar a cualquier persona, aunque fuera mucho menos inteligente que el doctor Seever, que el Cazador no era un mero producto de la imaginación de Bob. Pero, desgraciadamente, ya era tarde para hablar de ello. Bob y Hay se encontraron.

—¿Dónde estuviste? —fue el saludo de Norman. ¿Qué te pasó? Yo tomé mi bicicleta y me cansé de esperar frente a tu casa. ¿Te quedaste enganchado en las espinas, o qué?

—Me caí —replicó sinceramente Bob— y me lastimé la pierna. Tuve que esperar un rato ante de seguir.

—¡Oh! Ya veo... ¿Y ahora te sientes bien?

—Todavía no. Pero creo que puedo seguir andando. En todo caso, subiré en mi bicicleta. Vamos hasta mi casa a buscarla.

El encuentro tuvo lugar a poca distancia de la casa de los Kinnaird. Hay no se había animado a adentrarse demasiado en la selva por temor de no encontrar a Bob. A pesar de su cojera, tardaron apenas uno o dos minutos para llegar a la casa. Un vez allí, Bob comprobó que podía andar perfectamente en bicicleta, montando por el costado izquierdo y pedaleando con la parte interior de su pie derecho, en vez de usar la punta.

Se dirigieron hacia el lugar de la construcción.

Durante el trayecto se divertían pensando en las dificultades que los otros habrían tenido para transportar el bote inundado entre el oleaje de la playa. Llegaron y enseguida comenzaron a seleccionar el material. Este abundaba y, mucho antes de la hora de cenar, habían colocado los objetos escogidos en varios escondites insospechados, para asegurarse de que nadie los usaría hasta que salieran del colegio al día siguiente. Los muchachos eran honestos... a su manera.

Pero sucedieron dos cosas que impidieron que Bob regresara allí después del colegio. El lunes por la mañana, al verlo renquear cuando bajaba las escaleras para tomar el desayuno, su padre lo interrogo. Bob repitió la historia que le contara a Hay. Pero el próximo pedido fue más embarazoso:

—Déjame ver la herida.

Bob levantó la pierna de su pantalón, dejando ver solamente la entrada de la herida. El aspecto no tan malo como podía esperarse, ya que el Cazador había colocado la piel desgarrada en su lugar y se mantuvo en su puesto durante toda la noche. Bob se sintió aliviado pues su padre no hizo mayores averiguaciones acerca de la profundidad de la herida, dando por sentado que al no existir coágulos de sangre ni infección evidente, el corte no podía ser profundo. Sin embargo, la tranquilidad le duró muy poco. El padre se alejó, mientras decía:

—Muy bien. Si sigues renqueando, la próxima vez que te vea tendrás que consultar al doctor Seever.

El respeto que el Cazador sentía por el señor Kinnaird se acrecentaba día a día.

Bob partió hacia el colegio muy preocupado. Era evidente que el músculo desgarrado de su pantorrilla lo obligaría a renquear durante varios días, no obstante la presencia del Cazador; además, su padre estaría, con toda seguridad, en el lugar de la construcción, esa tarde. Al salir del colegio se produjo una nueva causa de demora: uno de los profesores le pidió que se quedara un rato más para determinar su ubicación dentro de algunos grupos. Bob tuvo que explicar la situación a sus camaradas, a quienes vio partir enseguida en dirección al nuevo tanque; luego volvió al aula, disponiéndose para el examen. Este demoró cierto tiempo. Como sucede frecuentemente cuando un alumno pasa de una escuela a otra, la diferencia de programas lo hacía encontrarse muy adelantado en algunas materias, pero muy atrasado en otras. Bob pensaba, mientras tanto, que sus amigos ya habrían obtenido lo

que necesitaban y estarían transportando la madera hasta el arroyo. Un vez terminado el examen, el profesor pudo elaborar un programa adecuado a su preparación escolar.

Pero Bob seguía preocupado con el problema su renquera y el ultimátum de su padre. Todo día había estado tratando de caminar como si nada le sucediera y solo logró llamar más la atención. Se paró en la puerta de la escuela y allí estuvo algunos minutos, reflexionando. Finalmente, comunicó su problema al Cazador. Se sorprendió enormemente con su respuesta.

—Sugiero que hagas exactamente lo que te dijo tu padre: que vayas a ver al doctor Seever.

—Pero ¿qué le diré? No es ningún tonto y nadie le va a hacer creer en milagros. Tampoco se conformará con ver el orificio de entrada del palo; querrá examinar toda la pierna. ¿Cómo podré explicarle el estado de la misma sin mencionar tu presencia?

—He estado pensando en eso, precisamente. ¿Qué tiene de malo que le cuentes todo acerca de mí?

—No tengo ningún interés en que me tome por un chiflado. Ya es bastante que yo crea en ti.

—Nunca tendrás una oportunidad mejor para demostrar la evidencia de tus afirmaciones. Puedo probar mi presencia a cualquier persona que lo desee, si es necesario. Ya sé que hasta ahora hemos estado realizando tremendos esfuerzos para mantenerme de incógnito. No pretendo que se lo cuentes a todo el mundo; sin embargo, considero que un doctor podría ser un socio excelente en nuestro trabajo. Ninguno de nosotros dos posee sus conocimientos y, oportunamente, estoy seguro de que los necesitaremos... No es exagerado afirmar que nuestra presa podría ser la causa de una enfermedad muy peligrosa.

—¿Y si fuera él el anfitrión de nuestro enemigo?

—El doctor Seever es uno de los candidatos menos probables de la isla. Sin embargo, si ese fuera el caso, creo que yo podría averiguarlo rápidamente y con gran exactitud. Podemos tomar esa precaución.

Bob asintió con un lento movimiento de cabeza.

El consultorio del doctor no quedaba lejos de la escuela. Hacia allí se dirigieron. Había un paciente en la sala de espera. Apenas este salió del consultorio, Bob y su invisible huésped entraron en la agradable habitación que el doctor Seever había convertido en sala de consulta y dispensario.

—¿Tan pronto por aquí, Bob? —lo saludó el doctor—. ¿Sigues molestándote la quemadura de sol?

—No, doctor. Ya me he olvidado de eso.

—Espero que no lo hayas olvidado enteramente.

Ambos sonrieron cordialmente.

—Ahora me pasa algo distinto. Ayer tuve una caída en el bosque y papá me aconsejó que viniera a verlo si seguía renqueando.

—Muy bien. Veamos la herida.

Bob se sentó en una silla, frente al doctor y se enrolló la pierna del pantalón. Al principio, el doctor Seever no vio el orificio de salida producido por la rama, pero no tardó en descubrirlo. Examinó cuidadosamente las dos aberturas. Luego se echó hacia atrás en su asiento y, mirando al muchacho, le dijo:

—Ahora cuéntame cómo fue.

—Estaba en el bosque, cerca de la cabecera del primer arroyo. La orilla había sido excesivamente socavada por el agua y cedió bajo mi peso. Una rama de agudos contornos penetró en mi pierna.

—Continúa.

—No tengo mucho más que agregar. No me siento dolorido. Por eso no vine aquí por mi cuenta. Papá me mandó...

—Ya veo.

El doctor guardó silencio durante algunos minutos. Luego dijo:

—¿Te sucedió algo parecido mientras te hallabas en el colegio, en los Estados Unidos?

—Este... —a Bob no se le ocurrió fingir ignorancia al respecto—. Mire esta herida —dijo, extendiéndole el brazo que se hiriera la primera noche, cuando el Cazador intentó comunicarse con él.

El doctor examinó en silencio la fina y casi invisible cicatriz.

—¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Unas tres semanas.

Luego se produjo otro lapso de silencio. Bob hubiera querido saber qué pensaba el doctor. El Cazador creía adivinarlo.

—Has descubierto, entonces, que te sucede algo muy particular... algo que no puedes comprender algo que hace que heridas que precisarían ser cerradas con puntadas, aparezcan como simples rasguños. Y eso, según parece, te preocupa. ¿Eso fue lo que te perturbó cuando estabas en el colegio?

—No exactamente, doctor. Usted tiene gran parte de razón, pero... Yo conozco la causa.

Una vez que Bob hubo cruzado el Rubicón, continuó rápida y claramente con su historia. El doctor lo escuchaba absorto y en silencio. Al final, le hizo algunas preguntas.

—¿Acaso has visto tú a ese... Cazador?

—No. No quiere que lo vea, pues dice que me perturbaría emocionalmente.

—Se comprende. ¿Me dejas que te tape la vista un momento?

Bob aceptó y el doctor le ató una venda sobre los ojos.

—Por favor, coloca una de tus manos, cualquiera de ellas, sobre la mesa, con la palma para arriba. Trata de relajar el brazo. Ahora... Cazador, ¿comprende lo que

deseo?

El Cazador comprendió perfectamente y actuó en consecuencia. Bob no podría ver, por supuesto, pero después de un rato sintió un leve peso sobre la palma de su mano extendida. Sus dedos comenzaron a cerrarse instintivamente, pero la mano del doctor los mantuvo en su lugar.

—Un momento, Bob.

Durante un corto lapso, sintió ese peso. Luego, el joven, comenzó a dudar. Era algo semejante a lo que se siente cuando, después de tener un rato un lápiz detrás de la oreja, se tiene la impresión de que aún sigue allí aunque en realidad se lo haya retirado. Cuando el doctor le sacó la venda de los ojos ya no había nada, pero el rostro del facultativo tenía una expresión muy seria.

—Muy bien, Bob —dijo—. Esta parte de tu historia parece verdadera. Ahora ¿podrías relatarme algo acerca de la misión de tu amigo?

—Primero deseaba decirle algo —replicó Bob—. Trataré de repetir las palabras que él me dicte. Usted acaba de convencerse, al menos en una parte esencial, de la veracidad de esta historia. Supongo que comprende los motivos que hemos tenido para mantenerla oculta durante tanto tiempo y el riesgo que afrontamos al contársela a usted. Existe una posibilidad, si bien sumamente pequeña, de que nuestra presa haya elegido su cuerpo, doctor, para refugiarse. En tal caso, nosotros vemos dos posibilidades. O usted está enterado de su presencia y coopera conscientemente con él, por estar convencido de la justicia de su posición o no sabe nada. En el primer caso, usted estaría en este momento buscando la forma de deshacerse de mí. Su huésped estaría deseando realizar un atentado contra mi anfitrión. Eso lo coloca a usted en un problema que le llevará tiempo resolver y que probablemente me revelará la verdad durante sus intentos de resolverlo. En el segundo caso, doctor, su huésped sabe ahora dónde me encuentro. También sabe que usted es médico y encontrará la forma de hacerle sentir su presencia en su cuerpo. Temo haberlo colocado a usted en una situación peligrosa, ya que él no escatimarán medios para escapar. No puedo sugerirle ninguna medida de precaución. Debe encontrarla usted mismo. Pero, por favor, no diga nada en voz alta. Lamento haberlo expuesto a semejante riesgo pero, por otra parte, considero que su profesión lo exige. En caso de que no esté dispuesto a afrontarlo, le rogaría que lo dijera, y nos retiraríamos inmediatamente. Si el fugitivo pierde el temor de ser descubierto, saldrá de su cuerpo sin causarle ningún daño. ¿Cuál es su decisión?

El doctor Seever no dudó ni un instante.

—Afrontaré todos los riesgos. También se me ha ocurrido la forma de detectar su presencia dentro de mi cuerpo. De acuerdo con su historia, usted ha vivido cerca de seis meses dentro del cuerpo de Bob; si su presa se encontrara dentro de mi organismo, probablemente está ahí por lo menos desde hace varias semanas. Un tiempo suficiente para la formación de anticuerpos específicos. Usted dice que pertenece a una especie semejante a los virus. Podría preparar un suero con la sangre

de Bob y la mía. De ese modo sabremos enseguida lo que ocurre. ¿Conoce suficiente medicina como para comprender lo que le digo, en nuestro idioma?

Bob replicó lentamente, leyendo siempre las palabras del Cazador:

—Sí, comprendo. Desgraciadamente su plan es inadecuado. Si no hubiéramos aprendido desde hace siglos la manera de prevenir la formación de anticuerpos no hubiéramos podido sobrevivir.

El doctor quedó consternado.

—Debía haberlo pensado. ¿Cómo piensa identificarlo, entonces? Usted debe conocer algún método.

Bob explicó las dificultades del Cazador en este sentido. Luego el simbiota prosiguió:

—Cuando esté razonablemente seguro, pienso realizar una inspección personal. Lo descubriría inmediatamente.

—Entonces, ¿por qué no se introduce dentro de mi cuerpo? Ya sé que usted no tiene razones especiales para sospechar de mí, pero de ese modo podríamos estar seguros.

—La idea es buena —dijo Bob—. Pero el Cazador no quiere entrar ni salir de un cuerpo humano mientras la persona esté despierta. Usted dijo que resultaba muy comprensible.

El doctor asintió, mirando pensativamente a su interlocutor.

—Sí. Entiendo sus razones. Sin embargo, se puede intentar algo.

El doctor Seever se levantó de la silla, dirigiéndose hacia la puerta principal. Al pasar junto a un armario, sacó un pequeño letrero y lo colgó de un clavo, en la parte exterior de la puerta. Luego cerró esta con llave y volviéndose nuevamente hacia el joven, le preguntó:

—¿Cuánto pesas, Bob?

El muchacho contestó su pregunta. El doctor Seever hizo un rápido cálculo mental y luego fue a buscar una botella que contenía un líquido transparente.

—Cazador: ignoro si esta sustancia puede actuar sobre sus tejidos. Le sugeriría que se retirara de los sistemas circulatorio y digestivo de Bob antes de que comencemos a beberla. Dormiremos durante una o dos horas... Creo que sobra tiempo para su investigación. Pero no puedo garantizar la acción de una dosis más pequeña. Usted puede realizar su prueba mientras estemos inconscientes. ¿De acuerdo?

—Aún no estoy completamente convencido —fue la respuesta—. Eso significa que mi anfitrión quedará inerte mientras dure el examen de su cuerpo. Sin embargo, le concedo que es necesario realizar la prueba y estoy dispuesto a transigir. Si usted y Bob se sientan uno al lado del otro, se toman fuertemente de las manos y me prometen que no la separarán durante veinte minutos, yo deslizaré un parte de mi cuerpo y realizaré la inspección.

El doctor estuvo de acuerdo. Su idea de emplear la droga respondía a la insistencia del Cazador en exigir que sus anfitriones no lo vieran mientras se mudaba de un cuerpo a otro. Pero esta solución era menos peligrosa y más agradable. El médico acercó su silla a la de Bob, tomó una de las manos del muchacho con la suya y cubrió ambas con la venda que utilizara momentos antes para taponarle los ojos. De ese modo, el Cazador podría sentirse más seguro y tranquilo.

La operación duró algo más de veinte minutos pero ambos se sintieron muy aliviados cuando el Cazador les comunicó que el resultado era negativo. Por primera vez durante la entrevista, Bob y el médico discutieron libremente, examinando las condiciones generales del problema. Tan entusiasmado se hallaba el doctor Seever que casi había olvidado la pierna herida de Bob. Solo al final de la visita se refirió a eso.

—Según tengo entendido, Bob, tu amigo no puede hacer nada para acelerar el proceso de cicatrización; él simplemente evita la hemorragia y la infección. Yo te aconsejaría que dieras reposo tu pierna.

—Pero eso es imposible —dijo Bob—. En esta guerra, yo desempeño el importantísimo papel de vehículo del comandante en jefe. No puedo inmovilizarme.

—Entonces la herida cicatrizará muy lentamente; por ahora, no creo que haya otras consecuencias más importantes. Guíate por tu propio juicio. Trata de hacer trabajar tu pierna lo menos posible.

El doctor cerró la puerta después que se fueron sus visitas y volvió a su consultorio. Allí se entregó inmediatamente al estudio de la inmunología. Quizá los congéneres del Cazador eran capaces de resistir los anticuerpos... pero un médico podía hallar otras trampas.

Como no era aún hora de cenar, Bob y el Cazador se dirigieron al arroyo donde debían hallarse los demás muchachos. Desde lejos se oía el ruido de la sierra. Apenas vieron a Bob dejaron de trabajar.

—¿Dónde estuviste? ¡Cuánto trabajo te ahorraste esta tarde! ¡Mira el bote!

Bob miró. Había muy poco para ver, en realidad, ya que toda la madera podrida —que era la mayor parte— había desaparecido. Hasta ese momento la colocación de la madera nueva no había adelantado mucho. Pero Bob enseguida descubrió la causa de este atraso: contaban con muy poco material.

¿Dónde están las maderas que separamos anoche? —preguntó Bob a Hay.

—Qué pregunta... —contestó el otro secamente—. Encontramos una parte en el lugar en que las dejamos. Son las que hemos traído. El resto desapareció. No sé si los chicos las quitaron o si los obreros, al encontrarlas, las usaron. Pensamos que era preferible traer lo que había hasta aquí en vez de perder más tiempo buscando otras maderas. Pero tendremos que volver a buscar más; las que tenemos no alcanzan para terminar.

—¡Qué contrariedad! —exclamó Bob, mientras miraba el pelado esqueleto del bote que yacía sobre la playa, delante de ellos. Recordó algo que lo había impresionado. Se volvió hacia Rice y le dijo:

—Pelirrojo, creo que ayer encontré los restos de *Tip*.

Todos dejaron las herramientas con que se hallaban trabajando y escucharon con gran interés.

—¿Dónde?

—En el bosque, cerca del nacimiento del arroyo. Me caí pocos minutos después y por eso olvidé todo; si no te lo hubiera contado esta mañana. No puedo estar completamente seguro de si era o no *Tip*, ya que quedaba muy poco de su cuerpo, pero era al menos, un perro de igual tamaño. Si ustedes quieren, podemos ir a verlo después de cena. Ahora ya no hay tiempo.

—¿No pudiste averiguar la causa de su muerte? —preguntó Rice, a quien le costaba acostumbrarse a la idea de que el perro había muerto.

—No. Veremos qué opinan ustedes. Creo que ni Sherlock Holmes podría decirlo... pero no por eso nos rendiremos, ¿verdad?

Con la llegada de esas noticias se dio por finalizado el trabajo en el bote por esa tarde. Se aproximaba la hora de cenar y el grupo comenzó a remontar el arroyo hasta salir al camino. Allí sus miembros se dispersaron en dirección a sus casas. Antes de separarse, Rice le recordó a Bob la cita en el bosque, después de la cena.

Todos fueron. La sintética descripción de Bob había despertado la curiosidad de los jóvenes. Bob los condujo lentamente por el sendero hasta el arroyo. Luego siguieron por la orilla hasta llegar lugar donde Bob tuvo el accidente. Hay metió el brazo dentro del hoyo producido por la caída de amigo. Haciendo un esfuerzo considerable consiguió sacar la porción vertical de la rama.

—Hubieras podido herirte gravemente con esto observó, sosteniéndola en alto, para que la vieran sus compañeros.

Bob señaló su pierna. Ya los muchachos habían visto la herida inferior; tal como procediera con su padre, evitó mencionar la otra.

—¿Te parece poco esto? —dijo.

Hay examinó detenidamente la rama. A pesar de que el sol ya se estaba ocultando y de la poca luz que había a esa hora en el bosque, pudo ver las manchas de sangre.

—Tienes razón —reflexionó Rice—. Seguramente, estuviste un buen rato para sacar la pierna de aquí: la sangre corrió unos treinta centímetros más abajo del extremo puntiagudo del palo. No puedo comprender cómo no vi manchas de sangre en la pernera de tu pantalón, cuando te encontré ayer.

—No lo sé... —mintió Bob, comenzando a dirigirse hacia el matorral. Los otros tres lo siguieron y Hay, que había quedado como ensimismado, se encogió de hombros, arrojó la rama a un costado y se unió a los demás.

Todos rodearon el esqueleto del perro y comenzaron a formular hipótesis. Bob, que los había llevado con un propósito definido, los observaba atentamente. Estaba

completamente seguro, a pesar de lo que el Cazador dijera acerca de esos huesos, que *Tip* había muerto por el simbiota fugitivo, quien asimismo había preparado la trampa que causó su caída. Tenía también una explicación para el hecho de que el enemigo no intentara introducirse en su cuerpo en el momento en que se hallaba inerme.

Bob suponía que el simbiota había encontrado otro anfitrión: debía ser una persona que solía utilizar el arroyo como camino a través de la selva, del mismo modo que Bob y sus amigos. Eso significaba que uno de los jóvenes había estado inmóvil, durante algunos momentos, en las inmediaciones del arroyo, permitiéndole al enemigo la realización de sus propósitos. Bob no había oído hablar de un incidente semejante, pero estaba seguro que, llegado el momento, alguien se referiría a ese hecho.

Oscurecía rápidamente y la única conclusión deducida por los jóvenes era que el perro había muerto víctima de algún insecto ponzoñoso. Hasta ese momento, ninguno se había acercado para tocar los huesos pero, como la luz era cada vez más escasa, Malmstrom decidió acercarse para examinarlos mejor. El esqueleto se hallaba entre las malezas y era necesario pasar entre ramas espinosas para llegar hasta él.

Resultó más fácil acercarse que salir de allí, pues las espinas estaban orientadas hacia adentro, convirtiendo el lugar en una verdadera trampa. Malmstrom sufrió profundos rasguños al sacar el esqueleto con sus manos. Se lo alcanzó a Colby.

—Estas espinas servirían para anzuelos —observó—. Las malditas parecen estar achatadas contra las ramas, pero cuando uno tira en sentido contrario, se levantan. Estoy seguro de que eso fue lo que le ocurrió a *Tip*... Se introdujo allí buscando algo y no pudo salir.

La teoría parecía bastante razonable y hasta Bob estaba impresionado por la misma. Recordó, repentinamente, que no le había contado su nuevo proyecto al doctor. ¿Cuál sería la opinión de Seever? Quizás habría llegado a encontrar una solución dentro de la medicina, y no le sería difícil en su situación encontrar un pretexto para ensayarla. Robert creyó, en un momento dado, que podría sugerirle un primer candidato para el experimento; ahora ya no sabía qué pensar. Empezó el camino de regreso, cuesta abajo, mientras su cerebro se afanaba empeñosamente.

PROSPECTO

El martes transcurrió como de costumbre; solo se diferenció de los demás días por la creciente preocupación del Cazador acerca de Charles Teroa. Este último debía abandonar la isla el jueves y, dentro de lo que el Cazador había podido observar, Robert no había hecho ningún experimento con él ni había logrado demorar su partida. Ya no quedaban más que dos noches...

Los muchachos, ajenos a semejantes motivos de ansiedad, se lanzaron a la búsqueda de material para arreglar la embarcación en cuanto terminó el horario de clases. Robert iba con ellos pero se detuvo frente al consultorio del doctor, manifestando la necesidad de que su pierna fuese examinada.

Una vez allí, le explicó al doctor detalladamente lo ocurrido en la tarde anterior y todo lo que estaba relacionado con su teoría. El detective comprendió entonces, por primera vez, que su anfitrión había estado indagando dentro de un sistema de ideas radicalmente opuesto al suyo. Se apresuró pues a llamar la atención del muchacho y le comunicó su punto de vista con las pruebas que lo consolidaban.

—Lamento no haber interpretado la dirección que tomaban tus pensamientos —dijo al terminar—. Recuerdo haberte dicho que no creí que el perro hubiese sido muerto por nuestro enemigo, pero no mencioné, tal vez, el hecho de que la trampa también parecía algo completamente natural. Se me ocurre que la rama estaba enterrada de aquella manera cuando el árbol se derrumbó. ¿Es a causa de esto que ignoras el asunto de Charles Teroa?

—Así lo creo —replicó Robert—. Debía venir a cazar conmigo mañana. ¿Tienes motivos para sospechar de él?

—Al principio solo me importaba el dato de que se aprestaba a dejar la isla —dijo el Cazador—. Nosotros queríamos estar seguros antes de que se fuera de aquí. Supimos que había dormido por lo menos una vez en un bote amarrado al arrecife, lo que significaba una magnífica oportunidad para que nuestra presa se introdujera dentro de él. También se hallaba presente en nuestra aventura del canal, en el muelle, pero esto ya no le incumbe solamente a él.

—Perfectamente —dijo el doctor—. He aquí una lista completa de las que podríamos clasificar como posibilidades número Uno, con toda la gente de la isla a continuación, en un plano de probabilidades apenas un poco menos importante. Robert: ¿no ocurrió nada anoche que te proporcionara nuevos indicios, de una u otra índole, acerca de alguno de tus amigos?

—Un hecho, únicamente —contestó el muchacho—. Cuando *Shorty* Malmstrom retiró del matorral la calavera de *Tip*, las espinas lo llenaron de rasguños. ¡Si viera cómo sangraban! Pero me dijo que no debíamos preocuparnos demasiado por él.

Seever frunció el ceño y se dirigió al detective:

—Cazador, ¿qué clase de conciencia posee tu congénere? ¿Permitiría él, por ejemplo, que una herida sangrase abundantemente si esto fuera necesario para convencer a Bob de que ninguno de la raza de ustedes se había alojado allí?

—No tiene conciencia —replicó el forastero—. Sin embargo, estamos tan habituados a curar las heridas pequeñas, que si él estaba allí creo que lo hubiera hecho. Si tuviese alguna razón para creer que se sospechaba de su anfitrión, no le prestaría ayuda ninguna aunque este corriera un grave peligro. Robert no ha obtenido aún una prueba positiva, pero podríamos anotar un punto a favor de Malmstrom.

El doctor sacudió la cabeza:

—Esto, más o menos, es lo que discurrí de acuerdo con el relato de ustedes —dijo—. Bueno, parecería que ahora nos abocamos al inmediato problema de examinar al joven Teroa. Sería hermoso conocer cuál es el efecto de la vacuna contra la fiebre amarilla entre ustedes, Cazador. Se le ha aplicado una dosis de ella esta mañana.

—Tengo el agrado de saber que esta experiencia se realiza bajo su responsabilidad, doctor, y no perjudicará a Robert. Por otra parte, tengo la certeza de que nuestro enemigo, simplemente, se apartará del brazo que recibió la inyección y esperará hasta que el veneno pierda su virulencia. Además, la perspectiva de algo nocivo para nosotros es bastante remota. Sigo pensando que lo mejor es que vaya a examinarlo yo mismo. Una vez localizada la presa encontraremos la manera de destruirla.

—Cuando usted localice la presa debe tener las armas listas para vencerla —replicó el doctor—. Todo lo que puedo ofrecerle para atacar al enemigo sin dañar al anfitrión son unos pocos antibióticos y vacunas; y no podemos experimentar todas ellas a la vez en Robert. Este asunto debiera haberse iniciado con anterioridad. —Reflexionó unos segundos, con la mayor intensidad, y continuó—: Vamos a ver, Supongamos que comenzamos ahora, inyectando una sustancia y luego otra, utilizando solamente las que son inofensivas para Robert. Usted podría ir describiéndonos los efectos que le producen; no tema, nos arreglaríamos para que usted pudiese salir rápidamente de su cuerpo hasta que él eliminase la sustancia que usted no pueda resistir. Dejaremos en paz a Teroa hasta encontrar el arma adecuada. Si nuestros ensayos fracasan, nada se habrá perdido mientras tanto.

—Pero, de acuerdo con lo que usted me explica, este proceso durará unos cuantos días y faltan menos de cuarenta y ocho horas para que Teroa se embarque.

—Esto no es inevitable. No me agradaría intervenir, porque sé que el muchacho está desesperado por embarcarse; pero podría retenerlo bajo observación, si fuese necesario, hasta que el vapor hiciese su próxima escala por aquí. Esto nos concedería un plazo de diez días; a razón de dos drogas por día, quizá tuviésemos suerte y lográramos un resultado. Iniciaremos con antibióticos, ya que las vacunas son generalmente muy diferenciadas en sus atracciones y en sus rechazos.

—Me parece espléndido, si Robert está de acuerdo —fue la contestación—. Es una lástima que no abriéramos el fuego un tiempo atrás, doctor. ¿Hará usted una prueba ahora mismo?

—¡Por supuesto! —intervino Robert.

Tomó asiento y el doctor colocó una toalla sobre sus rodillas.

—No creo que sea necesario quitarse los zapatos —dijo mientras frotaba un antiséptico sobre el brazo del joven—. En cuanto al amigo tuyo, de acuerdo con sus palabras, saldrá si lo precisa sin que lo molestemos para nada. ¿Listo?

Robert inclinó la cabeza afirmativamente y Seever apoyó la jeringa hipodérmica contra su brazo y empujó el émbolo. El muchacho clavó los ojos en la pared y esperó el informe del Cazador.

—Esto solo es otra clase de molécula proteínica —fue la frase que captó después de una intensa espera—. Pregunta al doctor si debo consumirla o dejar que se incorpore a tu organismo.

Bob remitió el mensaje.

—Por lo que sabemos al respecto, no importa mayormente —contestó el médico—. En todo caso, me haría un favor eliminándola y luego podría explicarme qué acción tiene en tus tejidos. Creemos en si inocuidad. Bueno, es mejor dejar la siguiente para mañana; es preferible que vuelvas a reunirte con tus compañeros. ¡Y abre bien los ojos! Teroa no es el único sospechoso.

Los muchachos permanecían aún en el lugar de la construcción. Robert no había sacado sus ojos del camino, para poder estar seguro de ello. Al montar en su bicicleta sintió una punzada en la pierna. Comprobó, divertido, que el doctor había olvidado enteramente el asunto de la herida. Por suerte el recorrido era breve y pronto observó, con satisfacción, que el botín obtenido se apilaba en un gran montón junto a las bicicletas de los muchachos. Colocó la suya entre ellas y fue en busca de sus camaradas.

Según todas las apariencias, los cuatro muchachos había hecho un alto temporalmente en la búsqueda de materiales. Habían escalado la pared que Robert había visto construir en la ladera de la colina.

La mezcla ya había fraguado y ahora estaban preparando los moldes para las paredes laterales; los muchachos se inclinaban hacia abajo y miraban la lisa superficie de cemento. Robert los alcanzó y supo que la atracción consistía en una cuadrilla de hombres atareados allí, en el fondo, provistos de uno aparatos peculiares. Todos llevaban puestas las máscaras para gases, pero reconocieron fácilmente al padre de Malmstrom. Una bomba a presión estaba conectada por medio de una tubería flexible a un cilindro cargado con un líquido que, a su vez, era alimentado por una manguera. Uno de los hombres desparramaba el líquido sobre el cemento y los otros lo seguían con matafuegos. Los muchachos tenían una vaga idea de lo que

estaban haciendo; muchas de las bacterias usadas en los tanques producían sustancias extremadamente corrosivas. El barniz aplicado a las paredes tenía por objeto proteger a los obreros contra este peligro.

Los muchachos, situados a unos treinta metros de la escena, recibieron, de pronto, una bocanada de esos vapores. Ninguno de ellos, ni siquiera el Cazador, percibió el riesgo que corrían; pero otros se dieron cuenta:

—Primero, un solazo como para tostarlos vivos y ahora esto. ¿Ya no les preocupa nada de lo que pueda sucederles?

El grupo se dio vuelta, sorprendido, y vio la elevada estatura del padre de Bob que se levantaba delante de ellos. Lo habían visto, también a él, ocupado, aparentemente, con el piso del tanque, pero ninguno había notado que se aproximara al grupo.

—¿Por qué creen ustedes que el señor Malmstrom y su cuadrilla usan máscaras? Lo mejor que pueden hacer es seguirme. A esa distancia estarán a salvo; no tiene sentido arriesgarse de esta manera.

Les dio la espalda y encabezó la marcha por el borde del muro. Los jóvenes marcharon detrás en silencio.

Al llegar al final de la sección terminada, el señor Kinnaird agitó una mano en dirección al lugar donde estaban desmoldando:

—Me encontraré con ustedes abajo dentro de unos minutos —dijo a los muchachos—. Voy a casa a buscar algo que necesito. Si tienen interés en cargar su botín en el *jeep* puedo ir con ustedes hasta la ensenada.

Contempló un instante a los muchachos que descendían velozmente la ladera y se encaminó por uno de los senderos diagonales en dirección a la base. Se puso la campera que se había quitado para mayor comodidad, y se dirigió hacia el punto que había señalado a los jóvenes, donde había dejado su *jeep*. Solo su hijo se encontraba allí; los demás se habían adelantado para recoger los materiales. El señor Kinnaird se dirigió a la ensenada costeano la playa.

El cargamento se efectuó con gran rapidez; los muchachos lo esperaban con las manos llenas de pequeños fragmentos de hierro y el señor Kinnaird llevó lo más pesado de una sola brazada. Puso en marcha el motor y las cinco bicicletas siguieron al *jeep*. Los muchachos por supuesto, se lanzaron a toda carrera; como la distancia no era larga, no quedaron tan apartados en el momento de la llegada y el *jeep* no tuvo que esperar demasiado.

El señor Kinnaird, al ver que los chicos se quitaban los zapatos y arrollaban las piernas de sus pantalones, los imitó y cargando como antes, chapoteó detrás de ellos por la caleta rumbo al teatro de sus operaciones. Examinó el esqueleto de la embarcación, sugirió algunas ideas para la reconstrucción y se volvió por el mismo camino, manoteando y diciendo:

—Ya veo que se han rodeado de insectos para descorazonar a los voluntarios que desearan acompañarlos.

Los muchachos contestaron con chistes y comenzaron a trabajar.

Alternaban la tarea con la natación y durante una de esas zambullidas el Cazador aprendió por qué los seres humanos evitan a las medusas. En un momento dado, Robert se descuidó y el huésped conoció el contacto íntimo de las irritantes células de la *Coelenterata*. Inmediatamente se interpuso para protegerlo, no porque creyese beneficioso que la presencia de estas criaturas permaneciese ignorada, sino por una reacción un tanto sentimental, al recordar los errores que había cometido el primer día de su llegada a la tierra. Quiso pagar el precio de la sabiduría adquirida.

A pesar de haberse producido diversas interrupciones, una gran parte del trabajo se concluyó en una hora, más o menos. Y entonces otro bote hizo su aparición, tripulado por Charles Teroa, despertando el consiguiente interés del detective y su anfitrión.

—¡Hola, dormilón! —exclamó Rice saludando al recién llegado estrepitosamente y blandiendo una sierra a guisa de saludo—. ¿Echando un último vistazo de despedida?

Teroa lo miró con cara de pocos amigos:

—Es una lástima que seas un lengua larga —observó—. ¿Qué tal, muchachos —agregó después de un breve silencio—, otra vez atareados con el bote? Creía que ya lo habían dejado listo.

Cuatro vehementes pares de pulmones competían en relatar los últimos acontecimientos, mientras Rice se enfrascaba en el silencio. Cuando los narradores terminaron, el visitante los miró sin dirigirles la palabra mientras la expresión de su rostro pasaba del fastidio a la diversión. Ninguna frase hubiera expresado con mayor fidelidad su pensamiento o hubiera conseguido que Rice se sintiera más estúpido. La relación se mantuvo tirante entre los dos durante la media hora que Teroa permaneció allí.

Mucha conversación y poco trabajo hubo durante esa media hora. Teroa se explayaba sobre sus proyectos futuros con todo lujo de detalles, interrumpido de vez en cuando por las observaciones de Hay y de Colby. Robert, molesto porque recordaba las intenciones del doctor, casi no hablaba: no hacía más que repetirse por lo bajo que, con ese plan, se procuraba favorecer a Teroa. Rice se había visto obligado a silenciar sus baterías desde el primer intercambio y el mismo Malmstrom estaba menos charlatán que de costumbre. Robert atribuyó su laconismo a la impresión que debía causarle la próxima partida de su amigo, de quien era más íntimo que de cualquier otro de los camaradas. Como para confirmarlo, cuando Teroa desamarró su bote, Malmstrom, lo acompañó y pidió a Colby que le llevase la bicicleta hasta su casa desde el sitio en que la había dejado, entre la ensenada y el camino.

—Charlie dice que vayamos adonde está el lanchón y le pidamos que nos remolque hasta los campos de cultivo. Quiere ver a los muchachos del lanchón y

volver luego a la colina del tanque y saludar a los compañeros de allá. Yo lo acompaño, y regresaré a casa caminando. Puede ser que llegue tarde.

Colby asintió y partieron los dos, remando con fuerza para salir de la laguna e interceptar el paso del lanchón basurero que efectuaba en esos momentos una de sus periódicas giras por los tanques. Los otros se quedaron mirando silenciosos.

—Resulta divertido despedirlo, pero es una lástima que se vaya —dijo Rice por fin—. Pero vendrá a vernos lo más a menudo que pueda. ¿Regresamos al bote?

Hubo un murmullo de aquiescencia, pero el entusiasmo por el trabajo se había disipado por el momento. Insistieron un rato todavía, nadaron otra vez, aserraron un par de tablones y, cosa extraña, sorprendieron a sus padres llegando a sus casas con bastante anticipación, antes de la hora de comer.

Robert no se puso a estudiar después de la cena sino que volvió a salir. A su madre que, por costumbre, le preguntó adónde iba le contestó que «bajaba a la villa». Era verdad, en cierto modo, y no deseaba alarmar a sus padres informándoles que intentaba ver al doctor Seever. El médico no quería inocular la droga siguiente hasta el próximo día y Robert, en realidad, nada especial tenía que contarle; pero estaba inquieto, sin saber exactamente por qué. El Cazador era un buen amigo digno de confianza, sin duda, pero no siempre era fácil conversar con él; y Robert necesitaba hablar.

El doctor lo recibió ligeramente sorprendido.

—Buenas tardes, Robert. ¿Te impacientas y quieres que experimentemos sin demora, o me traes algunas noticias? ¿O, simplemente, te sientes sociable? Sea lo que sea, bienvenido.

Cerró la puerta detrás de su joven visitante y le señaló una silla.

—No sé exactamente por qué he venido, doctor. Como mucho, lo sé relativamente. Es por la trampa que le vamos a tender a Charlie. Tenemos las mejores intenciones y no le molestará permanentemente, pero me siento incómodo.

—Comprendo. No creas que a mí me agrada mucho: tengo que mentir y proceder a contrapelo; voy a dar un diagnóstico falso y te aseguro que preferiría equivocarme honestamente —sonrió oblicuamente.— Por otra parte, no veo alternativa y en lo más profundo de mí mismo reconozco que no obramos mal. Debes estar seguro de ello tú también.

—¿Y esto es todo lo que te preocupa?

—No sé, verdaderamente —fue la contestación pero no puedo decir de qué se trata. No puedo tranquilizarme.

—Bueno, lo encuentro bastante natural; te hallas envuelto en una situación de gran tensión, mayor aún que la mía. Pero es posible que, además, te preocupe algo importante que has visto y no puedes recordar; algo cuyo significado no captaste en

aquel momento, pero que se relacionaba con nuestro problema. ¿Examinaste atentamente todo lo que ha ocurrido desde tu regreso?

—No solo esto sino todo lo que ocurrió desde el otoño pasado.

—¿Has reflexionado sobre esto o lo has discutido con tu amigo?

—He reflexionado, principalmente.

—Sin embargo, a menudo hace bien hablar; eso nos obliga, muchas veces, a poner en orden nuestros pensamientos. Podríamos también comentar los casos de los amigos tuyos para ver si tuviste en cuenta todos los datos. Hemos concentrado nuestra atención sobre el joven Teroa casi exclusivamente, me parece, y en realidad toda su culpabilidad reside por el momento en haber dormido cerca del arrecife y haber presenciado tu accidente en el muelle. Además, ya contamos con un plan de acción para acapararlo. Señalamos también un punto a favor de Malmstrom cuando se lastimó con las espinas. ¿No se ha encontrado otro dato a su favor o en su descargo? ¿Él no durmió nunca por ejemplo, cerca del arrecife?

—Todos nosotros estábamos durmiendo en la playa el día que llegó el Cazador, pero ahora me doy cuenta de que ese día faltaba Shorty. De cualquier modo, no tiene importancia. También le he dicho a usted que encontramos aquella pieza de la nave; se hallaba a un kilómetro de la playa y aunque el Cazador no afirma lo mismo, debe haberle llevado mucho tiempo a esa criatura llegar a tierra. Debe haber atracado bastante después. —Robert hizo una pausa y prosiguió—: Lo único que puedo agregar sobre Shorty es que nos dejó y partió con Charlie esta tarde después de almorzar. Siempre fueron muy amigos, de modo que no vimos nada extraño en su deseo de charlar con él antes de despedirse.

El doctor desenmarañó ese discurso y asintió:

—Bien, podríamos decir que lo que has averiguado acerca del joven Malmstrom no tiene consistencia o constituye, más bien, un punto a su favor. ¿Qué sabes del pelirrojo, de Ken Rice?

—Lo mismo que de los otros, con poca diferencia: que también frecuenta el arrecife y que también se hallaba en el muelle. Nunca lo vi lastimarse, aunque... ahora que lo pienso mejor, recuerdo que se golpeó malamente el pie con un peñasco, con una rama de coral. Llevaba sus zapatos gruesos —los que usamos siempre en el arrecife— de modo que no creo que se le haya producido tajo alguno. Y, seguramente, esta contusión tampoco tiene valor para nosotros; ni esto, ni los rasguños de Shorty.

—¿Cuándo tuvo lugar este pequeño accidente? No lo habías mencionado hasta ahora.

—Fue en el arrecife, la vez que encontramos la caja del generador. Allí, en el mismo sitio; debería haberlo recordado antes...

Robert refirió la aventura con todos sus detalles:

—Nos llamamos la boca; para decir la verdad, estuvo muy cerca de ahogarse.

—Es un relato muy interesante. Cazador, ¿tendría inconveniente en exponer una vez más las razones que tiene para sospechar de las personas que han dormido en el arrecife exterior?

El forastero captó las miradas del doctor, pero se limitó a contestar estrictamente la pregunta formulada:

—Debe haber atracado en algún lugar del arrecife; no es presumible que pudiese penetrar en un ser humano que lo hubiese visto antes; y no creo que asediase a un huésped consciente y que penetrase en él sin su consentimiento porque su obsesión debía ser, en ese momento, ocultarse sin dejar el menor rastro. Físicamente estaba facultado para hacerlo y debía querer ejecutarlo dentro del mayor secreto. Aterrorizar al huésped no le importaría mucho, pero no le convenía que alguien tuviese el deseo y la posibilidad de notificar sus andanzas, a un médico especialista, por ejemplo. Supongo, doctor, que si una porción de gelatina se hubiese introducido bajo la piel de algún habitante de esta isla usted hubiera tardado muy poco en enterarse.

El doctor asintió:

—Es lo que yo pensaba. Pero se me ocurre, al mismo tiempo, que el joven Rice pudo ser invadido fácilmente sin tener conciencia de ello mientras su pie permanecía sujeto debajo del agua. Entre el susto, la excitación y el dolor producido por el peso del cascote sobre el pie, las sensaciones derivadas de un ataque como el que presumimos podrían haber pasado inadvertidas.

—Es perfectamente plausible —admitió el Cazador.

Robert transmitió este comentario, como había hecho con todos los demás y agregó una opinión personal:

—Si esta criatura penetró en el cuerpo del pelirrojo la tarde que presumimos, no estaría vinculada a los hechos que ocurrieron en el muelle unos minutos después. Primeramente, tardaría varios días para aclimatarse y poder asomarse al exterior, como ocurrió con el Cazador; y segundo, no tenía motivos para realizarlo, pues no creo que sospeche la presencia del Cazador dentro de mi organismo.

—Es posible, Robert; pero lo sucedido en el muelle puede haber sido, en realidad, un accidente. Todas las peripecias que os están ocurriendo a ti y a tus amigos no pueden haber sido planeadas. Los conozco desde que vinieron al mundo y si alguno me hubiese comentado antes que ustedes la situación, hubiese declarado que las cosas que están sucediendo no me sorprendían en absoluto. Todos los chicos de la isla se caen y se hacen tajos y contusiones todos los días; lo sabes tan bien como yo.

Bob tuvo que admitir este razonamiento.

—Ken hizo naufragar el bote esta vez —dijo— y no veo qué puede tener en común con nuestro problema.

—Tampoco yo, por el momento, pero lo recordaremos. Así que, en la actualidad, el joven Rice es quien concentra el mayor número de datos. ¿Qué hay de los demás? ¿De Norman Hay, por ejemplo? No se me borra de la cabeza desde que viniste a verme me hiciste aquel relato estrafalario.

—¿Qué piensa usted?

—Como tengo algo en el cerebro, ahora veo el motivo de tus averiguaciones acerca de los virus. Y se me ha ocurrido que Hay pudo tener motivos similares para consultarme; como recordarás, se llevó un de los libros que yo te hubiese prestado. Admito que su interés repentino por la biología pudo ser espontáneo, pero también pudiera haber disimulado, como tú. ¿Qué opinas?

Robert hizo un movimiento afirmativo:

—Hay que meditarlo. Hay tenía muchas oportunidades de encontrarse con nuestro enemigo; a menudo estaba en el arrecife, ocupado en su acuario experimental. No sé hasta qué punto trabajaba desinteresadamente, pero todo puede ser. También se ofreció para investigar en mi compañía cuando imaginamos la probabilidad de descubrir gérmenes de enfermedad en su acuario.

El doctor alzó las cejas en señal de interrogación y Robert se enfrascó en una prolija descripción de lo ocurrido.

—Robert —dijo el médico después de escucharlo atentamente—, yo sabré más en materia de ciencia, pero reconozco que los datos registrados por tu memoria serían suficientes para esclarecer el problema si pudiese jerarquizarlos convenientemente. Lo que acabas de referir es endemoniadamente importante. Significaría, nada menos, que Norman está en comunicación con su huésped como tú lo estás con el Cazador. Lástima haberlo supuesto sin poner a prueba alguno de los factores decisivos. La criatura puede también haber fabricado una historia para conquistarse la simpatía de Hay.

Al llegar aquí se le cruzó al doctor Seever, por primera vez, el pensamiento de que el Cazador podía haber procedido de la misma manera; como Robert, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para no dejarlo traslucir; y, como Robert, resolvió comprobarlo en la primera ocasión.

—Me imagino que Norman, como los otros, andaba rondando el muelle ese día, así que tuvo las mismas oportunidades que los otros —prosiguió el doctor después de una pausa imperceptible—. ¿No recuerdas nada especial acerca de él, a favor o en contra? ¿Nada por el momento? Hugh Colby pertenece al grupo de ustedes y ya lo tenemos en cuenta; pero no olvidemos que hay muchos en la isla que trabajan o van en busca de entretenimiento al arrecife.

—Descontemos a los trabajadores —dijo Bob—, y a los más chicos porque nunca están en ese lado de la isla, por lo menos con la asiduidad que vamos nosotros. Bueno, convengamos en ello por el momento, y pensemos en Colby. Yo no lo conozco suficientemente, no creo haber cambiado con él más de dos palabras. Profesionalmente nunca se ha dirigido a mí y, exceptuando la vacuna, nada he tenido que hacer con él.

—Así es Hugh, en efecto —dijo Robert—. Nosotros le hemos oído más de dos palabras, pero no muchas más. Es lacónico y se coloca siempre en segundo plano. Sin embargo, es rápido para pensar. Se ocupó de la cabeza del pelirrojo antes de que

ninguno de nosotros se diera cuenta de lo sucedido. También se hallaba en el puerto, por supuesto, pero no recuerdo nada más acerca de él. Esto no me sorprende; suele pasar inadvertido, pero es una excelente persona.

—Entonces nos dedicaremos a Rice, a Hay, y más especialmente a Charles Teroa. No sé hasta qué punto se han aliviado tus preocupaciones, pero yo he aprendido muchas cosas. Si recuerdas algún otro dato vuelve y charlaremos nuevamente. No creía que fuéramos a vernos otra vez hoy y ya hace varias horas que te coloqué la última inyección; es muy probable que ya se haya eliminado. ¿No convendría que probáramos la siguiente?

Robert aceptó de buen grado y el experimento se repitió en la misma forma. Los resultados fueron idénticos; solamente comentó el Cazador que la nueva droga era más «sabrosa» que la anterior.

EL ARGUMENTO

El miércoles por la mañana Robert partió hacia la escuela más temprano y recibió otra inyección, antes de entrar en ella. Ignoraba en qué momento se presentaría Teroa en busca de sus municiones y prefería no encontrarse con él; se demoró, pues, lo menos que pudo en el consultorio del doctor. La jornada escolar transcurrió como de costumbre, y al terminar las clases, los muchachos decidieron postergar su trabajo en el bote y visitar una vez más el nuevo tanque. Malmstrom no los acompañó, se apartó de ellos, sin mayores explicaciones, y Bob lo vio alejarse con gran curiosidad. Sintió la tentación de seguirlo pero no encontró ninguna excusa aceptable; se propuso entonces observar a Rice y a Hay, que encabezaban la lista de los sospechosos.

La construcción, al parecer, no avanzaba rápidamente. Las grandes paredes de hormigón no solo no se apoyaban en la ladera, sino que, además, el piso del tanque estaba emplazado a unos cinco metros de la base de la colina. Esto obligaba a utilizar soportes de mayor longitud que los previamente calculados y era preciso, entonces, efectuar los empalmes necesarios. Además, debido a la inclinación de la ladera, cada soporte tenía una longitud diferente; y el señor Kinnaird se veía obligado a desplegar una gran energía y una constante actividad, y se lo veía permanentemente en movimiento, dirigiéndose de uno a otro lado, llevando una regla en una de sus manos y sacando del bolsillo a cada instante una cinta para medir. Desde una pila de materiales, pesados tabloncillos eran trasladados al pie del muro. Robert, indiferente a las astillas, y Colby, provisto de un par de guantes de trabajo, prestaban ayuda. Hay y Rice alzaron unas llaves inglesas y el persuasivo pelirrojo obtuvo permiso para ajustar las tuercas del furgón que conducía la mezcla desde las máquinas hasta lo alto de la colina donde realizaban el emplazamiento de los moldes. Estos furgones se deslizaban sobre unos andamios y una gran parte de su recorrido transcurría a gran distancia de la tierra firme. Ninguno de los dos muchachos era sensible al vértigo y como algunos de los obreros eran propensos a sufrirlo, se dejaron reemplazar con agrado. El andamiaje era suficientemente sólido como para que el peligro de una caída quedase reducido a un mínimo.

El revestimiento de la pared que miraba al sur no había concluido aún y no se permitió a los jóvenes amigos que intervinieran en esta actividad; solamente se autorizó a Robert para que fuese hasta el muelle en busca de una mayor cantidad de fluido protector. Este material debía mantenerse lejos del teatro de acción por su propiedad de polimerizarse a la temperatura ordinaria, aun en presencia del inhibidor. La reserva se almacenaba en una cámara refrigeradora próxima a la diminuta planta de *cracking*. El trayecto duró apenas dos o tres minutos, pero el muchacho tuvo que esperar cerca de media hora hasta que el recipiente que llevaba fuese limpiado a

fondo y vuelto a llenar; el residuo que podía quedar del contenido anterior originaría inconvenientes. No se conocía disolvente alguno capaz de eliminarlo una vez endurecido; se disolvería antes el metal del tambor antes de llegar a quitarlo.

Cuando regresó al tanque, Rice había descendido de las alturas; ahora estaba lo más abajo que se podía llegar y llevaba postes para apuntalar los soportes. Le preguntó por qué había cambiado de ocupación y su rostro tomó una expresión divertida.

—Se me escapó una tuerca y casi lastimé a mi padre —explicó—; entonces me exigió que bajara antes de cometer un homicidio. Estuvo amonestándome casi todo el tiempo que faltaste. Me intimó a que bajara aquí o me mandase a mudar. ¡Quisiera sabe qué me va a decir si se afloja algún tornillo!

—Sería mejor que los afirmaras un poco. Esto es demasiado peligroso como para que resulte gracioso.

—Tienes toda la razón.

Rice dejó de dar vueltas y empezó a hincar la cuñas. Robert miró en su derredor en busca de algo que le interesara. Sostuvo durante un rato el extremo de la cinta de medir que manejaba su padre, recibió la formal prohibición de acarrear los sacos de cemento, que pesaban algo más de cincuenta kilos, y se instaló, por fin, en la cima de una escalera de mano midiendo con un instrumento especial el nivel de las distintas secciones, antes de que la mezcla quedase definitivamente fraguada. Era un trabajo suficientemente importante como para que pudiera sentirse satisfecho consigo mismo; fácil, nada agotador y a salvo de peligros, de modo que su padre lo dejaría en paz.

Se hallaba entregado a su tarea desde hacía bastante tiempo cuando recordó que no había ido a ver al doctor, a la salida del colegio, para la prueba siguiente. Y ahora estaba como clavado allí, en la punta de esa escalera; como les sucede a muchos conspiradores, sean cuales fueren sus motivos, se creía en la obligación de dar cuenta de sus movimientos. Permanecía, sin embargo, atendiendo su trabajo, tratando de encontrar un pretexto para partir sin despertar la curiosidad de los presentes. Los obreros podrían ignorarlo, pero sus amigos lo advertirían enseguida; y aun en el caso de que estuviesen distraídos, estaba todo ese enjambre de gente que iba y venía y que querían saber adónde se dirigía. Esto, al menos, era lo que Robert se imaginaba.

Sus meditaciones se vieron interrumpidas por Colby, quien, trabajando aún en uno de los andamios, había llegado a un tramo situado encima de su cabeza.

—Mira, ahí viene Charlie, solo. Creía que Shorty había ido a verlo.

Robert miró hacia el camino que se extendía al pie de la colina y comprobó que Hugh no se había equivocado. Teroa se acercaba lentamente, en dirección al tanque; era difícil apreciar la expresión de su cara a tanta distancia, pero Robert tuvo la certeza, observando su aspecto distraído, negligente, de que había estado con el doctor. Su propia expresión adquirió un rictus que denotaba su tensión y sintió un

sobresalto de su conciencia; su primer impulso fue bajar de la escalera y escapar, pero logró contenerse y permaneció a la expectativa sin cambiar de posición.

Ahora Teroa estaba cerca y se lo veía con claridad. Su rostro se mostraba totalmente inexpresivo, lo que ofrecía un contraste muy grande con su habitual expresión de buen humor. Contestó con indiferencia los saludos que le dirigían los muchachitos más jóvenes, que lo envidiaban. Dos o tres obreros observaron algo raro en él, más callaron discretamente. Pero si algo faltaba en el vocabulario de Kenneth Rice era precisamente la palabra tacto.

Este muchacho se hallaba exactamente a treinta metros más abajo de donde estaba ubicada la escalera de Robert. Aún clavaba postes y se ayudaba con el furgón que había, por fin, reparado; este parecía ridículamente grande junto a su conductor, que era de corta estatura para su edad.

Rice levantó la cabeza al aproximarse Teroa y gritó:

—¡Hola, Charlie! ¿Ya tienes todo listo para el viaje?

Teroa no se inmutó y respondió con una voz desprovista de inflexiones:

—No me voy.

—¿No había suficientes literas a bordo?

Era esta una broma inoportuna y Rice se arrepintió inmediatamente de haberla formulado porque aunque aturdido, era un buen amigo y tenía buen corazón. Pero no se disculpó, no tuvo oportunidad de hacerlo.

Robert no se había equivocado, Teroa acababa de ver al doctor Seever. El muchacho había esperado el nombramiento durante meses; durante una semana había preparado su partida y, lo que era peor, se lo había anunciado a medio mundo. La prescripción de doctor de esperar por lo menos el viaje siguiente le había producido un fuerte golpe. No descubría las razones para semejante postergación, lo que no era demasiado de extrañar. Había caminado, abatido durante más de una hora, desde que saliera del consultorio hasta que sus pasos inciertos lo habían conducido al emplazamiento de la construcción. Es posible que en estado consciente hubiese evitado esta concentración de obreros y muchachos. No se hallaba, por cierto, en el mejor estado de ánimo para actuar en sociedad; cuanto más meditaba sobre esto, más injusta le parecía la orden del doctor y más furioso se ponía. La broma de Kenny Rice resultó cruel.

Charlie no se detuvo un minuto para pensar. Estaba a un metro o dos de Rice cuando este lo interpeló y reaccionó de inmediato: saltó y embistió.

El muchacho bajito era de reacciones rápidas y logró evitar un golpe serio. Teroa había puesto todo su vigor en este primer puñetazo. Rice dio un paso atrás, soltó sus herramientas y se puso en guardia. Teroa, desconcertado al verse pegando en el aire, se recobró enseguida y curvándose nuevamente atacó con ambos puños; y su contrincante, bloqueado por los moldes que formaban una barrera a sus espaldas, se defendió.

El obrero que trabajaba ayudado por Rice no había tenido tiempo para intervenir a causa de lo inesperado de la reacción; Robert estaba demasiado lejos de ellos y lo mismo los demás trabajadores, quienes se hallaban de ese lado del tanque; Colby carecía de medios para descender con rapidez de sus andamios. La pelea se desarrollaba con la mayor violencia. Rice primeramente se mantuvo a la defensiva, pero en cuanto los primeros golpes de Teroa dieron sólidamente sobre sus costillas, no se contuvo más y desde ese momento en adelante sus puñetazos apuntaron decididamente al adversario.

El otro muchacho tenía tres años más, le llevaba una cabeza de ventaja y lógicamente, su peso era mayor; estos factores debían influir, forzosamente, en el resultado final. Ninguno de los beligerantes era un boxeador consumado; no obstante, algunos puñetazos efectivos dieron en el blanco. La mayor parte provenían de Teroa, quien encontraba el rostro de su compañero a un nivel muy accesible; pero sus propias costillas soportaban un ataque incesante y por lo menos una vez, el mayor de los jóvenes trastabilló ante un golpe recibido en el plexo solar.

Involuntariamente, Teroa se replegó y protegió con los antebrazos la región vulnerable. Este fue el momento en que la lucha alcanzó, para Rice, el máximo de intensidad. No lo premeditó y no estaba acostumbrado a pelear, pero si se hubiese entrenado durante años en el *ring* no hubiese reaccionado más rápida y más correctamente. Como los brazos de Teroa se bajaron por un momento, el puño izquierdo de Rice se lanzó rudamente hacia adelante impulsado por los músculos de sus hombros, de la cintura y de sus piernas fortalecidos por el remo y la natación, alcanzando de lleno la nariz de su contrario. Fue un magnífico puñetazo y Rice, que no tenía mayores motivos para alegrarse o envanecerse de la pelea, lo recordó siempre con satisfacción. Y fue su única satisfacción. Teroa recuperó el aliento, recuperó su guardia y también su equilibrio y pudo responder con un golpe tan bien colocado que puso a prueba las condiciones de la guardia de Rice. Fue la última del *match*. El obrero del furgón había salido de su estupefacción y corrió a rodear a Teroa con sus brazos, por detrás. Robert descendió de la escalera, irrumpió en escena e hizo lo mismo con Rice. Ninguno de los combatientes procuró zafarse; esta rápida intromisión les había dado resuello. Aprovechando la pausa forzosa evaluaron la situación y los dos ofrecieron sus rostros semiavergonzados —o lo que podía verse de sus rostros— ante una muchedumbre que continuaba acrecentándose.

Los chicos, que formaban la mayor parte del público, aplaudían a los dos contrincantes sin discriminación; pero las personas mayores que se abrían camino entre los pequeños espectadores no demostraban el mismo entusiasmo. El señor Rice, entre ellos, denotaba en su rostro algo que habría removido los más recónditos sentimientos de rectitud de su hijo.

El hijo, por su parte, no ofrecía un espectáculo muy agradable a la vista. Las contusiones comenzaban a teñirse de un color violáceo subido, que formaba un brillante contraste con la tonalidad rojiza de sus cabellos, mientras la nariz sangraba

copiosamente. Las magulladuras del adversario estaban en su mayor parte ocultas por la camisa, pero él también ostentaba una nariz hemorrágica que hablaba a favor de la habilidad boxística de Rice. Rice, el adulto, de pie ante su retoño, lo miró largamente en silencio ante la muchedumbre expectante que apagaba sordamente los últimos comentarios. Nada más lejos de su ánimo que hacer saber a algún otro lo que bullía en su mente, con excepción del destinatario. Después de unos minutos dijo, simplemente:

—Kenneth, es mejor que te laves la cara y las manchas más visibles de la camisa antes de presentarte ante tu madre. Hablaremos luego—. Se dio la vuelta—: Charlie, si vas con él y sigues el mismo consejo, sabré apreciarlo. Tengo el mayor interés en conocer la causa de todo este desquicio.

Los jóvenes no replicaron, pero se dirigieron hacia la laguna, sintiéndose ahora arrepentidos. Bob, Norman y Hugh los siguieron. Bob y Hugh sabían los preámbulos del combate, pero no tenían la intención de hablar ni una palabra hasta que los actores principales hubieran decidido lo que había que decir.

El señor Kinnaird conocía suficientemente a su hijo y a sus amigos como para adivinarlo, por eso se mantuvo sereno mientras caminaba alrededor del tanque, acercándose a los espectadores del incidente.

—Tengo en el *jeep* una pastilla de jabón —les dijo—; si alguno de ustedes me hace el favor de llevar esta cuchilla circular al aserradero voy a traerla. —Sopesó el instrumento que tenía en sus manos y se lo alcanzó a Colby quien, inadvertido, se apartó automáticamente hacia un costado. Pero este se recobró al instante, introdujo un dedo en el hueco que había en el centro del filoso acero y se encaminó hacia lo en alto de la colina mientras el señor Kinnaird doblaba la esquina en dirección a su coche. Los muchachos aceptaron el jabón con agradecimiento, particularmente Rice, que había estado imaginando la reacción de su madre si veía las manchas de sangre de su camisa.

Media hora después imaginaba su reacción cuando viera sus ojos rodeados de un círculo negro. Sus dientes continuaban milagrosamente adheridos a las encías, pero Norman y Robert, que le prestaban los primeros auxilios, estaban de acuerdo en que pasaría bastante tiempo antes de que la gente dejara de preguntarle qué le había pasado. Bajo ese aspecto... Teroa se hallaba en mejores condiciones; su rostro había recibido un solo impacto y la hinchazón desaparecería en un par de días.

Toda animosidad se había desvanecido entre los combatientes; mientras se limpiaban y curaban las heridas se pedían mutuamente disculpas. Hasta Norman y Robert se divertían al verlos descender amistosamente al encuentro del señor Rice.

Hay comentó, finalmente:

—Le dijimos al Pelirrojo que se la había buscado.

—Espero que todo esto no lo perjudique demasiado. Los curiosos tardarán en olvidar el espectáculo, desgraciadamente.

Robert coincidía:

—Le salió mal la intromisión. Y el pobre Charlie parecía tan apabullado...

—Yo no oí el cambio de palabras. ¿Así que Charlie no se embarca? ¡Qué fastidiado estará!

Robert pensó que era preferible ignorar lo acaecido.

—Las cosas pasaron demasiado rápido —dijo—. No hubo tiempo para explicaciones. Y no me parece bien tocar el tema por ahora. ¿Volvemos y esperamos?

—¿Para qué? Además, mi acuario está sin enrejado, todavía. He perdido mucho tiempo con nuestro bote. ¿Vayamos, más bien, a ocuparnos de esto? No necesitamos el bote, por el momento; mi enrejado ya está hecho y ahora podemos nadar desde la playa.

—Robert dudaba. Prefería ir al consultorio y ponerse otra inyección —aunque no era demasiado optimista y más bien esperaba un fracaso—, pero no sabía cómo hacer para desembarazarse de su amigo sin despertar sus sospechas.

—¿Qué hay de Hugh? —preguntó—. Fue a entregar la cuchilla al aserradero y no regresó todavía. Quizá tenga ganas de venir con nosotros.

—Habrá encontrado algo que hacer por allá arriba. Si no quieres acompañarme al acuario, iré solo. ¿Tienes algún compromiso?

—Acabo de acordarme de algo. Es mejor que me ocupe de ello.

—Perfectamente. Te veré luego.

Hay descendió por el camino, detrás de los protagonistas de la pelea que aún se hallaban al alcance de la vista, sin echar una sola mirada hacia atrás; Robert, en cambio, desconfiando de los otros, se dirigió por la costa hacia el muelle principal. Caminaba despacio, reflexionando; pero no profería una palabra y el Cazador se guardaba de molestarlo. O, quizá, se entregaba a sus propios pensamientos.

Contornearon la ruta que pasaba delante de la casa de Teroa y en esa esquina doblaron para ir a reunirse con el médico. Aquí sus planes sufrieron una interrupción: el doctor había dejado aviso de que se hallaba ausente por motivos profesionales.

La puerta nunca estaba cerrada con llave y Robert lo sabía. Después de considerarlo un momento, la abrió y se introdujo en el consultorio. Él podía esperar y el doctor estaba moralmente obligado a volver sin tardanza. Estaban, además, los libros que no había estudiado y podían ser de gran interés y utilidad para él. Recorrió los estantes de la biblioteca escogió algunos títulos prometedores y se preparó para la lectura.

La ocupación no era nada sencilla: se veía ante una acumulación de términos técnicos para uso de profesionales. Robert no tenía nada de estúpido; carecía, simplemente, de los conocimientos indispensables para interpretar la mayor parte de lo que allí se decía. Su mente fantaseaba y se iba lejos de lo que el material impreso le brindaba.

Naturalmente, sus pensamientos convergían en los inusitados acontecimientos de esa tarde. Muchos de ellos tenían que ver con su problema. No le había preguntado formalmente al Cazador cuáles eran sus conclusiones después de la noche transcurrida y qué opinaba de las fuertes sospechas que él y Seever abrigaban sobre Hay y Rice. Aprovechó la ocasión para interrogarlo.

—He evitado criticar tus esfuerzos —replicó el Cazador—, ya que considero que debes tener razones para llegar a esas conclusiones. Prefiero no decirte lo que pienso de Rice y Hay, ni de los otros muchachos; tú podrías desmoralizarte si tus ideas no coinciden con las mías y, en tal caso, tendrías derecho a pensar que debo arreglármelas solo.

Hablaba en forma indirecta, pero Bob sospechó que el simbiota no estaba de acuerdo con sus ideas. No podía darse cuenta por qué diferían, ya que el razonamiento lógico seguido por el doctor y por él parecía correcto; pero tenía, por otra parte, la seguridad de que el Cazador conocía la criatura que se hallaban buscando, con mucha más profundidad que ellos, aunque pasaran sus vidas dedicados a aprender todo lo relacionado con la raza del simbiota.

—¿Dónde estaría el error? En realidad, no habían extraído verdaderas conclusiones... ellos conocían sus limitaciones y solo hablaron de probabilidades. Si el Cazador hacía objeciones a las mismas, sería porque estaba ya seguro de algunas cosas.

—No tengo ninguna seguridad —fue la respuesta, cuando Bob expuso sus conjeturas al detective.

Bob se echó hacia atrás en el asiento para seguir pensando. Su meditación fue fructífera, pero esta vez no pudo comunicarle sus ideas al Cazador pues oyó los pasos del doctor en el porche de la entrada. Bob se levantó. Estaba muy nervioso. Apenas el doctor atravesó la puerta, le dijo:

—¡Puede permitirle a Charlie viajar mañana! Además, creo que también podemos descartar al Pelirrojo.

ELIMINACIÓN

El doctor se detuvo al escuchar el tono excitado de la voz de Bob; luego, terminó de cerrar la puerta detrás de él y se dirigió hacia su asiento acostumbrado.

—Me alegro de saberlo —dijo—. Yo también tengo algunas noticias. Pero primero quisiera escuchar algunos detalles. ¿Acaso el Cazador ha realizado investigaciones por su cuenta?

—No. Son comprobaciones mías... Algo que vi. Solo ahora comprendo su significado. Charlie y el Pelirrojo tuvieron una pelea cerca del tanque nuevo. Comenzó cuando el Pelirrojo se burló de él, al enterarse de que había postergado su partida... Supongo que acababa de salir de su consultorio. Se enredaron con todas sus ganas. No escatimaron golpes; Rice quedó con los ojos en compota y, cuando los separaron, a ambos les chorreaba sangre de las narices a más no poder.

—¿Y tú atribuyes semejante despliegue de magulladuras a la ausencia del simbiota? Yo creía que ya habíamos dado por sentado que el fugitivo se refrenaría en casos como este y dejaría correr la sangre para no traicionarse. En tal caso, tu historia no probaría absolutamente nada.

—No me ha comprendido, doctor. Ya sé que una cortadura o un rasguño podrían probar algo en ese sentido pero ¿no acierta a ver la diferencia que existe entre ese tipo de heridas y una hemorragia por la nariz? En una hemorragia no existe una herida exterior, visible; no sería raro que a un individuo le dieran un sopapo en la nariz y luego no perdiera sangre. Estos dos muchachos eran verdaderas canillas. ¡Si el fugitivo estaba dentro de uno de ellos, debía haber detenido la hemorragia!

Se produjo un silencio. El doctor consideraba esta última hipótesis.

—Sin embargo, aún puede hacerse una objeción —dijo finalmente—. ¿Y si el enemigo ignorara que un golpe en la nariz no produce, necesariamente, una hemorragia? Después de todo, él carece de la experiencia humana suficiente como para saberlo.

—También lo pensé —contestó Bob triunfante—. ¿Cómo es posible que sea tal cual es y se encuentre tan bien escondido si no sabe estas cosas? No hay duda que conoce perfectamente las causas de una hemorragia nasal. Aún no he conversado de esto con el Cazador pero parece bastante probable. ¿Qué opinas, Cazador?

Aguardaba la respuesta, al principio completamente confiado y luego algo dudoso, al ver que el simbiota pensaba demasiado en las palabras con que le contestaría.

—Creo que tienes razón —replicó finalmente—. Yo no había considerado una posibilidad semejante y, probablemente, nuestro enemigo tampoco; pero aun en ese caso debería haber comprobado que no había peligro alguno en detener la hemorragia

en cualquier momento. A los muchachos que disputaron, la hemorragia les duró bastante tiempo y no cedía, a pesar del agua fría que les aplicaron y de los demás remedios. Bien pensado, Bob. Por mi parte, yo descartaría a esos dos.

Bob repitió estas palabras al doctor Seever, quien recibió la información con un grave movimiento de cabeza.

—También tengo un candidato para ser eliminado —contestó—. Dime, Bob, ayer Ken Malmstrom te llamó la atención, ¿verdad?

—Si... Un poco. Parecía desganado para trabajar en el arreglo del bote, pero supuse que sería a causa de la partida de Charlie.

—¿Cómo estaba hoy?

—No sé. No lo he visto desde que salimos del colegio.

—Claro que no lo viste —dijo Seever secamente—. Tampoco fue a la escuela. Esperó tener una fiebre altísima para decir a sus padres que no se sentía bien.

—¿Qué...?

—Tu amigo tiene malaria y quisiera saber adónde diablos se la contagió.

El doctor fijaba su mirada en Bob, como si este fuera el responsable.

—Hay muchos mosquitos en la isla —observó el joven, incómodo ante esa mirada.

—Ya lo sé, aunque hasta ahora nos defendemos bastante bien... Pero ¿dónde se habrán infectado esos insectos? Siempre reviso a todas las personas que se van de la isla o que llegan; la tripulación del buque-tanque... algunos de ellos bajan a la isla y pasan aquí cortos lapsos. Pero tengo la seguridad que no son ellos los portadores: conozco perfectamente sus historias clínicas. Tú has permanecido fuera de la isla un tiempo suficientemente largo como para contagiarte la enfermedad, pero tampoco eres tú el contaminador... a menos que el Cazador esté cultivando los microbios en tu sangre para divertirse un poco.

—¿Es una infección producida por un virus? —preguntó el Cazador.

—No. Es causada por un flagelado... un protozooario. Mire estas microfotografías —dijo el médico abriendo un libro—. Quiero que me diga, Cazador, si en la sangre de Robert hay organismos semejantes.

La repuesta fue muy rápida.

—En este momento no los hay, pero ya no recuerdo todos los tipos de microorganismos que destruí hace algunos meses. Usted debe saber si Bob tuvo alguna vez síntomas de la enfermedad. Su propia sangre, doctor, contiene innumerables microbios que tienen un aspecto parecido al de estas figuras. Pude comprobarlo ayer, cuando entré en contacto con usted. Pero las fotografías no bastan para asegurar si eran o no idénticos. Me agradecería mucho prestarle una ayuda más activa si mi propio problema no fuera tan apremiante.

—Bob —dijo el doctor, después de recibir el mensaje—, si tú no vas, junto con tu invisible amigo, a la Facultad de Medicina, una vez que él haya resuelto su problema, serás un traidor a la civilización. No me gusta nada lo que acaba de insinuar el

Cazador, pero no puedo negar nada sin realizar los ensayos pertinentes. En eso consiste mi trabajo. Lo que yo quería decir era que el fugitivo no puede hallarse en el cuerpo de Malmstrom; todo lo que has dicho acerca de la hemorragia nasal vale doblemente para las enfermedades infecciosas. No es posible sospechar de una persona porque no se encuentre enferma; el amigo de ustedes debe saberlo.

Después que el médico hubo pronunciado esta última frase, se produjo un silencio que denotaba amplia aceptación. Fue Bob quien lo rompió diciendo:

—Quiere decir que ahora los que encabezan nuestra lista de sospechosos son Norman y Hugh. Esta tarde hubiera dicho que era Norman; pero ahora no estoy seguro.

—¿Por qué no?

El joven repitió las palabras que el Cazador le dijera minutos antes. El doctor se encogió de hombros.

—Si tiene sus propias ideas y no nos las comunica Cazador, es porque solo desea que trabajemos en base a nuestras hipótesis —dijo.

—Exactamente —observó el detective—. Ustedes dos tienen tendencia a considerarme como un sabelotodo en este asunto. Y eso no es verdad. Estamos en el mundo de ustedes, entre sus congéneres. Yo desarrollaré y pondré a prueba mis ideas, con la ayuda de ustedes si fuera necesario, pero quiero que procedan del mismo modo con las suyas. Si se dejarán influir por mis opiniones, no lo lograrían.

—Estoy de acuerdo —opinó Seever—. Muy bien, tanto Bob como yo deseamos que usted realice una comprobación personal en Norman Hay, cuanto antes. El otro candidato de nuestra lista siempre parece el menos probable. Si esto fuera una novela policiaca, le aconsejaría que se ocupara de él en primer lugar. Robert puede conducirlo hasta la cercanía de la casa de Hay, tal como planeamos anteriormente, para que usted investigara esta noche.

—Olvida su propia objeción: que debo estar preparado para actuar, en caso de que encuentre allí a nuestro enemigo —respondió el detective—. Creo que será mejor continuar los experimentos con las drogas mientras Robert, usted y yo, seguimos alertas.

—Me maldeciría si se llegara a propagar una epidemia de malaria, solo por esta —dijo el doctor—. Sin embargo, creo que usted tiene razón. Ensayaremos con otra droga... y no me diga que le agrada su sabor; es demasiado cara como para tomarla en vez de caramelos —dijo, poniéndose a trabajar—. A propósito, ¿no fue Norman quien se introdujo en el barco como polizón, hace algún tiempo?

—Sí —replicó Bob—, pero no veo su relación con lo que estábamos hablando. La idea fue del Pelirrojo y él se echó atrás a último momento, según tengo entendido.

Seever aplicó la aguja hipodérmica.

—Quizá el simbiota vivió algún tiempo en el cuerpo de Teroa y luego se pasó al de Hay. Alguna vez deben haber dormido muy cerca uno de otro, mientras estaban escondidos en el buque.

—¿Por qué iba a cambiar de ubicación?

—Pudo haber pensado que Hay tenía más probabilidades de volver pronto a tierra. Recuerda que Norman quería visitar el museo de Tahití.

—Esto significaría —anotó Bob— que estuvo con Charlie un tiempo suficiente como para aprender el idioma inglés; también se deduce de allí que el interés de Norman por la biología no tiene nada de sospechoso ya que fue anterior a su posible coexistencia con el simbiota.

El doctor tuvo que darle la razón.

—Muy bien —dijo—, no era más que una idea. No dije que tuviera plena seguridad. Es una lástima que no podamos encontrar la droga que estamos buscando. Este asunto de la malaria me daría el pretexto que necesitaría para inyectarla al por mayor, si llegara a producir una cantidad suficiente.

—Hasta ahora no hemos progresado mucho en ese sentido —observó el Cazador.

El doctor hizo un gesto.

—Y no progresaremos, tampoco. Su estructura, Cazador, es muy diferente a la de los seres terrestres. Necesitamos que nos comunique sus ideas; estamos trabajando a la buena de Dios.

—Hace mucho tiempo discutí mis ideas con Bob —replicó el Cazador—. Las he estado siguiendo hasta ahora pero, desafortunadamente, conducen a un campo de posibilidades tan amplio que me asusta comenzar a comprobarlas. Por eso prefiero, agotar primero las hipótesis de ustedes.

—¿Acaso ustedes han discutido algo que aún no me han comunicado? —preguntó Seever al muchacho—. Buen momento para enterarse de que me falta conocer algunos datos.

—No es exacto —contestó Bob, perplejo—. Solo recuerdo haber discutido con el Cazador el método que seguiríamos en nuestra búsqueda; es decir, debíamos imaginar qué movimientos realizaría el fugitivo y, en relación a ellos, dirigir la investigación. Comenzamos a seguir sus posibles pasos y fue así como encontramos la caja del generador... Supongo que aún seguimos procediendo consecuentemente.

—Muy bien. Haremos lo que dice el Cazador. Sus razones para no comunicarnos lo que piensa son muy comprensibles, excepto lo del campo de posibilidades tan amplio. Ese no es motivo para demorar la investigación.

—Ya la he comenzado —anotó el Cazador. Aún no he averiguado nada que merezca ser dicho. Opino que hay que observar muy de cerca a Hay y a Colby. En realidad, Rice nunca me pareció muy sospechoso.

—¿Por qué no?

—El argumento principal en su contra era que había permanecido durante un rato, completamente indefenso, cerca del lugar de la playa en que nuestra presa probablemente tocó tierra. Sin embargo, siempre pensé que el enemigo no se arriesgaría a penetrar en el cuerpo de una persona que se hallara en un peligro físico considerable, como Rice en ese momento.

—No existía peligro alguno para tu congénere, sin embargo.

—No. Pero ¿para qué le serviría un anfitrión ahogado en esas circunstancias? No me sorprende en absoluto que el Pelirrojo sea inocente... o no se encuentre infectado, como diría el doctor Seever.

—Bueno. Investigaremos cuanto antes a los otros dos, para poder comenzar a trabajar en serio —dijo el doctor—. A pesar de todo, no me parece muy lógico lo que usted dice.

Bob sentía lo mismo pero, al mismo tiempo, estaba inclinado a confiar plenamente en el Cazador... excepto en un punto. No intentó, pues, modificar las decisiones de aquel. Salieron del consultorio del doctor cerca de la puesta del sol. Era necesario encontrar a Hay y a Colby y observarlos cuidadosamente; nada más podía hacerse por el momento.

Se había separado de ellos en el tanque. Debían hallarse todavía allí; de todos modos, en ese lugar había quedado su bicicleta y tenía que ir a buscarla a la casa de Teroa. Vio a Charlie que se encontraba trabajando en el jardín, y lo saludó. El joven polinesio parecía haber recobrado la calma. Bob recordó que no habían decidido si lo dejarían partir. En realidad, no era necesario retenerlo ahora y esperaba que el doctor lo recordaría.

Su bicicleta estaba donde la había dejado. Las bicicletas de los otros muchachos habían desaparecido y no podía saber hacia dónde podrían haberse dirigido. Recordó que Hay deseaba trabajar en su acuario; montó pues en su bicicleta e inició la marcha por el mismo camino por donde había venido. Al pasar frente al consultorio del doctor se acercó para asegurarse de que Seever no se olvidaría de dar a Charlie la autorización para viajar; en el segundo arroyo se detuvo para mirar si estaban las bicicletas, aunque tenía casi la seguridad de que sus amigos no se hallarían trabajando en el bote. Parecía que estaba en lo cierto.

Norman había dicho que, en caso de que fueran, nadarían hasta el islote. Eso significaba que sus máquinas debían encontrarse, probablemente, en la casa de Hay, al extremo del camino. Robert se dirigió hacia allí. La residencia de los Hay era un edificio de dos pisos, con amplias ventanas, bastante parecido a la casa de los Kinnaird. La principal diferencia consistía en que no se hallaba rodeado por la selva. Estaba situada al pie de la ladera, donde el terreno comenzaba a descender, en suave declive, hacia la playa. El suelo más arenoso no permitía que prosperasen las plantas espinosas que crecían en las zonas más altas. No obstante, había suficiente vegetación como para esparcir una agradable sombra. En la parte posterior de la casa habían construido un soporte para acomodar varias bicicletas. Fue lo primero que Bob miró. Le agradó comprobar que sus deducciones eran exactas, al menos en parte. Allí estaban las máquinas de Rice, Colby y Hay. Bob dejó la suya junto a las demás y se encaminó hacia la playa. No se sorprendió al divisar las figuras de sus tres amigos en

el islote de la estrecha franja de agua en el extremo norte de la isla donde volvían a aflorar los arrecifes.

Todos miraron cuando Bob los saludó y le respondieron con movimientos de manos. Se disponía a reunirse con ellos pero le gritaron:

—¡No vale la pena que vengas! ¡Ya hemos terminado!

Bob comprendió y permaneció allí, esperando. Los otros dieron un último vistazo a su alrededor, para asegurarse de que no dejaban nada, y se lanzaron al agua. Debían pasar entre los bancos de coral, y antes de introducirse en aguas más profundas estudiaron la forma de atravesar esa zona. Minutos después llegaron a la playa, adonde Bob los aguardaba.

—¿Ya colocaste el alambre? —dijo Robert, iniciando la conversación.

Hay asintió.

—Hemos agrandado un poco la abertura. Ahora tiene cerca de quince centímetros de diámetro. He conseguido un poco de cemento y un tamiz de cobre.

—¿Ya tienes algunos ejemplares interesantes? ¿Sigues pensando en filmar una película en colores?

—Hugh me trajo un par de anémonas. Debería estarle muy agradecido, pero me guardaré bien de tocarlas.

—Yo tampoco lo volveré a hacer —agregó Colby—. Pensaba que siempre se replegaban cuando percibían algo grande en su proximidad. Una de ellas lo hizo, pero la otra... ¡Uhh!...

Levantó su mano derecha y Bob emitió un silbido. La yema del dedo pulgar y los dos dedos siguientes estaban salpicados de puntos rojos en el lugar en que habían entrado en contacto con la anémona de mar; la mano, hasta la muñeca, estaba visiblemente hinchada y dolorida. El cuidado con que Hugh la movía lo demostraba.

—A mí me han pinchado algunas veces, pero nunca con tanta intensidad —comentó Bob. ¿De que clase era?

—No sé. Pregúntale al profesor. Era muy grande.

Bob movió la cabeza. Tenía la sensación de que en este día iba a suceder algo importante; todo parecía confirmar que las cuatro o cinco personas más sospechosas quedaban ahora eliminadas. Si Hugh había transportado una de las anémonas, sin causarse ningún daño, su huésped hipotético no tenía razones para no haber actuado, en la misma forma, con la segunda. Aunque fuera indiferente al dolor de su anfitrión, probablemente hubiera tratado de evitar la inutilización de su mano, aunque solo fuera en forma transitoria.

Por eliminación, Norman Hay resultaba ahora el más sospechoso. Bob resolvió hablar de ello con el Cazador en la primera oportunidad.

Al mismo tiempo, era necesario conservar las apariencias.

—¿Qué saben sobre Shorty? —preguntó.

—Nada. ¿Le ocurrió algo? —replicó Rice.

Bob olvidó inmediatamente sus preocupaciones ante el placer de proporcionar a sus amigos noticias sorprendentes. Les contó con lujo de detalles la enfermedad de su amigo y las dudas del doctor acerca de su origen. Todos estaban muy impresionados; Hay parecía algo inquieto. Su interés por la biología le había hecho conocer algo acerca de los mosquitos que propagan la malaria.

—Quizá sea necesario recorrer el bosque y desinfectar todos los depósitos de agua estancada que encontremos —sugirió—. Si hay malaria en la isla, y a Shorty llegara a picarlo un mosquito, tendremos líos.

—Podemos preguntarle al doctor —replicó Bob—. Tu idea me parece buena. Será un trabajo arduo.

—No importa. Por las descripciones que he leído creo que podremos hacerlo.

—¿Será posible ver a Shorty? —dijo Rice—. Seguramente convendría preguntárselo al doctor. Vamos a verlo ahora mismo.

—Primero hay que fijarse en la hora. Ya es un poco tarde.

Esta observación era razonable y todos esperaron al lado de sus bicicletas en la puerta de la casa de Hay, mientras este último entraba a verificar tan importante detalle.

Un momento después asomó la cabeza por la ventana.

—Mis padres están por comenzar a cenar. Los veré después, frente a la casa de Bob. ¿De acuerdo?

Y sin esperar respuesta desapareció nuevamente. Rice tenía una expresión seria.

—Si él ha llegado justo a tiempo para sentarse a la mesa, eso significa que yo llegaré tarde —observó—. Vamos. No iré después, muchachos. Ya saben por qué.

Tenía que recorrer aproximadamente un kilómetro, casi tanto como Bob. Hasta Colby, que vivía más cerca, no perdió ni un instante, y las tres bicicletas comenzaron a descender por el camino a toda velocidad. Bob no sabía qué les ocurriría a los demás, en cuanto a él, tendría que ir a sacar su comida de la nevera y luego lavar los platos.

Cuando salió finalmente de su casa solo Hay lo estaba esperando; permanecieron allí algunos minutos pero no llegó ningún otro a la cita. Todos habían recibido ultimátum de sus respectivas familias respecto a las tardanzas, y parecía que las copas habían desbordado.

Norman y Bob decidieron que no valía la pena esperar más tiempo y se dirigieron a la casa del doctor. Allí estaba Seever, como de costumbre, aunque ellos juzgaban más probable que estuviera en la casa de Malmstrom.

—¡Hola, muchachos! Adelante. El trabajo se puso hoy muy animado. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Queríamos saber si Shorty puede recibir visitas —respondió Hay—. Nos enteramos que estuvo enfermo y nos pareció conveniente conversar con usted antes de ir a su casa.

—Buena idea. No creo que sea peligroso ir a ver... La malaria no se contagia a través del aire. Ahora está mejor. Actualmente contamos con buenas drogas antiinfecciosas. Hace tiempo que le bajó la temperatura. Estoy seguro de que se alegrará de verlos.

—Muchas gracias, doctor —dijo Bob—. Norman, si quieres ir saliendo, te alcanzaré dentro de un minuto. Tengo que hacer algo aquí.

—Yo puedo esperar —contestó Hay, desconcertado.

Bob pestañeó al hallarse repentinamente frente a un dilema. El doctor salió en su ayuda.

—Creo que Bob se refiere a la curación que tengo que realizar en su pierna, Norman —dijo—. Si no te ofendes, prefiero trabajar sin testigos.

—Pero... bueno... es que... yo quería también consultarle algo.

—Esperaré afuera hasta que tú termines —dijo Bob, levantándose.

—No. Está bien. Demoraría un rato, y quizá sea mejor que tú también lo sepas. Puedes quedarte.

Hay, volviéndose hacia el doctor Seever, le preguntó:

—¿Podría decirme, doctor, cuáles son los síntomas de la malaria?

—Bueno. Yo nunca padecí esa enfermedad, gracias al cielo. Hay un período de escalofríos. Luego desaparecen y, generalmente, alternan con fiebre y sudores. Eso provoca el delirio del paciente. La enfermedad tiene un período definido de duración, que es el mismo que el ciclo vital del protozoario causante de la infección. Cuando se desarrolla una nueva generación de organismos, todo comienza nuevamente.

—¿Siempre son tan intensos los chuchos y la fiebre... es decir, la persona se siente realmente enferma... o puede pasar un largo tiempo sin percibir los síntomas?

El doctor se estremeció cuando comprendió la verdadera intención de las palabras del muchacho. Bob estaba tenso, como si se hallara presenciando el final de un encarnizado partido de hockey. Y tenía aún un importante dato para comunicarle al doctor.

—A veces puede permanecer en estado latente durante un largo tiempo, de modo que las personas que una vez tuvieron la enfermedad, años más tarde pueden experimentar nuevamente los mismos síntomas. Existen teorías que explican la forma en que esto sucede y no recuerdo haber oído hablar de una persona infectada que no hubiera experimentado alguna vez los síntomas.

También Hay se estremeció. Parecía indeciso acerca de lo que estaba por decir.

—Bueno —dijo finalmente—. Bob nos contó que usted no sabía bien dónde podía haberse contaminado Shorty. Yo sé que el microbio es transmitido por mosquitos, los que a su vez se contaminan al picar a alguna persona que ya tiene la enfermedad. Temo que esa persona sea yo.

—Jovencito, te conozco casi desde que naciste y he seguido viéndote desde entonces. Nunca tuviste malaria.

—No estuve nunca enfermo, pero recuerdo haber tenido escalofríos y fiebre como los que usted describe. Duraban muy poco tiempo y no llegaban a molestarme demasiado. No había referido a nadie estos síntomas, pues nunca les di demasiada importancia. Luego, cuando Bob nos contó esta tarde esa historia, en mi mente se produjo una asociación de las cosas que había leído y las que recordaba y pensé que convenía venir a verlo. ¿Tiene algún medio de verificar si estoy enfermo?

—Personalmente creo que te equivocas, muchacho; por supuesto, no pretendo ser un experto en esta materia, ya que la malaria ha sido casi extirpada, pero no me parece posible que estés enfermo. No obstante, si eso te tranquiliza, puedo hacerte un análisis de sangre.

—Me gustaría.

Tanto Bob como el doctor Seever no sabían si preocuparse o asombrarse ante las palabras y las acciones de Norman. La presencia de un muchacho de catorce años que pensaba con el mismo sentido analítico y la conciencia social de un adulto, deslumbraba al médico y dejaba atónito a Bob, quien no olvidaba que su amigo era menor que él.

Su comportamiento era realmente extraordinario. Quizá, si la víctima de la enfermedad no hubiera sido uno de sus mejores amigos, Hay no se hubiera esforzado por recordar sus escalofríos de la infancia. Parecía que su conciencia lo hostigaba. Si no se hubiera decidido a ver esa misma noche al doctor, lo más probable era que se arrepintiera a la mañana siguiente. Seguía ansioso los movimientos de Seever, quien se disponía a extraerle sangre para el análisis; necesitaba saber si era o no responsable de la enfermedad de Malmstrom y de ese modo sentía que realizaba una buena acción.

—Me llevará un rato hacer el análisis —dijo el doctor—. Quizá sea necesario efectuar también un ensayo con el suero. Si no te opones, quisiera examinar la pierna de Bob antes de trabajar en tu análisis. ¿De acuerdo?

Norman asintió. Parecía algo decepcionado y, al recordar la conversación que tuvieron un momento antes, salió de mala gana de la habitación.

—No demores, Bob —le gritó—. Yo empezaré a caminar muy despacio.

El doctor cerró la puerta y prestó atención a Bob. Este comenzó a hablar:

—Despreocúpese ahora de mi pierna, si es que realmente pensaba hacerle algo. ¡Hablemos de Norman! Si él tiene razón quedaría eliminado, en consecuencia.

—Yo pensé lo mismo —replicó Seever—. Es por eso que extraje bastante sangre a Norman. El cuento del examen del suero no era más que una excusa. Quisiera que el Cazador analizara también su sangre.

—Pero él no conoce el parásito de la malaria, al menos, no tiene experiencia en el asunto.

—Si es preciso, le conseguiré sangre de Malmstrom para que compare. Yo realizaré ahora mismo el examen microscópico. La dificultad consiste en que, probablemente, la enfermedad existe en una forma muy leve en Norman y tendré que

hacer, entre una docena y un centenar de muestras para llegar a descubrir al microbio. Por eso prefería que el Cazador examinara también la muestra, ya que puede hacerlo mucho más rápidamente que yo. Recuerdo aquella maniobra que realiza para neutralizar los leucocitos en tu cuerpo. Si puede hacer eso, es capaz también de revisar cada una de las células de la sangre en un tiempo récord.

El doctor quedó silencioso. Trajo el microscopio y otro aparato y comenzó su tarea.

Después de examinar dos o tres muestras, levantó la vista y dijo:

—Quizás una de las razones por las cuales no logro encontrar nada es porque no espero, en realidad, encontrarlo.

El doctor continuó trabajando. Mientras, Bob pensó que Norman debía haberse cansado de esperar y que habría hecho la visita sin su compañía. Seever se incorporó una vez más.

—Resulta difícil creerlo, pero puede ser que tenga razón. Hay uno o dos glóbulos rojos que parecen no comportarse como los demás. Nunca termino de maravillarme —agregó, echándose hacia atrás en la silla y asumiendo aire de conferenciante, completamente olvidado de la impresión que podían causar sus palabras en Bob— de la extraordinaria variedad de organismos extraños que se encuentran hasta en la sangre de los individuos más sanos. Si todas las bacterias que he detectado durante esta media hora pudieran reproducirse sin control, Norman se vería afectado de tifoidea, dos o tres tipos de gangrena, alguna forma de encefalitis y otra media docena de infecciones. Sin embargo, ahí lo tenemos con unos levísimos escalofríos cada tanto tiempo, y nada más. Supongo que tú...

Se detuvo, como si hubiera captado el pensamiento que trataba de aflorar en la mente de Bob.

—Por el amor de Dios. ¡En su sangre falta un microbio infeccioso! ¡Y pensar que he estado rompiéndome los ojos durante una hora, con todo lo que hay en su sangre! ... Debo parecerle un idiota, no... veo que has comprendido inmediatamente: el simbiota enemigo no puede estar en el cuerpo Norman.

Guardó silencio un momento, mientras sacudía la cabeza.

—Este experimento puede dar magníficos resultados. No me imagino a nuestro enemigo dejando una cantidad normal de gérmenes en la sangre de su anfitrión solo para disimular; eso sería llevar precauciones demasiado lejos. Si pudiera realizar análisis de sangre de todos los habitantes de la isla... De todos modos, queda ahora un solo sospechoso en la lista... Espero que el principio de eliminación sea bueno.

—Usted ignora algo todavía. No queda ninguno en la lista... Yo eliminé a Hugh antes de la cena.

Bob le explicó sus razones y el doctor tuvo admitir su exactitud.

—Espero que vendrá a mostrarme su mano. Me saldrá una mancha de sangre, como a Ananías sigo mintiendo. Pero al menos hay algo útil en esto: nuestras ideas se

han agotado y el Cazador tendrá finalmente que poner a prueba las suyas. ¿Qué le parece, Cazador?

—Me parece que tiene razón —replicó el detective—. Si me permite elaborar un plan esta mañana le diré el resultado.

Sabía perfectamente que la excusa para justificar una demora tenía poca fuerza, pero había un motivo muy importante para no decirles todavía a sus amigos que ya sabía dónde se encontraba su presa.

SOLUCIÓN

Aunque Bob no participaba del torbellino de pensamientos que bullían dentro de la mente del Cazador, tardó un largo rato en dormirse. Había encontrado a Hay en la casa de Malmstrom; charlaron junto al lecho del enfermo hasta que la madre de este dijo que debía ya descansar. Pero la mente de Bob había permanecido muy alejada de la conversación.

El Cazador había llevado más lejos sus conclusiones y había dicho que estaba en condiciones de elaborar un nuevo plan de acción; Bob, en cambio, no podía decir lo mismo y se imaginaba que debía parecer muy estúpido en comparación con su huésped.

Esto lo preocupaba y trataba de imaginar cómo el Cazador podía seguir deduciendo conclusiones, a partir del hallazgo de la pieza de metal en el arrecife... si Rice y Teroa quedaban fuera de la investigación.

También el Cazador estaba disconforme consigo mismo. Él había sugerido esas ideas a Bob. En realidad, no esperaba extraer muchas conclusiones de ellas, pero contenían posibilidades de acción para su anfitrión, que podían permitirle elaborar libremente nuevas ideas que estuvieran más de acuerdo con su entrenamiento y su experiencia. Esas últimas, sin embargo, habían fracasado miserablemente, a pesar de que esperaba que la civilización lo hubiera ayudado con su empuje técnico; y ahora se daba cuenta de que habían ignorado deliberadamente, durante algunos días, la respuesta a su problema, a pesar de los innumerables argumentos de Bob y del doctor.

Había sido una suerte que Bob trabajara por su cuenta en esa historia de la «trampa» del bosque; si no lo hubiera hecho, el plan de que el Cazador examinara individualmente a Teroa y a los otros muchachos, se hubiera puesto en práctica antes de que el doctor participara del secreto. Eso hubiera obligado al Cazador a permanecer fuera del cuerpo Bob unas treinta y seis horas, por lo menos, perdiendo de este modo datos que le fueron llegando día tras día. La mayor parte de ellos significaban muy poco considerados aisladamente, pero juntos...

El Cazador deseaba que su anfitrión se durmiera. Tenía varias cosas que hacer y muy pronto había cerrado los ojos y el único contacto que le quedaba al Cazador con lo que lo rodeaba era por intermedio del oído. Pero el ritmo respiratorio y los latidos del corazón del joven demostraban claramente que aún se hallaba despierto. Por milésima vez el detective hubiera querido leer en su mente; tenía una sensación de impotencia semejante a la del espectador de una película cinematográfica sentado en su butaca mientras el héroe camina por una callejuela oscura. Solo podía escuchar.

Los sonidos que percibía le daban una noción de lo que ocurría a su alrededor: el infatigable rumor de las olas a un kilómetro de distancia, más allá de la montaña; el

débil susurro de los insectos en la selva que los rodeaba; el crujido, más irregular, de las pequeñas alimañas y el ruido, mucho más diferenciado, causado por los padres de Bob al ascender las escaleras de la casa.

Venían conversando pero se callaron al aproximarse a la habitación, quizás porque Bob había sido el tema de su charla o porque no querían perturbarlo. Sin embargo, el joven los oyó; el repentino cese de sus pasos y el silencio posterior, le dio al Cazador la pauta de que la señora Kinnaird se había limitado a echar un vistazo dentro de la habitación de su hijo, dejando la puerta entreabierta. Un instante después el Cazador oyó que se abría otra puerta, para cerrarse enseguida.

Se encontraba tenso y ansioso. Bob se quedó dormido. El Cazador se puso inmediatamente en acción. Su masa gelatinosa comenzó a salir a través de los poros de la piel del joven, aberturas que para el simbiota resultaban tan amplias y cómodas como las salidas de un estadio de fútbol. Le costó menos aún atravesar las sábanas y el colchón y dos o tres minutos después todo su cuerpo yacía debajo de la cama del muchacho.

Se detuvo un momento para volver a escuchar y luego se deslizó hacia la puerta, extendiendo un pseudópodo con un ojo en el extremo a través de la rendija de la misma. Tenía intenciones de examinar personalmente a su sospechoso, o mejor dicho, de asegurarse definitivamente, ya que tenía la certeza de la exactitud de sus conjeturas. No había olvidado el argumento del doctor, quien sostenía que era necesario posponer esa investigación hasta que el Cazador estuviera preparado para tomar medidas inmediatas en caso de que llegara a encontrar algo, pero él sabía ahora que esos argumentos adolecían de un grave error. Si las hipótesis del Cazador eran exactas, Bob debía haberse traicionado innumerables veces. No era posible demorarse más. Había luz en el vestíbulo, pero no suficientemente intensa como para molestarlo. Había adoptado la forma de una cuerda del grosor de un lápiz para deslizarse por el piso. Allí volvió a detenerse mientras analizaba los ruidos respiratorios provenientes de la habitación donde se hallaba el señor Kinnaird. Tanto él como su esposa estaban dormidos. Entró en la pieza. La puerta estaba cerrada pero eso no significaba nada para él. Aunque hubiera sido hermética, siempre le quedaba el recurso de utilizar el ojo de la cerradura.

Distinguía al señor y a la señora Kinnaird por el ritmo y la profundidad de sus respiraciones. Se dirigió sin vacilar hacia un punto situado debajo de la cama del sospechoso. Un hilo de gelatina comenzó a ascender hasta tocar el colchón y atravesarlo. El resto del informe cuerpo lo siguió, consolidándose dentro del colchón. Entonces, cuidadosamente, el Cazador localizó el pie de la persona que dormía. Su técnica se había perfeccionado y, si hubiera querido, podría haber entrado aún más rápido que la primera vez que penetrara dentro del cuerpo de Bob, ya que ahora no necesitaba ninguna exploración previa. Sin embargo, no figuraba en sus planes

realizar esta maniobra, y la mayor parte de su masa permaneció en el colchón, mientras sus tentáculos de exploración comenzaban a atravesar la piel. No fue muy lejos.

La piel humana está compuesta de varias capas distintas, pero las células que las constituyen tienen un tamaño y una estructura semejantes ya se encuentren muertas y endurecidas, como en la capa exterior, o vivas y en pleno desarrollo, como en las de más abajo. No existe normalmente una capa, ni siquiera una red discontinua de células que sean más sensitivas, móviles y de menor tamaño que las demás. Bob, por supuesto, poseía una capa semejante, ya que el Cazador se la había fabricado para satisfacer sus propósitos. El detective no se sorprendió en absoluto al encontrar un tejido semejante debajo de la epidermis del señor Arturo Kinnaird. Por el contrario, lo esperaba. Las células que rozó por su parte, sintieron y reconocieron el tentáculo del Cazador. Por un momento, se registró en ellas un movimiento desordenado, como si la red corporal del simbiota enemigo tratara de evitar el contacto del Cazador; y a lo largo de aquellas células capaces de actuar como nervios o músculos, órganos sensoriales o glándulas digestivas, se transmitió un mensaje. No era hablado; en ese mensaje no se emplearon sonidos, ni imágenes, ni ningún otro vehículo sensorial de tipo humano. Tampoco era telepatía. En nuestro idioma no existe una palabra capaz de describir exactamente esa forma de comunicación. Era como si los sistemas nerviosos de dos seres se fusionaran durante algún tiempo, como para permitir que la sensación experimentada por uno fuera apreciada por el otro; corrientes nerviosas que establecían un puente entre los individuos, del mismo modo que lo establecían entre sus células corporales.

El mensaje fue sin palabras, pero estaba cargado de mayor sentimiento y significado que las palabras comunes.

—Me alegro de encontrarte, Matador. Lamento haber tardado tanto en encontrarte.

—Te conozco, Cazador. No precisas disculparte. Especialmente cuando hablas en tono tan jactancioso. Que me hayas encontrado no tiene tanta importancia, pero lo que me divierte extraordinariamente es que hayas demorado medio año, del tiempo de este planeta, para darme caza. ¡Cómo has cambiado! Me imagino cómo has andado arrastrándote un mes tras otro, por esta isla, entrando en todas las casas... y eso para nada, ya que ahora eres impotente contra mí. Te agradezco mucho la diversión que me proporcionas.

—Estoy seguro que te divertirá también saber que solo te he buscado en esta isla durante siete días, y que este hombre es el primero que examino físicamente.

El Cazador era suficientemente humano como para poseer vanidad y hasta para demostrarla sin mayores ambages. Tardó un rato en darse cuenta que su enemigo no había sospechado en ningún momento de Bob, y que con su respuesta, quizás, le había suministrado demasiados datos.

—No te creo. No existen formas de investigar a distancia un ser humano. Y mi anfitrión no ha sufrido infecciones serias desde que yo he llegado. Si le hubiera sucedido algo semejante, habría preferido buscar un nuevo anfitrión antes que traicionarme ayudándolo.

—Lo creo.

Las actitudes de su enemigo producían al Cazador una viva repugnancia y un claro sentimiento de desprecio.

—Yo no me refería a infecciones y heridas graves —prosiguió el Cazador.

—Solo he intervenido en las lesiones pequeñas, en aquellas que pasan comúnmente inadvertidas —contestó su enemigo—. Si daba la casualidad de que otro ser humano estuviera presente en momento de producírsela, no intervenía. Hasta he permitido que insectos parásitos absorbieran sangre de mi anfitrión, si había testigos.

—Ya lo sé. Y te jactas de ello.

El disgusto del Cazador iba en aumento.

—¿Lo sabes? No te gusta admitir que has sido derrotado ¿verdad, Cazador? Y ahora crees vas a poder engañarme con tus baladronadas.

—Has estado engañándote tú mismo. Ya sabía que has permitido que los mosquitos picaran a tu anfitrión cuando se hallaba acompañado y no en otros momentos; tampoco ignoraba que acostumbrabas a curar levísimas heridas. Supongo que habrás obtenido algo en cambio, aunque probablemente solo buscarás la forma de mitigar tu aburrimiento. Fue por eso que te has traicionado. Ningún ser inteligente puede estar absolutamente inactivo sin enloquecer. Fuiste bastante astuto como para ocuparte solamente de lesiones sin importancia. Sin embargo, existía una persona que, en un momento u otro, debía advertir tus actividades, las atribuyera o no a sus causas verdadera. Esa persona era tu mismo anfitrión. Escuché una conversación (y a propósito, ¿no se te ocurrió aprender el idioma inglés?) donde se referían a este hombre, calificándolo de muy prudente, incapaz de arriesgarse o de arriesgar inútilmente a los miembros de su familia. Estas palabras fueron pronunciadas por un amigo que lo conoce desde muchos años. Sin embargo, lo he visto revolver a ciegas dentro de una caja llena de herramienta filosas buscando algo que necesitaba; lo he visto deslizarse sobre un tablón de madera erizado de astillas y trasportar tablas similares con sus manos o debajo del brazo, en contacto con su piel desnuda; lo he visto cortar un trozo de alambre tejido, que hubiera podido fácilmente arañar su mano desguarnecida; lo he visto tomar un hoja de cuchillo, dentada, por el lado del filo, cuando hasta un adolescente que se caracteriza generalmente por su falta de cuidado, la tomaría por el medio. Puedes haberte ocultado de la mayor parte de los seres humanos, amigo mío, pero tu anfitrión percibía tu presencia... consciente o inconscientemente. Él debió advertir que nada le sucedía ante esas pequeñas distracciones, volviéndose cada vez más descuidado. Por experiencia sé que los seres humanos tienden a actuar de esa manera. También en una ocasión he oído a tu anfitrión quejarse, bromeando, delante de otras personas, de la predilección que

tenían algunos insectos por su sangre. Esto no le sucedía cuando estaba solo. Ya ves que no has podido permanecer oculto. Si tratas de dominar a tu anfitrión, te traicionas; si realizas un mínimo de tu tarea, también te traicionas; y si te limitas a no hacer nada, salvo pensar durante el resto de tu vida, estarás igualmente vencido. Estabas destinado a caer en mi poder, hasta en la misma Tierra, donde carezco de colaboradores entrenados o de congéneres que puedan ayudarme. Solo necesitaba estar en tu proximidad. En nuestro planeta hubieras tenido la oportunidad de ser recluido; aquí, la única posibilidad es destruirte.

El Matador, muy impresionado por las palabras de su enemigo, le preguntó:

—¿Cómo podrías hacerlo? No tienes drogas capaces de expulsarme de este cuerpo y careces, además, de los medios para preparar cualquier sustancia análoga. Te conozco y sé que no eres capaz de sacrificar a mi anfitrión para deshacerte de mí; pero te aseguro que yo no tengo escrúpulos semejantes con respecto al tuyo. Hasta ahora ignoraba que te hallabas en este planeta; pero ahora sé que estás aquí y sin ayuda. Yo estoy a salvo, pero tú, Cazador, debes tener mucho cuidado.

—Puedes pensar lo que quieras —replicó el Cazador.

Y sin pronunciar otras palabras se retiró, dirigiéndose nuevamente hacia la habitación de Bob.

El Cazador estaba furioso consigo mismo. Después de haber llegado a la conclusión de que el señor Kinnaird era el anfitrión de su presa, no le quedaron dudas sobre la causa del accidente del muelle. Había sido deliberado y provocado por la interferencia del simbiota en la visión y coordinación de su anfitrión. Eso significaba que el secreto de Bob era conocido y que de nada les valdría seguir ocultándose hasta iniciar el ataque, como pensaba el doctor Seever.

Resultaba ahora que estaba muy equivocado... El fugitivo, aparentemente, no había sospechado siquiera el paradero de su perseguidor; y durante la conversación le había facilitado datos suficientes como para que el simbiota enemigo pudiera ahora ubicarlo. Ahora no podría abandonar a Bob... El criminal no escatimaría ninguna oportunidad de dañarlo y el Cazador debía permanecer junto a él para protegerlo.

Mientras se introducía nuevamente en el cuerpo de Bob, que seguía durmiendo, pensaba que el problema consistía ahora en decidir si era mejor poner al tanto al muchacho de los últimos acontecimientos y del peligro que corría. Había muchos argumentos en pro y en contra. Seguramente, cuando se enterara de que su padre estaba complicado en el asunto, su eficiencia disminuiría. Pero, por otra parte, la ignorancia no resultaría muy fructífera. Generalmente el Cazador se sentía inclinado a consultar todo con el joven. Daba vueltas a esta idea en su mente cuando se abandonó a un estado de reposo similar al sueño.

Bob recibió la noticia con bastante serenidad. Era lógico que estuviera preocupado e impresionado, pero su ansiedad frente al riesgo que corría su padre era mayor que la que sentía ante su propia situación. Con esa agilidad mental que el Cazador le reconocía, comprendió la situación en que se encontraban, pero no culpó al Cazador de haber dejado escapar el gato de la bolsa. Apreciaba ampliamente la necesidad de actuar con rapidez y además, percibió un aspecto que el Cazador no había considerado: la tremenda probabilidad de que su enemigo hubiera cambiado de morada durante la noche. Bob observó que, en adelante, ya no podrían saber si se hallaba oculto dentro del cuerpo de su padre o de su madre.

—No creo que debamos preocuparnos por eso —comentó el Cazador—. En primer lugar, se siente tan seguro que no se molestará en cambiar de ubicación; en segundo lugar, si lo hiciera, lo sabríamos enseguida. Al verse privado de la inmunidad que ha estado gozando durante tantos meses, tu padre nos proporcionará abundantes noticias sobre eso, si continúa tan descuidado como lo ha estado últimamente.

—Aún no me has contado por qué se te ocurrió pensar que mi padre albergaba a nuestro enemigo.

—He seguido siempre el mismo criterio en mis razonamientos. Sabíamos que nuestro enemigo había aterrizado entre los arrecifes. El signo de civilización más cercano era uno de los tanques de cultivo que se hallaba a pocos centenares de metros de distancia. Cualquiera, en su situación, hubiera nadado hasta allí. Las únicas personas que visitan regularmente esos tanques son los operadores de la barca de fertilizantes. No tendría oportunidad de introducirse dentro de uno de ellos, aunque podría entrar en la embarcación. De esa manera llegamos hasta el lugar de la montaña donde se cultiva el alimento para los tanques; mi problema era encontrar a la persona que hubiera dormido en las cercanías de ese lugar. Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que se hubiera trasladado por su cuenta, atravesando la montaña en dirección a las casas. En tal caso tendríamos que haber buscado en toda la isla. Sin embargo, tu padre, hace algunas noches, dijo algo que me dio la pauta de que debía haber dormido, o al menos descansado en la cima del cerro, cerca de los tanques nuevos. Desde mi punto de vista, era él, en consecuencia, una de las personas más sospechosas a la que aún no habíamos tenido oportunidad de examinar.

—Ahora todo me parece muy fácil. Pero a mí no se me hubiera ocurrido algo semejante. Hoy tendremos que pensar rápidamente. Si tenemos suerte, no se moverá del cuerpo de mi padre hasta que sepa con exactitud dónde te encuentras. Será fácil vigilar a papá, ya que siempre anda por allí. Lo malo es que aún no disponemos de las drogas necesarias. ¿Hay algo capaz de forzar a alguno de tus congéneres a que abandone a su anfitrión, Cazador?

—¿Qué podría forzarte a ti a abandonar tu casa? —contestó el detective.

—Puede haber muchos motivos para ello; pero tendrían que ser de índole material. Tienes tantas posibilidades como yo de encontrar una explicación adecuada.

Si yo estuviera en el lugar de nuestra presa, me guardaría bien de salir del lugar en que se halla. Es el más seguro.

Bob movió la cabeza y bajó a tomar el desayuno. Trataba de conducirse de la manera más natural posible, especialmente cuando aparecía su padre, pero no sabía si lo lograba. Se le ocurría que el simbiota enemigo quizás ignoraba que él ayudaba conscientemente al Cazador. Y esta era una circunstancia favorable.

Seguía meditando en esos problemas mientras se dirigía hacia el colegio. En realidad, aunque no se lo dijera al Cazador, estaba tratando de resolver dos cuestiones al mismo tiempo y esto lo colocaba en inferioridad de condiciones.

PROBLEMA NÚMERO 2 Y SU SOLUCIÓN

Iba caminando Bob cuando se le ocurrió una idea. Se detuvo para hacerle una pregunta al Cazador...

—Si nosotros lográramos que nuestra presa se sintiera tan incómoda que le resultara imposible seguir dentro del cuerpo de papá ¿cómo se las arreglaría para salir? ¿Hay alguna posibilidad de que le causara daño?

—No. Si llegara a encontrarse en tal situación, o si nosotros encontráramos una droga adecuada, tendría que retirarse, simplemente. Si tu padre hiciera algo que a nuestro amigo no le gustara, podría aumentar el espesor de la película que ha colocado sobre sus ojos, impidiéndole ver, y también podría paralizarlo, de la manera que te he referido anteriormente.

—¿Estás seguro de que esa parálisis no tendría consecuencias posteriores?

—No lo estoy completamente, al menos en seres de tu raza —advirtió el Cazador—. Ya te dije el motivo.

—Ya lo sé. Por eso quiero que pruebes primero conmigo, apenas me interne en el bosque. Allí no nos verá nadie desde el camino.

La actitud de Bob difería fundamentalmente de la que adoptó algunos días antes, cuando le hizo al Cazador la misma pregunta, pero bromeando.

—Ya te dije hace mucho tiempo por qué no quiero hacerlo.

—Si no quieres que yo me arriesgue, yo no quiero que papá corra ningún peligro. Se me ha ocurrido una idea pero no moveré un dedo hasta que no esté completamente seguro sobre esa cuestión. Vamos.

Se sentó detrás de un matorral que ocultaba la visión desde el camino.

El Cazador experimentaba siempre la misma repugnancia ante la posibilidad de hacer algo que pudiera dañar al muchacho. Pero en este caso, no había otra alternativa. La amenaza de no llevar adelante su propio plan no era tan grave; pero sí lo sería, si Bob rehusaba cooperar con los planes del Cazador. Después de todo —se dijo el simbiota— esta gente es muy distinta a los otros anfitriones que nosotros conocíamos y es mejor andar con cuidado. Aceptó.

Bob, que se hallaba sentado muy erguido, a la expectativa, esperando la decisión del Cazador, experimentó de pronto una insensibilización total en la región de su cuerpo situada debajo de la garganta. Trató de moverse pero descubrió que sus brazos y piernas no le respondían; era como si pertenecieran a otra persona. Esa extraña situación duró aproximadamente un minuto, aunque a la víctima le pareció que había transcurrido un tiempo mucho mayor; luego recuperó la sensibilidad, sin pasar por esa fase que esperaba, durante la cual le parecía que su carne era atravesada por agujas y alfileres.

—Muy bien —dijo al incorporarse—. ¿Te parece que estoy peor que antes?

—Aparentemente no. Has manifestado menos sensibilidad ante el tratamiento que mis antiguos anfitriones y te has recuperado más rápidamente que ellos. Pero no podría afirmar si se trata de una particularidad tuya o es una característica de tu especie. ¿Estás satisfecho?

—Creo que sí. Si eso es lo único que va a sentir papá, no tengo objeciones que formular. Sin embargo, sigo temiendo que pueda causarle la muerte, pero...

—Por supuesto, podría hacerlo si obstruyera alguna arteria importante o imprimiera una presión excesiva sobre los nervios. Sin embargo, esos dos métodos no serían tan efectivos, desde el punto de vista de nuestro enemigo, y además le llevarían más tiempo. Me parece que no debes preocuparte.

—Muy bien.

El joven salió nuevamente al camino, montó sobre la bicicleta que había dejado a un costado del mismo y prosiguió su trayecto hacia la escuela. Estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos como para prestar atención al manejo de su bicicleta.

¿Así que si el simbiota enemigo era inteligente permanecería dentro del cuerpo del señor Kinnaird por constituir el refugio más seguro? ¿Qué haría si ese refugio perdiera de pronto su seguridad? La respuesta era obvia. El único problema radicaba en la manera de provocar una situación que fuera peligrosa para el simbiota pero no para el señor Kinnaird y ese problema parecía insuperable, al menos por el momento.

También existía otro problema que Bob evitaba cuidadosamente mencionar a su huésped; ni siquiera ahora Bob sabía con exactitud si el Cazador era en realidad lo que afirmaba ser. El joven no podía sentirse plenamente confiado al respecto ante la perspectiva, nada imposible, de haber sido engañado con una falsa historia para obtener su ayuda. Cualquier plan que Bob adoptara ulteriormente debía dar respuesta también a ese punto... una respuesta mejor que el vago experimento de unos días antes, cuando le pidiera al Cazador que lo paralizara. La actitud del detective había sido convincente, por cierto, pero... podía haber simulado. Era preciso comprobar si estaba dispuesto a mantener esa actitud en la práctica.

Bob prestó poca atención en el colegio ese día y, durante el almuerzo, su indiferencia mantuvo apartados a sus compañeros. No mejoró su disciplina durante las clases de la tarde y se le previno que debería quedarse fuera de hora para completar algunos trabajos atrasados. Sus pensamientos le exigían hallarse libre cuanto antes.

Al salir del colegio procedió sin demora. Dejó su bicicleta donde estaba y se dirigió, a pie, hacia el sur, cruzando los jardines. Tenía un doble motivo para no usar su bicicleta: no solo le resultaría inútil para lo que proyectaba realizar, sino que eso le serviría también para que sus compañeros creyeran que regresaría muy pronto. En ese caso, evitaría alguna probable compañía.

Caminó por los senderos, entre los jardines, y cuando algunas casas lo ocultaron de la vista del colegio dobló en dirección al este. Por supuesto, no pudo evitar que algunas personas lo vieran, ya que en la isla casi todos se conocían; pero aquellos a quienes Bob saludó a su paso eran relaciones circunstanciales y no temía que se le acercaran o se interesaran por sus actividades. Veinte minutos después de haber abandonado la escuela se hallaba a un kilómetro de aquella, y a una distancia aproximadamente igual de la costa, al sur del muelle. Luego dobló hacia el noreste, a lo largo del brazo más largo de la isla, y muy pronto la vegetación del cerro se interpuso entre él y las casas. Los matorrales eran tupidos pero no había árboles. Esta sección era estrecha y originariamente conducía a los campos de cultivo destinados a alimentar a los tanques.

Cuando Bob llegó a un punto que quedaba exactamente al sur de la parte más elevada de la montaña, giró, dispuesto a iniciar el ascenso de la ladera.

Solo pudo salir de entre las malezas al llegar a la cima del cerro. Allí buscó un lugar desde donde pudiera observar la ladera opuesta. Se hallaba muy cerca del sitio en que se acostara a dormir unas noches atrás, antes de presenciar el trabajo realizado en el tanque.

Como siempre, había gran actividad. Los hombres trabajaban, rodeados por niños llenos de curiosidad.

Bob buscó entre ellos a sus amigos y, finalmente decidió que debían haber ido a trabajar con el bote o en el acuario. No estaban allí abajo. Sin embargo, pudo ver a su padre. Bob no le quitaba la vista de encima, a la espera de la oportunidad que, con toda seguridad, se presentaría muy pronto. La pared aún no había sido terminada y era muy probable que los obreros estuvieran trabajando. Pronto necesitarían una nueva provisión de mezcla. No podía estar absolutamente seguro de que su padre iría a buscarla con el automóvil, pero había grandes posibilidades de que lo hiciera.

Su incertidumbre respecto a este asunto, afectaba notablemente a Bob; el Cazador, que se hallaba en una posición inmejorable para observar, reparó que su anfitrión era presa de gran excitación; nunca lo había visto así, desde el día que lo conoció. La expresión de su rostro era muy seria; sus ojos no se despegaban de la escena, como si trataran de corregir o de llenar los pocos detalles de su plan que aún le faltaban por precisar. No había dirigido ni una sola palabra al Cazador desde que salieron del colegio. El simbiota sentía una gran curiosidad. No cesaba este de repetirse a sí mismo que el muchacho no era nada tonto y que su experiencia sobre la Tierra, seguramente lo capacitaba para realizar con mayor éxito que él la actividad que se proponía. El detective se había sentido muy orgulloso por haber sido capaz de elaborar una hipótesis acerca del probable comportamiento del fugitivo, cosa que Bob había considerado más allá de su alcance. Pero ahora debía reconocer que el joven se hallaba desarrollando pensamientos quizá más avanzados que los suyos.

De pronto, Bob comenzó a moverse, aunque el Cazador no percibía un cambio en la escena que se encontraba más abajo. Sin tratar de ocultarse descendió por la ladera.

Sobre el terreno, junto a las máquinas mezcladoras, se hallaban diseminadas las camisas de los obreros; Bob, sin preocuparse de las miradas, comenzó a revisar los bolsillos de las mismas. En uno de ellos encontró una caja de fósforos. Echó un vistazo alrededor y vio al dueño de la camisa que lo miraba. Se la mostró, mientras hacía un gesto interrogante con las cejas. El hombre asintió y continuó su trabajo.

El muchacho se guardó los fósforos en el bolsillo y ascendió algunos metros, para poder ver en perspectiva la superficie interior del tanque. Allí se sentó y una vez más concentró su atención en las acciones de su padre.

Finalmente ocurrió lo que estaba esperando. El señor Kinnaird apareció llevando sobre los hombros un barril de metal y, cuando Bob se levantó para verlo con mayor claridad, desapareció por el extremo más alejado del piso del tanque, en dirección al lugar donde acostumbraba estacionar el *jeep*.

Bob comenzó a moverse hacia el tanque vecino, sin despegar la mirada de su objetivo. Pocos segundos después, vio aparecer el *jeep* manejado por su padre. Al lado de este, a la vista, se encontraba el barril. Bob sabía hacia dónde iba; por lo menos le costaría media hora. Desapareció enseguida debajo del tanque vecino y, debido a su ubicación no volvió a verlo mientras se alejaba.

Bob usó ese tanque para ocultarse. Anduvo con paso moderado hasta que pudo colocarse fuera de la vista de los hombres que trabajaban; luego comenzó a correr a toda velocidad.

Pocos minutos después había llegado al extremo del camino pavimentado. Allí comenzaban los galpones de chapas acanaladas; y, con gran asombro del Cazador, Bob comenzó a inspeccionarlos detenidamente. Los primeros se usaban habitualmente para guardar la maquinaria de construcción; había allí máquinas mezcladoras de distintas clase y estantes; algunos de estos estaban vacíos, pues lo que en ellos se guardaba se hallaba en uso. Otros galpones, más cercanos al distrito residencial, contenían latas de gasolina, fueloil y aceites lubricantes. El muchacho los examinó uno por uno, deteniéndose solo para pensar algunos segundos antes de reiniciar enseguida una actividad más febril.

Cuando encontró un cobertizo desocupado, comenzó a llevar allí latas de unos veinticinco litros capacidad y a colocarlas junto a la entrada. El Cazador estaba asombrado por la fuerza que demostraba Bob, pero luego comprendió que las latas estaban vacías al sentir el ruido que producían cuando Bob las dejaba sobre el suelo. Este parecía muy satisfecho con la pirámide que se estaba formando. Cuando alcanzó una altura superior a la estatura de Bob, se dirigió a otro galpón y empezó a leer con gran minuciosidad las abreviaturas que se hallaban escritas sobre otro conjunto de latas. Pero estas no estaban vacías como las anteriores. Contenían un líquido parecido al queroseno. Bob colocó dos latas llenas en puntos estratégicos de su pirámide;

luego abrió otra y vertió su contenido sobre las latas vacías y también sobre el piso adyacente. El Cazador conectó de pronto esta maniobra con los fósforos.

—¿Estas por hacer una fogata? —le preguntó—. ¿Para qué pones latas vacías?

—Sí, pienso hacer una fogata —fue la respuesta.

—Pero ¿qué te propones? No podrás eliminar a nuestro enemigo sin causar un tremendo daño a tu padre.

—Ya lo sé. Pero si él piensa que papá se encuentra imposibilitado de escapar al fuego, tratará de escapar. Pero yo estaré al lado, con otra lata de combustible y más fósforos.

—Fantástico —expresó con indescriptible sarcasmo el simbiota—. ¿Cómo colocarás a tu padre en una situación semejante?

—Ya verás —dijo Bob sombríamente.

El Cazador comenzó a asustarse seriamente por lo que estaba sucediendo en la mente del joven. Bob volcó un último recipiente de combustible sobre la pira; esta vez usó un líquido que normalmente servía como lubricante. Luego tomó una lata de queroseno, aflojó la tapa y se colocó en medio del camino, en un punto desde donde podía ver el muelle. Allí fijó la mirada; apenas despegó la vista un instante para posarla sobre el nuevo tanque. Si alguien llegaba a descubrirlo, se vería en un serio apuro.

No se había acordado de ver qué hora era cuando salió su padre y no tenía ninguna idea acerca del tiempo que le llevó la construcción de la pira, de modo que no sabía cuántos minutos debía esperar; por consiguiente, no se atrevió a cambiar de posición. El Cazador no volvió a interrogarlo. Por otra parte, Bob tenía intenciones de contestarle solo cuando conviniera a sus propósitos. No le gustaba proceder así con el simbiota ya que sentía por él un verdadero aprecio; pero ahora que el hecho era inminente, se sentía muy perturbado por tener que dar muerte a un ser inteligente y quería estar seguro de que estaba a punto de atacar al verdadero malhechor. Robert Kinnaird poseía una mente notablemente objetiva para su edad.

Por fin, experimentó un inmenso alivio cuando vio aparecer el *jeep* por el lado del muelle. El joven comenzó a incorporarse lentamente en el mismo momento en que el automóvil entraba al camino y se encaminó hacia la pira sin perder de vista al *jeep*.

Cuando este desapareció momentáneamente detrás de los primeros galpones, Robert sacó la caja de fósforos de su bolsillo. Entonces expresó la respuesta, largamente preparada, a la pregunta del Cazador.

—Verás, Cazador. Será muy fácil hacerlo venir hasta aquí. ¡Voy a colocarme en el interior del galpón!

Extrajo un fósforo de la caja cuando terminó de hablar. Bob creía que en ese momento no podría controlar el movimiento de sus miembros: si el Cazador no era lo que parecía sino lo que el joven temía que fuera, no le hubiera permitido encender el fósforo. Deliberadamente, había evitado que su huésped conociera la existencia de unas ventanas en la pared posterior del galpón. A Robert no se le ocurrió en ese

momento que un criminal de esa clase pudiera poseer una rapidez mental que le permitiera reconocer el *bluff*. Por eso había demorado Bob su respuesta: para que el otro no tuviera tiempo de pensar. O confiaba en el muchacho o lo paralizaba instantáneamente. El plan tenía algunas fallas, por supuesto, y Bob no las ignoraba pero, en conjunto, parecía destinado a tener éxito.

Encendió el fósforo.

Se agachó para acercar la llama al combustible.

El fósforo se apagó.

Casi temblando por la ansiedad, ya que el *jeep* aparecería en cualquier momento, encendió otro. Esta vez lo tiró al suelo, que estaba impregnado de líquido combustible y se produjo, una gran llamarada. Unos instantes después el fuego se había transmitido a la pirámide de latas.

Bob se metió en el galpón, antes de que las llamas obstruyeran la entrada, y desde adentro, se puso a observar el camino.

Por primera vez, el Cazador habló:

—Confío en que sabrás lo que estás haciendo. Si de pronto ves que no puedes respirar extraeré el humo de tus pulmones.

Además, el Cazador hacía todo lo posible por evitar que la vista del joven se nublara. Bob estaba satisfecho; aunque los acontecimientos se estaban produciendo demasiado rápidamente.

Antes de que pudiera divisarlo, oyó el sonido del *jeep* que se aproximaba. Evidentemente, el señor Kinnaird había visto el humo y aceleraba el vehículo todo lo que podía. Dentro del mismo no había un extinguidor capaz de hacer frente a un incendio de la magnitud del que se presentaba ante él. Bob vio que su padre se disponía a ir hasta el lugar de la construcción en busca de ayuda. Pero estaba seguro de que podría impedir esa dilación.

—¡Papá! —gritó.

No dijo nada más. Si su padre pensaba que él se encontraba en peligro, mejor; pero no tenía intenciones de mentirle fríamente. Estaba seguro de que el señor Kinnaird, al oír la voz de su hijo que salía de ese infierno, detendría el coche y se acercaría caminando para examinar las posibilidades de rescate. Pero Bob subestimó la velocidad de reacción de su padre y también sus recursos.

Kinnaird sacó el pie del acelerador e hizo girar con fuerza el volante hacia la izquierda. Su intención fue comprendida inmediatamente por Bob y el Cazador: quería acercar el vehículo hasta la puerta del galpón con lo cual protegería momentáneamente al muchacho y a sí mismo del alcance de las llamas. Una vez que este lograra subir al *jeep* retrocedería de inmediato. El plan era simple y parecía muy bueno. Hubiera funcionado perfectamente y, en tal caso, Bob y su ángel guardián tendrían que elaborar una nueva ofensiva.

Afortunadamente, desde el punto de vista de ellos, un nuevo factor apareció en la situación. El oculto huésped del señor Kinnaird comprendió lo que estaba sucediendo

o, al menos el plan de su anfitrión casi con igual rapidez que los otros dos espectadores; pero el Matador no tenía deseos de exponerse acercándose a una pila de latas de combustible que, al parecer, estaban a punto de estallar. Si ello sucediera, en cualquier momento tendrían que hacer frente a una verdadera lluvia de fuego. Se encontraban ya a unos veinte metros del galpón y, tanto el hombre como el simbiota, podían sentir el calor. A este último le era completamente imposible torcer la voluntad de su anfitrión, obligándolo a cambiar la dirección del vehículo. Al parecer, tampoco tenía medios para forzarlo a que detuviera el *jeep*; pero el simbiota no advirtió esto, dada la tensión del momento. De todos modos, hizo lo que le parecía mejor.

El señor Kinnaird sacó una de sus manos del volante y se restregó los ojos. Los que se hallaban dentro del galpón comprendieron lo que estaba sucediendo: pero él no necesitaba ojos para imaginarse a su hijo acorralado por las llamas y no disminuyó la velocidad del *jeep* ni alteró su dirección. El simbiota debió haber advertido, casi inmediatamente, que la ceguera no bastaba, y cuando se hallaba a unos doce metros del galpón, el señor Kinnaird se desmayó sobre el volante.

Desgraciadamente para el simbiota, el *jeep* seguía en marcha y cualquier persona, por mínima atención que prestara a los asuntos terrestres, hubiera reparado en este detalle, a menos que el pánico lo invadiera, impidiéndole razonar. El pequeño automóvil continuó, pues, en movimiento, desviándose ligeramente hacia la izquierda, y un instante después chocaba contra la pared de metal acanalado, a varios metros de la puerta del galpón. El señor Kinnaird se salvó de sufrir heridas graves solo porque su pie se zafó del acelerador en el momento en que fue paralizado por el simbiota.

Los acontecimientos se sucedían con mayor rapidez de la que Bob esperaba. Estaba seguro que su padre se acercaría caminando y que se detendría a algunos metros del fuego. Había planeado dirigir la propagación de las llamas por medio de la lata de combustible que tenía al alcance de su mano, de modo que el enemigo creyera que su anfitrión no podría escapar a una muerte segura. Pero ahora no podía cumplir este plan, ya que el fuego no le permitía acercarse a la puerta para ver qué ocurría con el *jeep*. La situación se volvió aún más terrible cuando una de las latas llenas que Bob había colocado en la pila comenzó a arder. Había tenido la previsión de no usar gasolina, de modo que el recipiente únicamente se rajó y comenzó a verter oleadas de líquido encendido sobre las demás latas y sobre el piso, llegando más cerca del *jeep* de lo que Bob hubiera supuesto.

Con el frenesí que le imprimía su propia ansiedad, el joven recordó súbitamente la existencia de las ventanas posteriores, que tan cuidadosamente ocultara durante la preparación de su estratagema. Se acercó corriendo a la más cercana, sin soltar la lata de combustible, y gritando al mismo tiempo en el dialecto francés de la isla:

—¡No te preocupes! Hay una ventana.

Pudo salir a través de la abertura sin vidrios, cayendo al suelo ya en el exterior. Se incorporó y corrió a toda velocidad alrededor del galpón. El espectáculo que se presentó ante su vista le hizo albergar nuevas esperanzas acerca del éxito de su plan.

El fuego no había alcanzado al *jeep*, aunque estaba ya bastante próximo; pero no fue eso lo que atrajo la mirada del muchacho como un imán.

Su padre yacía sobre el volante y su figura se destacaba claramente sobre ese fondo luminoso. Junto a él, usando su cuerpo como escudo contra el feroz calor y la irradiación, había algo más. El Cazador había permitido a Bob que lo viera, pero el muchacho podía imaginarse el aspecto del simbiota: era una masa de sustancia blancuzca, casi opaca, una especie de gelatina verdosa, que se hinchaba por momentos a medida que nuevas cantidades de su masa seguían saliendo de entre las ropas del hombre. Bob retrocedió rápidamente, ocultándose detrás de la esquina del galpón, aunque a simple vista no descubrió nada que se pareciera a un ojo. Desde allí atisbó cautelosamente.

El extraño ser parecía estar concentrando su masa con el propósito de desplazarse. Un fino tentáculo se separó del núcleo principal, deslizándose hacia afuera por el costado del *jeep*. Pareció que se estremecía al sentir la radiación pero, aparentemente el simbiota consideró que era preferible exponerse ahora y no después a los efectos del calor y el pseudópodo descendió hasta el suelo. Allí su extremo comenzó a hincharse, y en el mismo momento la masa principal, que se encontraba sobre el asiento, disminuía paulatinamente de volumen. Bob se preparó para intervenir.

El simbiota demoró alrededor de un minuto para conducir toda su masa hasta el suelo.

En el instante en que este perdía el último punto de contacto con el *jeep*, Bob salió de su escondite y dio un salto, acercándose al automóvil y llevando siempre consigo la lata de combustible. El Cazador esperaba que el joven volcara el contenido de la misma sobre ese ser que huía despavorido, alejándose de las llamas; sin embargo pasó a su lado, casi sin mirarlo, dirigiéndose hacia donde estaba su padre. Empujó a su padre hacia un costado, colocándose él frente al volante. Puso el *jeep* en marcha y lo apartó unos treinta metros del edificio. Solo entonces prestó atención a los asuntos del Cazador.

El fugitivo había recorrido una pequeña distancia durante este lapso. Se hallaba aún muy cerca de la pared del galpón y tratando de escapar al calor, que se había intensificado al desaparecer la protección del vehículo. Aparentemente vio venir a Bob, pues detuvo su movimiento, concentrando su masa que tomó el aspecto de una bola, rodeada de gran cantidad de finos tentáculos dirigidos hacia el ser humano que se aproximaba. Debió pensar que este sería un anfitrión satisfactorio, al menos hasta que lograra salir de ese lugar endemoniado. Luego pareció percibir la presencia del Cazador e inició un movimiento de huida; pero enseguida, al verificar la lentitud de

su movimiento, en comparación a su adversario, trató de replegarse nuevamente sobre sí mismo. Por los relatos del Cazador acerca del comportamiento de los seres de su raza, supuso que el simbiota procuraba introducirse en la tierra.

Sin embargo había una gran diferencia entre la consistencia de ese piso compacto y apisonado y la arena suelta de la playa. Los espacios entre las partículas eran menores y en su mayor parte estaban llenos de agua. Bob volcó sobre el simbiota parte del combustible contenido en la lata que llevaba consigo mucho antes de que pudiera apreciarse una disminución considerable en el tamaño del Matador.

Derramó el líquido, hasta que el recipiente quedó casi vacío. El piso quedó empapado alrededor del simbiota en una superficie de varios metros cuadrados. Y usó el último resto para trazar un reguero que unía el charco que acababa de formar con el fuego que crepitaba un poco más lejos. Retrocedió para observar el hilo de fuego que se acercaba lentamente hacia el nuevo objetivo.

Pero Bob estaba sumamente impaciente. Sacó la caja de fósforos, le prendió fuego y la arrojó, con la mayor puntería posible, hacia ese montón de sustancia viscosa que ocupaba el centro del charco de combustible. Esta vez quedó ampliamente satisfecho.

PROBLEMA NÚMERO 3.

El Cazador quería permanecer allí hasta que las llamas se extinguieran completamente, para estar seguro de los resultados. Pero Bob, seguro de haber hecho ya todo lo que estaba a su alcance, se ocupó desde ese momento de su padre. A él le bastaba con echar una simple ojeada a ese infierno que rodeaba la última posición conocida del fugitivo. Corrió hacia el *jeep*; miró el cuerpo de su padre y puso el vehículo en marcha, dirigiéndose hacia el consultorio del doctor Seever. El Cazador no se atrevía a hacer observación alguna. Hubiera sido una imprudencia interferir la visual de su anfitrión mientras manejaba el automóvil a semejante velocidad.

El señor Kinnaird había recuperado la visión en el mismo momento en que el simbiota abandonara su cuerpo y la mayor parte del tiempo había permanecido consciente; sin embargo, la parálisis se prolongó mucho más que en el ensayo que el Cazador hiciera con Bob. Además el señor Kinnaird no se hallaba en una posición que le permitiera ver lo que sucedía en el galpón. Sabía que Bob se había detenido en las cercanías del incendio y que había regresado a buscar algo, aunque no sabía de qué se trataba. Durante todo el trayecto se esforzó para formular esa pregunta.

Se recobró lo suficiente como para incorporarse, antes de cubrir el corto camino que los separaba del consultorio del médico, y en el momento en que Bob abría la puerta del *jeep* para descender, sus labios comenzaron a moverse. Bob, por supuesto, se sentía muy aliviado al observar la mejoría de su estado, pero ya en ese momento, se sentía aquejado por una nueva preocupación, limitándose a contestar a sus preguntas.

—No importa lo que le sucedió al galpón ni tampoco a mí. Solo quiero saber cómo te sientes. ¿Puedes caminar o prefieres que te ayude?

La última parte de esta pregunta provocó una singular reacción en el ánimo del señor Kinnaird, quien descendió dignamente del automóvil y se encaminó a grandes pasos, precediendo a su hijo, hacia la puerta del consultorio. En otra oportunidad similar el rostro de Bob hubiera reflejado una expresión jovial de triunfo; pero ahora seguía demasiado preocupado.

En el interior del consultorio, el doctor pudo formarse una idea más o menos coherente de lo que había sucedido al oír ambos relatos. Pero ante la expresión de Bob y las significativas miradas que le dirigía, se dio cuenta de que eso no era todo; ordenó al señor Kinnaird que se recostara en la camilla, para examinarlo, pero este se resistió argumentando que quería saber cómo estaba Bob.

—Yo hablaré con él —dijo Seever—. Espéreme aquí.

Salió de la habitación con el muchacho, levantando interrogativamente las cejas.

—Sí —contestó Bob a esa pregunta que no había sido formulada—. Pero no encontrará ahora nada, salvo una absoluta falta de microbios. Más tarde le contaré todo. Pero el asunto está terminado.

Esperó que el doctor desapareciera y luego habló con el Cazador.

—¿Qué piensas hacer ahora que has terminado tu trabajo entre nosotros? ¿Vas a volver a tu planeta?

—No puedo. Ya te lo expliqué —fue la silenciosa respuesta—. Mi nave ha quedado totalmente destrozada y aunque la otra no lo estuviera, nunca llegaría a encontrarla. Tengo conocimientos muy escasos acerca del funcionamiento de los vehículos interplanetarios. Yo soy un agente de policía y no un físico o un ingeniero constructor. Me resulta tan imposible hacer una nave interplanetaria, como a ti construir un avión semejante al que nos condujo hasta aquí.

—¿Entonces...?

—Debo quedarme en la Tierra; solo quedaría la remota posibilidad de que otra nave de mi planeta descendiera sobre la Tierra. Pero resulta casi ridículo confiar en semejante cosa; para comprenderlo, bastaría pensar un momento en los innumerables mundos que constituyen la Vía Láctea. De ti depende lo que yo pueda hacer aquí y también mi destino. No acostumbramos a permanecer con quienes no desean nuestra compañía. ¿Qué me contestas?

Bob no respondió inmediatamente. Se dio vuelta para mirar la columna de humo que se levantaba por encima de la montaña. Pensaba. El Cazador supuso que estaba considerando los pros y los contras de la situación y le dolió un poco su vacilación, a pesar de que había comenzado ya a comprender esa necesidad de soledad que experimentan a veces los seres humanos; pero, por primera vez, se equivocaba.

Bob era muy inteligente en relación con su edad; y no era difícil notarlo. Pero estaba todavía lejos de la madurez y tenía tendencia a considerar sus problemas inmediatos sin vincularlos a esquemas de acción más amplios. Cuando, finalmente, el Cazador escuchó la voz de Bob, no supo si se sentía aliviado, regocijado o divertido; nunca se preocupaba de encontrar palabras adecuadas para describir sus sentimientos.

—Me alegro de que te quedes aquí —dijo Bob lentamente—. Estaba un poco preocupado por eso, especialmente durante los últimos minutos. Simpatizo mucho contigo y esperaba que pudieras ayudarme a resolver algún otro problema. Dentro de algunos minutos papá saldrá por esa puerta, y con los ojos brillantes, comenzará a hacerme mil preguntas. Una de ellas será: ¿Cómo se inició el incendio? Y si no encuentro una respuesta convincente no recordará, al elegir la penitencia, que ya tengo quince años. No he dejado de buscar una respuesta pero, hasta el momento, no he logrado encontrarla. Así que, por favor, haz trabajar tu mente. Si no se te ocurre

nada, puedes comenzar a formar una capa protectora debajo de mi epidermis; ¡ya te diré en qué lugar será más necesaria!

F I N



HAL CLEMENT, nació el 30 de mayo de 1922 en Somerville, Massachusetts (USA) y falleció el 29 de octubre de 2003 en Milton, Massachusetts (USA). Profesor de química de la Academia Milton, Clement es mundialmente conocido como escritor de ciencia ficción. Clement formó parte del círculo de escritores que John W. Campbell reunió para la revista *Astounding*. Publicó su primer relato en la misma, *Proof* en 1942. Escritor no muy prolífico, publicó libros de forma muy esporádica.

Se considera a Clement como uno de los autores más representativos de la ciencia ficción dura, y sus obras, por la verosimilitud y seriedad con que se empleaba en el tratamiento científico de las mismas, casi pueden considerarse cursos de física, química y astronomía. A pesar de ello, consiguió hacerlas muy entretenidas, con una amenidad no muy común en este tipo de novelas. Por ello, sus obras se consideran ideales para la divulgación científica entre los jóvenes. Su novela más destacada en este sentido es *Misión de gravedad* (1954), y ha sido considerada un hito en la ciencia ficción.

En 1998 fue galardonado con el premio Gran Maestro «por introducir la ciencia dura en la ciencia ficción».